

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año IX - n° 18
marzo de 2021-agosto de 2021

Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre la clase trabajadora, el movimiento obrero y las izquierdas, tanto a nivel nacional como internacional, propiciando el análisis comparativo. Es editada por el Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI), con sede en Buenos Aires.



La cobertura temática de la revista *Archivos* está centrada en el examen histórico e historiográfico, pero a la vez es amplia e interdisciplinaria: procura abarcar la trayectoria de la clase trabajadora, el movimiento obrero y el mundo de las izquierdas desde los distintos aportes de las ciencias sociales y la producción académica, los cuales incluyen, además de la historia, la sociología, la ciencia política, la antropología, la filosofía, los estudios de género y la crítica literaria, entre otros.

La revista *Archivos* está dirigida a un público conformado por investigadores, docentes, profesionales, graduados y estudiantes de Historia, así como de otras disciplinas sociales.

Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda se encuentra indizada en **ERIH PLUS** (European Reference Index for the Humanities and Social Sciences), en el **catálogo 2.0 de Latindex**, en **CLASE** (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, dependiente de la UNAM), en el **DOAJ** (Directory of Open Access Journals) y en la **REDIB** (Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico). También es parte de las siguientes bases de datos, indexaciones y directorios: **EuroPub**; **Journal TOCs**; **MALENA** (CAICYT); **BASE** (Bielefeld Academic Search Engine); **CIRC** (Clasificación Integrada de Revistas Científicas, de España); **MIAR** (Matriz de Información para el Análisis de Revistas, Universitat de Barcelona); **BIBLAT** (Bibliografía Latinoamericana en revistas de investigación científica y social, UNAM); **BINPAR** (Bibliografía Nacional de Publicaciones Periódicas Registradas); **REDLATT** (Red Latinoamericana del Trabajo y Trabajadores); **Latinoamericana** (Asociación de revistas académicas de humanidades y ciencias sociales) y **LatinREV** (Red Latinoamericana de Revistas Académicas en Ciencias Sociales y Humanidades de FLACSO Argentina). El CEHTI es miembro de la **International Association of Labour History Institutions (IALHI)**.



Los trabajos publicados están bajo la licencia Creative Commons 4.0 International (Atribución - NoComercial - Compartir Igual) a menos que se indique lo contrario.

Entidad editora: Centro de Estudios Históricos
de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI)
Correo postal: Rodríguez Peña 336, 6° 65
(C1020ADH) CABA - Argentina
Sitios web: www.archivosrevista.com.ar
www.cehti.org
Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com
Facebook: CEHTI - RevistaArchivos
Twitter: @ArchivosRevista
Instagram: [cehti.revistaarchivos](https://www.instagram.com/cehti.revistaarchivos)

ISSN 2313-9749 • ISSN en línea 2683-9601
Impreso en Imprenta Dorrego, Av. Dorrego 1102 - CABA
Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero

(Universidad de Buenos Aires –
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina)

Secretarios de Redacción

Hernán Díaz

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Diego Ceruso

(Universidad de Buenos Aires –
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Comité Editor

Cristian Aquino

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Sabrina Asquini

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Alejandro Belkin

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Hernán Camarero

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Laura Caruso

(Universidad Nacional de San Martín
– Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Natalia Casola

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Diego Ceruso

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Hernán Díaz

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Mercedes López Cantera

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Martín Mangiantini

(Instituto Superior del Profesorado Joaquín
Víctor González – Universidad de Buenos
Aires – Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Leandro Molinaro

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Ezequiel Murmis

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Antonio Oliva

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Lucas Poy

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Alicia Rojo

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Gabriela Scodeller

(Universidad Nacional de Cuyo – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Silvana Staltari

(Universidad Nacional de Tres de Febrero –
Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Paula Varela

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Consejo Asesor

Marcel van der Linden

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Ricardo Melgar Bao (1946-2020)

(Instituto Nacional de Antropología e
Historia, México)

Rossana Barragán

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Victoria Basualdo

(Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales –
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas, Argentina)

Reiner Tosstorff

(Johannes Gutenberg, Universität Mainz,
Alemania)

Victor Jefjets

(Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia)

Cristina Viano

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Silvia Simonassi

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Nicolás Iñigo Carrera

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas, Argentina)

Gilles Candar

(Société d'Études Jaurésiennes, Francia)

Massimo Modonesi

(Universidad Nacional Autónoma de México,
México)

Sebastian Budgen

(Historical Materialism,
Reino Unido)

Rodolfo Porrini

(Universidad de la República, Uruguay)

Daniel James

(Universidad de Indiana, Estados Unidos)

Bernhard H. Bayerlein

(Ruhr-University Bochum – The International
Newsletter of Communist Studies, Alemania)

Sergio Grez Toso

(Universidad de Chile, Chile)

Gabriela Águila

(Universidad Nacional de Rosario – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Claudio H.M. Batalha

(Centro de História Social da Cultura,
Universidad Estatal de Campinas, Brasil)

Julio Pinto Vallejos

(Universidad de Santiago de Chile, Chile)

Carlos Herrera

(Université de Cergy-Pontoise, Francia)

Immanuel Ness

(City University of New York, Estados Unidos)

Omar Acha

(Universidad de Buenos Aires – Consejo Nacional
de Investigaciones Científicas y Técnicas,
Argentina)

Rolando Álvarez Vallejos

(Universidad de Santiago de Chile, Chile)

Alejandro Schneider

(Universidad de Buenos Aires – Universidad
Nacional de La Plata, Argentina)

David Mayer

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Índice

Presentación	
<i>Hernán Camarero</i>	7

Dossier:
**“Ensayos y debates sobre
historia intelectual y marxismo”**

Presentación del dossier	
<i>Santiago Roggerone y Hernán M. Díaz</i>	11

Marxismo e historia intelectual en la Argentina (y más allá): notas para una investigación	
<i>Omar Acha</i>	15

Badiou en Argentina. <i>Acontecimiento</i> y las vicisitudes de una recepción temprana y <i>política</i>	
<i>Marcelo Starcenbaum</i>	37

Senderos de <i>El capital</i> en América Latina	
<i>Jaime Ortega</i>	59

Los (presuntos) “sartreanos argentinos”. Algunas memorias impresionistas	
<i>Eduardo Grüner</i>	79

La cultura marxista en la Argentina de los últimos cuarenta años	
<i>Ariel Petruccelli</i>	105

Historia intelectual y marxismo: Una conversación con Elías J. Palti	
<i>Santiago M. Roggerone</i>	123

Artículos

- El sindicalismo de base en el gobierno de Macri: lucha y resistencia en las industrias de la zona norte del conurbano bonaerense
Maximiliano Arecco 145

Debates

Diálogo sobre el concepto de “nueva izquierda” en la historiografía argentina

- La “nueva izquierda”: una categoría en discusión
Martín Mangiantini 168
- La “nueva izquierda”, la protesta social y la universidad: debates conceptuales desde ámbitos cruzados
Nayla Pis Diez 175
- Izquierda peronista y nueva izquierda
Sergio Friedemann 182

Entrevista

- Nicolás Iñigo Carrera: Acervos familiares, experiencias universitarias exploraciones teóricas: la formación de un historiador en Argentina, del primer peronismo a la dictadura
Carlos M. Herrera y Hernán Camarero 191

Crítica de libros

- Graciela Queirolo, *Mujeres que trabajan. Labores femeninas, Estado y sindicatos (Buenos Aires, 1910-1960)*
por Laura Ruocco 215
- Magalí Andrea Devés, *Guillermo Facio Hebequer. Entre el campo artístico y la cultura de izquierdas*
por Augusto Piemonte 218
- Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre, *Mar del Plata, un sueño de los argentinos*
por Ignacio Ibáñez Cornet 220
- Silvana Ferreyra y Federico Martocci (eds.), *El Partido Socialista (re)configurado: escalas y desafíos historiográficos para su estudio desde el “interior”*
por Juana Fortezzini 223

Presentación

El estímulo a la investigación acerca de la historia de las izquierdas, en y más allá del marco nacional, ha sido un objetivo fundamental de *Archivos*. Pensarlas como culturas políticas, identidades y tradiciones, en sus especificidades y contextos; examinarlas en sus múltiples vínculos con la sociedad (sin limitarse al momento evidente del conflicto, pero sin recaer en perspectivas aleatorias que se incapacitan para problematizarlo); indagarlas como partícipes del terreno estructurado y a la vez contingente de lo político; identificarlas en tanto expresión de sociabilidades culturales, apuestas estéticas y discursividades particulares; comprenderlas a partir de los estudios de género y las interpelaciones de los feminismos; interpretarlas en su dimensión teórica, partícipes del mundo de las ideas y del campo intelectual, y parte destacada de la trayectoria de muchos intelectuales.

Hace nueve años que nuestra revista da testimonio de este proyecto teórico, historiográfico e interdisciplinario, junto a su colección de libros, sus jornadas y el propio CEHTI. Sin adjudicarnos consagraciones dentro del campo, provenientes de narcisismos absurdos. Sin arrogarnos primacías o exclusividades, pues aquí no hay principios de autoridad que homenajear. Sin recurrir, en pos de deslegitimar enfoques alternativos, a argumentos ya degradados a esta altura del siglo XXI, que balbucean contraposiciones entre supuestas historias “profesionales y académicas” versus arcaicas apuestas “militantes”. Afortunadamente, desde hace mucho, la historiografía de las izquierdas demostró estar más allá de estas insignificancias. Debe despojarse definitivamente de estas rémoras y continuar propiciando el intercambio abierto, con respeto entre sus distintos emprendimientos.

El dossier de este número refiere a la historia intelectual y las vicisitudes de la teoría marxista, mientras que la sección debate se dedica al concepto de “nueva izquierda” en la historiografía argentina. En

Archivos abordamos en muchas oportunidades algunos de estos cruces. Un dossier examinó los vínculos entre ideas, compromiso político y apuesta intelectual en Peña, Cúneo y Laclau, mientras que otro los exploró en los entramados de la radicalización sesentista. Hubo artículos que reconstruyeron debates sobre el subdesarrollo en los marxistas clásicos, en torno a las discusiones jurídicas y legales de Pashukanis en la Revolución Rusa o a propósito de las concepciones programáticas bolcheviques. Ofrecimos variados balances historiográficos, desde los referidos a la revolución de 1917 hasta los concernientes al estudio de las izquierdas latinoamericanas. Se transitaron las huellas intelectuales de la Reforma Universitaria y las improntas del movimiento estudiantil. Las de la izquierda judeo-progresista en el subcontinente. Incluso, las de las derechas conservadoras, católicas y empresariales en confrontación con el “peligro rojo”. Se recorrieron las ideas, incluyendo el siglo XIX, del anarquismo, el socialismo, el *sindicalismo*, el comunismo, el trotskismo, las organizaciones armadas y la izquierda peronista, siempre situándolas histórica, social y políticamente. Revisamos la Teoría de la Reproducción Social y los intercambios entre los feminismos marxistas y autonomistas. Brindamos entrevistas a Pagès, van der Linden y Burawoy para auscultar el estado de nuestras disciplinas, y encaramos de otro modo esta faena en perfiles sobre Haupt, Montgomery, Broué, C.L.R. James, Falcón, Plá y Marín.

En síntesis, *Archivos* no fue nunca una revista enchalecada en una centralidad “obrerista”, tosca y elemental, a la que unos pocos críticos quieren arrumbarla. Ya demostramos desde qué sentido historiográficamente complejo recuperamos el concepto “movimiento obrero”, una potente idea-fuerza de la tradición socialista e impulsora de la praxis revolucionaria, desnaturalizada y esterilizada si se la entiende sólo como sinónimo de huelga, organicidad sindical o institucionalidad laboral. En todo caso, nuestra aspiración fue y es contribuir a una historia social, política, cultural e intelectual de carácter integral, crítico y renovado, de las izquierdas, las clases trabajadoras, el movimiento obrero, los feminismos, la teoría marxista y la cultura socialista. Anhelamos seguir generando insumos para reflexionar acerca de cómo han sido, como podrían ser, los intrincados y apasionantes caminos del pensamiento crítico y las experiencias de la emancipación.

Hernán Camarero
Director

DOSSIER:

**Ensayos y debates
sobre historia intelectual y marxismo**



Presentación del dossier

Historia intelectual y marxismo son dos perspectivas teóricas y procedimientos de análisis cuyos vínculos y entrelazamientos –si es que efectivamente puede sostenerse que los mismos existen, por supuesto– resultan en más de un sentido problemáticos. Una de las principales razones de este desencuentro fundamental es que la primera es una división temática de la historiografía que, hacia fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1980, emerge en el norte global –con especial epicentro en la academia norteamericana– no sólo como reacción a la *Kulturgeschichte* y una más antigua historia de ideas sino también como consecuencia de la propia crisis (y crítica) del marxismo. Para los marxistas más presuntamente fieles, por su parte, hacer este tipo de historia siempre ha constituido una suerte de herejía, pues, a su entender, habría sido el mismo Marx quien la tachó de *idealista* y en consecuencia se opuso a ella. Uno de los pocos seguidores del gigante de Tréveris que osó inscribir (parte de) su trabajo en el área de estudio en cuestión fue Perry Anderson (*Campos de batalla*, de 1992), quien, a principios de los años 90 del siglo pasado, además de referirse al mismo como “un campo de batalla de enfoques que rivalizan entre sí”, trazó los contornos generales del que quizás fuera el primer programa marxista propiamente dicho de historia intelectual en sentido amplio.

Por entonces, esta tematización abierta y conflictiva de la especialidad proporcionada por el autor de *Consideraciones sobre el marxismo occidental* campeaba también entre historiadores intelectuales del *mainstream* académico. Fue así que, en 1993, un estudioso del marxismo y la teoría crítica francfortiana como Martín Jay (*Campos de fuerza: entre la historia intelectual y la crítica cultural*) podía señalar que la historia intelectual era “un campo de fuerza de diferentes impulsos” en el que confluyen, se arremolinan e incluso hibridan segmentos completos de

las humanidades y las ciencias sociales –a saber, la filosofía, la filología, la crítica literaria hermenéutica, la antropología cultural, corrientes historiográficas diversas, varias ramas de la sociología, etcétera–. Un poco más recientemente, Anthony Grafton –integrante del comité editorial del prestigioso *Journal of the History of Ideas*–, en el artículo “La historia de las ideas: preceptos y prácticas, 1950-2000 y más allá”, publicado en *Prismas* en 2007, fue incluso más lejos y sugirió que la misma es no tanto “una subdivisión borrosa de la historia” como “una zona sísmica intelectual donde las placas tectónicas disciplinares” convergen y se entrecrocán, “produciendo ruidos de todo tipo”.

En lo que respecta al plano local y latinoamericano, Carlos Altamirano (*Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, de 2005) también ha sugerido que la historia intelectual es algo “que se practica de muchos modos”, teniendo, por lo tanto, más del ingenio del oficio que del adusto seguimiento de protocolos que es propio de la profesión. José Szabón, en *Historia y representación*, por su parte, indicó hacia la misma época –fines de los años 90– que la subdisciplina “constituye un vasto territorio aún en expansión”. Preocupado por propiciar un encuentro entre el marxismo y dicho territorio, Szabón, de hecho, bien podría ser considerado uno de los primeros historiadores intelectuales autóctonos en sentido riguroso. Desde ya que existe una pléyade de (otros) nombres –el de Oscar Terán, por ejemplo–, pues, en el marco de una modernidad periférica como la argentina, pudo haber quienes –sin la necesidad de por ello reclamarse historiadores intelectuales *stricto sensu*– supieron problematizar la producción, difusión, circulación, consumo, dislocación, recepción y apropiación internacional de las ideas, los bienes simbólicos y los artefactos culturales, llegando incluso a proponer pautas de trabajo historiográficas generales y procedimientos metodológicos específicos. En lo que concierne al marxismo en cuanto tal, la monumental labor de traducción, edición y compilación llevada a cabo por José Aricó y sus colaboradores es, en este sentido, una referencia insoslayable.

Los estudios de recepción, sin embargo, constituyen sólo una de las orientaciones generales que se consolidaron como consecuencia de la transición de la vieja historia de ideas impulsada por Arthur O. Lovejoy o Isaiah Berlin hacia la más amplia, polifónica y compleja historia intelectual contemporánea. A su manera, el subcampo se halla determinado por el *material turn* promovido por autores como Robert Darnton, Carlo Ginzburg, Roger Chartier y François Dosse, encontrando además un antecedente fundamental en la *Rezeptionsästhetik* formulada programáticamente por Hans-Robert Jauss y la llamada Escuela de Constanza. En lo que estrictamente tiene que ver con el marxismo y la pregunta por los modos de asimilación y (re)interpretación de autores,

corrientes o teorías referenciados en el mismo que se desarrollaron en los países periféricos, América Latina y en lo puntual la Argentina –aquella problemática a la que el crítico literario brasileño Roberto Schwarz se refirió como *las ideas fuera de lugar*–, Horacio Tarcus y la más amplia actividad del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas son aquí, por supuesto, dignos de mención –*Marx en la Argentina: Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos* (2007) es, en este sentido, una cita obligada–.

A esta orientación *reconstructiva* en historia intelectual –la terminología fue propuesta por el libro ya citado de Sazbón–, cabría oponer una segunda de talante eminentemente *deconstructivo*. Inspirada por el *linguistic turn* acuñado por Gustav Bergmann y popularizado gracias al filósofo Richard Rorty –el *material turn* antes mencionado es, en definitiva, una reacción a este otro primer *giro*–, dicha orientación se caracteriza por volver el análisis sobre sí mismo y atender no tanto a las ideas como a sus condiciones de posibilidad, fundamentos, premisas o supuestos en última instancia contingentes –esto es, las operaciones por medio de las cuales los discursos se articulan y cobran sentido–. Son por lo menos tres las tradiciones convergentes que dan basamento a esta *new intellectual history* enfrentada con la ahistoricidad, los anacronismos, los apriorismos y/o las tautologías: la Escuela de Cambridge animada por J.G.A. Pocock, John Dunn y Quentin Skinner, la *Begriffsgeschichte* de Reinhart Koselleck y el (pos)estructuralismo foucaultiano y derridiano. Elías J. Palti, actual director del Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes y autor del libro *Verdades y saberes del marxismo: Reacciones de una tradición política ante su “crisis”* (2005), es uno de los mayores exponentes regionales de esta perspectiva historiográfica.

El presente dossier aspira tanto a difundir investigaciones efectuadas ya sea en el marco de estas orientaciones generales o en el de alguna otra como a problematizar los más vastos y complicados vínculos existentes entre historia intelectual y marxismo. En su contribución, Omar Acha profundiza en lo que hasta aquí ha sido nada más que esbozado, indagando la eventualidad de un enfoque marxista histórico-intelectual. Seguidamente, Marcelo Starcenbaum y Jaime Ortega Reyna presentan dos estudios de recepción en los que, por un lado, se arroja luz sobre la trayectoria de Alain Badiou en la Argentina y la experiencia de la revista *Acontecimiento*, y, por otro, se contribuye a mapear las lecturas de *El capital* que han tenido lugar en América Latina. En clave algo más ensayística, Eduardo Grüner presenta algunas hipótesis sobre lo que él mismo denomina *sartreanos argentinos*, y Ariel Petrucelli traza una cartografía de la cultura marxista conformada en el país austral durante las últimas cuatro décadas. El dossier culmina con una entrevista en

la que, con motivo de los quince años de la publicación del ya mencionado *Verdades y saberes del marxismo*, Elías J. Palti se explaya sobre su propia concepción historiográfica.

Santiago Roggerone y Hernán M. Díaz

Marxismo e historia intelectual en la Argentina (y más allá): notas para una investigación

Omar Acha

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Universidad de Buenos Aires
Centro de Investigaciones Filosóficas
omaracha@gmail.com

Título: Marxism and Intellectual History in Argentina (and Beyond): Notes for an Investigation

Resumen: La trayectoria de la historia intelectual en la Argentina de los últimos treinta años participa de un proceso correlativo a la crisis del marxismo en términos culturales, académicos y políticos. Ese tránsito historiográfico encuentra semejanzas con trayectorias historiográficas occidentales, pero revela también particularidades nacionales. En la Argentina, la práctica y la teoría de la historia intelectual tuvieron una menor distancia con el marxismo, cuyas peculiaridades son aquí analizadas. La reinterpretación de la teoría crítica marxista de las últimas décadas sitúa en otro marco conceptual –prolongando una hipótesis de José Sazbón formulada en 1997– la posibilidad de que el marxismo intervenga en las proyecciones de investigación de la historia intelectual. Este trabajo interrelaciona historia y teoría enfocando en los derroteros historiográficos argentinos como índices de debates más amplios.

Palabras clave: marxismo – historia intelectual – teoría crítica – historiografía argentina

Abstract: The trajectory of intellectual history in Argentina in the last thirty years participates in a process correlative to the crisis of Marxism in cultural, academic and political terms. This historiographic transit finds similarities with western historiographic trajectories, but it also reveals national peculiarities. In Argentina, the practice and theory of intellectual history never interrupted a relationship with Marxism, which peculiarities are analyzed here. The reinterpretation of Marxist critical theory of the last decades places in another conceptual

framework the possibility –prolonging a hypothesis raised by José Sazbón in 1997– that Marxism intervenes in the research projections of intellectual history. This work interrelates history and theory, focusing on Argentine historiographic paths as indexes of broader debates.

Keywords: Marxism – Intellectual History – Critical Theory – Argentine Historiography

Recepción: 28 de diciembre de 2020. **Aceptación:** 15 de febrero de 2021

* * *

1. Marxismo e historia intelectual: ¿divorcio por incompatibilidad de caracteres?¹

La conexión conceptual entre la disciplina de la historia intelectual y el marxismo es problemática. La búsqueda en Google Scholar o en JSTOR de referencias bibliográficas con los términos en inglés de “marxismo” e “historia intelectual” es infructuosa. Nada modifica introducir los mismos conceptos en otras lenguas o variaciones booleanas en las palabras-clave del *searching*. Lo que aparece es el marxismo en tanto *tema* de la historia intelectual, como en los libros de Horacio Tarcus sobre el marxismo en la Argentina o el de Carlos Illades sobre el mismo tópico en México. En este artículo estudiaré un asunto diferente: la eventualidad de un enfoque marxista en historia intelectual.

La ajenidad entre marxismo e historia intelectual está lejos de ser circunstancial. Existen al menos dos razones para esa exterioridad. En primer lugar, dicha especialidad historiográfica, distinguible de una más antigua “historia de las ideas”, conquista un mayor reconocimiento en contemporaneidad con el cuestionamiento de la historia económica y social con la cual la historiografía marxista supo identificarse. En segundo lugar, los programas de investigación de historia intelectual suelen presuponer una crítica del marxismo o de un conjunto de rasgos explicativos atribuidos al marxismo. Resultante de ello es que un libro destinado a trazar un “estado del arte” de la historia intelectual como el de François Dosse (2007), puede prescindir de toda referencia significativa a la teoría e historiografía marxistas.

La historia intelectual como especialidad historiográfica en la investigación de base universitaria es relativamente reciente. Participa de una mutación paradigmática en los estudios históricos que acompañó al agotamiento de la *golden age* de la sociedad capitalista entre 1945 y

1. Agradezco los comentarios de Valeria A. Caruso, Hernán Camarero y Carlos M. Herrera. Los errores persistentes son de mi exclusiva responsabilidad.

1975, lapso durante el cual la historia social y económica conquistó un sitio preponderante. Considerado desde el punto de vista historiográfico del siglo XX, es posible datar el parteaguas de 1929 que hizo saliente la relación economía/sociedad como un problema. El surgimiento de revistas especializadas con capacidad de durar es un índice de esta relevancia. En 1927 se funda la *Economic History Review* y en 1929 aparece *Annales d'Histoire Économique et Sociale*. Como suele ocurrir, una cronología más precisa introduce complicaciones a un orden estilizado de segmentaciones historiográficas: el *Journal of the History of Ideas* comenzó a publicarse en 1940 y constituyó una referencia insoslayable en la materia pero, justamente, allí encontró su frontera.

El año 1945 constituyó una divisoria secular que verificó un impulso extraordinario de la globalización regida por la expansión del capital. Incluso el socialismo burocrático de la Unión Soviética continuó con su modernización alternativa en competencia con la sociedad capitalista, pero siempre en un orden mundial regido por la valorización. La historia económica y social se hizo hegemónica. La historia de las ideas fue lateral a aquella hegemonía, aunque, como la historia política, continuó vigente en sectores de la historiografía. La historia “intelectual” no existía como tal. A pesar de que la expresión “historia intelectual” estaba presente en el conocido artículo de Arthur Lovejoy inaugural del *Journal of the History of Ideas*, y en 1951 John Higham mentaba su condición proteica en “The Rise of American Intellectual History”, carecía del posterior alcance de delimitador disciplinar (Lovejoy, 1940; Higham, 1951).

Cuando Dominick LaCapra (n. 1939) convocó a un congreso en la Universidad de Cornell –reunido en 1980– para reflexionar sobre la situación de la historia intelectual, uno de sus principales argumentos consistió en señalar su subalternidad respecto de la historia social. Con algunas asincronías, en la historiografía argentina se verificó una cadencia similar.

Hace unos veinte años, el historiador José Carlos Chiaramonte (n. 1931) me relató que él como estudioso iniciado con sus *Ensayos sobre la Ilustración argentina* (1962), comenzó a ser mejor estimado en el gremio historiográfico cuando se dedicó a la historia económica y social resultante en su libro *Nacionalismo y liberalismo económicos* (1971). La historia de las ideas constituía un género secundario. No modifica la situación que algunos referentes de importancia como José Luis Romero y Tulio Halperin Donghi pudieran practicarla a su manera. Mientras tanto, diversas versiones del marxismo generaban usos en términos historiográficos por parte de nuevas camadas de investigadores en las décadas de 1960 y 1970. Para esas recientes promociones, las ideas, representaciones y conceptos, carecían de interés autónomo.

Desde los primeros años de la “transición democrática” posdictato-

rial, una nueva generación de investigadores, incluso filiándose en la “renovación” posterior a 1955 y vigente hasta 1976, procuró actualizar el panorama historiográfico sin necesariamente extrañarse de la historia social, de las referencias de *Annales* o del marxismo (sobre todo el británico). Los debates históricos centrales de esos años, a saber, a propósito del gaucho en la campaña rioplatense del siglo XIX, respecto de la tesis del pluralismo cultural en las migraciones del periodo 1870-1930 y a propósito de los “sectores populares” *versus* la clase obrera del siglo XX, aunque con aspiraciones innovadoras, pertenecían a un horizonte conceptual comunicable con los marcos analíticos previamente vigentes.

Si también en la Argentina el nombre de Michel Foucault se imponía como una cita cada vez menos soslayable en las introducciones de las tesis de posgrado, no solo en historia, su característico enfoque discursivo –más allá del concepto de dispositivo que raramente halló plasmación metódica– coexistió con preguntas sobre los contextos sociales del pensamiento y de las textualidades. Jamás se produjo un corte radical con la historia social en beneficio de un indeterminismo textualista, lingüístico o discursivo, a pesar de algunas evaluaciones apresuradas sobre “la moda del posmodernismo”.

En verdad, también en lo que comenzaba a denominarse la *new intellectual history* en la historiografía del norte global, la transformación más relevante estaba *in fieri* hacia fines de la década de 1970, particularmente en lo tocante a la aproximación discursiva. Los elencos bibliográficos estaban en formación. En el hoy casi legendario volumen editado por LaCapra y Kaplan en 1982, *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, la centralidad reconocida al posestructuralismo francés hacia innecesario apelar de manera consistente a la pragmática del lenguaje de la Escuela de Cambridge (Dunn, Pocock, Skinner). Empleando una desgastada dicotomía, el volumen se nutría más de la filosofía “continental” que de la batería “analítica” asociada al *linguistic turn*. Por otro lado, los efectos de la *Begriffsgeschichte*, ya consolidada en la historiografía germanoparlante, recién comenzaba a percibirse allende Alemania.

El libro de LaCapra y Kaplan contenía una dificultad constitutiva que presidía, con sus respectivos matices, las contribuciones de Roger Chartier y Martin Jay. Se trata de la dualidad entre lo que ingresa al ámbito de lo intelectual-discursivo y lo que, sin ser ajeno al mismo, involucra aspectos diferentes de la vida social. Las versiones sofisticadas de la historia intelectual suelen apelar al concepto de “práctica” para sustraerse al reproche habitual a la historia de las ideas como subsidiaria del platonismo, de presuponer un plano ideal ajeno a la realidad concreta. Sin embargo, las dificultades de la mencionada dualidad no cesan de reproducirse. La fórmula foucaultiana de “práctica discursi-

va” o la austiniana de “fuerza ilocucionaria” reintroducen en su seno aquello que procuran neutralizar, esto es, el problema de los contextos tan evidente en la historia de las ideas.

Es así que en *La arqueología del saber* el concepto de “práctica no discursiva” es vacilante, y algo similar ocurre con el “contexto” en John Austin, tal como indicó con rigor Jacques Derrida en “Firma, acontecimiento, contexto”. El debate entre Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer a propósito de la universalidad de la lingüística hermenéutica redundaba en la misma encrucijada teórica. Estas incertidumbres acompañan hasta hoy a la historia intelectual. La dificultad de coligar textos o representaciones y prácticas –precisamente aquello que la distinguiría de la “tradicional historia de las ideas”– constituye un problema inherente a la gramática de la historiografía intelectual.

Dicho esto, la particularidad argentina demanda reconocer las singularidades y temporalidades específicas de una investigación historiadora en reconstrucción tras la sangrienta dictadura militar concluida en 1983. Un volumen publicado a fines de la década de 1980, *Historiografía argentina: 1958-1988*, proporciona un itinerario de la historia de las ideas en la contribución del filósofo Arturo Roig (Hugo Biagini, otro cultor de la especialidad, se ocupó de las “ideas filosóficas”). La historia intelectual no constituía una rama autónoma. Roig mencionó al pasar la historia intelectual entre otras formulaciones próximas, así como subrayó la reciente importancia concedida a “las palabras” y al “discurso”, aunque para su propio trabajo halló sede confortable en la legitimidad de la historia de las ideas. Por esos años, la historiadora social y política Hilda Sabato presentó en la revista *Punto de Vista* una actualización de las novedades sobre la *intellectual history* suscitadas por el volumen editado por LaCapra-Kaplan y *La gran matanza de gatos* de Robert Darnton. En su crónica, en la cual las preguntas de la historia social no eran irrelevantes, se subrayaban las incertidumbres de una apertura interesante.

Un diferendo local a propósito de este momento historiográfico asomó en la lectura que un historiador social como Juan Carlos Garavaglia (1944-2017) elaboró sobre el libro de Jorge Myers (n. 1961), *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista* (1995). La intervención de Garavaglia expresó un desencuentro entre la historiografía económico-social y la “nueva” historia de las ideas que pronto sería “intelectual”. Myers, quien como Elías Palti, a quien haré referencia pronto, había estudiado en la academia euroatlántica, introdujo una perspectiva novedosa ligada al estudio de los “lenguajes políticos” y el republicanismo. Garavaglia reprochó al enfoque de Myers el situarse en el plano discursivo y textual sin incorporar las condiciones reales de los debates “agraristas” del periodo rosista en el Río de la Plata (Garavaglia,

1996). Según el crítico, Myers acudía a referencias más o menos plausibles de una tradición republicana de contornos imprecisos, forzando un desplazamiento metodológico desde otras historiografías mejor pertrechadas con conocimientos de la época. Sobre el Río de la Plata aún se desconocían demasiadas cosas del período rosista como para desentrañar adecuadamente el significado histórico de ciertos discursos, los que no podían ser estudiados solo en referencia a otros discursos.

Myers respondió al comentario de Garavaglia con aclaraciones sobre el objeto de su análisis. En esencia, puntualizó que en su libro había investigado “los lenguajes políticos, sus formas de producción y circulación, y sus usos, durante la época rosista” (Myers, 1996: 184). El aleccionamiento de Garavaglia expresaría una preferencia historiográfica respecto de la cual otras aproximaciones serían, lógicamente, secundarias o precarias. La pregunta de Myers no pretendía averiguar el “origen” de los discursos, fuera en otros discursos o en las disputas en torno a la producción agraria. Procuraba restituir el “sentido” que los hechos discursivos revelaban de la circulación del republicanismo en el periodo. El autor reaccionó a la reseña por algo más que una autodefensa: es que el reseñista asumía en su examen el gesto de una jerarquización historiográfica. Y debe admitirse que el señalamiento era apropiado: los comentarios sobre el mismo libro preparados por Tulio Halperin Donghi (*Anuario del IEHS*, 12, 1997) e Hilda Sabato (*Revista de Ciencias Sociales*, 3, 1995) ponderaron la conveniencia de ahondar las dimensiones prácticas prometidas pero no del todo exploradas por Myers, sin atribuirse la condescendencia historiográfica esgrimida por Garavaglia.

En efecto, no se verificó de manera general una actitud reactiva ante la naciente historia intelectual. Al respecto, la tarea historiadora e institucional del filósofo Oscar Terán (1938-2008) fue decisiva. Formado en una época en que todavía la historia de las ideas gozaba de cierto prestigio, acompañó la renovación de la especialidad y facilitó una metamorfosis de vocabulario. Tan importante como eso fue que acompañó la emergencia de una nueva generación historiográfica, munida de más recientes bibliografías, con la que hizo ingreso decidido a la historia intelectual tal como hoy la conocemos.²

Para Terán, como para su coetáneo Carlos Altamirano (n. 1939), el horizonte del “campo” en formación era heterogéneo, admitía matices

2. Tiene un lugar destacado en esa tarea la creación del Programa y luego Centro de Historia Intelectual en la Universidad Nacional de Quilmes, la publicación desde 1997 de *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, y la aparición, coordinada por Carlos Altamirano, de los dos volúmenes de la *Historia de los intelectuales en América Latina*. Un análisis de la significación de este núcleo de investigación exigiría un estudio imposible de desarrollar aquí.

y diferencias. No había una sola manera de aproximarse a la historia intelectual. Por ejemplo, en una nota de 1991, “Breve apología de la historia intelectual”, Altamirano ponderó la publicación relativamente reciente de estudios como *La tradición republicana* de Natalio Botana, *Ingenieros: pensar la nación* de Terán, *José Hernández y sus mundos* de Halperin, y dos allegados desde la crítica literaria con interés histórico, *Una modernidad periférica* de Beatriz Sarlo y *El criollismo en la formación de la Argentina moderna* de Adolfo Prieto. La cuestión de una “modernidad” peculiar era un hilo conductor posible que permitía engarzar todos esos estudios (Altamirano, 1990-1991). Los nombres de John Pocock o Koselleck eran ajenos al tenor conceptual de esos trabajos. La excepción fue el libro de Botana, donde se citaba a Skinner y Pocock, aunque su enfoque tradicional identificaba modelos ideales en Sarmiento, “la república de la virtud”, y en Alberdi, “la república del interés”.

Es imposible hacer aquí justicia a la complejidad de Terán como historiador. Me interesa sintetizar su significación historiográfica, a riesgo de simplificar, porque muestra una cuestión atinente a la materia del presente artículo (un análisis detallado en Acha, 2017). Para el Terán retornado del exilio mexicano, la Argentina de los años 80 implicó una revisión profunda de sus previos convencimientos marxistas, y el análisis histórico de las ideas de izquierda constituyó una de sus preocupaciones perdurables. Las ideas de la razón eran ambivalentes, pues junto a sus potencias emancipatorias podían soñar con monstruos y suscitar pesadillas tiránicas. Era lo que según Terán había acontecido con el marxismo durante el tramo en que se crearon las condiciones de una licuación del pensamiento crítico en la “crítica de las armas”: *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, es un clásico de nuestra historiografía (Terán, 1991). Es también uno de los mayores documentos producidos en la Argentina a propósito de la figura de la crisis del marxismo.

El objeto y el autor, el pasado y el presente, se confundían en una investigación que problematizaba las derivas políticas del marxismo con sus varias fusiones (por ejemplo, con el nacionalismo) junto a un mandato que no olvidaba pero mudaba con decisión el terreno en que situaba la perspectiva de análisis. Lo importante es que si el mensaje de *Nuestros años sesentas* era que tras la historia vivida no se podía ser marxista, el posmarxismo de Terán continuaba reflexionando sobre la historia del marxismo. Por eso la historia de las ideas constituía un dispositivo menos complaciente que las memorias heridas o épicas para revisar el pasado. Y si el marxismo era cuestionado por su incapacidad para pensar una política democrática, también lo era como guía metódica para estudiar la historia de las ideas, fuera que primara un sentido objetivo de la Historia, una reducción clasista del pensamiento

o un aplastamiento economicista de las prácticas intelectuales. En su singular posmarxismo, Terán acuñó una perspectiva que sin necesariamente abandonar conceptos marxistas de validez particular, fuese pluralista y versátil para apelar a otros archivos conceptuales acordes con las exigencias de la investigación concreta.

La crisis del marxismo –aunque supeditada a una inquisición mayor ligada a la identidad latinoamericana– es presupuesta en otra línea de la historia de las ideas que aquí no será examinada, pues desarrolla una aproximación que dialoga con la filosofía, el ensayo y los estudios culturales antes que con la historiografía. Hace de la crítica del eurocentrismo un momento central de una redefinición de la historia de las ideas, y el marxismo en ese razonamiento sería europeísta (a pesar de Fanon y Mariátegui). Me refiero a la filosofía latinoamericana de las ideas y a la “opción decolonial” desarrolladas desde una reconversión de la línea interpretativa de Leopoldo Zea y Arturo Roig, reinterpretada tras las intervenciones críticas de Walter Dignolo y Enrique Dussel. Afincadas en nutridos grupos de investigación con sede en las universidades de Córdoba, Cuyo y Lanús, merecerían un examen autónomo. Regreso entonces al surgimiento de la historia intelectual entre los escombros de una reciente crisis del marxismo.

En lo tocante a las nuevas promociones historiadoras de los años 90, su espacio de experiencia fue muy otro que el de Terán. La condición posmarxista era una premisa o un proceso en curso. Para algunos de sus integrantes no constituía un problema relevante. Para otros, la deconstrucción del marxismo fue una y la misma cosa que la edificación de un programa de historia intelectual. Para muy pocos fue también una posibilidad de disputar un lugar para el marxismo entre las prácticas historiográficas. Sin embargo, nuevamente naufraga la miseria de las periodizaciones. En este lugar, aquella de las segmentaciones generacionales, pues un ensayo de reconexión entre teoría crítica marxista e historia intelectual fue esbozada por un integrante de la generación de los años 60, el filósofo José Sazbón (1937-2008). Antes de visitar la propuesta de Sazbón necesito dar un rodeo en torno a la problemática contemporánea del marxismo como teoría crítica. Es que si fuera inviable conciliar alguna versión de la teoría marxista con la historia intelectual, las disquisiciones ulteriores serían ociosas. Admito que el siguiente rodeo es también el síntoma de una dificultad en el marxismo existente antes y después del giro lingüístico.

2. Las transformaciones del marxismo y la historia intelectual

Las décadas que verificaron la declinación relativa de la historia socioeconómica y la emergente primacía de las historiografías política y

cultural, con las cuales la historia intelectual estuvo emparentada, fueron paradójicas. Lo paradójico consiste en lo siguiente: al mismo tiempo que se imponía –con el parteaguas de la caída del “socialismo realmente existente” entre 1989 y 1991– un irrefrenable viraje posmarxista en el escenario intelectual y académico, la dominación global de la sociedad capitalista como un todo planetario se tornó el dato central de nuestra época. Dicho en otras palabras, cuando se consolidaba la pertinencia del marxismo como teoría crítica de una lógica global objetiva, el marxismo experimentaba un declive en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales.

Tal mutación sería inexplicable desde una inducción que acumulara defecciones antiguas y cegueras recientes asumidas como efectos “ideológicos”. Es razonablemente convincente, según pretende Perry Anderson, la evaluación por Fredric Jameson del “posmodernismo” como la “lógica cultural” del “capitalismo avanzado”. Los planteos posestructuralistas y posfundacionalistas corresponden miméticamente, en el plano de la teoría, con las formas de acumulación capitalista posfordista o neoliberal: plurales, fluidas, diseminantes, deconstructivas, etcétera. Por eso pueden describir rasgos de la realidad global pero no explicar su lógica sistémica. De ello no se sigue, sin embargo, que el marxismo sea aún esclarecedor.

Decir “marxismo” implica abrir una Caja de Pandora. Marxismos hubo muchos, y es intrínsecamente discutible que se puedan encauzar en un Sistema gracias a la lectura de “lo que Marx efectivamente dijo”. Marx mismo es un archivo inconcluso y contradictorio de textos, fragmentos, cartas, notas, esbozos, sobre los que no podemos hacer otra cosa que interpretar. Con eso no sugiero que nos hallamos en un laberinto de arbitrariedades dilemáticas, sino más bien ante responsabilidades teóricas e interpretativas.

Debe admitirse que entre los marxismos desarrollados por varias generaciones de intelectuales y activistas hubo algunos que lo tornan incompatible con cualquier proyecto sofisticado de historia intelectual. Me refiero a un presunto realismo materialista que hace de lo económico o lo social un fundamento respecto del cual lo cultural o discursivo sería derivativo. Atribuir eficacia a las prácticas discursivas, a las configuraciones textuales o a las formas simbólicas constituye, para esa interpretación del marxismo, un idealismo. Por supuesto, las formulaciones teóricas no se reflejaron mecánicamente en la investigación marxista. Se produjeron excelentes estudios legibles retroactivamente como historia intelectual: la *Historia social de la literatura y el arte* de Arnold Hauser, *El dios oculto* de Lucien Goldmann o la *Obra de los paisajes* de Walter Benjamin.

Lo que quiero elaborar aquí de una manera sucinta es una reinter-

pretación del marxismo, rastreable hasta los años 60 del siglo pasado, donde se pueden hallar elementos para una discusión, a primera vista implausible, del nexos con la historia intelectual.

Me refiero a la línea de trabajo abierta en la estela de la *Dialéctica negativa* de Theodor Adorno.³ El punto de partida consiste en leer en el Marx posterior al reinicio de sus investigaciones de una crítica de la economía política en 1850, no una teoría positiva de la determinación válida como explicación general de la historia, sino una teoría crítica de la lógica social y contradictoria específica de la sociedad capitalista. La totalidad no es en ese argumento un ideal al que regresar, como aparecía en György Lukács y era subyacente a la utopía de un comunismo de la sociedad reconciliada consigo misma. El todo capitalista compone una formación contradictoria generada por la emergencia de un principio social de mediación: el trabajo abstracto generador de un automovimiento enajenado, el valor que se valoriza a través de la apropiación de plusvalor, fenoménicamente perceptible en la forma dineraria y en la extensión universalizante del mercado mundial.

Esa lógica no es exclusivamente económica: se verifica en todos los planos de la experiencia, asumiendo configuraciones concretas irreductibles a una sola forma de acumulación o explotación, incluidas aquellas mediaciones de la vida “privada” y de las “ideas”. De hecho, un principio incorporado en la acumulación capitalista, el desarrollo de la ciencia y de la tecnología orientado a la amplificación del plusvalor relativo, es el índice de una materialidad inadecuadamente opuesta al idealismo. El punto de apoyo arquimedeano de la plasmación de una historia intelectual en el marxismo del siglo XXI consiste en desplegar el concepto de “trabajo intelectual”.

La sociedad del capital es la más intelectual de todas las sociedades complejas conocidas. No por la razón modernocéntrica de que las otras formas sociales sean más simples o inmediatas, sino porque la sociedad capitalista desarrolla un “intelecto general” (*general intellect*, escribe Marx en los cuadernos denominados *Grundrisse*) como aspecto de un automovimiento ciego de expansión. Por eso carece de sentido preguntarse cómo impactan la economía o la lucha de clases en la vida intelectual, como también por sus efectos en lo inconsciente o en la

3. Sorprenderá la ausencia en esta sección de las intuiciones de Antonio Gramsci sobre los intelectuales. El influjo del historicismo crociano tornó al marxismo gramsciano sensible al plano “espiritual”. Sus apuntes sobre la vida intelectual fueron creativos y sutiles. Las funciones y distinciones de la cimentación intelectual de las relaciones entre las clases sociales generaron una frondosa bibliografía. Sin embargo, la aceptación del concepto de superestructura y la remisión del análisis a los fundamentos de clase suscitan problemas cuya discusión requeriría elaboraciones imposibles de desplegar aquí.

teoría. Trabajo, representaciones y afectos, cosificación y generación de autonomías relativas, constituyen aspectos de una complejización social subordinada a la acumulación capitalista, que en modo alguno simplifica y suprime las diferencias: se alimenta de ellas como dimensiones de la multiplicación de ofertas mercantiles e instancias de densificación de la ganancia. Ciertamente puede ser investigada la relación entre recursos económicos o producción social y vida intelectual, o entre antagonismos de clase y representaciones culturales. Solo que es irrelevante para la propia teoría interrogarse *dónde* se encuentra un índice de eficacia mayor en el Leviatán capitalista.

El marxismo es, así, una teoría crítica de las prácticas mediadas en un todo alienado, si entendemos por esto el que se reproduce a sí mismo más allá de las intenciones de individuos, clases o élites. Como no hay un sujeto dentro de la máquina, la “sociedad” es contradictoria en numerosos planos, internos a los sectores de la producción e intercambio, a las relaciones entre las clases sociales, a los problemas sistemáticos de legitimación política, a la generación de prácticas intelectuales, entre otros. En contraste con la teoría, la historiografía introduce la interrogación de qué hacen los actores individuales y colectivos en sus contextos de tal manera condicionados; por eso mismo se pregunta por las metamorfosis de sus condicionamientos.

Desde el punto de vista de una reinterpretación del marxismo como teoría crítica de la sociedad, no se verifica una oposición con algunas premisas de la historia intelectual, tales como la autonomía relativa de las significaciones, la posibilidad de apropiaciones y fluencia de las representaciones, la complejidad de la cultura y sus diversidades glocalizadas. Para lo que aquí interesa, no obstante, es adecuado el señalamiento de Jürgen Habermas respecto de una devaluación en Marx de la interacción y las acciones comunicativas. Solo que en mi parecer esa es, paradójicamente, una dificultad y una virtud.

La crítica del valor involucra, en el análisis concreto de las prácticas del uso del lenguaje, la investigación de las mutaciones en las competencias discursivas debidas a la aceleración y multiplicación de la experiencia social. Pero el marxismo no es una teoría del lenguaje, la que no puede ser restringida en una clave historicista pues la facultad del lenguaje es transhistórica aunque sea afectada por los procesos históricos particulares. Lo mismo ocurre con fenómenos surgidos históricamente y devenidos en universales, tales como el monoteísmo, una cuestión crucial para la historia intelectual. El marxismo puede indagar cómo se interrelacionan las formas religiosas con la universalidad capitalista del dinero, pero debe renunciar a sostener la cifra de una explicación especulativa, si no desea enfrascarse en la desacreditada “filosofía de la historia”.

La rehabilitación del marxismo en la historia intelectual solo en parte puede comenzar en Lukács debido a su premisa romántica de una comunidad integrada luego fracturada por la racionalidad capitalista. Tal vez, con todo, se pueda rescatar del enfoque lukácsiano el libro de Lucien Goldmann, *El dios oculto* (1955), una lectura de la tragedia en Racine y Pascal. El estudio de Goldmann presupone un sistema de círculos concéntricos de determinación que alcanza una plasmación formal idónea, sostiene el autor, para comprender la peculiaridad histórica interna a las visiones del mundo del siglo XVII legibles en los escritos de Pascal y Racine. De tal manera, el círculo de la sociedad (1) y el círculo de las relaciones de clase (2), no se imponen mecánicamente sobre el tercer y más específico círculo de las obras concretas o, con mayor precisión, de su “estructura significativa” (3).

Un cuarto de siglo más tarde, el crítico literario Fredric Jameson tradujo el planteo de Goldmann en una imaginativa mixtura de Hegel, Althusser y Lacan en su obra *El inconsciente político* (Jameson, 1981). Para Jameson, los círculos convergentes de historización remitían a los modos de producción (1), las luchas de clases (2) y los textos concretos (3) que procedía a examinar en su libro.

Una dificultad del enfoque compartido por Goldmann y Jameson consiste en que permanece supeditado al proyecto del marxismo como materialismo histórico. Jameson llega incluso a reinterpretar lo Real en Lacan como la Historia y ésta es conceptualizada como una teoría de los modos de producción, proyectando entonces a la “historia” características intransferibles de la sociedad capitalista. Al comprender la “sociedad” o el “modo de producción” como totalidades, los otros dos círculos de la conflictividad ideológica y de las obras se pliegan en una temporalidad única. Entonces están constreñidos a hacer ingresar con fórceps a sus lecturas todo aquello que remita a incertidumbres de determinación o temporalidades heterogéneas. Por el contrario, si una historiografía marxista es posible, incluida la intelectual, es siempre no-toda, coexiste con dimensiones irreductibles a la soberanía del capital. En consecuencia, a medida que el objeto de investigación se aleja del contexto capitalista, la utilidad del análisis marxista se reduce y exige convocar a teorías diferentes.

Otro inicio que deseo emplazar aquí concierne al proyecto teórico de Alfred Sohn-Rethel en su largamente meditado estudio *Trabajo intelectual y trabajo manual*, cuya versión final data de 1989. La elaboración de Sohn-Rethel comporta una crítica histórico-dialéctica de la epistemología kantiana. La teoría del conocimiento con la cual Kant se propuso fundamentar filosóficamente las condiciones de posibilidad de la ciencia newtoniana predicaba la ahistoricidad de las formas puras de la intuición sensible, de las categorías del entendimiento y en consecuencia

de la facultad cognitiva del sujeto trascendental. Los rasgos ahistóricos del sujeto kantiano son, argumentó Sohn-Rethel, deshistorizaciones ideológicas de la subjetividad burguesa. La individualidad cognitiva del sujeto trascendental, supuestamente universal, corresponde con la forma-sujeto derivada de la generalización de la forma-mercancía. El individuo narcisista, la abstracción del tiempo lineal y del espacio continuo, la docena de categorías, son formas históricas y arbitrarias consagradas como trascendentales por la “filosofía crítica”.

Sohn-Rethel provee los recursos *elementales* de un clivaje marxista en la historia intelectual. Una investigación de las prácticas intelectuales en el sistema burgués inscribe sus posibilidades y autonomías en el mundo ordenado por la valorización ampliada del capital. Insisto en que los planteos de Sohn-Rethel son elementales de una teoría crítica adecuada a una historia intelectual pues se requiere de un enorme trabajo filosófico e histórico para desplegarlo. En principio, se impone prolongar la crítica de la epistemología en una analítica histórica de las prácticas intelectuales (y no solo de ese tema más delimitado que es la “historia de las y los intelectuales”). De tal manera, se podría transitar de la “abstracción real” con que Sohn-Rethel sintetiza la generación de formas de pensamiento teórico en la cotidianidad mercantil burguesa, a una “abstracción social” verificada como preconditione sistémica de las prácticas, incluidas las intelectuales. Finalmente, esa conexión fundamenta una vertiente crítica de lo intelectual como producto ambivalente de la producción capitalista de la realidad social.

Sin duda lo que viene de ser dicho a propósito de la teoría crítica parece ajeno al contexto intelectual argentino en el clima ideológico finisecular. No obstante, esta agenda encuentra un precedente local.

Ante la crisis del marxismo

A fines de la década de 1990, el filósofo e historiador intelectual José Sazbón propuso reconectar lo que por entonces estaba seccionado: la teoría crítica de raigambre marxista y la historia intelectual (Sazbón, 1997; un análisis en García, 2011). La hipótesis de Sazbón era original y contaba con escasos antecedentes recientes, uno de los cuales podría ser el libro *Socialismo fin-de-siècle* de Martin Jay (1990).

La argumentación de Sazbón tenía dos goznes articuladores. En primer término, destacó retrospectivamente la relevancia de estudios generados desde la teoría crítica francfortiana para la nueva historia intelectual. En particular, resaltó la fertilidad de los análisis benjaminianos de la modernidad decimonónica en París y de los estudios habermasianos sobre las mutaciones de la esfera pública burguesa en el siglo XVIII. En segundo término, subrayó el interés emancipatorio

de la teoría crítica usualmente licuado en la historiografía intelectual contenida en el afán reconstructivo. Es preciso subrayar, sin embargo, que la historia intelectual reciente no siempre puede ser remitida al ar- cón burocrático de una academia desinteresada por una teoría crítica.⁴

Sin rescindir la erudición documental y la rigurosidad conceptual, argumentó Szabón, caracteriza a una posible contribución de la teoría crítica a la historia intelectual la “cita secreta” con los vencidos del pasado (Benjamin) o los supuestos normativos de una acción comunicativa exenta de distorsiones sistémicas (Habermas). La semilla de Szabón cayó en terreno yermo mientras las antiguas y nuevas generaciones diagnosticaban un agotamiento irreversible del marxismo.

Los confines del siglo XX fueron aciagos para postular una sinergia entre teoría crítica (marxista) e historia intelectual. Una visita a la encuesta sobre “las ideas y sus historiadores” realizada por Alejandro y Fabián Herrero (1996) ilustra esa situación. Otro documento al respecto es el libro compilado por Elías Palti (n. 1956), con un título que también definía un campo problemático: *Giro lingüístico e historia intelectual* (1998). El trabajo de Palti se desplegaba a partir de la noción de una crisis de la representación, problemática alrededor de la cual organizó una recopilación de debates teóricos norteamericanos suscitados por el giro lingüístico en las humanidades. En ese momento dicha crisis, derivada de la emergencia de la relatividad, señalaba el autor, era compartida por el arte y la historia intelectual. Los escritos posteriores de Palti mantuvieron la premisa de una crisis de la representación, reorientada a la representación política. Su enigma fue y es la crisis del marxismo, aunque luego la situara en el contexto más dilatado de un desfondamiento de “lo político”.

En el trabajo de 1998 la situación crítica se despliega en la asunción del giro lingüístico –definido en términos de “los modos de producción, apropiación y circulación de los sentidos” (1998, p. 20, n. 5)– como otra cosa que la resolución de la mencionada situación. De allí que el giro

4. Russell Jacoby (1992) lo planteó de esa manera en una acerba impugnación de las perspectivas de Hayden White y Dominick LaCapra. Como señaló el propio LaCapra en su respuesta, Jacoby cuestionaba a la nueva historia intelectual en el contexto de su enérgico enjuiciamiento de la domesticación de los intelectuales en los Estados Unidos. El formalismo de White y el textualismo de LaCapra expresarían matices de una renuncia a cuestionar la sociedad contemporánea. Es impracticable desplegar aquí un examen del planteo de Jacoby. Lo cierto es que la réplica de LaCapra (1992), y en verdad gran parte de su obra, no suponen la renuncia a una teoría crítica. Por el contrario, sus estudios plantean explícitamente la reconstrucción de una teoría crítica en la cual el marxismo es más un objeto de análisis que un insumo analítico. Al menos tres de sus libros portan “teoría crítica” en sus títulos (LaCapra, 1989, 2004 y 2013), donde el historiador intelectual procura un diálogo entre Marx, Freud y Derrida.

“lingüístico” no pudiera asimilarse con el giro “interpretativo”. Su eficacia involucraba la caída de toda promesa hermenéutica.

El carácter “intelectual” de la historiografía propuesta por Palti no obedece a su objeto (intelectuales, discursos, pensamientos, etcétera), sino a una autorreflexión historiadora en términos teórico-políticos. Así ocurre con el itinerario construido de programas interpretativos desde el seminal ensayo de Skinner sobre la historia de las ideas publicado en 1969, las incertidumbres del contextualismo que transita de la intencionalidad a la legibilidad epocal, es decir, a una disolución del texto como documento en beneficio de una metacrítica de la producción en el ámbito del saber humanístico. En ese preciso lugar se concentra la diferencia con la historia de las ideas que, como señaló a propósito del *Journal of the History of Ideas*, se restringía a su especialidad. La historia intelectual detenta otra ambición: la de evidenciar que toda historiografía es historia intelectual.

El planteo de Palti halla también “puntos ciegos” en un *linguistic turn* que en sus diversas variantes socava sus propias justificaciones racionales al verse constreñido a incorporar sucesivos niveles reflexivos (de la lingüisticidad de los objetos estudiados a la de la recepción de sus resultados y, luego de dicha recepción a las condiciones de producción académica, y así hasta el infinito). De tal manera, ni la tropología en Hayden White, ni la historia marxisto-lacanianana en Fredric Jameson se autoexplican. Requieren de instancias metateóricas que no pueden ser también tropológicas o marxisto-lacanianas, pues su tautología reenviaría a nuevos planos meta-metateóricos. El lenguaje, cualquiera sea la teoría lingüística utilizada, no es un nuevo fundamento. Ya entonces, “una dimensión de las prácticas sociales que trascienden la instancia textual” (Palti, 1998, p. 166) proveía el contrapunto de las construcciones de lenguaje que el autor no soñaba evadir.

Desde entonces Palti desarrolló una obra vasta y de primera importancia en la historia intelectual latinoamericana. Textos como *Verdades y saberes del marxismo* (2005) y *Una arqueología de lo político* (2018), son de lectura recomendable para cualquier público lector interesado en una reflexión sobre la teoría crítica en el inicio del siglo XXI. Para el objeto del presente trabajo, su enfoque postmarxista, orientado a la detección de aporías constitutivas que erosionan las premisas en que se sostiene un régimen discursivo, requiere mayores mediaciones.

El trabajo reciente de Palti retoma el esquema de Foucault en *Las palabras y las cosas* transfiriendo el análisis de lo epistémico a lo político y añadiendo una nueva fase, la de disolución de las categorías histórico-filosóficas sustantivizadas descriptas por Koselleck para el *Sattelzeit* de acceso a la modernidad. Matrices simbólicas autónomas –aunque socavadas por la relación a la larga insostenible entre inmanencia y

trascendencia en que se funda lo político– constituyen las precondiciones de la periodización.

Palti asume una definición imposible de ser admitida sin una teorización poshistórica y postpolítica de la historia: la obsolescencia de lo político del siglo evolucionista y teleológico que fue el XIX y el pragmático y subjetivista que fue el siglo XX. El historiador intelectual lee su época desde un agotamiento que no genera su propia superación. Entonces, si bien Foucault le permite segmentar épocas de discutible validez general, es Derrida y su deconstrucción quien provee al historiador argentino del último refugio metódico ante el derrumbe definitivo del marxismo: el gesto interminable de una promesa caída, la sombra de un fantasma destinado a desconocer su propia obsolescencia. Incluso la tragedia que si no habilita transformar el mundo al menos admite entenderlo lúcidamente, ha perimido. Nuestra contemporaneidad sería postrágica. El horizonte conceptual de Marx, ese lector apasionado de Shakespeare, se ha disuelto. He allí el argumento de un difícil diálogo del pensamiento de Palti con la investigación marxista. No obstante, pienso que si algunos posmarxismos participan de una historia del marxismo (tesis que es inviable explicar aquí), la historia intelectual arqueológico-deconstructiva de Palti es uno de ellos. Una de las enseñanzas de la historia intelectual es que los autores son súbditos de las significaciones de sus discursos.

4. La historia intelectual en términos de “recepción” y la historia social

El antes citado ensayo de Sazbón no refuta el diagnóstico general con que comenzó el presente artículo. Pero matiza una circunstancia argentina en la que el marxismo, ciertamente disminuido, tuvo una exilar sobrevida. Así las cosas, cuando Carlos Altamirano preparó un breviario sobre los estudios de “los intelectuales”, en contraste con el silencio del libro de Dosse, dedicó un capítulo al análisis marxista. Interesa menos que Altamirano resolviera el tema con referencia a la producción ideológica según *La ideología alemana* y la distinción gramsciana entre intelectuales orgánicos y tradicionales, que el hecho mismo de que tal enfoque mereciera siquiera una esquemática presentación (Altamirano, 2006, pp. 49-68).

En esta circunstancia, es menos sorprendente el perfil del historiador Horacio Tarcus (n. 1955), una referencia insoslayable en el presente análisis. El pensamiento histórico de Tarcus admite ser filiado en el trabajo de Goldmann tal como es reconstituido por su discípulo Michael Löwy. Esto es significativo porque Tarcus retoma de Lukács y Goldmann el recurso a la “visión trágica” para estudiar las trayectorias de Milciades Peña y Silvio Frondizi (Tarcus, 1996). ¿Qué supone la sensibilidad hacia lo trágico sino la apuesta por reactivar la promesa marxista tras la crisis

del marxismo? Otro antecedente proviene de los estudios de José Aricó sobre el socialismo argentino de Juan B. Justo, en los cuales el autor de *Marx y América Latina* defiende, contra el revisionismo histórico de izquierda, su comprensión mejor en términos de un programa político y teórico suscitado por una evaluación perspicaz de la sociedad argentina. Más adelante, Tarcus halló en las elaboraciones de la “estética de la recepción” algunos procedimientos metodológicos para operacionalizar sus investigaciones sobre la circulación del socialismo romántico y del marxismo en la Argentina. Ese desplazamiento metodológico se efectuó sin desarrollar el trasfondo de historia social subyacente en los enfoques –no en la práctica efectiva– de Aricó, cuyos estudios Tarcus (2020a) transfigura retrospectivamente en la clave de la “recepción”.

En una discusión significativa, Aricó (1982) reprocha a la antología de Löwy, *El marxismo en América Latina*, imponer un preconceito de homogeneidad ideológica en sus clasificaciones (marxismos reformista, revolucionario, cientificista, etcétera) allanando las complejidades y mezclas, además de introducir una normativa arbitraria en el análisis histórico. El crítico, por su parte, proyecta estudiar el socialismo argentino del 1900 como expresión de la propia sociedad local y no como una “idea extranjerizante”, desplazando en consecuencia la pregunta por la originalidad de una teoría respecto de su existencia histórica. Los trabajos de Aricó sobre Mariátegui compartieron la misma premisa.

Habilitar una investigación marxista sobre el marxismo en América Latina exige, para Aricó, abandonar la causación económica de la política presente desde Marx. La relación “invertida” entre política y economía es útil para evaluar la capacidad “productiva” del Estado en América Latina. Retomando una sugerencia de Terán, Aricó se empeña en repensar un “marxismo de puntos de fuga”, dispersivo, no hegeliano, si entendemos por ello la afirmación de una totalidad absoluta. Para habilitar la historia del marxismo local –aunque la estipulación era válida para cualquier empresa historiográfica en clave marxista– se requiere cuestionar el uso del concepto de “modo de producción” como equivalente de realidad social. Ese concepto revisado, sin embargo, no podía ser simplemente descartado. Aricó incluso menciona el libro de Habermas de 1976 para convalidar el proyecto de una “reconstrucción del materialismo histórico”.

Perteneciente a otra generación, el enfoque de Tarcus presente en sus trabajos sobre Peña y Frondizi de la década de 1990 no renuncia a los “intelectuales faro”, aunque procura “repensarlos dentro de tramas político-culturales más vastas” (Tarcus, 2015: 15). Como ya indiqué, Tarcus dialoga con *El dios oculto* de Goldmann. Mas en lugar de interrogar los regímenes de derivación entre la sociedad, las clases y los textos, adopta la vía de Löwy de reconstruir itinerarios biográficos de

un marxismo con los que el propio Tarcus se identifica, caracterizado por vocablos tales como heterodoxo, no dogmático, abierto, cálido, herético, trágico... En un largo epílogo reciente a su investigación sobre el socialismo romántico en el Río de la Plata, Tarcus (2020b: 255-325) complementa las reconstrucciones de biografías político-intelectuales con un análisis próximo a la historia conceptual.

La apelación al tema de la “recepción” y de la “lectura”, que no es inexorable filiar en el marxismo, permite despejar problemas imaginarios suscitados por inquisiciones desencaminadas tales como la de si Esteban Echeverría leyó correctamente a Pierre Leroux y Juan B. Justo a Marx, o la de si tal o cual actor hizo un uso inadecuado, empobrecedor o preciso del marxismo.

La obra de Tarcus en varios volúmenes sobre la recepción del socialismo romántico y sobre las primeras lecturas de Marx en la Argentina modifica la cronología de la historia del socialismo y del marxismo locales. También lo introduce en el seno de una historia de la cultura con alcance transnacional. No es seguro que su enfoque involucre dimensiones de una historia social y política, aunque proporciona elementos esenciales para preguntas marxistas, tales como las de una historia global de la circulación de saberes y programas sociopolíticos radicalizados, las condiciones que para esa circulación supone la incorporación plena de la Argentina al mercado mundial, la constitución de un denso sistema de clases sociales, la aparición de partidos políticos de izquierda, la expansión de lo público y los medios masivos de comunicación, entre muchos otros temas relevantes para enriquecer la historia intelectual.

Una agenda del programa de una historia intelectual en términos de recepción, coexistente con su riqueza descriptiva, involucra desarrollar una vinculación no reduccionista con la historia social. En la medida en que los usos se combinan en circuitos y préstamos heterogéneos, la historia intelectual se revela como un aporte conducente a desbordarse hacia una más amplia historia social y cultural, excediendo la delimitación de lo intelectual a las élites letradas, según proclamó hace algún tiempo Jonathan Rose en su libro *La vida intelectual de las clases trabajadoras*, o elaboró Jacques Rancière en *La noche de los proletarios*. En otras palabras, una historia intelectual “desde abajo” es una deuda pendiente, que tiene la virtud de reponer el dilema de la historia intelectual respecto de lo social.

Sucede que si la reseña de Garavaglia fue injusta con el libro de Myers, no carecía de alguna razón cuando reclamaba una mayor densidad metodológica, pues las especializaciones historiográficas constituyen recortes analíticos de realidades complejas. Para la pregunta sobre el marxismo, una delimitación al análisis de las prácticas discursivas –que en modo alguno es solo textualista pues involucra, como se lee en las

últimas indagaciones de Tarcus, diversas realidades asociadas tales como el periodismo, los exilios, los intercambios epistolares, etcétera—entraña la interrogación de su relación con el despliegue del intelecto general de las formas concretas asumidas por el orden capitalista.⁵

5. Conclusiones

Este artículo ha provisto un panorama sinóptico y orientado a su objeto de la evolución de la historia intelectual, según se la advierte en las peripecias de la universidad argentina que siguió a la transición democrática. También ha sintetizado la reinterpretación de la teoría crítica en términos de una hermenéutica dialéctico-negativa de la sociedad capitalista, en la que conceptos como trabajo intelectual y *general intellect* plantean la viabilidad —por el momento esquemática— de una historia intelectual internamente conectada con la crítica marxista.

En el ámbito de la historia intelectual, un proyecto marxista apoyado en una reinterpretación de la teoría crítica puede desplegarse nutriéndose de antecedentes como los de Aricó y en parte los de Terán, aunque más consistentemente en las sugerencias metódicas de Sazbón. Respecto de elaboraciones recientes, los estudios de historia intelectual de Palti son relevantes para lo que podría denominarse una historia social de las prácticas intelectuales tras la crisis del marxismo. Las investigaciones de Tarcus exigen menos reinterpretaciones marxistas, naturalmente, que el posmarxismo de Palti. Dichos desarrollos suscitan la viabilidad de expandir su alcance más allá de las élites intelectuales y sus arrabales de izquierda para incorporar un debate sobre las peripecias de la cultura y, más exactamente, del quehacer intelectual, con una apertura enriquecida que se suele identificar con los escritos de Gramsci.

La singularidad de una aproximación, en la línea de la teoría crítica invocada en la Argentina por Sazbón, no se limita a proporcionar una variante marxista en el abanico plural de la historia intelectual. Procura desplegar las potencias analíticas y transformadoras de una investigación rigurosa como cualquier otra, pero atizada por la injusticia social, emocional y cultural inherente a la totalidad enajenada. Ese es el filo de la teoría crítica marxista, que por desgracia ningún posmarxismo ha podido aún suplantar, y cuyas promesas analíticas (pues las políticas obedecen a otra estructuración de las prácticas) este escrito quiso contribuir a plantear.

5. La presencia de los escritos de Palti y Tarcus en este artículo sugeriría la conveniencia de un examen de su debate a propósito de la relación entre historia y tragedia. Las interferencias *ad hominem* en dicha polémica malogran su utilidad para el espacio disponible.

Una historia intelectual de raigambre marxista es aún un proyecto, incluso si por razones señaladas debe ser no-toda. Mientras perdure la dominación ambivalente del orden capitalista puede contribuir a elucidar uno de sus aspectos productivos más eficaces, a saber, la apropiación del *intelecto general* por el capital. Pero también todo aquello que en las experiencias de los actores excede a esa apropiación y demanda una detallada investigación documental.

Por sobre todas las cosas, un sesgo marxista en la historia intelectual desmitifica el prestigio de lo intelectual como tal para revelar su contracara en la dominación y desprecio del “trabajo manual”. La teoría crítica excede un enfoque meramente represivo en la relación social capitalista. La sociedad capitalista multiplica las dimensiones intelectuales de las prácticas en su apetito de ganancia. Esa faceta productiva se despliega en una historia social de las prácticas intelectuales. La coligación entre diversas lógicas de abstracción conduce a una subdeterminación del quehacer intelectual por la lógica del capital, pues la abstracción social convive con otras abstracciones de historicidades diferentes. El reconocimiento de ese límite para la vigencia del marxismo en la historia intelectual no va en su detrimento. Desde Kant, un rasgo esencial de la teoría crítica consiste en la reflexividad sobre sus propias limitaciones.

Bibliografía

- Acha, O. (2017), *Cambiar de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán*, Prometeo Libros.
- Altamirano, C. (1990-1991). Breve apología de la historia intelectual. *Espacios de Crítica y Producción*, 8-9, 3-5.
- Altamirano, C. (2006). *Intelectuales. Notas de investigación*. Norma.
- Aricó, J. (1982). Disquisiciones en torno a un concepto problemático. En *Nación, estado e ideología en las formaciones precapitalistas. Ponencias* (pp. 25-44). Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Dosse, F. (2007). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Universitat de València.
- Garavaglia, J.C. (1996). Discursos, textos y contexto. Breves reflexiones acerca de un libro reciente. *Estudios Sociales, Revista Universitaria Semestral*, 6 (10), 221-227. <https://doi.org/10.14409/es.v10i1.2359>
- García, L.I. (2011). Teoría crítica e historia intelectual en José Sazbón, *Políticas de la Memoria*, 10-11-12, 275-282.
- Goldmann, L. (1955). *Le dieu caché. Étude sur la vision tragique dans les Pensées de Pascal et dans le théâtre de Racine*. Gallimard (trad. cast. *El dios oculto*. Planeta-Agostini, 1986).
- Higham, J. (1951). The Rise of American Intellectual History, *American Historical Review*, 56 (3), 453-471. <https://doi.org/10.2307/1848432>
- Herrero, A. y F. Herrero (1996). *Las ideas y sus historiadores. Un fragmen-*

- to del campo intelectual en los años noventa. Universidad Nacional del Litoral.
- Jacoby, R. (1992). A New Intellectual History? *American Historical Review*, 97, 405-424. <https://doi.org/10.1086/ahr/97.2.405>
- Jameson, F. (1981). *The Political Unconscious. Narrative as a Socially Symbolic Act*. Routledge (trad. cast. *Documentos de cultura, documentos de barbarie*. Visor, 1989).
- Jay, M. (1990). *Socialismo fin-de-siècle y otros ensayos*. Nueva Visión.
- LaCapra, D. (1989). *Soundings in Critical Theory*. Cornell University Press.
- LaCapra, D. (1992). Intellectual History and Its Ways. *American Historical Review*, 97, 425-439. <https://doi.org/10.2307/2165726>
- LaCapra, D. (2004). *History in Transit: Experience, Identity, Critical Theory*. Cornell University Press (trad. cast., *Historia en tránsito*, Fondo de Cultura Económica, 2006).
- LaCapra, D. (2013). *History, Literature, Critical Theory*. Cornell University Press.
- LaCapra, D. y S. Kaplan (eds.) (1982). *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*. Cornell University Press.
- Lovejoy, A. (1940). Reflections on the History of Ideas, *Journal of the History of Ideas*, 1, 3-23, DOI: 10.2307/2707007. [Trad. cast., Reflexiones sobre la historia de las ideas, *Prismas*, 4 (2), 127-141.]
- Myers, J. (1995). *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Myers, J. (1996). Comentarios a una reseña reciente. *Estudios Sociales, Revista Universitaria Semestral*, 6 (11), 181-186.
- Palti, E.J. (ed.) (1998). *Giro lingüístico e historia intelectual*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Palti, E.J. (2005). *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su "crisis"*. Fondo de Cultura Económica.
- Palti, E.J. (2018). *Una arqueología de lo político*. Fondo de Cultura Económica.
- Roig, A. (1990). Tres décadas de historia de las ideas: recuento y balance. En AA.VV., *Historiografía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina* (pp. 535-548). Comité Internacional de Ciencias Históricas.
- Sabato, H. (1986). La historia intelectual y sus límites. *Punto de Vista*, año IX, 28, 27-31.
- Sazbón, J. (1997). Historia intelectual y teoría crítica. *Páginas de Filosofía*, 4 (6), 29-42 (incorporado a su *Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, 2009).
- Sohn-Rethel, A. (1989). *Geistige und körperliche Arbeit. Zur Epistemologie der abendländische Geschichte*. AVC/Acta Humaniora (trad. cast. de una edición previa: *Trabajo intelectual y trabajo manual*. El Viejo Topo, 1980).
- Tarcus, H. (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina*. Silvio Frondizi y Milcíades Peña. El Cielo por Asalto.

- Tarcus, H. (2007). *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Siglo Veintiuno.
- Tarcus, H. (2015). Una invitación a la historia intelectual: palabras de apertura del II Congreso de Historia Intelectual de América Latina. *Revista Pléyade*, 15, 9-25.
- Tarcus, H. (2016). *El socialismo romántico en el Río de la Plata (1837-1852)*. Fondo de Cultura Económica.
- Tarcus, H. (2020a). José Aricó y la historia del marxismo en América Latina: la historia intelectual y la perspectiva de la recepción. *Políticas de la Memoria*, 20, 146-155. <https://doi.org/10.47195/20.657>
- Tarcus, H. (2020b). *Los exiliados románticos. Socialistas y masones en la formación de la Argentina moderna, 1853-1880*. Fondo de Cultura Económica.
- Terán, O. (1991). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*. Puntosur.

Badiou en Argentina. *Acontecimiento* y las vicisitudes de una recepción temprana y política

Marcelo Starcenbaum

Universidad Nacional de La Plata - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
mstarcenbaum@gmail.com

Title: Badiou in Argentina. *Acontecimiento*: An Early and Political Reception

Resumen: El objetivo de este trabajo es demostrar que la recepción de Alain Badiou en Argentina tuvo un carácter temprano y político. Para ello, analizaremos la revista *Acontecimiento*, que durante veinticinco años llevó a cabo una lectura de la realidad argentina y latinoamericana a través de tesis y conceptos provenientes de la obra del filósofo francés. En la primera mitad de la década de 1990 la revista procesará el derrumbe del socialismo real y la imposición de una gramática política democrática. En la segunda mitad de la década de 1990, diferentes experiencias políticas serán caracterizadas como una nueva secuencia política desplegada a distancia de los partidos y el Estado.

Palabras clave: Badiou – Argentina – marxismo – recepción

Abstract: The aim of this paper is to demonstrate that the reception of Alain Badiou in Argentina had an early and political character. We will analyze the journal *Acontecimiento*, which for twenty-five years led to a reading of the Argentine and Latin American reality through theses and concepts from the work of the French philosopher. In the first half of the 1990s, the journal will process the collapse of real socialism and the imposition of a democratic political grammar. In the second half of the 1990s, different political experiences will be characterized as a new political sequence deployed at a distance from the parties and the State.

Keywords: Badiou – Argentine – Marxism – Reception

Recepción: 25 de noviembre de 2020. **Aceptación:** 15 de febrero de 2021

* * *

[37]

I. En un artículo de 2001 publicado en inglés en una revista especializada de filosofía, Bruno Bosteels consideró necesario agregar que mientras sólo recientemente había obtenido la atención del mundo angloparlante, la obra de Badiou siempre había desempeñado un rol activo y militante en América Latina.¹ Mencionaba asimismo a una revista argentina que por más de una década había publicado traducciones de Badiou y había producido una serie de intervenciones sobre experiencias políticas como las de las Madres de Plaza de Mayo y las de los zapatistas. El hecho de que los países latinoamericanos y la militancia política irrumpieran en una publicación de tales características se nos presenta como sintomático de las particularidades de la circulación internacional de la obra de Badiou. Bosteels, quien fue una figura clave en la colocación de Badiou en el mundo angloparlante (e incluso en el francés), y a su vez un conocedor (y en algún sentido protagonista) de la difusión del filósofo francés en América Latina, le informaba al lector de su artículo no sólo de la existencia de una importante recepción de Badiou en los países latinoamericanos sino también que dicha recepción había sido anterior a la del ámbito de habla inglesa y, a diferencia de ésta, se había producido en vinculación con la militancia política. El otro elemento significativo del pasaje citado es la mención a una revista argentina que había difundido la obra de Badiou en Argentina y que había utilizado dicho trabajo para discutir determinados procesos políticos desarrollados en la región. El objetivo de este trabajo es dar un paso más allá de la constatación de la heterogeneidad en la circulación internacional de la obra de Badiou y de la existencia de una experiencia de recepción temprana y política en América Latina. Tomando como punto de partida estas dos variables, que conforman lo que Bosteels (2011, p. XIII) denominará posteriormente “la hipótesis histórica y geo-

1. La obra de Alain Badiou (1937) constituye una de las intervenciones más potentes y singulares del marxismo contemporáneo. El trabajo del filósofo francés comenzó en la década de 1960 bajo el influjo de la renovación del marxismo emprendida por su maestro Louis Althusser. De filiación política maoísta, formó parte del proceso de radicalización desplegado en los círculos intelectuales y políticos franceses entre fines de la década de 1960 y principios de 1970. En la década de 1980, desarrolló una productiva –aunque como veremos, solitaria– aproximación a Lacan. Con la crisis definitiva del socialismo real se ubicó a distancia tanto de aquellos que negaban –o evitaban a toda costa– la debacle de la experiencia comunista como de aquellos que la celebraban en nombre del advenimiento de la democracia capitalista. En los últimos treinta años se dedicó a la construcción de un sistema filosófico propio. A su vez, desplegó en Francia una fuerte militancia política, la cual se expresó tanto en la conformación de agrupamientos intelectuales como en el apoyo a diversas causas sociales. Como se verá a continuación, las interpretaciones en torno a este itinerario político-intelectual –así como las referencias a través de las cuales éste puede ser reconstruido– forman parte de la propia reconstrucción que aquí proponemos.

gráfica” en el estudio de la obra de Badiou, nos concentraremos en la revista *Acontecimiento* como una experiencia de recepción de la obra del filósofo francés en Argentina. Colocando esta experiencia en el marco general de los desfases y diferencias entre los itinerarios de Badiou en el mundo angloparlante y en el contexto latinoamericano, analizaremos las lecturas de Badiou realizadas en el seno de *Acontecimiento* y los modos en los que estas lecturas se vincularon con los procesos políticos desarrollados en Argentina y en la región.

La inscripción de *Acontecimiento* en el proceso más amplio de la circulación internacional de la obra de Badiou resulta indispensable para alcanzar una caracterización de las particularidades de su recepción en Argentina. Es decir, la afirmación de que la recepción argentina de Badiou constituyó un fenómeno temprano y político sólo es posible a partir de la constatación de las particularidades de su recepción en el mundo de habla inglesa. Con respecto al primer rasgo, existe consenso en que las primeras lecturas sistemáticas de Badiou en ese ámbito se produjeron a fines de la década de 1990 a través de los trabajos de Hallward (1998) y Žižek (1999). Poco tiempo después, al publicar su aproximación sistemática, Hallward (2003, p. 349) constatará con sorpresa que Badiou ni siquiera era mencionado en las investigaciones sobre filosofía francesa producidas en Inglaterra. En el mismo sentido, Feltham (2010, p. 9) destacará la particularidad de Badiou en tanto filósofo que obtuvo un reconocimiento tardío en el mundo angloparlante. En Argentina, y por extensión en América Latina, Badiou ha sido una referencia familiar desde fines de la década de 1960. En 1969, su texto “El (re)comienzo del materialismo dialéctico” fue incluido por José Aricó en el Cuaderno de Pasado y Presente *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*. En 1974 Ricardo Piglia publicó su texto “La autonomía del proceso estético” en una compilación titulada *Literatura y sociedad*. Como veremos a continuación, Cerdeiras comenzó su trabajo de lectura y difusión a comienzos de la década de 1980, momento en el que, como destacan Ashton, Bartlett y Clemens (2006, p. 8) la obra de Badiou se producía en absoluta soledad y con una repercusión casi nula en el debate filosófico europeo.

Con respecto al segundo rasgo de la recepción argentina se impone una aclaración. La referencia a una recepción *política* no descansa sobre una concepción ingenua según la cual podría haber lecturas *no políticas*. Se refiere más bien a una característica que surge de inmediato al contrastar su recepción con la del ámbito de habla inglesa. En este punto también existe consenso en cuanto a que la recepción en el mundo angloparlante tuvo lugar especialmente en el ámbito académico. Según Žižek (2003, p. xi), la obra de Badiou resultó potente y productiva entre los intelectuales de habla inglesa en tanto habilitaba una crítica a los

fundamentos de la democracia liberal, las políticas de la identidad del multiculturalismo y la lectura deconstruccionista del marxismo. Por otra parte, Bosteels (2011) ha advertido dos operaciones producidas en el mundo angloparlante en relación a la trayectoria militante del propio Badiou: la desatención casi unánime –a excepción de Hallward (2003)– de la historia de las organizaciones políticas integradas o dirigidas por Badiou como la Union des Communistes de France marxiste-léniniste (UCFML) y la Organisation Politique (OP) –así como sus respectivas publicaciones *Le Perroquet* y *La Distance Politique*– y el consecuente borramiento de la problemática maoísta en su obra. Por último, la preponderancia de una recepción académica relegó los ejercicios de uso o aplicación de la obra de Badiou para el análisis de problemas políticos concretos. Al respecto, Bartlett y Clemens (2010, p. 4) han señalado la rareza del artículo de Feltham (2004) en el que los conceptos del filósofo francés son utilizados para pensar una experiencia política. En efecto, el trabajo de Feltham constituyó un ejercicio excepcional en el que la instalación de una carpa aborígen frente al Parlamento australiano era entendida en términos de un acontecimiento en tanto la afirmación de los derechos de las poblaciones originarias sobre la tierra constituía una disrupción que inauguraba un proceso de cambio. La experiencia de *Acontecimiento* demuestra que la recepción argentina de Badiou, además de temprana, fue preponderantemente política. Por un lado, porque no se produjo en espacios académicos sino en el campo de la izquierda intelectual y vinculado a procesos políticos concretos. Por el otro, porque la militancia política de Badiou y su vínculo con el maoísmo fueron elementos presentes en la apropiación realizada por la revista de la obra del filósofo francés. Finalmente, porque si bien la revista acogió reflexiones de índole teórica, produjo análisis significativos de experiencias políticas desarrolladas en el país y en la región.²

Resulta atinado el señalamiento metodológico de que, en tanto estructura de sociabilidad, las revistas no se encarnan tanto en un grupo de personas sino más bien en una de ellas, que es la que le da el impulso principal a la publicación (Beigel, 2003; Pluet-Despatin, 1992). En el caso de *Acontecimiento*, este rol le correspondió indudablemente a Raúl Cerdeiras. Cerdeiras comenzó su militancia política a fines de la

2. No tenemos el espacio suficiente para explayarnos acerca de la dimensión editorial de esta recepción temprana. Constatemos al menos que los trabajos más importantes de Badiou fueron traducidos al castellano muchos años antes que la traducción al inglés: *El concepto de modelo*, de 1969, fue publicado en castellano en 1976 y en inglés en 2007; *Teoría del sujeto*, de 1982, en castellano en 2008 y en inglés en 2013; *El ser y el acontecimiento*, de 1988, en castellano en 1999 y en inglés en 2005; *La ética*, de 1993, en castellano en 1994 y en inglés en 2001. Si bien desactualizada, puede verse una bibliografía de la obra de Badiou en inglés en Ashton (2006).

década de 1950 en el grupo de Silvio Frondizi. Graduado en derecho, se vinculó tempranamente a los grupos de estudio que florecieron durante el onganato y que estuvieron fuertemente marcados por la crítica al marxismo-leninismo de matriz soviética. Participó en el grupo de Raúl Sciarreta, un filósofo que venía de romper con el Partido Comunista argentino y que fue uno de los difusores de Althusser y Lacan en Argentina. En los comienzos de la década de 1970 estuvo vinculado con los sectores de la izquierda peronista y participó en las “Cátedras Nacionales” de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Durante la dictadura estuvo abocado a la lectura de Althusser, Lacan y Heidegger. Con el regreso de la democracia toma contacto con *Théorie du sujet*, libro publicado por Badiou en 1982. Comienza un intercambio epistolar con Badiou y en 1986 viaja a Francia. Allí participa de sus clases en la Universidad, se interioriza en su trabajo y su militancia, y accede a borradores de *L'Être et l'Événement*. En aquellos años coordina grupos de estudio en Buenos Aires en los que introduce la obra de Badiou. Así como las revistas suelen encarnarse en una persona, también constituyen espacios de encuentro de itinerarios intelectuales que comparten un *credo* común o que son iniciados en él por el individuo aglutinante (Pluet-Despatin, 1992). Es así que, junto a Cerdeiras, participaron en la creación de la revista un grupo de personas que habían formado parte de sus grupos de estudio y que estaban fuertemente marcadas por la obra de Badiou. Por un lado, Alejandro Cerletti, graduado en filosofía y docente de la UBA especializado en filosofía de la educación y enseñanza de la filosofía. Por otro lado, Ignacio Lewkowicz, un graduado de historia que venía de romper con el PCA. Finalmente, Diego Zerba, graduado de psicología y también docente de la UBA. Zerba había formado parte junto a Cerdeiras del grupo de estudio de Sciarreta y había participado en la formación del Centro Educativo de Devoto (CUD) –una experiencia de autogestión educativa realizada por los presos de Devoto en articulación con la UBA–. También había militado en el Movimiento al Socialismo (MAS), en cuyo Congreso de 1990 había presentado un texto fuertemente influenciado por las tesis de Badiou –luego publicado en el número 3 de la revista con el título “Para un replanteo de la política”–. Como dice Beatriz Sarlo (1992), toda experiencia de publicación periódica comienza cuando alguien pronuncia la frase “publiquemos una revista”. Es así como, a instancias de Cerdeiras, en julio de 1991 sale el primer número de *Acontecimiento. Revista para pensar la política*.³

3. La composición del Comité Editorial de la revista fue variando a través de los años. Hasta el número 3 (1992) contó únicamente con Cerdeiras como director y editor responsable. Desde el número 4 (1992) hasta el 6 (1993) funcionó un Comité Editorial compuesto por Valeria Hall, Dicky Miur, Cerletti, Lewkowicz y Zerba. En el

* * *

II. Como también ha sido señalado, los manifiestos inaugurales constituyen textos importantes para dar cuenta de la *personalidad* de una revista, la construcción de su proyecto y el espacio que aspira a ocupar en el campo intelectual de una época (Beigel, 2003; Pita y Grillo, 2013; Pluet-Despatin, 1992). La revista *Acontecimiento* no representa una excepción a la riqueza heurística que suelen presentar este tipo de materiales. El “Manifiesto político” de Cerdeiras presentó de manera sistemática la voluntad de intervención de *Acontecimiento* en los debates de la izquierda intelectual argentina.⁴ El texto que abrió el primer número de la revista, y que actuó como soporte de su intervención a lo largo de toda su experiencia, estaba dominado por las conclusiones que Badiou había desarrollado en la segunda mitad de la década de 1980 –aquellas plasmadas en los textos *Peut-on penser la politique?* y *Manifeste pour la philosophie*–. A través de una serie de paráfrasis de dicho trabajo, *Acontecimiento* proponía una intervención centrada en la crítica a las formas predominantes de la política (centralidad del Estado y los partidos, vaciamiento de la inventiva, primado del discurso jurídico y económico), el diagnóstico de la situación del marxismo (agotamiento de su productividad histórica, necesidad de asumir su muerte, esterilidad de su defensa), y la propuesta de un nuevo modo de pensar y hacer la política (autonomía de otras prácticas sociales, desligamiento del lazo social, separación del Estado, no representación). Sobre la inscripción de *Acontecimiento* en un modo ya tradicional de irrumpir en el espacio público, dos elementos metadiscursivos del manifiesto de Cerdeiras nos permiten una mayor comprensión de la singularidad de la intervención de la revista. A diferencia de la abundancia textual que suele primar en los manifiestos, en este caso se trataba de un despliegue de afirmaciones concisas enunciadas a modo de tesis y numeradas de manera consecutiva. Y de manera contrapuesta a los procesos de rectificación

número 7 (1994) el Comité quedó conformado por Lucía Scrimni, Inés Lequio –con intermitencias– y Cerletti. A partir del número 23 (2002) pasaron a formar parte del Comité Gabriel D’Iorio, Elsa González, Pablo Kohen, Alberto Migones, Blas Matías Michienzi, Andrés Pezzola, Víctor Militello, Lequio y Cerletti –sumándose Bosteels en el número 29-30 (2005). En la última etapa de la revista también participaron como miembros del Comité Roxana Yattah, Marina Di Carlo, Martín López, Hernán Mancuso y Juan Cerdeiras. En sus primeros años, la revista mantuvo vínculos con el colectivo *Malgré Tout*, liderado en Francia por el filósofo argentino exiliado Miguel Benasayag. A su vez, la revista tuvo una expresión política y organizativa a través del Grupo *Acontecimiento*, también liderado por Cerdeiras e integrado por los sucesivos miembros del Comité Editorial.

4. Raúl Cerdeiras, “Manifiesto político”, en *Acontecimiento*, n° 1, 1991, pp. 10-18.

a los que suelen ser sometidos los manifiestos en etapas subsiguientes de la publicación, en este caso una versión resumida de la tesis fue mantenida durante los veinticinco años de la revista en una sección titulada “Dijimos en el primer número de *Acontecimiento*”.

Sin que se modificara el marco general de la intervención de la revista, de lo cual da cuenta la vigencia del manifiesto durante los cuarenta y ocho números, la experiencia de *Acontecimiento* estuvo atravesada por una serie de modulaciones, especialmente en lo relativo a los procesos históricos privilegiados y los sujetos políticos jerarquizados. Estos énfasis y desplazamientos, previsibles en gran medida en una intervención intelectual sostenida durante veinticinco años, pueden ser captados a partir de las diferentes secciones de la revista. En primer lugar, los artículos del propio Cerdeiras, los cuales operaron a modo de vertebradores de cada uno de los números. En los primeros años de la década de 1990, dichos textos estuvieron centrados en el derrumbe de la experiencia socialista y los efectos que este proceso tenía para la teoría marxista y la política emancipatoria. Uno de ellos, reproducido también en el primer número, da cuenta de la productividad de la tesis de Badiou acerca de la necesidad de la *destrucción* del marxismo. La idea de que en el Estado socialista, en la clase obrera y en los movimientos de liberación se cifraba la capacidad del marxismo para estructurar la historia, pero también su incapacidad contemporánea para politizar la vida de los pueblos, habilitaba una dislocación de los términos predominantes en los cuales se analizaba la relación entre el fracaso del socialismo real y la crisis del marxismo. Por este camino se señalaba el tenor reaccionario de las posiciones que abordaban dicha relación a partir de las categorías de *triunfo* y *fracaso* y la invocación de los hechos históricos como argumentos en contra del marxismo. Cerdeiras identificaba estos posicionamientos en las formaciones intelectuales que venían propiciando desde la década anterior una articulación entre socialismo y democracia. De allí que utilizara un artículo de Juan Carlos Portantiero publicado en *Punto de Vista* para ejemplificar este tipo de lecturas.⁵ Al poner en primer plano los resultados de las experiencias políticas edificadas en nombre de la teoría marxista, Portantiero reemplazaba los requerimientos de la destrucción del marxismo con una mera comprobación empírica. En contraposición, el trabajo que se proponía la revista era el de un pensamiento sin concesiones sobre el agotamiento de las capacidades políticas del marxismo. Se trataba de un modo de procesar el problema de la crisis del marxismo que si, por un lado, entrañaba mayor potencial para un recomienzo de la tradición, por el otro

5. Juan Carlos Portantiero, “Socialismo y democracia. Una relación difícil”, en *Punto de Vista*, n° 20, 1984, pp. 1-5.

expresaba cierto grado de autodestrucción: “el convencimiento de que el marxismo ha sido la última gran creación de la política, nos obliga a ubicarnos en un lugar que tiene la incomodidad propia de aquel que está destruyendo su propio punto de apoyo”.⁶

Otros artículos escritos por Cerdeiras para los primeros números de la revista nos dejan ver que esta destrucción del marxismo tenía como una de sus consecuencias fundamentales el replanteo de los principios de la política. Deudora del trabajo desarrollado por Badiou en la segunda mitad de la década de 1980, dicha revisión apuntaba fundamentalmente al reemplazo de los principios que había sostenido el marxismo-leninismo en el siglo XX por otros que mantuvieran el horizonte de una política emancipatoria. Cerdeiras apuntaba principalmente a la concepción según la cual la intervención política descansa sobre una correspondencia entre fines y medios. Es decir, lo que se debía dejar atrás era el esquema militante que hacía del programa y la línea de acción elementos indispensables para alcanzar objetivos programáticos. Frente a ello, proponía una concepción de la política como invención y creación de lo radicalmente nuevo. Se trataba de una idea de la política como *posibilidad*, según la cual “toda vez que el lazo social consistente se conforma suturando (abrochando, cerrando) una inconsistencia radical, la política debe ubicarse precisamente en el lugar donde se des-une el lazo, provocándose la liberación de los acontecimientos imprevisibles”.⁷ Estos artículos resultan de interés ya que permiten constatar los efectos que este replanteo tenía en los modos de aproximarse a las luchas sociales y políticas de la sociedad argentina. En algunos casos, se trataba de una revisión de formas tradicionales de lucha. Este era el caso de las protestas de los trabajadores despedidos por las empresas privatizadas. Según Cerdeiras, los modos de despliegue de estas protestas (ocupación de la calle, movilización a instituciones de gobierno) y los formas de encuadrar dicho despliegue (condena al capitalismo, demanda de justicia social) no representaban ningún suplemento al estado de cosas existente. Lo que se requería, por tanto, era una acción política que contrarrestara los intentos de hegemonización dando lugar a nuevas fuerzas y trayectorias que pudieran lentamente ir tomando cuerpo en el entramado social. En otros casos, se trataba de jerarquizar luchas que sí parecían proporcionar un suplemento a la situación. Este era el caso de las “marchas del silencio” por la muerte de María Soledad Morales, en las que se verificaba una operación positiva de despolitización (la

6. Raúl Cerdeiras, “Hacia un pensamiento político de la política”, en *Acontecimiento*, n° 1, 1991, p. 22.

7. Raúl Cerdeiras, “Hacer nuevas formas de política”, en *Acontecimiento*, n° 2, 1991, p. 22.

manifestación que no soporta los discursos que intentan contenerla o significarla), y el de las Madres de Plaza de Mayo, cuya constitución (inorgánica) y su demanda (“aparición con vida”) desbordaban los marcos de lo decible y representable.

Si los artículos de Cerdeiras intentaban procesar los efectos de la crisis del marxismo dentro de la cultura de izquierdas, otro conjunto de textos publicados en los primeros números de la revista enfrentaron las consecuencias del derrumbe del socialismo real en las narrativas políticas que se volvieron hegemónicas en la primera mitad de la década de 1990. Una de esas narrativas era la del triunfo de la democracia sobre los regímenes *totalitarios* y la representación como la forma necesaria de articulación política. Al respecto, *Acontecimiento* reprodujo un artículo sobre la tesis del fin de la historia de Francis Fukuyama escrito por los jóvenes historiadores de la UBA Roy Hora, Ignacio Lewkowicz, Julio Vezub y Fabio Wasserman.⁸ Con la inclusión de este texto, la revista se diferenciaba, por supuesto, de la hipótesis celebratoria de Fukuyama. No era menos crítica, sin embargo, con las respuestas que dicha hipótesis solía cosechar en el campo de la izquierda intelectual. Según este grupo de historiadores, el hecho de que la izquierda opusiera la *continuidad* de la historia a su *finalización* daba cuenta de que el marxismo aún seguía atado a una filosofía de la historia. En sintonía con lo sostenido por Cerdeiras, los historiadores apostaban por la relocalización del marxismo en un espacio que pudiera abrirse “a la dimensión de las hipótesis, de la decisión sin garantías preestablecidas, de una libertad cuyo régimen jamás fue soñado”.⁹ En un sentido similar, un artículo relevante de Cerletti apuntaba contra el diagnóstico epocal de la crisis de representación.¹⁰ La idea de Badiou de que la representación “anula las diferencias y sutura las contradicciones de lo social produciendo la unificación imprescindible (orden de la sociedad civil) para el funcionamiento del todo político (orden del Estado)”¹¹ permitía caracterizar como *no política* la demanda de mayor control ciudadano de los dirigentes políticos y mayor transparencia en la gestión del Estado. Si la lógica representacional esterilizaba experiencias potencialmente disruptivas, la militancia política no debía estar orientada a la recomposición de un sistema aparentemente en crisis. A contramano del sentido común de la época, Cerletti intentaba despegar la concepción de la política como

8. Roy Hora, Ignacio Lewkowicz, Julio Vezub y Fabio Wasserman, “¿Fin de la historia? La política no se rinde”, en *Acontecimiento*, n° 1, 1991, pp. 47-59.

9. *Ibid.*, p. 59.

10. Alejandro Cerletti, “La crisis de la representación política”, en *Acontecimiento*, n° 5, 1993, pp. 66-70.

11. *Ibid.*, p. 68.

la gestión realista y el reaseguro del lazo social para orientarla hacia la idea de la creación y el corte. La otra narrativa enfrentada en los primeros números de la revista, solidaria de la de la democracia y la representación, era la del retorno de la ética y la primacía de los derechos humanos. En este caso, no se trató de artículos escritos por miembros o colaboradores de la revista, sino de traducciones realizadas por Cerdeiras de textos de los referentes franceses de *Acontecimiento*. En el número 2 fue publicado un fragmento de *Utopie et liberté: les droits de l'homme: une idéologie?* de Benasayag y el número 8 estuvo dedicado íntegramente a la reproducción de *L'éthique. Essai sur la conscience du mal* de Badiou.¹² En su contexto de origen, los dos textos habían representado intervenciones críticas frente a la consolidación del discurso ético y humanitario resultante del derrumbe del socialismo real y expansión global del capitalismo. Si bien ambos textos eran contundentes en torno al mencionado proceso, el de Badiou se destacaba tanto por su tenor como por su agudeza. Tal como afirma en el prefacio a la edición inglesa del texto, *L'éthique* había sido concebido como un “panfleto” frente a lo que identificaba como una “contrarrevolución intelectual” basada en el “terrorismo moral” (Badiou, 2001, pp. liii-liv). Con estas traducciones, *Acontecimiento* difundía intervenciones fuertes que caracterizaban negativamente la suposición de un ser humano general, la subordinación de la política a la ética y la definición del bien a partir del mal, y que –*a contrario sensu*– proponían la identificación del hombre a partir de sus verdades singulares, la definición del mal a partir del bien y la ubicación de la ética en situaciones concretas.

Entre las reflexiones de Cerdeiras sobre los efectos del derrumbe del socialismo real en el campo de las izquierdas y las intervenciones de miembros y colaboradores de la revista en torno a las narrativas políticas hegemónicas, es posible recortar una serie de textos en los cuales se procesaban los problemas específicos de la práctica política. En un sentido consecuente con el resto de las intervenciones propiciadas por la revista, los materiales relativos a esta problemática se caracterizaron por la jerarquización del compromiso militante y la delimitación de una práctica política a distancia del Estado y la forma-partido. Algunas de estas aproximaciones se desplegaron en un plano eminentemente teórico. Así como en el primer número el grupo de historiadores de la UBA, a la pregunta sobre el fin de la historia, le oponían el dictum *la política no se rinde*, en el número siguiente Lewkowicz sostendrá que

12. Miguel Benasayag, “Utopía y libertad. Los derechos del hombre: ¿una ideología?”, en *Acontecimiento*, n° 2, 1991, pp. 14-22 y Alain Badiou, *La ética. Ensayo sobre la conciencia del mal (texto completo)*, en *Acontecimiento*, n° 8, 1994, número especial.

la militancia no se rinde ante la caducidad de la política partidaria.¹³ Asumiendo el agotamiento de la experiencia leninista pero sosteniendo el carácter axiomático de la militancia, Lewkowicz le otorgaba a la militancia la tarea de “escribir ahí, en el vacío específico de la situación, un enunciado supernumerario capaz de suplementar (es decir, trastornar) la estructura de la situación”.¹⁴ Otras aproximaciones al problema de la práctica política consistieron en el seguimiento de algunas experiencias concretas. Nos hemos referido anteriormente al lugar ocupado en los textos de Cerdeiras por las Madres de Plaza de Mayo y las “marchas del silencio”. Además de estas dos experiencias, la revista le otorgó un espacio significativo a modos de intervención en los que se percibía un fuerte compromiso militante y una distancia del Estado y del partido. Una de ellas era el trabajo realizado en la Cárcel de Devoto, con el cual –como vimos– Zerba estaba fuertemente comprometido. Al respecto, *Acontecimiento* publicó entrevistas a Guillermo Costa Vidán y Sergio Schoklender, dos presos que participaban activamente del CUD y del Centro de Información Aplicada (CINAP),¹⁵ así como un artículo en el cual Zerba recuperaba estas experiencias en términos de un productivo alejamiento del repertorio militante tradicional de la izquierda.¹⁶ Por otra parte, la revista acompañó el trabajo realizado por la Asociación Gays por los Derechos Civiles, la cual tenía por aquellos años una fuerte presencia en el ámbito de la militancia y en el debate público por impulsar acciones contra la discriminación a la comunidad homosexual. Sobre esta experiencia, se publicó una entrevista al referente de la Asociación Carlos Jáuregui en la que las preguntas estaban orientadas principalmente hacia la relación de este movimiento con el marxismo, el Estado y los partidos.¹⁷

* * *

III. El balance realizado por Cerdeiras en 1994 en ocasión de los tres años de *Acontecimiento* constituye un material privilegiado para dar

13. Ignacio Lewkowicz, “¿Fin del partido? La militancia no se rinde”, en *Acontecimiento*, n° 2, 1991, pp. 32-46.

14. *Ibid.*, p. 44.

15. Guillermo Costa Vidán, “Reflexiones sobre el CUD y el CINAP”, en *Acontecimiento*, n° 5, 1993, pp. 72-74 y “Entrevista a Sergio Schoklender”, en *Acontecimiento*, n° 9, 1995, pp. 58-67.

16. Diego Zerba, “Experiencias de autogestión en cárceles”, en *Acontecimiento*, n° 5, 1993, pp. 75-79.

17. “La irrupción política de los movimientos gays. Entrevista a Carlos Jáuregui”, en *Acontecimiento*, n° 7, 1994, pp. 34-47.

cuenta del pasaje a una nueva fase de la revista.¹⁸ En primer lugar, en tanto análisis retrospectivo, este balance nos permite volver a algunos de los impulsos que condujeron a la publicación de la revista y algunas características que marcaron sus primeros años. Resulta interesante el modo en el que Cerdeiras vinculaba el tipo de trabajo que se imponía dentro de la cultura de izquierda con la materialidad de la revista. A una empresa que tenía como fin el fomento del pensamiento activo y la subversión de los principios de la política, le correspondía una forma de intervención austera y despojada:

Quise fabricar un “ladrillo” poblado de letras y textos largos, para desarrollos pensados, en detrimento del protagonismo de la imagen y la lectura rápida y fácil, esa lectura de empalme directo con los preconceptos ya establecidos.¹⁹

Lo mismo cabe decir de las formas en las cuales Cerdeiras delimitaba el espacio de la revista en el marco de las tradiciones de la izquierda argentina. Mencionamos en la sección anterior las particularidades de la posición que pregonaba la destrucción del marxismo sin plegarse a la gramática política de la democracia y la ética. Al ser reconstruida años después, la separación de la intelectualidad progresista se volvía aún más categórica:

nos ha costado sangre, sudor y angustia tener que dar por clausurada esa experiencia [la marxista], y al mismo tiempo no ceder al aluvión de intelectuales (ex marxistas) que se pasaron al campo de sus enemigos de ayer, descubriendo los “verdaderos” valores de su ideología que no pudieron apreciar en su momento.²⁰

El sostenimiento de esta caracterización puede ser comprendida en el marco de la conformación de un polo opositor al menemismo de perfil progresista. Nos referimos al Frente Grande, que había ganado recientemente las elecciones constituyentes en la Capital Federal convirtiéndose en la tercera fuerza política a nivel nacional. Al igual que había ocurrido a comienzos de la década de 1990 con los intelectuales cercanos al alfonsinismo, Cerdeiras veía en el Frente Grande una experiencia que renunciaba de antemano a la emancipación al sostener una política basada en la representación, el partido y el Estado. Mientras la supuesta novedad

18. Raúl Cerdeiras, “Tres años de *Acontecimiento*”, en *Acontecimiento*, n° 7, 1994, pp. 22-34.

19. *Ibid.*, p. 22.

20. *Ibid.*, p. 23.

en la política argentina no era más que una expresión *aggiornada* de la vieja política, el balance de Cerdeiras mencionaba un acontecimiento producido simultáneamente a la escritura del texto: la irrupción en el sudeste mexicano de una experiencia que no podía ser contenida por los principios y discursos de la política tradicional. El hecho de que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) renunciara a la toma del poder, y fuera por ello denostada por las formaciones clásicas de la izquierda, colocaba a la experiencia zapatista en un primer plano de la atención de la revista.

Efectivamente, las intervenciones desarrolladas por Cerdeiras en la segunda mitad de la década de 1990 estuvieron dominadas por las vicisitudes de la experiencia del EZLN. En primer lugar, lo ocurrido en Chiapas fue rápidamente caracterizado como la expresión de un nuevo pensamiento de la política. La afinidad entre los postulados que la revista venía difundiendo y una parte significativa del discurso y la praxis del EZLN redundó en la tesis de que “Chiapas marca el advenimiento del primer pensamiento de la política que se hace cargo del agotamiento de las viejas formas de la política y promueve un vigoroso esfuerzo por reinventar la política de emancipación”.²¹ Cerdeiras orientaba la interpretación de la experiencia zapatista en el sentido de un pensamiento en interioridad de la política, una fidelidad a la idea de emancipación, el sostenimiento de una decisión subjetiva y la renuncia a la representación. Será precisamente sobre este último aspecto que se concentrarán mayormente los análisis realizados por Cerdeiras durante estos años. La insistencia de la revista en este tópico desde sus orígenes, así como la constitución en Argentina de una fuerza progresista que no hacía sino reforzar la representación, transformó al discurso del EZLN en un elemento que permitía combatir la idea de que la política transformadora debía canalizarse necesariamente a través del Estado, los partidos y la gestión. Lo que había irrumpido en Chiapas no era la tradicional negociación entre víctimas y el Estado a través de sujetos que actuaban como representantes de las primeras ante el segundo, sino que se había desplegado una política en la que cifraban la fidelidad a una causa y el compromiso axiomático de la militancia. A diferencia de proyectos como el del Frente Grande, que hacía de los resultados de la gestión el elemento dinamizador de la transformación social, la experiencia del EZLN demostraba que podían obtenerse efectos sociales concretos a través del primado de la causa sobre la negociación.

Además de la del EZLN, otra experiencia política acogida por la revista fue la del movimiento 5Ø1. De cara a las elecciones presidenciales de 1999, un grupo de jóvenes militantes de la UBA que venían discutiendo

21. Raúl Cerdeiras, “La política. Chiapas”, en *Acontecimiento*, n° 9, 1995, p. 44.

sobre prácticas políticas *más allá del voto*, deciden viajar a más de 500 kilómetros a los fines de estar exceptuados de la obligación de emitir el sufragio.²² A diferencia de la del EZLN, con la cual la revista no tenía relaciones concretas, el vínculo de *Acontecimiento* con el movimiento 5Ø1 era estrecho. Varios de los estudiantes que formaban parte del movimiento participaban a su vez en los grupos de estudios coordinados por Lewkowicz. Las ideas de Lewkowicz, y por ende varias de las sostenidas por la revista como premisas de su intervención, son fácilmente detectables en el documento con el que el movimiento 5Ø1 se presentó públicamente y convocó a la acción a realizarse el día de la elección presidencial. El texto en cuestión, titulado “Carta a los no votantes”, fue reproducido en el número 18 de la revista.²³ Bajo la hipótesis de que “la política tiene que ver con la transformación y no con la mera gestión de lo existente”,²⁴ el documento llamaba a dar un paso más en la impugnación de la democracia representativa y poner en movimiento un dispositivo de discusión colectiva sobre un nuevo pensamiento de la política. La discusión que intentaba propiciar el documento estaba centrada fundamentalmente en la disputa alrededor del significado de la democracia. Esto es, que la verdadera democracia es aquella en la que todos los miembros de la comunidad debaten y participan en las decisiones que les atañe en tanto sujetos, y no las formas actuales en las que las perspectivas de cambio real y efectivo están excluidas. Consideraciones de este tipo no podían resultar sino disruptivas en el debate político de la Argentina de la posdictadura, que giraba en torno al binomio democracia-dictadura y que consideraba irresponsable cualquier cuestionamiento al sistema político consolidado a partir de 1983. Es por ello que el documento del 5Ø1 dedicaba un espacio significativo a evidenciar el carácter ficcional de las formas democráticas contemporáneas y desplazar la contradicción hacia “el dilema actual: pobre democracia vs. nueva sociedad a inventar”.²⁵

Finalmente, en esta segunda etapa de la revista se volverá sistemática aquella aproximación a las Madres de Plaza de Mayo como una experiencia en la que se constataban los nuevos principios de la política. En el número 13 de la revista, Cerdeiras publicó sus “20 tesis acerca de Madres de Plaza de Mayo”.²⁶ Allí, la caracterización de dicha

22. Para una reconstrucción de la experiencia del 5Ø1, ver Bergel (2000). Para un análisis del 5Ø1 en el marco de las corrientes autonomistas argentinas, ver Bergel (2009).

23. 5Ø1. “Carta a los no votantes”, en *Acontecimiento*, n° 18, 1999, pp. 56-61.

24. *Ibid.*, p. 56.

25. *Ibid.*, p. 59.

26. Raúl Cerdeiras, “20 tesis sobre Madres de Plaza de Mayo y algo más”, en *Acontecimiento*, n° 13, 1997, pp. 65-67.

experiencia en el marco del agotamiento de la política comunista era categórica: “Madres de Plaza de Mayo es el acontecimiento político más importante de los últimos veinte años en nuestro país”.²⁷ La conceptualización de las Madres de Plaza de Mayo como acontecimiento político cobraba sentido en su ubicación en el trayecto que iba del fin del ciclo marxista-leninista a nuevas formas de pensar y hacer la política. Al haberse puesto a distancia del Estado, las Madres de Plaza de Mayo habían impedido el funcionamiento de los tres niveles propios de la política moderna: que el objetivo de la política es el acceso al poder del Estado, que la política se realiza a través de los partidos y que las relaciones entre pueblo y Estado están mediados por la representación. Era precisamente esa distancia la que volvía a su discurso y su acción difíciles de encuadrar en los modos tradicionales de la política. En suma, la experiencia de Madres de Plaza de Mayo daba cuenta de que “la política adviene cuando se corta el trípode Estado-representación-partidos”.²⁸ Ahora bien, la valoración de las Madres de Plaza de Mayo irá en paralelo a la crítica a la imposición de un discurso sobre la política revolucionaria centrado en la memoria. Como es sabido, a mediados de la década de 1990 se produjo una transformación en las representaciones sobre la década de 1970 que se habían codificado en la transición a la democracia. En el marco de las fuertes desigualdades generadas por las políticas neoliberales, el surgimiento de la agrupación HIJOS y la proliferación de artefactos culturales que recuperaban la voz de los militantes propiciaron una politización de la figura del desaparecido. Si bien algunos de los aspectos del nuevo relato sobre la década de 1970 podían tener puntos de contacto con el tipo de intervención de la revista, Cerdeiras desplegará una mirada fundamentalmente crítica sobre el fenómeno. En un artículo sugerentemente titulado “Contra la memoria”,²⁹ se establecía una relación de tipo negativa entre el deber de recordar el horror y las políticas activas y emancipatorias. Apuntado por la hipótesis de Badiou de que “la memoria es una categoría propia de las políticas reaccionarias”,³⁰ Cerdeiras intentaba demostrar que la consigna del “Nunca más” y la idea del horror como impensable impedían un pensamiento *político* sobre el terrorismo de Estado. En términos más específicos, Cerdeiras también enfatizaba la dimensión puramente fáctica y jurídica de la verdad y la justicia perseguida por el movimiento de derechos humanos y gran parte de la sociedad argentina. Contra este dispositivo, Cerdeiras establecía un horizonte en el que el

27. *Ibid.*, p. 65.

28. *Ibid.*, p. 66.

29. Raúl Cerdeiras, “Contra la memoria”, en *Acontecimiento*, n° 10, 1995, pp. 30-34.

30. *Ibid.*, p. 30.

problema del terrorismo sea procesado en términos políticos (el terror como inseparable de la política de Estado) y en el que la memoria sea reemplazada por la fidelidad (la política revolucionaria como gesto de ruptura que inaugura lo nuevo).

En los últimos años de la década de 1990, todas estas experiencias que daban cuenta del agotamiento de la política marxista-leninista y de la posibilidad de un nuevo modo de intervención fueron abordadas en conjunto como parte de una misma secuencia política. Volviendo a las tesis sobre las Madres de Plaza de Mayo, Cerdeiras vinculaba esta experiencia con la de los cortes de ruta que comenzaban a desarrollarse en distintos lugares del país. Por un lado, ambas representaban formas de lucha que resultaban difíciles de encuadrar en los viejos patrones de la política. Al igual que las Madres, los piqueteros o fogoneros actuaban fuera de los partidos y los sindicatos, no se planteaban como objetivo el acceso a cargos en el Estado y obligaban a las autoridades a acercarse al espacio de la irrupción política. Por el otro, se verificaba en todas estas experiencias el mismo esfuerzo de los medios, los partidos y las instituciones por revertir el proceso de conversión de las víctimas en sujetos libres. De allí que todas las personas que formaban parte de estas experiencias fueran objeto de un proceso de victimización que sentaba las bases para la captura estatal. Concluía Cerdeiras: “Madres de Plaza de Mayo, Chiapas, cortadores de viejas rutas, se deben tejer alrededor de la idea de que son irrupciones, confusas, quizás aún, de pensamiento y experiencias que van delineando una nueva forma de pensar-hacer la política”.³¹ Lo mismo ocurría con la caracterización de todas estas experiencias en el marco del regreso de la ética y los derechos del hombre. En otro artículo que versaba sobre la temática, Cerletti profundizó en aquel argumento que, más allá de la impugnación de la narrativa ética, insistía en la necesidad de éticas singulares y situadas. Si en lugar de ideología legitimadora del capitalismo, la ética era concebida como la fidelidad a un acontecimiento, podía afirmarse que “las Madres de Plaza de Mayo o el EZLN, en Chiapas, marcan un trayecto ético”.³² Es decir, que en ambos se podía constatar el sostenimiento de un pensamiento y una acción que eran consecuentes con una ruptura en el estado de dominación y que no podían ser interpretadas a través de la lógica de la gestión y la representación.

* * *

31. Raúl Cerdeiras, “20 tesis sobre Madres de Plaza de Mayo y algo más”, en *Acontecimiento*, n° 13, 1997, p. 67.

32. Alejandro Cerletti, “Política, gestión y ética”, en *Acontecimiento*, n° 12, 1996, p. 34.

IV. Así como el levantamiento zapatista había propiciado una inflexión en los modos en los que *Acontecimiento* había analizado distintas expresiones políticas en la primera mitad de la década de 1990, la revuelta popular de diciembre de 2001 llevó a un nuevo plano interpretativo la secuencia política desplegada en la segunda mitad de la década anterior. En un importante artículo que da cuenta de este movimiento, Cerdeiras caracterizaba retrospectivamente a estas experiencias como elementos que habían formado parte de un lento debilitamiento de la impotencia política característica de la década de 1990.³³ La revuelta de diciembre de 2001 había generado un espacio a partir del cual ese trayecto anterior podía ordenarse y abrirse a una nueva radicalidad de la política. Por eso podía afirmarse que “el 19/20 de diciembre se inscribe en una línea que articula una serie de acontecimientos que, comenzando por las Madres de Plaza de Mayo, pasa por el movimiento piquetero y el colectivo 5Ø1”.³⁴ La confluencia entre el ciclo político abierto en diciembre de 2001 y el programa político sostenido por *Acontecimiento* conducirá a una reorientación de los problemas atendidos por Cerdeiras. Una vez iniciada una política radical autónoma, la mirada no estará tan puesta en las formas gestonarias y representativas de la política –impugnadas por el propio movimiento– como en la disputa acerca de la interpretación e intervención sobre dicha radicalidad. En este sentido, Cerdeiras establecía una posición diferenciada tanto de la izquierda tradicional, que hacía de la política un medio para la toma del poder del Estado, como de nuevas formaciones autonomistas, que disolvía a la política en la multiplicidad de lo social. Frente a las organizaciones trotskistas y el autonomismo inspirado en la obra de Negri, Cerdeiras apostaba a un pensamiento de la política como “un pensar-hacer con capacidad de subvertirse a sí misma y de esta manera interrumpir la vigencia de los lazos sociales existentes”.³⁵ Los términos de esta disputa se replicaban en las reflexiones a propósito de los modos de vincularse con la experiencia de las asambleas barriales. Según Cerdeiras, se trataba de un espacio privilegiado de intervención en tanto allí se jugaba en gran medida el porvenir del ciclo político abierto en diciembre de 2001:

Las asambleas barriales son el efecto político más importante del “cacerolazo”, es algo así como el moño con el que se cierra esta secuencia de la nueva política que se abre con el acontecimiento “Madres de Plaza de Mayo”.³⁶

33. Raúl Cerdeiras, “La política que viene”, en *Acontecimiento*, n° 23, 2002, pp. 5-48.

34. *Ibid.*, p. 37.

35. *Ibid.*, p. 28.

36. *Ibid.*, p. 45.

En tanto punto de partida de la política por venir, la asamblea no debía ser capturada por la lógica de la vieja izquierda, que intentaba captar militantes para sus organizaciones, ni por la de los nuevos autonomismos, que veían allí la irrupción de una potencia capaz de resquebrajar la dominación biopolítica del capital.³⁷

La recomposición del sistema político propiciado por el kirchnerismo y el desarrollo de un ciclo político de corte progresista en América Latina marcaron el inicio de la larga última etapa de la revista. En los números que siguieron a la revuelta de 2001, Cerdeiras y colaboradores advertirán, primero, sobre la disipación de las fuerzas que se habían desplegado en diciembre de aquel año,³⁸ y finalmente, sobre el agotamiento de la experiencia asamblearia.³⁹ Al igual que otras expresiones de la izquierda intelectual argentina, *Acontecimiento* analizará al kirchnerismo y al ciclo político progresista latinoamericano en clave de recomposición de las relaciones capitalistas y restauración de las formas de la política tradicional. Sin embargo, la mediación badiouana en los análisis de *Acontecimiento* perfilará una intervención centrada en el carácter reactivo del nuevo ciclo político,⁴⁰ la subordinación de la política al Estado y los partidos,⁴¹ la borradaura del *acontecimiento 2001*⁴² y la suplantación de una verdadera igualdad por un discurso centrado en la equidad y los derechos.⁴³ Los textos centrales de Cerdeiras y las declaraciones publicadas de cara a las elecciones desarrolladas en Argentina dan cuenta tanto de la apuesta por una política radical autónoma como de cierta autoconciencia acerca de la marginalidad de un programa como el de la revista en el nuevo contexto político argentino y latinoamericano.⁴⁴

37. En los números siguientes, Cerdeiras seguirá polemizando con la obra de Negri y sus recepciones locales, ver “La ontología biopolítica de *Imperio*”, en *Acontecimiento*, n° 23-24, 2003, pp. 54-74.

38. “La situación política. Declaración del Grupo Acontecimiento”, en *Acontecimiento*, n° 26, 2003, pp. 19-23.

39. Andrés Pezzola, “Derrota, fracaso o agotamiento de la experiencia asamblearia”, en *Acontecimiento*, n° 27, 2004, pp. 31-41.

40. Raúl Cerdeiras, “La política de emancipación frente a los nuevos gobiernos latinoamericanos”, en *Acontecimiento*, n° 32, 2006, 44-51.

41. Raúl Cerdeiras, “La contracumbre o la impotencia de la vieja política”, *Acontecimiento*, n° 31, 2006, 23-36.

42. Víctor Militello, “Carta abierta: la adjunción de un sujeto al gobierno”, en *Acontecimiento*, n° 36-37, 2009, 75-90.

43. Alejandro Cerletti, “Igualdad y equidad en las políticas sociales y educativas”, en *Acontecimiento*, n° 38-39, 2010, 95-104.

44. Raúl Cerdeiras, “Cómo piensa la política el Grupo Acontecimiento”, en *Acontecimiento*, n° 29-30, 2005, 7-42; Grupo Acontecimiento. “La afirmación de otra política

Durante estos años, *Acontecimiento* seguirá acompañando la trayectoria del EZLN –dando lugar en sus páginas a la Otra Campaña y la Sexta Declaración de la Selva Lacandona⁴⁵ y acogerá nuevas experiencias como la del Proyecto Nuestramérica-Movimiento 13 de Abril de Venezuela –una organización de corte autonomista liderada por el ex-ministro Roland Denis⁴⁶, el Movimiento 15-M en España⁴⁷ y el ciclo de revueltas conocido como “primavera árabe”.⁴⁸ Además de las hipótesis que delinearon la intervención de la revista en su última etapa, la obra de Badiou estará presente de dos maneras en este nuevo contexto político. Por un lado, Cerdeiras la opondrá diametralmente a las ideas de Ernesto Laclau, la cual se convertiría en aquellos años en un insumo teórico significativo en los debates intelectuales alrededor del kirchnerismo. En el año 2003, la revista publicó un debate entre Cerdeiras y Laclau que había tenido lugar en la UBA. Allí, Cerdeiras apelaba a Badiou para afirmar que la obra de Laclau impedía pensar la novedad política debido al lugar preponderante que tenía en ella la cuestión estructural. A modo de respuesta, Laclau le señalaba a Cerdeiras la dificultad de un pensamiento sobre la política que –al modo de Badiou– le otorgaba un carácter cerrado a la totalidad anterior al advenimiento.⁴⁹ Por el otro, la revista se convertirá en un espacio de disputa con otras lecturas de Badiou realizadas en Argentina. En el mismo contexto en el cual *Acontecimiento* utilizaba la obra de Badiou para desestimar la aparente radicalidad del kirchnerismo, lecturas novedosas de dicha obra propiciaban una apertura a las nuevas experiencias políticas en Argentina y América Latina. En sus últimos números, la revista apuntará fundamentalmente contra el trabajo de Roque Farrán, intentando demostrar que la irrupción de los gobiernos progresistas resultaba totalmente ajena a la idea de acontecimiento en la obra de Badiou.⁵⁰

de emancipación”, en *Acontecimiento*, n° 36-37, 2009, 7-29; Cerdeiras, Raúl. “Acontecimiento cumple 20 años de existencia”, en *Acontecimiento*, n° 40, 2011, 7-20; Grupo *Acontecimiento*. “Que se vayan todos”, en *Acontecimiento*, n° 45, 2014, 9-14.

45. Elsa González y Gabriel D’Iorio, “Otras campañas. La apuesta zapatista y los avatares de la nueva política”, en *Acontecimiento*, n° 29-30, 2005, 43-51; Cerdeiras, Raúl. “La autonomía y el pensamiento político emancipativo en la encrucijada zapatista”, en *Acontecimiento*, n° 31, 2006, 3-22.

46. “Dossier Venezuela”, en *Acontecimiento*, n° 33-34, 2007, 7-102.

47. Martín López, “El hastio de los cualquiera. Sobre España 15-M”, en *Acontecimiento*, n° 40, 2011, 39-43.

48. Martín López, “Lo que falta, lo que viene”, en *Acontecimiento*, n° 43-44, 2013, 61-73.

49. “Debate Laclau-Cerdeiras”, en *Acontecimiento*, n° 24-25, 2003, 78-100.

50. Martín López, “La posibilidad actual de un Estado emancipador. Acerca de un trabajo de Roque Farrán”, en *Acontecimiento*, n° 46, 2015, 53-77.

A modo de cierre, podemos afirmar que *Acontecimiento* constituyó una experiencia significativa desarrollada durante veinticinco años en el seno de la izquierda intelectual argentina. Expresión de la recepción argentina de Badiou, la revista analizó la política argentina y regional desde el prisma de las tesis y los conceptos de la obra del filósofo francés. En un primer momento, la posición de Badiou frente al agotamiento de la experiencia del socialismo real le permitió a la revista desarrollar una intervención que escapaba a las dos reacciones habituales de la izquierda frente al derrumbe: la persistencia en los marcos del marxismo-leninismo y el acoplamiento al nuevo orden político y económico. Diferenciada tanto del trotskismo como del socialismo democrático, *Acontecimiento* apostó a un replanteo de los principios de la política en el sentido de una intervención a distancia de los partidos y el Estado. Como pudimos ver, este ejercicio de replanteo trajo aparejada una caracterización de las luchas políticas llevadas a cabo en la sociedad argentina en la que se señalaban los límites de los repertorios tradicionales y se valoraban nuevas formas de intervención. Asimismo, en un sentido más amplio, la obra de Badiou habilitó un posicionamiento escéptico tanto frente a las bondades de la democracia liberal luego del “siglo de los totalitarismos” como a la necesidad de un retorno a la ética y la los derechos humanos. En un segundo momento, la revista leerá en experiencias como el EZLN, el colectivo 5Ø1, las Madres de Plaza de Mayo y el movimiento piquetero los indicios de una nueva secuencia política desplegada a distancia de los partidos, el Estado y la representación. Iniciado el proceso político radical y autónomo en diciembre de 2001, la revista encontrará en la obra de Badiou ya no el sustento para una crítica general a las formas de la político sino una serie de insumos teóricos productivos a los fines de discutir con otras interpretaciones realizadas por las izquierdas argentinas. Al igual que ocurrió en otras expresiones de la izquierda intelectual, el kirchnerismo y el ciclo político progresista latinoamericano redundaron en un debilitamiento, y posterior agotamiento, de la experiencia de *Acontecimiento*.

Referencias bibliográficas

- Ashton, P. (2006). “A Bibliography of Work on and Alain Badiou in English”. *Cosmos and History: The Journal of Natural and Social Philosophy*, 2 (1-2), 213-226.
- Ahston, P., A.J. Bartlett y J. Clemens (2006). Masters & Disciples: Institution, Philosophy, Praxis. En P. Ahston, A.J. Bartlett y J. Clemens (eds.). *The Praxis of Alain Badiou* (3-12).

- Badiou, A. (2001). "Preface to the English Edition". En *Ethics. An Essay on the Understanding of Evil* (liii-lxiii). Verso.
- Bartlett, A.J. y J. Clemens (2010). Introduction: Badiou's form. En A.J. Bartlett y J. Clemens (eds.). *Alain Badiou: Key Concepts* (1-7). Acumen.
- Beigel, F. (2003). Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 8 (20), 105-115.
- Bergel, M. (2000). 501. Balance de una experiencia política. *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, 10, 3-9.
- Bergel, M. (2009). En torno al "autonomismo argentino". En C. Albertani, G. Rovira y M. Modonesi (coords.). *La autonomía posible. Emancipación y reinención de la política* (285-325). Universidad Autónoma de México.
- Bosteels, B. (2001). "Alain Badiou's Theory of the Subject: Part I. The Re-commendement of Dialectical Materialism?". *Plí. The Warwick Journal of Philosophy*, 12, 200-229.
- Bosteels, B. (2011). *Badiou and Politics*. Duke University Press.
- Feltham, O. (2004). Singularity happening in politics: the Aboriginal Tent Embassy, Canberra 1972. *Communication and Cognition*, 37 (1), 225-245.
- Feltham, O. (2010). Biography and early works. En: A.J. Bartlett y J. Clemens (eds.). *Alain Badiou: Key Concepts* (8-10). Acumen.
- Hallward, P. (1998). Generic sovereignty. The philosophy of Alain Badiou. *Angelaki: Journal of the Theoretical Humanities*, 3 (3), 87-111.
- Hallward, P. (2003). *Badiou: A Subject to Truth*. University of Minnesota Press.
- Pita, A. y M. Grillo (2013). Revistas culturales y redes intelectuales: una aproximación metodológica. *Temas de Nuestra América*, 54, 177-194.
- Pluet-Despatin, J. (1992). Une contribution à l'histoire des intellectuels: les revues. *Les Cahiers de l'IHTP*, 20, 125-136.
- Sarlo, B. (1992). Intelectuales y revistas: razones de una práctica. *América: Cahiers du CRICCAL*, 9-10, 9-16.
- Žižek, S. (1999). Psychoanalysis in Post-Marxism: The Case of Alain Badiou. *The South Atlantic Quarterly*, 97 (2), 235-261.
- Žižek, S. (2003). "Hallward's Fidelity to the Badiou Event". En P. Hallward. *Badiou: A Subject to Truth* (IX-XIII). University of Minnesota Press.



Senderos de *El capital* en América Latina

Jaime Ortega

Departamento de Política y Cultura, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco
jaime_ortega83@hotmail.com

Título: Trails of *The Capital* in Latin America

Resumen: Se presenta una cartografía de las lecturas de *El capital* en América Latina a partir de grandes problemáticas. Así, historia y política son los grandes agregados a partir de los cuales se puede captar el devenir de un texto que atravesó múltiples senderos después de la revolución cubana. En la parte final se realiza un ejercicio de ejemplificación, partiendo de la propuesta de Alberto Parisi, uno de los pocos autores que ha pretendido realizar una lectura situada del texto de Karl Marx.

Palabras clave: El capital – capitalismo – geopolítica – Marx

Abstract: A cartography of the readings of *The Capital* in Latin America is presented based on major problems. Thus, history and politics are the great aggregates from which it is possible to capture the evolution of a text that crossed multiple paths after the Cuban revolution. In the final part, it is carried out an exercise of exemplification, starting from Alberto Parisi's proposal, one of the few authors who has tried to carry out a situated reading of Karl Marx's text.

Keywords: *The Capital* – capitalism – geo-politics – Marx

Recepción: 6 de noviembre de 2020. **Aceptación:** 15 de febrero de 2021

* * *

El capítulo sobre fetichismo de la mercancía en El capital es el Ulysses de nuestro tiempo.

Ricardo Piglia, *Los diarios de Emilio Renzi*.

...mientras que su ala más recalcitrantemente teórica insistía en seguir estudiando hasta la oclusión intestinal El capital.

Paco Ignacio Taibo II,
El regreso de la verdadera araña

Aun no se ha realizado un rastreo exhaustivo de las veredas productivas que asumió la lectura de *El capital* en América Latina. Es cierto que en nuestra contemporaneidad son bien conocidas las principales interpretaciones y usos productivos que se han hecho del texto de “madurez” de Karl Marx en distintas escuelas del pensamiento. Conocemos en español las primeras intervenciones rusas, de la mano de V.I. Lenin y su estudio del desarrollo capitalista, los aportes de E. Pashukanis con respecto al derecho y el fetichismo jurídico y, ni qué decir, de las comentadas páginas de Isaak Rubin a propósito del valor y el fetichismo, dicho sea de paso, páginas a las que pudimos acceder gracias a la intervención teórica del grupo argentino Pasado y Presente, primero en Córdoba, después en México. En las décadas posteriores, marcadas a sangre y fuego por la disputa mundial en torno a la guerra, tenemos noticias de los trabajos de Roman Rosdolsky, cuando descubrió –y nos sigue ayudando a hacerlo– los *Grundrisse*, como momento clave de construcción categorial.

Si bien las décadas posteriores a estas primeras del siglo XX estuvieron enmarcadas por el crecimiento económico acelerado, con los consiguientes procesos de descolonización e industrialización, no se dejó de insistir en la importancia de *El capital* y este tuvo que convivir con otros motivos teóricos que ganaron centralidad. Los *Manuscritos de 1844* fueron, sin duda, los protagonistas de muchos de los debates de la segunda mitad del siglo XX. Solo hacia finales de la década de 1960 tomó fuerza de nuevo la lectura del texto más famoso de Marx, asumiendo diversas veredas su tratamiento. De la mano de los “seminarios estratégicos” (como los llamaba Régis Debray) de Louis Althusser se colocó la consigna militante, pero también teórica que marcaría los esfuerzos intelectuales del futuro inmediato: ¡Leer *El capital*!

Con el francés y en su contra, surgen los acalorados debates sobre el estatuto de la obra de Marx, su unidad y sus momentos de quiebre. La presencia de Althusser moviliza muchos sentidos en la medida en que

se aclara que no hay lectura inocente, pero tampoco lectura suficiente. Trabajar con *El capital* siempre orilló a imaginar nuevos formatos de pensamiento, no es casual que desde la Cuba revolucionaria Fernández Retamar (1967) señalara que el francés no indicó como deberían los poetas leer *El capital*. Nuevas escuelas y vertientes asoman en un escenario cada vez más marcado por la crisis capitalista, el agotamiento de la forma del capital hasta entonces dominante, y destapa vetas de interpretación.

Paralelamente, en Italia y Alemania aparecieron novedosas apreciaciones sobre la obra de Marx. Raniero Panzieri, Antonio Negri, Nicola Badaloni y Mario Tronti son sólo algunos de los nombres de los que exploraron dimensiones variadas de *El capital*. En Alemania, de manera confrontada, lo hicieron Wolfgang Fritz Haug, Michael Heinrich y Robert Kurz. De nuevo, estos son apenas unos pocos nombres de múltiples participantes de un debate cuya escala es global y que de ninguna manera se restringe al tradicional marco europeo.

Es legítimo preguntarse, ¿qué pasaba en las arenas teóricas latinoamericanas? ¿Se era incapaz de mostrar una productividad teórica? ¿Era el *marxismo latinoamericano* solo un aglomerado de panfletos y programas a propósito de realidades locales encerradas en sí mismas? ¿Nuestra “lucha de clases”, tan atravesada por lo nacional, no permitía pensar la dimensión universal del despliegue del capital a partir de una de las exposiciones más certeras sobre dicha temática? Ha quedado claro, y en ello ha sido crucial el trabajo de Horacio Tarcus, que *El capital* tuvo una presencia de larga data en la región. A diferencia de otras zonas geográficas –y aquí hace falta, sin duda, una historia global de la traducción, circulación y recepción de *El capital*– la disputa por las traducciones se volvió también una permanente tensión por las formas de comprensión de la gramática marxista. La política práctica, con sus escalas estratégicas, no sólo no estuvo exenta de aquella discusión, sino que por momentos se volvió su centro y corazón.

Sin embargo, la preocupación central en este trabajo es mostrar algunas veredas que tuvo la recepción de *El capital*, destacando sus motivos productivos. Ello implica deslindar los formatos diferenciados con los que fue tratado, las tramas a partir de las cuales fue leído y los empleos, tanto metodológicos como explicativos. Se trata pues, más que de recepción o circulación, de productividad del discurso teórico.

Mostraremos ello a partir de varios apartados. El primero refiere a un conjunto de perspectivas que se desarrollaron en el continente en la época posterior a la revolución cubana, señalando puntos de anclaje clave; el segundo abordará, brevemente, una deriva de esos formatos de producción.

La raíz diversa de la apropiación de *El capital*

Horacio Tarcus ha mostrado bien el itinerario de las traducciones de *El capital* en América Latina, incluidas no pocas disputas en torno a lo que significaba contar con lo que podríamos llamar un lenguaje marxista. Sin embargo, queremos pasar ahora a la productividad de los discursos de quienes se han enfrentado al texto y han producido a partir de él.

Se trata, por supuesto, de un ejercicio sintético, que no profundizará, aunque pretende registrar una cartografía inicial. En términos cronológicos nos colocamos después del “acontecimiento” de la revolución cubana. Esta rompe, definitivamente, el débil monopolio que sostenían algunos grupos –ligados al poder estatal soviético– en torno a la producción del marxismo. Como entramado teórico se perfiló en formas cada vez más novedosas, al tiempo que se vinculó con diversas trayectorias intelectuales y académicas, a veces acompañando a determinadas fuerzas políticas, a veces al margen de ellas; pero en general sosteniendo un estatuto de “autonomía relativa” frente a los cambiantes escenarios. Así, a un costado del marxismo en clave humanista, que sostiene una gran presencia en aquellas décadas, de a poco *El capital* va ganando un espacio en la reflexión teórica y política.

Podemos señalar las principales líneas de producción que asumieron este paradigma. La primera y más evidente es la que refiere a la historia del capitalismo, la forma en que se concibió su desarrollo y la necesidad de pensar experiencias locales dentro de un marco universal. *El capital* dejó de ser mirado como una obra a la cual había que acercarse en una clave historicista, es decir, atrapada en un tiempo y en un lugar. *El capital*, contrario a la versión canonizada por José Stalin, dejó de ser pensado como la narración del “capitalismo de libre competencia”, cuyo centro era “la Inglaterra victoriana”. Eso no significó que se dejaran lecturas en donde se hablaba de *El capital* como el ejemplo de la época “premonopolista” (Azcuy, 1983). Sin embargo, la operación teórica cambió, *El capital* no era sólo el relato de algo ya pasado en Inglaterra, sino una forma de pensar que demandaba a los marxistas de diversas nacionalidades pensar su propia realidad. Así podemos constatarlo en la mayor parte de quienes problematizaron las últimas secciones de la obra cumbre de Marx, encontrando en ellas reflexiones para pensar el estatuto capitalista de la región. Podemos señalar el pionero trabajo de Volodia Teitelboim (1979), presentado en 1946 como tesis de un intento de captar el lugar específico de la región sobre la base de las categorías entregadas en el texto de Marx.

A medio camino entre la historia y la discusión sobre el estatuto del capitalismo del siglo XX, podemos encontrar usos diversos de *El capital*. Por ejemplo, en la noción de “des-acumulación originaria” que el

ecuatoriano Agustín Cueva (1977) compartió con el mexicano Enrique Semo (1973). Esta categoría, era una innovación teórica, que pretendió entender la conjunción de dos temporalidades históricas, la del capitalismo central que expropiaba localmente pero también expoliaba en territorios ultramarinos, reproduciendo o inaugurando procesos que después Marx captaría conceptualmente. Tanto Cueva como Semo eran parte de una pléyade de intelectuales ligados a las versiones de la militancia comunista.

De la misma forma es pertinente señalar a los historiadores que, desde diversas geografías, plantearon la necesidad de pensar la “acumulación originaria” no como un hecho ya estudiado en Inglaterra, en el pasado del centro capitalista, sino en su especificidad local y regional. Podemos mencionar casos diversos como el del boliviano Gustavo Rodríguez Ostría (1979), la colombiana Carmenza Gallo (1974), el chileno Marcelo Segall (1953) o el salvadoreño Rafael Menjívar (1983). Todos estos, pertenecientes a distintas tradiciones políticas, teóricas y disciplinares, expresaron la necesidad de captar la especificidad del capitalismo local. La historia servía, en todos estos casos, como un recurso al cual recurrir y mediante el cual el presente adquiriría una tonalidad más cristalina, al estar enmarcado en procesos de “subdesarrollo” o “dependencia”. Las formas nacionales que tomó el capitalismo –centrado en materias primas y con un fuerte componente oligárquico– obligó a pensar el estatuto de la “acumulación originaria” en territorios específicos y no sólo como un acontecimiento ya registrado en la teoría.

Otros, como el brasileño Carcanholo (1981), ensayaron desde la “teoría del valor”, para el caso de Costa Rica, es decir que recurrían a un arsenal más amplio. Todos estos trabajos historizaban, más allá de las coordenadas tradicionales de la historia económica, y ponían a jugar a *El capital* en el escenario de las interpretaciones, no sólo del pasado sino también del presente. Cabría señalar que fue el hispano-soviético Anastasio Mansilla (1976) quien inauguró esta forma de comprensión a partir de sus *Comentarios a la sección séptima de El capital* desde la Cuba revolucionaria, en donde sus alumnos fueron, entre otros, Fidel Castro y Ernesto Che Guevara. Enviado a Cuba para ayudar a la formación teórica, Mansilla se destacó por su amplio conocimiento de *El capital*, pero también por abreviar de formas distintas a las que imperaba en el marxismo soviético del momento –por lo demás, irreductible al multi criticado “Dia-mat”–.

La dificultad que enfrentan algunos de estos textos, sobre todo los producidos por historiadores de formación más clásica, es la de distinguir los usos conceptuales. Si bien es claro que Cueva, Semo y otros se encuentran ya en diálogo con las ciencias sociales, existen casos donde se requiere una lectura atenta y, hasta cierto punto, imaginativa. Es

el caso de los trabajos que involucran la existencia de un trabajo no asalariado. Por ejemplo, en Ramiro Cepero Bonilla –a la sazón, figura clave en la renovación del marxismo en Cuba– la presencia de Marx es importante. Quizá más decididamente Marx se encuentra en *El ingenio* de Moreno Fragnals. El tema de la organización en la hacienda azucarera y el “barrancón” y todo lo que hay alrededor de la producción del azúcar es claramente una temática que convocó a los marxistas, en ella se juegan las fuerzas productivas técnicas y procreativas, las dimensiones políticas, la conformación del mercado mundial y otros tantos insumos. Caso contrario –y un tanto sorprendente puesto que colma las bibliografías contemporáneas de los marxistas– es el caso de Eric Williams (1975) quien no cita a Marx ni hace un uso categorial en su trabajo clásico. Esto, de ninguna manera disminuye su importancia, sólo es de llamar la atención. Algo similar sucede con el historiador chileno interesado en los problemas de la esclavitud (Mellafe, 1959). Quizá por las fechas de producción de estos trabajos, sea factible pensar que la noción de que *El capital* era un texto de historia de la economía inglesa –o alguna variante similar– contuvo su uso.

Sin embargo, no sólo la historia fue un campo en donde el texto de Marx descolló. Al paso de las décadas, las ciencias sociales se configuraron a partir de nociones extraídas de su corpus, tales como la subsunción real y formal, plusvalor absoluto, proceso de producción, entre otras. En el intenso debate en torno a las teorías de la dependencia destacaron dos plumas por ser las más refinadas en su apropiación de la obra de Marx: Ruy Mauro Marini y René Zavaleta Mercado. Ambos autores integraron al Marx de *El capital* en sus respectivas formulaciones teóricas, que se bifurcaban en cuanto a intereses. Mientras que el brasileño discurría sobre las formas de la dependencia a partir de la noción de superexplotación del trabajo (1973), el boliviano busca dimensionar la realidad estatal latinoamericana a partir de sus “cuatro conceptos de la democracia” (1982), en diálogo directo con *El capital*. El primero mantenía una lectura atenta de la combinación entre formas de extracción de plusvalor absoluto y plusvalor relativo, iniciando con ello una alternativa de comprensión de la “sociología del trabajo”, en tanto que el segundo comprendía que los procesos de concentración y “centralidad técnica” del proceso productivo alteraban las dimensiones políticas de la vida contemporánea. El brasileño había pasado por experiencias proto-troskistas y se había vinculado fuertemente con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, en tanto que el segundo había evolucionado del nacionalismo revolucionario al marxismo, manteniéndose cercano al Partido Comunista Boliviano. Dos formas de comprender la política, la revolución y la teoría; una más económica y la otra más política; ambas amparadas, en buena medida, sobre una lectura productiva de *El capital*.

Otras veredas deben ser señaladas en un intento proceso de apropiación de la obra de Marx, en medio de fuertes olas represivas y de autoritarismo que hicieron sucumbir a gran parte de los espacios de reflexión. Por un lado, es pertinente señalar el papel de México como lugar de recepción de refugios que permitieron el acceso a la construcción de una veta del marxismo en clave de “crítica de la economía política”. Entre los más destacados se encuentra Bolívar Echeverría (1986), Jorge Juanes (1982) y Armando Bartra (1979) como exponentes principales. En aquel espacio pasaron figuras como el ya mencionado Marini o Zavaleta, pero también el boliviano Carlos Toranzo (1983). En el recambio, en aquel espacio se formarían teóricos como Jorge Veraza y, en una prolongación, también Álvaro García Linera, de quienes hablaremos más adelante.

Hacia finales de la década de 1960 la entonces Escuela de Economía en México se convirtió en eje articulador de la institucionalización del marxismo. La Reforma al Plan de Estudios de 1974, resultado de un proceso de movilización y de tensiones con las autoridades universitarias, derivó en una “hegemonía” formal, la cual incluía numerosos cursos obligatorios de “Economía política”, así como de “Transición del socialismo al capitalismo” y lo más importante, los “Seminarios de *El capital*”. Ahí Bolívar Echeverría –quien venía de un paso intenso por el Berlín Occidental– dictaba curso en el Auditorio Ho-Chi-Mihn, Jorge Juanes hacía lo propio, ambos haciendo una lectura “línea por línea” del texto. Bartra profundizó en el tema agrario, tan candente para México, pero sin olvidar nunca las dimensiones teóricas más generales y que sólo muchos años después pudimos conocer en profundidad.

Esta clave de la “crítica de la economía política” permite también pensar en cómo el texto de Marx comenzó a procesarse en claves metodológicas o filosóficas, saltando de la “historia” como disciplina a un plano más abstracto. Así, Oscar del Barco (1977) produjo en su exilio mexicano *Esencia y apariencia en El capital*. Bolívar Echeverría, que venía de Alemania, produjo un conjunto de ensayos recopilados después en *El discurso crítico de Marx*. Enrique Dussel (1985), de Argentina a México, produjo una tetralogía.¹ Cada una de estas producciones es distinta, pero se ancla en la idea de que Marx es, ante todo, un filósofo. O quizá, como Martínez Marzoa lo dijo en España, la filosofía de Marx es su crítica de la economía política. Del Barco lo hace desde una dupla que ha acompañado al marxismo desde sus orígenes, vinculado al marxismo hegeliano, el autor argentino discute con una infinidad de autores sobre dimensiones como el saber absoluto, la crítica del mate-

1. Iniciada con *La producción teórica de Marx* (1985) y continuada con *El último Marx, Hacia un Marx desconocido* y *Las metáforas teológicas de Marx*.

rialismo de Lenin o la concepción sobre el “modo de exposición”. Sobre Echeverría y Dussel volveremos más adelante, ahora es preciso señalar que se enmarcó en el proceso de considerar a *El capital* no como una economía positiva, sino como una “crítica” en un sentido más filosófico. Ello implicaba movilizar distintos referentes. En el caso de Echeverría fue la lectura sistemática de los tres tomos, exponiendo que en cada uno de ellos se asumían distintos grados de exposición, tanto de esencia como de apariencia. Dussel, en cambio, redescubrió productivamente a Marx en su exilio mexicano, imponiéndose en sus cursos la tarea de leer lo que después denominaría “las cuatro redacciones de *El capital*”, es decir, no considerar a este como un libro aislado e incompleto, sino como un proyecto.

Otro autor relevante en este entramado fue John Holloway, el irlandés avocinado en Puebla, que pasó de un estudio del Estado a entregar una perspectiva que apoyaba su reflexión en las categorías de *El capital*. Deudor y crítico de tendencias que se labraban en Europa Occidental, Holloway (2011) pasó de teorizar el Estado a pensar contra el Estado. ¿Podemos asimilar estos y otros trabajos en líneas generales a una tendencia? Sí, en la medida en que existen puntos de enlace a pesar de los distintos énfasis, al menos en algunos de los trabajos más significativos y que han generado mayor atención.

Por ejemplo, en Echeverría, Dussel y Holloway, que parten de horizontes muy diferenciados en sus fuentes teóricas, prima la idea de una “contradicción fundante” de todas las que se despliegan en el mundo moderno. En Echeverría esta “contradicción fundamental” recae sobre proceso de trabajo/proceso de valorización, aunque la mayor parte de sus comentaristas la han reflexionado como “valor/valor de uso”. Remite a la existencia de una forma de sociabilidad y reproducción de la vida sobre la cual se impone otra, artificial y abstracta, pero dominante. Esta misma noción es la que prima en su concepción de la modernidad, que elaborará a partir de un diálogo entre la obra de Max Weber y Marx. En el caso de Dussel la contradicción fundamental es la de trabajo vivo/trabajo muerto. Ella remite a la forma específica en que el argentino-mexicano lee a Marx a partir de Levinas, desde su punto de vista el capital y el trabajo asalariado son expresiones de la totalidad del orden social, en tanto que la exterioridad (es decir, lo no determinado) es el trabajo vivo. Esta lectura se apoya, fundamentalmente, en los *Grundrisse* de 1857, en donde Marx explícitamente trabaja la categoría de trabajo vivo como “no-capital”. La operación de Dussel, al igual que la de Echeverría, se traslada del texto de Marx y pasa hacia una consideración global de la historia y la modernidad, en donde la europa colonialista es la totalidad y América Latina sería la exterioridad. En Holloway, la cuestión parte también de una contradicción fundante del resto: trabajo

abstracto/trabajo concreto. Aunque, conforme su obra fue creciendo, encontramos una transmutación de estas categorías hacia poder-hacer versus poder-sobre. Transformación que se implica tras el impacto del movimiento zapatista en su perspectiva teórica, en la que amoldó las categorías de Marx hacia versiones más pedagógicas. A diferencia de los otros, sin embargo, Holloway no deriva una teoría de la modernidad, ni tampoco una “filosofía de la historia”. Se mantiene, por el contrario, en una idea de fundar una contrateoría, es decir una teoría en contra del Estado, una teoría en contra del dinero, ambas dimensiones serían las cristalizaciones más acabadas del poder-sobre, es decir, del trabajo abstracto. Ello decantará, al final, en su famoso texto *Cambiar el mundo sin tomar el poder* (2001), que debe ser leído como una forma específica de leer *El capital* de Marx.

Otros autores optaron por desarrollar la categoría de fetichismo, como en el caso del propio Echeverría en un breve texto, pero también el chileno Osvaldo Fernández (2016) –que pasó por México para después ir a Francia– y Carlos Aguirre Rojas (1984). Estos trabajos encontraron en el “fetichismo” de la mercancía algo más que un añadido a la teoría de la enajenación, problematizándola a partir de sus distintos niveles: la mercancía, el dinero y el capital. Es decir, mostraron cómo el fetichismo no era un concepto homogéneo, sino que requería especificidad en su análisis. Se trató de un motivo que movilizó la reflexión más allá de los marcos iniciales dados por Marx, pero buscaron profundizarlos. El fetichismo venía a complejizar y reemplazar las antiguas discusiones en torno a la ideología, la falsa conciencia y otros registros comunes en el marxismo de la primera mitad del siglo XX y mantenía una tensión con la categoría de enajenación. Sin embargo, de todos estos trabajos, el pionero fue el de Franz Hinkelammert (1977), al colocar un énfasis en la dimensión totalizante del fetichismo, con respecto al mercado, el poder y la subsunción real (recambio tecnológico y productivo). Hinkelammert, quien de Alemania pasó a Chile y de ahí, después de 1973, a Costa Rica, ha mantenido una línea de trabajo muy sugerente, en donde ha denunciado el “totalitarismo de mercado” y el fetichismo de la racionalidad que descansa sobre la “mano invisible”, como verdaderas cruzadas contra la vida humana y la naturaleza. Además, en su más reciente etapa produjo en los últimos años uno de los trabajos más importantes en cuyo eje se encuentra la idea de la formulación de una “segunda crítica de la economía política”.

La izquierda comunista también hizo sus aportes en este campo, aunque algunos fueron más limitados frente a las fuentes europeo-occidentales. Quizá menos elevadas en el nivel de refinamiento o en el diálogo con perspectivas como la “teoría crítica de la sociedad”, pero con firmeza de superar los lugares comunes a los que se había condenado

la obra de Marx tras la definición del “leninismo” hecha por Stalin. Así, encontramos los trabajos del chileno Sergio Vuskovic (1967), que fueron intentos de colocar a la izquierda comunista en el debate sobre *El capital*. Sin embargo, una de las perspectivas más relevantes se dio en México, en donde la antigua editorial del Partido Comunista –devenido a principios de la década de 1980 en Partido Socialista Unificado de México– editó la colección *El capital: teoría, estructura y método*, que conjuntó los esfuerzos más elaborados, tanto regionales como europeos, de discusión sobre el texto de Marx. Alguno de sus militantes, como Sergio de la Peña (1978) o Pedro López Díaz (1986), nutrieron distintas perspectivas conceptuales sobre la base del ejercicio de lectura de la obra madura de Marx. Los cuatro tomos son un ejemplo de la apertura y diálogo de los comunistas mexicanos, afincados en el trabajo político universitario, con corrientes más amplia del discurso marxista.

La lectura de *El capital* se diferenció porque no colocó el énfasis en las temáticas clásicas del marxismo humanista, anclado en los *Manuscritos de 1844* y las “Tesis ad Feuerbach”, como en el caso de la “filosofía de la praxis”. Es plausible pensar que la relativa distancia de esta corriente con respecto a *El capital* viniera de la precaución ante el economicismo. Aún así, Adolfo Sánchez Vázquez publicó en la colección “Teoría y praxis” la obra de Jendri Zeleny, que era una lectura humanista de *El capital*, en una traducción que había realizado Manuel Sacristán en España. Respecto a la otra corriente fundamental en la segunda mitad del siglo XX, el “althusserianismo”, esta produjo poco en torno a este tópico, salvo en los casos del mexicano Raúl Olmedo y del argentino Raúl Sciarreta. Aunque aquella corriente caló duro en la región, produjo poco con referencia al texto de Marx. Sin duda el trabajo de Marta Harnecker podría ser considerado, de alguna manera, una exposición de algunos tópicos que tocan los problemas de la crítica de la economía política, pero definitivamente no son una lectura pormenorizada, como las que hemos señalado.

El universo que hemos descrito aquí –apenas señalando algunas derivas– contiene algunas temáticas. No dejaron de existir problematizaciones que escapan a una reducción en alguna de estas cuestiones. Aunque también sean relevantes. Es el caso de obras como la del argentino peronista Norberto Wilner (1969), que, en un ambicioso trabajo, buscó develar en el tomo primero de *El capital* la categoría de “ser social”; o la del boliviano Carlos Toranzo, quien en un texto florido y habitado por múltiples metáforas (1983), propuso una lectura epistemológica, es decir, centrada en el problema del método, la delimitación de su objeto y las formas de operar del pensamiento. Trato similar al que dio el profesor y dirigente socialista ecuatoriano Manuel Agustín Aguirre (1962), el peruano Guillermo Rochabrún (1974), el venezolano

Núñez Tenorio (1976), el dominicano José Oviedo (1980) o el mexicano Enrique de la Garza (1983). En todos estos autores, *El capital* contenía un método especial, que había que explicitar. Asimismo, Oscar Correas, argentino-mexicano, trabajó una lectura de *El capital* (1982) en clave de crítica jurídica, en un esfuerzo que por momentos fue solitario. Otro solitario fue Wim Dierckxsens (1982), quien desde conceptos como forma valor analizó los problemas de la reproducción de la fuerza de trabajo. Aunque producidos en Brasil –que ameritaría, como suele suceder con el país-continente, un trabajo aparte– los trabajos de Paul Singer fueron de gran valía al lector en el resto del continente, en temas introductorios a las categorías de *El capital* (1985) pero también en dimensiones de la fuerza de trabajo (1981) y la urbanización (1975).

Es pertinente, también, señalar la existencia de las distintas posibilidades que existen, superando el regionalismo, de mirar cruces y miradas. Es el caso de la producción de Ernesto “Che” Guevara, que, a modo de apuntes (2006), dejó su huella en la lectura de Marx. Se trata de un episodio significativo, más que por las dimensiones de su reflexión, por el tipo de trabajo: eminentemente práctico y enfocado en la resolución de problemas concretos. Sin embargo, ello no impidió que el revolucionario argentino sostuviera un intenso debate en el que terciaron Ernest Mandel y Charles Bettelheim. Esa estela problematizaba un viejo tema surgido con la revolución soviética y ampliado con la emergencia de China –con el economista francés mencionado como mediador– en el horizonte mundial: el tipo de categorías que debían operar en la economía de transición. Este es, quizá, el tema más práctico de las derivas que tuvo la lectura de *El capital*: convocó la experiencia clásica de la revolución rusa, saltó hacia China por medio de la traducción conceptual en Francia por parte de Bettelheim (en menor medida de Balibar) y dio sentido a las discusiones en los primeros años de la Cuba revolucionaria y del Chile de Allende, por ejemplo en los trabajos de Sergio Ramos (1972), aunque no exclusivamente de él.

Las coordenadas políticas e ideológicas comenzaron a transformarse en la década de 1980. Aunque algunas de las producciones citadas se presentaron en esta época, forman parte, conceptualmente, de un período previo, marcado por la idea de revolución, el predominio del marxismo y el diálogo con tendencias político-militantes. Como lo ha demostrado López Nájera (2018) vivimos en la región una “Derrota política, [una] crisis teórica y transición epistémica”. Esto desplazó al marxismo, en algunos países con los procesos de transición temprana –Argentina y Brasil– y en otros en el largo proceso –Chile y México– que imbricó con la caída del Muro de Berlín. El marxismo como corriente teórica eclosionó, por un lado quedaron los grupos militantes, anclados en sus certezas, aunque muy disminuidos, y por el otro un conjunto de voces, la mayor

parte reducidas al mundo universitario, que continuaron intentando trabajar.

En este nuevo entramado tenemos algunas novedades. Por ejemplo, los trabajos de Juan Iñigo (2007), que han ganado centralidad entre grupos que quieren volver a *El capital* sin grandes sobresaltos ni innovaciones teóricas, con un lenguaje clásico bien asentado en una tradición política. Néstor Kohan (2001) hizo lo propio, con una intencionalidad pedagógica y política. En Colombia se revivió cierta discusión en torno al texto, tanto por la obra de Luz Teresa Gómez (2014), quien se aproxima a *El capital* con una mirada sociológica (colocando énfasis en las clases sociales). Respecto de la teoría de la dependencia, algunos han continuado trabajando con sus categorías, como es el caso de supe-rexplotación del trabajo (Osorio, 2004) o crisis (Sotelo Valencia, 2010). En términos filosóficos, con una alta originalidad, el texto de Carlos Oliva (2013) representa una apuesta por enlazar la lectura de Bolívar Echeverría de *El capital* con la semiótica, colocando el problema de la “forma natural” en relación con las representaciones de segundo orden, es decir, con la perspectiva técnica.

De este material contemporáneo vale la pena destacar dos producciones. La primera es la de Álvaro García Linera, que, a su paso por México, tuvo contacto con los espacios de lectura de *El capital*, como ha sido señalado en una reciente entrevista de gran valía. Esa forma de trabajo redituó, ya en la década de 1990, en la elaboración de *Forma valor, forma comunidad*, un texto mayormente ubicado en un grado de abstracción amplio, que sólo al final habilita una discusión más histórica de la formación del marxismo. Se trata, sin lugar a duda, de un texto clave para entender la productividad de Marx en la región y es, también, una respuesta a nuevas cuestiones, particularmente la de los problemas alrededor de la comunidad. La segunda es la de Jorge Veraza, a quien hemos mencionado antes. Su marxismo, como ha sido destacado (Valerio, 2020) es una apuesta por una reconstrucción teórica. Ello le ha implicado fases diversas, por ejemplo, la crítica del imperialismo como una categoría que sustituya a las contenidas en *El capital* (Veraza, 1987), una ejemplificación (en gran medida contra Althusser) de cómo leer *El capital*, linealmente y como un todo armónico (2007), su exposición de una teoría de las fuerzas productivas no técnicas (2012). Y quizá, uno de los aportes más originales, el traslado de las categorías de subsunción real a la esfera del consumo (2008).

Hemos eludido aquí mencionar la gran bibliografía que existe sobre problemas exclusivamente económicos, es decir, ubicada en el tránsito de valores en precio o debates similares. La comunidad académica marxista en el campo económico es importante y muy vital, la labor de Mario Robles ha dejado textos muy relevantes a propósito de la dialéctica

(Robles, 2005) y su relación con el dinero y el capital (Robles y Escorcía, 2016). Sin olvidar, por supuesto, el trabajo como economistas críticos de realidades concretas de José Valenzuela, Claudio Katz, Rolando Asarita, Abelardo Mariña, Marcelo Carcanholo, Juan Kornblihtt, Marina Machado o Renán Vega Cantor, por mencionar solo algunos.

Después de este recuento podemos pensar que *El capital* ocupó un lugar importante en el discurso marxista, al menos después de 1959 con mayor claridad. Sin embargo, es preciso insistir en al menos un ejemplo de este tipo de lectura. Hemos seleccionado una producción argentina, aparecida en 1988, comprometida con el ambiente revolucionario de décadas pasadas. Se trata de la obra *Una lectura latinoamericana de El capital* de Alberto Parísí. Texto poco conocido, de escasa circulación, pero que permite ilustrar una forma particular del recorrido que hemos hecho antes.

Una deriva de la lectura: Alberto Parísí como ejemplo

La lectura de Dussel sobre Marx ha sido en múltiples ocasiones abordada, comentada y criticada, por distintos motivos, ya sea su relación con las filosofías de la liberación, ya sea por su intento de realizar un diálogo entre la categoría de exterioridad y la de totalidad, es decir, entre Levinas y Marx. Yo mismo inicié un ejercicio (Ortega, 2018) comparativo con Echeverría. En este apartado final, aprovecharé para señalar una hipótesis: la deriva que tuvo la obra de Dussel en una lectura realizada en Argentina a cargo de Alberto Parísí.

Ha sido Christian Gauna (2016) quien ha presentado los datos fundamentales de este autor, muy poco revisitado en las historias del marxismo en la región y más focalizado en su relación con la filosofía de la liberación, gracias a su trabajo *Dialéctica y Filosofía*. Después de cursar filosofía en la Universidad de Cuyo, como tantos otros de su generación, tuvo que ir al exilio. En México su estancia resulta compleja, dada una situación laboral cambiante, que finalmente logra cerrar con su adscripción en la Universidad Pedagógica Nacional. De regreso a Argentina su producción no descansa y continúa. Aquí es donde se ubica su incursión en *El capital*, que tendrá una fuerte carga dialéctica y ontológica. Parte de su actividad se encuentra en un emprendimiento de tipo ideológico político, como fue la revista *Alternativa Latinoamericana* (Barón del Pópulo, 2016).

Su planteamiento resulta original en la medida en que propuso una *Lectura latinoamericana de El capital* (Parísí, 1988), aunque en gran medida se trata de una vuelta de tuerca de algunos planteamientos de Dussel. Parísí elaboró su propuesta a partir de las demandas del movimiento popular impactado por la revolución sandinista. En dicho

proceso revolucionario, como se recuerda, la noción de pueblo pareció ganar espacio, frente a la lectura clasista, asociada comúnmente con el esquematismo “ortodoxo”.

Del conjunto del texto destacamos el señalamiento de la condición situada de su ejercicio:

Más allá de los muchos desaciertos o falencias que nuestra interpretación pueda contener, algo es claro a lo largo de toda nuestra lectura: dialogaremos con el pensamiento de Marx, asumiendo como “norte” de nuestra preocupación no a Marx o a *El capital*, sino nuestra propia e insoslayable realidad. (Parisi, 1988, p. 7)

Esto resulta clave, pues en la amplia gama de trabajos que se hicieron sobre Marx, pocos fueron los que explícitamente encaminaron su tarea por este sendero.

A esta declaración de principios sigue una exposición sobre el estatuto teórico de *El capital*. El principio está en aclarar que no es un libro “de economía”, sino “una crítica de la economía política” (Parisi, 1988, p. 10). Sin embargo, delimitar *El capital* como un proyecto de crítica no da espacio para que, como sucede con Dussel, actúe una consideración más amplia de qué es lo que compone ese proyecto. Recuérdense que en este último autor *El capital* no es un libro, sino un conjunto de libros, que se inician en los *Grundrisse* y que abarcan la edición tradicional de *El capital* y otros tantos manuscritos, como los fechados en 1861-1863. Parisi, cercano a Dussel, no adhiere a esta perspectiva, pero sitúa la obra de Marx como una “crítica” y no como una economía positiva.

Llegado a este punto debe justificar el subtítulo: ¿una lectura latinoamericana? ¿qué especificidad podría tener este tipo de aproximación? Al igual que Dussel, Parisi sitúa el entramado problemático en un devenir, resultado de “nuestra peculiar situación geopolítica, histórica y cultural” (Parisi, 1988, p. 12). *El capital* nació en una geopolítica del conocimiento y la lectura que se propone se da en otra, marcada por la crisis del marxismo y la revolución popular sandinista. Así, ahonda:

Desde esa condición concreta queremos interrogar a *El capital*, y no desde una abstracta situación universalista; interrogarlo para saber en qué medida sus concepciones, su crítica, su visión de la sociedad tienen hoy vigencia para nosotros y nos permite comprender nuestra realidad. (Parisi, 1988, p. 12)

Este reconocimiento lo lleva entonces a desmarcar su ejercicio frente a otros. El suyo, dice, considera que *El capital* es una “obra abierta”, y en ese sentido “urge al lector a un esfuerzo adicional de imaginación

crítica y renovado trabajo de reflexión y estudio” (Parisi, 1988, p. 13). Desde su carta de intención del formato que debe tener una lectura situada de *El capital*, Parisi señala nodos sugerentes: “la estructura del Modo de Producción capitalista (MdPc), en el cual hemos surgido como países explotados, subdesarrollados y dependientes” (p. 14); “los fenómenos de explotación y la lucha de clases, consustanciales a este MdPc” (p. 15), y también “el carácter peculiar de las relaciones y la cultura” (Parisi, 1988, p. 15).

Excediendo al prólogo, la exposición continúa desarrollando nociones de la crítica de la economía política y su significado. Para lo cual remite al problema de los distintos “planes” que Marx elaboró en diversas ocasiones. Ello le permite profundizar en algunas nociones, como la de obra “abierta”, que se muestra para él a partir de “los cambios profundos introducidos en el plan original y las dudas, avatares y dificultades que impidieron a Marx proseguir la publicación de su obra más allá del tomo I” (Parisi, 1988, p. 22). Así, la apertura, aclaró Parisi, ocurre en el interior de la obra, pero también en su carácter inconcluso, y en planteamientos provisorios, que deben ser profundizados (Parisi, 1988, p. 364).

Pasando revista al plan de los seis libros, los cambios de estos por parte de Marx y el material con el que se dispone efectivamente, desarrolla –siguiendo en gran medida la ya mencionada obra de Jorge Juanes– la estructura argumental del Tomo I. En este encuentra que Marx busca desarrollar la categoría de *capital* “como la realidad o elemento distintivo en ese macroproceso histórico y social llamado Modo de Producción capitalista” (Parisi, 1988, p. 26). Así, plantea que en la sección primera esta la “esencia” de todo *El capital*. Define, además, algo que para otras vertientes resulta problemático: el carácter transhistórico de la exposición de la mercancía. Para él, lo analizado en la sección primera “es válido [...] para todas las sociedades productivas de mercancías, incluido el MdPc” (Parisi, 1988, p. 27).

Que todas las sociedades en donde haya existido la mercancía puedan explicarse, desde su perspectiva, a partir de la sección primera, le obliga a definir qué es lo específico del aporte de Marx. Así, sanciona, “vale la pena puntualizar algo: lo realmente inédito en el análisis marxiano de la mercancía estriba en haber descubierto la «forma de valor», es decir, haber descubierto que el valor es una relación social e histórica” (Parisi, 1988, p. 31). Aparejado a estas definiciones, Parisi se suma al corpus de autores que reivindican el carácter dialéctico de la reflexión de Marx, contenida en *El capital*, lo cual explica, entre otras cosas, su aversión hacia Althusser. Desde su punto de vista el “fondo dialéctico” del texto, determina la esencia de su estructura, pero también su método, sus formatos teóricos y, finalmente, la crítica que permite realizar. Separarse

de la dialéctica es algo que no concibe como viable: “desligarlo del mismo [fondo dialéctico] es causarle una amputación esencial e irreversible” (Parisi, 1988, p. 38).

Finalmente, su trayecto lo lleva a desligarse de la versión canónica –al menos desde Stalin– que encarcela la reflexión de *El capital* a un conjunto de ejemplos históricos: el capitalismo del XIX, la libre competencia o la Inglaterra victoriana. Para Parisi, el texto se encuentra más allá de coordenadas históricas, pues remite no a la historia del desarrollo del capitalismo y de un “recuento de sus principales problemas concretos (aunque contenga partes históricas), sino la exposición lógico-dialéctica de la específica racionalidad de dicho Modo de Producción” (Parisi, 1988, p. 40).

Por más de 400 páginas Parisi ensaya una aproximación a los tres tomos de *El capital*. Primero, copia un pasaje largo que muestra alguna problemática. Posteriormente incluye un “comentario” en el cual explicita la problemática, la importancia que tiene el pasaje citado y lo que este muestre en el conjunto de la crítica de Marx. Capítulo por capítulo replica esta operación. Hacia el final de cada sección da una conclusión general y presenta una serie de preguntas y temas que podrían ser discutidas de manera colectiva. Igualmente, sugiere bibliografía, de acuerdo a distintas temáticas contenidas en la sección correspondiente.

Ahora bien, podemos ya demarcar algunas de las principales tendencias interpretativas que habitan el texto.

El énfasis colocado por Parisi de ir capítulo por capítulo puede ser interpretado como un ejercicio pedagógico. No es que Parisi quisiera construir una interpretación disruptiva del campo marxista. Tampoco entregar *su* propia interpretación, que abonara en concepciones más amplias, como el estatuto de la política, el Estado o la modernidad. Parisi se centra en el texto porque muestra la intención de *aprender con otros* sobre ese texto y no sobre algo más.

Es posible preguntarse por el estatuto de la productividad del ejercicio de la “forma-comentario”, que Althusser consideraba como una “lectura religiosa”, en su crítica a Sartre y otros. Nuestra evaluación es que Parisi ejercer una sugerente productividad en el entramado, aquel donde no se encierra en el texto; así, su consideración global de *El capital* como una obra de crítica y no como una forma de economía positiva, su consideración del carácter “abierto”, su disposición sobre la dialéctica como algo más que un estilo de presentación, abonan a pensar eso. El grueso del trabajo, al seguir el comentario puntual, deja en suspenso la productividad. La pretensión del título: presentar una “lectura latinoamericana”, queda entre dicho. Algo se asoma en los ejercicios de reflexión, en donde las condiciones sociales y políticas aparecen, pero de forma muy minoritaria.

Sin embargo, el esfuerzo no resulta fútil. Un año después de la aparición del libro, Parisí publicó el texto “Deuda y capitalismo” (1989) en la revista *Alternativa Latinoamericana*, ya referida. Ahí, hablando de la pesada losa que significaba la deuda externa, Parisí aventura una serie de hipótesis sobre la comprensión de ese fenómeno económico y geopolítico. La explicación en ese texto remite a que los niveles más concretos del análisis de Marx, particularmente los del tomo tercero, son los que permiten entender la deuda como un fenómeno de la construcción del mercado mundial. Parisí encuentra que algo que Marx detecta como contingente –la plusganancia en el comercio colonial– se vuelve la norma en la época de las relaciones centro-periferia. Si consideramos ambos textos, es posible pensar que el largo comentario entregado en 1988 es apenas la apertura para pensar las condiciones geopolíticas de las nuevas relaciones entre centro-periferia que se observan como candentes en la “década perdida”, signada por la implantación, a sangre y fuego, del neoliberalismo.

Aproximaciones finales

El trabajo que presentamos tuvo dos frentes. En el primero expusimos largamente sobre distintas lecturas de *El capital*. Apenas como una pequeña pincelada, demostramos las múltiples derivas más allá de la economía como disciplina institucionalizada. Nos referimos a énfasis históricos, políticos y filosóficos. La geografía de la recepción de *El capital* está por realizarse y esta es una pequeña contribución, que, esperemos, siente las bases para un ejercicio menos general. Nos interesó ello porque durante mucho tiempo la obra madura de Marx tendió a ser sometida al dictum historicista de que ella correspondía a la exposición de una etapa histórica (el siglo XIX, el capitalismo de libre competencia) o una escala geográfica (Inglaterra). De alguna manera resulta plausible pensar que muchos economistas prefirieron el término de imperialismo, pues ello les permitía trabajar con nociones empíricas propia de su disciplina, como la del capital monopolista. *El capital* ocupó otros registros, más variados y en diálogo-confrontación con la economía.

Nos resultó sugerente incluir hacia el final un pequeño apartado sobre una obra que se propuso, explícitamente, realizar una lectura de *El capital*, como fue la de Parisí. La situamos, claramente, como un ejercicio derivado de la propuesta “dusseliana” de lectura de las obras de Marx. Expusimos su cometido y encontramos una doble perspectiva. A lo largo del texto observamos un fuerte énfasis pedagógico, lo que no es menor en la tradición de la teoría social latinoamericana y, en segunda medida, una forma –minoritaria– de pensar *El capital* como un insumo para perspectivas nacional-populares. En esta última destaca la transfe-

rencia de valor de capitales nacionales débiles a otros más fuertes. Más allá de las variaciones, tanto en la pedagogía como en su uso político, hay un planteamiento claro de diálogo con la realidad.

Referencias

- Aguirre, M. (1962). *Los clásicos y Marx*, t. II. Editorial Universitaria.
- Aguirre Rojas, C. (1984). *El problema del fetichismo en El capital*. UNAM.
- Azcuy, A. (1983). *Capitalismo premonopolista: curso introductorio a El capital*. Editorial de Ciencias Sociales.
- Barón del Pópulo, G. (2016). La intuición de una América Latina. Entrevista a Rolando Concatti sobre la revista Alternativa Latinoamericana. *Pelicano*, 2, 146-155.
- Bartra, A. (1979). *La explotación del campesino por el capital*. Macehual.
- Carcanholo, R. (1981). *La transferencia de valor y el desarrollo del capitalismo en Costa Rica*. Tesis en la UNAM.
- Carrera, I. (2008). *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Imago Mundi.
- Correas, O. (1982). *Introducción a la crítica del derecho moderno: Esbozo*. UAP-UAG.
- Cueva, A. (1977). *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. Siglo XXI.
- De la Garza, E. (1983). *El método concreto-abstracto-concreto*. UAM-I.
- De la Peña, S. (1978). *El modo de producción capitalista: teoría y método de investigación*. Siglo XXI.
- Del Barco, O. (1977). *Esencia y apariencia en El capital*. UAP.
- Dierckxsens, W. (1980). *Capitalismo y población*. Nuestro Tiempo.
- Dussel, E. (1985). *La producción teórica de Marx*. Siglo XXI.
- Echeverría, B. (1986). *El discurso crítico de Marx*. Era.
- Fernández, O. (2016). *Del fetichismo de la mercancía al fetichismo del capital* (1982). Ideas.
- Fernández, R. (1967). *Ensayo de otro mundo*. Instituto del Libro.
- Gallo, C. (1974). *Hipótesis de la acumulación originaria de capital en Colombia*. Editorial Pulga.
- Gauna, C. (2018). Alberto París. Perfil bio-bibliográfico en perspectiva latinoamericana, Cuadernos del CEL, 6, 223-239.
- Gómez, L. (2014). *La sociología en El capital de Karl Marx*. Universidad Nacional de Colombia.
- Guevara, E. (2006). *Apuntes críticos a la economía política*. Ocean Sur.
- Hinkelammert, F. (1977). *Las armas ideológicas de la muerte: el discernimiento de los fetiches, capitalismo y cristianismo*. DEI.
- Holloway, J. (2001). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Herramienta.
- Holloway, J. (2011). *Agrietar el capitalismo*. Herramienta.
- Íñigo, J. (2007). *Conocer el capital hoy: La mercancía, o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada*. Imago Mundi.

- Juanes, J. (1982). *Marx o la crítica de la economía política como fundamento*. UAP.
- Kohan, N. (2001). *El capital. Historia y método: una introducción*. UMPM.
- López Díaz, P. (1986). *La crisis del capitalismo: teoría y práctica*. Ediciones de Cultura Popular.
- López Nájera, V. (2018). *Derrota política, crisis teórica y transición epistémica*. UNAM.
- Mansilla, A. (1976). *Comentarios a la sección séptima del tomo 1 de El capital*. Editora Política.
- Mantina, L. (2014). *La sociología en El capital de Marx*. Universidad Nacional de Colombia.
- Marini, R. (1973). *Dialéctica de la dependencia*. Era.
- Mellarfe, R. (1959). *La introducción de la esclavitud negra en Chile*. Editorial Universitaria.
- Menjívar, R. (1983). *Acumulación originaria y desarrollo del capitalismo en El Salvador*. Educa.
- Núñez Tenorio, R. (1976). *Problemas de la teoría y el método de la economía política marxista*. UCV.
- Oliva, C. (2013). *Semiótica y capitalismo*. Ítaca.
- Ortega, J. (2018). *Leer El capital, teorizar la política*. UNAM.
- Osorio, J. (2004). *Crítica de la economía vulgar*. UAZ
- Oviedo, J. (1980). *Génesis y desarrollo del problema metodológico en Marx*. Poder Popular
- Parisi, A. (1988). *Lectura latinoamericana de El capital*. Letra.
- Parisi, A. (1989). Deuda y capitalismo. *Alternativa latinoamericana*, 9, 3-7.
- Patriglia, J. (2020). Siempre hablo de un marxismo situacional. Entrevista a Álvaro García Linera., *Religación*, 26, 236-25.
- Ramos, S. (1972). *Chile ¿Una economía en transición?* Casa de las Américas.
- Robles, M. (2005). *Dialéctica y capital: Elementos para una reconstrucción de la crítica de la economía política*. UAM-X.
- Robles, M. y Escorcía, R. (2016). *Dinero y capital: hacia una reconstrucción de la teoría de Marx sobre el dinero*. UAM-X.
- Rochabrún, G. (1974). *La metodología en el positivismo y en el marxismo: a partir de la 1ra. sección de El capital*. INTEC
- Rodríguez Ostría, G. (1979). *La Acumulación originaria de capital en Bolivia (1825-1885)*. Universidad Mayor de San Andrés.
- Segall, M. (1953). *Desarrollo del capitalismo en Chile: cinco ensayos dialécticos*. Editorial Pacífico.
- Semo, E. (1973). *Historia del capitalismo en México*. Era.
- Singer, P. (1975). *Economía política de la urbanización*. Siglo XXI.
- Singer, P. (1980). *Economía política del trabajo: Elementos para un análisis histórico-estructural del empleo y de la fuerza del trabajo en el desarrollo capitalista*. Siglo XXI.
- Singer, P. (1985). *Curso de introducción a la economía política*. Siglo XXI.

- Sotelo Valencia, A. (2010). *Crisis capitalista y desmedida del valor: un enfoque desde los Grundrisse*. Ítaca.
- Tarcus, H. (2019). *La biblia del proletariado. Traductores y editores de El capital en el mundo hispanohablante*. Siglo XXI.
- Teitelboim, V. (1979). *El amanecer del capitalismo y la conquista de América* (1946). Casa de Las Américas.
- Toranzo, C. (1983). *La dificultad de prologar "El capital"*. UAM-X.
- Valerio, D. (2020). El marxismo de Jorge Veraza como una reconstrucción crítica de la teoría marxista. *Disertaciones*, 2, 37-57.
- Veraza, J. (1987). *Para la crítica a las teorías del imperialismo*. Ítaca
- Veraza, J. (2007). *Leer El capital hoy: pasajes selectos y problemas decisivos*. Ítaca.
- Veraza, J. (2008). *Subsunción real del consumo bajo el capital*. Ítaca.
- Veraza, J. (2012). *Karl Marx y la técnica desde la perspectiva de la vida: para una teoría marxista de las fuerzas productivas*. Ítaca.
- Vuskovic, S. (1967). *Los primeros cien años de El capital*. ICAL.
- Wilner, N. (1969). *Ser social y tercer mundo*. Galerna.
- Williams, E. (1975). *Capitalismo y esclavitud*. Ciencias Sociales.
- Zavaleta Mercado, R. (1982). "Cuatro conceptos de la democracia". *Dialéctica*, 12, 11-30.

ENSAYO

Los (presuntos) “sartreanos argentinos” Algunas memorias impresionistas

Eduardo Grüner

Universidad de Buenos Aires
egruner1@yahoo.com.ar

Título: The (alleged) “Argentine Sartreans”. Some impressionist memoirs

Resumen: El artículo presenta un panorama de las lecturas, relecturas y reinterpretaciones de la obra de Jean-Paul Sartre en la Argentina, en las décadas del 60 y 70, enfocándose particularmente en las implicancias políticas de su obra leída desde un país periférico. Tras un primer momento de acercamiento a Sartre por los miembros de la revista *Contorno*, los años 60 observan la confluencia y superposición de ideas sartreanas con el primer estructuralismo.

Palabras clave: Sartre – marxismo – *Contorno* – estructuralismo

Abstract: The article presents an overview of the readings, re-readings and reinterpretations of Jean-Paul Sartre’s work in Argentina in the 1960s and 1970s, focusing particularly on the political implications of his work read from a peripheral country. After a first moment of approach to Sartre by the members of the magazine *Contorno*, the 60s observe the confluence and superposition of Sartrean ideas with the first structuralism.

Keywords: Sartre – marxism – *Contorno* – structuralism

Recepción: 8 de junio de 2020. **Aceptación:** 12 de diciembre de 2021

* * *

Entre fines de la década del 50 y principios de la del 70, el campo intelectual argentino vivió lo que podríamos llamar un intenso “quincentio” sartreano. Yo (o “nosotros”, “el que esto escribe”, “el autor de estas líneas”), por fatalidad biológica, solo tuve oportunidad de *vivirlo* desde mediados de los 60. De modo de que, de lo que sigue, no puede esperarse más que esas *memorias impresionistas* del subtítulo, entremezcladas –o entrecortadas– con recuerdos fragmentarios (algunos de ellos, probablemente, “encubridores”), conversaciones un tanto étlicas con coetáneos, y, por supuesto, lecturas –y escrituras– posteriores. Y, claro está ¿para qué negarlo?, una cuota decisiva de *amor* por la figura –la lectura, la escritura– de Sartre.

* * *

1. Empecemos pues por aquí, por nosotros: hablemos de “los sartreanos argentinos”. Pero, preguntemos a guisa de modesta provocación, ¿hubo alguna vez sartreanos argentinos? Quiero decir: ¿hubo alguna vez sartreanos *argentinos*? O bien: ¿hubo alguna vez *sartreanos* argentinos? Una pregunta deliberadamente cáustica que remeda la igualmente sardónica pregunta que hacía el título de un otrora célebre publicista español (¿Hubo alguna vez once mil vírgenes?), es un pretexto tan bueno como cualquiera para intentar el abordaje de la cuestión que se abre bajo el interrogante de arriba, y para abordarla, si puedo, desde *otro* lugar.

“Otro” –palabra sartreana si las hay, antes de ser lacaniana, y muchísimo antes de ser de los estudios culturales / postcoloniales–, entendiéndolo por eso una “otredad” respecto de lo mucho que se ha dicho sobre la cuestión de la influencia *de Sartre* en la intelectualidad argentina (“de Sartre”, hay que subrayar: se impone distinguir entre sufrir profundamente la influencia *de Sartre* y ser “sartreano”, “sartrista”, “sartrólogo”, etcétera). Y no porque aspiremos, va de suyo, a originalidad alguna. Simplemente porque no queremos dar *por descontada* esa existencia antes de preguntarnos qué significa –que significó– realmente.

Partamos de una premisa –por ahora, necesariamente dogmática–: la influencia de un pensador como Sartre (con la dificultad adicional de que no se trata de un pensador “puro”, sino, además, de un narrador / dramaturgo / ensayista / guionista, etcétera, cuya escritura no se desprendió nunca de su vocación activamente *política*) no puede buscarse en un solo lugar: no son solamente las ideas –más o menos felizmente “adaptadas”–, no es solamente el estilo –más o menos eficazmente imitado–, no es solamente el “compromiso” político –nuestros intelectuales no tuvieron necesidad de esperarlo a él para adoptarlo en buenas o malas causas–, no es solamente un modo de vida, una gestualidad, una moda vestimentaria, un estado de ánimo relativamente impostado –todo eso

que se llamó, equívocamente, “existencialismo”, podía haber existido sin ese nombre, o con otro nombre-, y que por otra parte el propio Sartre nunca practicó: puede vérselo en las fotos: habitualmente usaba traje y corbata, hablaba circunspectamente desde su cátedra con escritorio y micrófono (está, sí, la célebre foto que lo muestra arengando a los obreros con un megáfono a las puertas de la fábrica Renault, su cuerpo enjuto haciendo difícil equilibrio sobre un barril; pero eso fue en los 70, mucho después de que se disolviera la “moda” existencialista), jamás, que se sepa, un fotógrafo lo sorprendió en una *cave* escuchando a Juliette Greco, aunque -dato simpático- escribió letras para ella. Como dijo, en su momento, Merleau-Ponty (2000, pg. 79): “Para aquellos que conocen a Sartre, su destino literario ofrece, a primera vista, un misterio: no existe hombre menos provocador, y, sin embargo, como autor, causa escándalo”. Afirmación notable, dicho sea entre paréntesis, que distingue al *sujeto* de los efectos de sus *enunciados*.

No es solamente todo eso, entonces, aunque es también todo eso, es el total de todo eso, es el todo que es más (y a veces menos) que la suma de todas esas partes. Es una articulación que *da otra cosa*, aunque no deje de tener todo eso. Y que, aun cuando se lograra, todavía dejaría sin responder -porque quizá no haya una respuesta- qué significa -que significó- ser un sartreano *argentino*. ¿Qué ideas, qué estilo, qué gestualidades pueden dotar de auténtica *argentinidad* -pongamos que existiera tal entelequia- a algo vagamente definible como “sartrismo”? ¿Basta transitar por los bares de Viamonte y Florida (en la primera mitad de los 60, cuando estaba allí la Facultad de Filosofía y Letras) o de Montevideo y Corrientes (a fines de los 60 o principios de los 70), cuidadosamente desgreñado/a, vestido/a de negro, portando Seres y Nadas o San Genettes bajo la axila, procurando “levantes” displicentemente y como a desgano, fumando negros sin filtro, compitiendo por la cantidad de whiskies que se estuviera en condiciones de absorber -competencia para “niños ricos con tristeza” capaces de pagárselos, pero en la cual no era mal visto el cambio a la más módica ginebra-, hablando del suicidio como única cuestión filosófica importante (cuestión *camusiana*, pero no, decididamente, sartreana), desesperando de la política (puesto que no se podía dejar de tener posición ante ella)? ¿Basta, decimos, cambiar esas esquinas por las del Boulevard St. Germain, el bar La Paz por el Café de Flore, Filo y Letras por la Sorbonne, y así? (Al que crea que esto es nada más que una cruel caricatura, que lo piense de nuevo: es cruel, y es caricatura, claro: pero tiernamente asumida, como corresponde al que las ha vivido; y es *algo más* que caricatura, es la *verdad* de la *mala fe* -en el específico sentido sartreano- de los que podíamos realmente *crear* -la época y el *habitus* lo toleraban, y aún lo exigían- que un verso tanguero como “la vida

es una herida absurda” fuera una oscuramente luminosa réplica de la filo-literatura “sartreana”: algo así como una homología *estructural* –esa palabreja la aprenderíamos bastante después– de “el hombre es una pasión inútil”.¹

Como sea: cuesta pensar –ahora– que la única *transformación argentina* del sartrismo fuera, más allá de gestos y vestimentas, la *distinta* localización geográfico-urbana de los *mismos* “contenidos” de la obra del maestro. O una inflexión un poco canallesca del lenguaje –oral y escrito– que tropezara a cada palabra con la traducción de cierto *argot* de Roquentin (el protagonista de *La náusea*) en la provincia francesa. O una “liberalidad” sexual –nunca auténtico libertinaje, superado en la misma Francia desde fines del siglo XVIII y el fin de la aristocracia clásica– que difícilmente alcanzara *en serio* a la mística de la “pareja abierta” –de la que todos queríamos participar, cómo no, siempre que la decisión de la “apertura” corriera por cuenta de otro/a–. Y aún eso, pasando por encima de la rara y bastante auténtica *fidelidad* –no importa cuántos/as amantes “laterales” contabilizaran entre libro y libro, entre viaje y viaje– que mantuvieron Sartre y la Beauvoir. (Entre paréntesis: en esos tiempos políticamente pre-correctos, quizá lo más “argentino” que hubiera en todo esto –como reflejo del mito tanguero de la mala mujer, que no dejaba de ser compartido por el de la *femme fatale* hollywoodense– era cierto sordo, larvado *rencor* hacia la Beauvoir, también anticipación del que se le tendría más tarde a la Kodama o a Yoko Ono: qué raro que nunca supiéramos nada, a ciencia cierta, de las mujeres de Merleau-Ponty, de Camus, de Nizan; ¿será que ellas –que supiéramos– no escribían?)

Pero, si no era todo eso, ¿entonces qué? O, mejor: ¿por dónde buscar criterios para identificar un *sartrismo argentino* que al menos nos permitiera (*narcissisme oblige*) imaginar algo menos trivial que aquellas muecas callejeras y noctámbulas (dicho sea lo último sin autoflagelación ni arrepentimiento: Dios sabe que la pasamos bien antes de la *edad de la razón*, ¿aunque pretendiéramos llevar la *muerte en el alma* y exponer nuestra propia *náusea*?). Hay que levantar una segunda premisa –de nuevo: dogmáticamente–: si hasta mediados de la década del 60 ese “sartrismo” era, en el mejor de los casos, un *clima*, un *ambiente*, una *actitud*, cuanto más un esforzado *estilo literario*, y todo ello por así decir “transnacionalizado”, el golpe de 1966 y sus consecuencias –estamos hablando de una escenografía universitaria o para-universitaria, se entiende– fue un sacudón que contribuyó a *argentinizar* (involuntariamente, desde ya) el sartrismo.

1. Le agradezco a mi amigo Héctor Palomino haberme llamado la atención sobre esta analogía.

Me explico lo mejor que pueda: cuando la política nos caía encima de la cabeza, y vestida de uniforme, ya no se podía coquetamente *desesperar* de ella: había que elegir, estábamos condenados súbitamente a la libertad, teníamos que decidir qué hacer con lo que la historia había hecho de nosotros –todas esas consignas sartreanas las conocíamos de antes y de memoria, ni qué hablar: pero muchos, aunque sólo fuera por un fatalismo generacional, empezamos a *sentirlas* en el cuerpo por primera vez en esos tiempos–.

No es, no –sería de *radical* mala fe pretender lo contrario–, que de la noche a la mañana cambiara la lógica: el clima, el ambiente, la actitud, el estilo literario, incluso los gestos y la vestimenta seguían allí (con una inercia casi *mineral*, hubiera dicho el maestro). Pero un cierto deslizamiento en la *acentuación* de la bibliografía sartreana, y en las tramos cinematográficas del Lorraine que solían preceder o postceder a la lectura en el bar, marcaban una “nacionalización” –o, al menos, una “tercermundización”– subterránea que no siempre era del todo consciente: de *El ser y la nada* al prólogo de *Los condenados de la Tierra* en el bar, de *El séptimo sello* a *La batalla de Argel* en el cine, no se trataba solamente de un cambio de la metafísica y la ontología por la política y la historia, ni tampoco *solamente* de que los segundos términos de esas duplas fueran (o creyéramos que eran, al menos) más “fáciles” de leer, o de ver; también era una *territorialización mayor* –o más cercana– lo que percibíamos como algo de más plausible “traducibilidad”.

Sartre y Pontecorvo (en la película de Gillo Pontecorvo, se recordará, *está* Sartre, por lo menos en boca del coronel Mathieu, que pregunta ingenuamente: “¿Por qué será que los Sartre están siempre en la vereda de enfrente?”, sin advertir que su pregunta es una definición tautológica: ser Sartre *es* estar en la vereda de enfrente) no hablaban de la Argentina, por supuesto. Ni siquiera de Latinoamérica. En todo caso, de un Tercer Mundo –así se llamaba desde la reunión de Bandung, pero sólo en los 60 esa denominación se había hecho “de izquierda”– que estaba mucho *más alejado* de nuestras referencias culturales que St. Germain des Près (y también disponían, algunos, del recurso a las homofonías sugerentes: “Argelia” era sonoramente próximo a “Argentina”, y siempre había alguna tía del barrio que decía “Viedma” por “Vietnam”). Y ese era, me parece, el paradójico secreto. No era exotismo de *gauche divine*, sino algo más complicado: era por un *desvío* –metonímico, quizás alegórico–africano (o asiático: estábamos, en efecto, en plena guerra de Vietnam) que podíamos alivianar los *excesos europeizantes* (porque a la cultura europea, que era también la de Marx o Freud, no estábamos dispuestos a renunciar, aunque sí –se verá enseguida– a pensarla *desde acá*).

La forma sartreana de “argentinizar” al propio Sartre –que nada sabía de nuestros desvelos, se descuenta– era, pues, mediante la crítica feroz

que Sartre le hacía a la cultura europea (al rapiñaje colonial, al genocidio disfrazado de Civilización, al *strip-tease* que desnudaba la “base material” del sujeto cartesiano, de la gnoseología trascendental kantiana, de la dialéctica hegeliana pero también de la “marxista” vulgar) *desde adentro*. Es decir: desde *el mismo lugar* en que nos sentíamos nosotros, ya que no podíamos dejar de pensarnos, borgianamente, “europeos en el exilio”. O sea: podíamos, ahora, ser *más sartreanos que Sartre*: con sus mismos argumentos, sentirnos con más derecho que él a usarlos, puesto que él era un europeo-europeo, nosotros europeos-no europeos.

¿Mala fe, una vez más? Sin duda. Pero, téngase en cuenta: era un problema radicalmente *argentino* (o, quizá, del Río de la Plata): ninguna otra sociedad latinoamericana tenía –o tiene, aunque bastante hecha jirones– esa ambivalencia trágica, por irresoluble. Casi todas las otras contaban –cuentan– con una *densidad arqueológica*, o con una *diversidad étnica*, o al menos con una *vocación continental*, que las pampas vaciadas por Roca y otros (y, confesemos, la fascinación desgarrada que ejercía la afrancesada *oligarcult* de las Victorias del Sur que –confesemos también– nos había hecho accesible a los malditos Benjamin, Bataille o Caillois al tiempo que nos aburría con Tagore y Waldo Frank) habían tenido que sustituir con espiritualizaciones menos densas, menos diversas, menos vocacionales.

Pero no nos desviemos. La “nacionalización híbrida” de Sartre tuvo, asimismo, digamos, efecto retroactivo. Para empezar, sobre el propio Sartre; o, por lo menos, sobre nuestra manera de leerlo, de “comprenderlo”: los enunciados de un oscuro nihilismo del tipo “el infierno son los otros”, o las tribulaciones de una solipsista “conciencia desdichada” atrapada en aquella mirada ajena que nos capturaba por la espalda en el famoso ejemplo del ojo de la cerradura en *El ser y la nada* (1961, II, pp. 53-128), todos esos conceptos de repente se –como se dice ahora– *resignificaron* y politizaron: los “otros” dejaron de ser una abstracción metafísica para transformarse en los opresores coloniales, las clases dominantes, o, más genéricamente, los “canallas”, los *salopards* que le apropiaban su Ser a los explotados y oprimidos.

La filosofía sartreana, ¿ganaba o perdía con esta lectura? ¿Se hacía más o menos compleja, se le agregaban o se le restaban temas, inflexiones, sutilezas? La pregunta se nos aparecía ociosa: se trataba, otra vez, de una cuestión de *acentos*, de “posiciones de lectura”. ¿O no habíamos aprendido del propio maestro (luchando arduamente contra nuestra catastrófica traducción de *La crítica de la razón dialéctica* –Sartre, 1964–)²

2. La traducción al castellano de esta obra absolutamente fundamental es, en efecto, muy defectuosa. Pero no se pueden dejar de reconocer las dificultades del original francés, que en este caso no están a la altura del extraordinario estilo habitual de Sartre.

que no era posible ningún proceso de *totalización* que no partiera de una lectura en *situación*? ¿Que la única manera de quebrar la *serialidad* de “cola de colectivo”, que era la marca de la alienación burguesa, era por vía de un rescate del *universal-singular* (Sartre había tomado esa categoría en préstamo de Kierkegaard) que devolviera toda su concreción a cada *praxis* particular arremetiendo contra lo *práctico-inerte* de lo que aparecía como la Totalidad “natural”? ¿Que el propio “marxismo vulgar”, en su versión de *diamat* soviético, formaba parte de ese *práctico-inerte* que obstaculizaba toda esperanza de renovación teórico-política? Era completamente legítimo, pues, era incontestablemente *sartreano*, que la particular crisis política de *nuestra situación* nos empujara a “retraducir” a Sartre para nuestros intereses histórico-inmediatos.

* * *

2. Pero el efecto retroactivo no se detuvo allí: también afectó a nuestra propia, sí, situación generacional. Primero sospechamos, después descubrimos, o inventamos, que por supuesto –puesto que Sartre había sido traducido al castellano bastante pioneramente *en la Argentina* – de ninguna manera éramos los *primeros sartreanos* criollos. No me refiero a que otros (Astrada o Carpio o Raurich o Ansgar Klein, pongamos) lo habían leído antes: eso lo sabíamos. Pero eso era –incluso en el caso de Astrada, aunque después cambió– la Academia. Eso era la Ley. Lo que se buscaba, en cambio, era los antecedentes de la Transgresión (la Ley no puede tener “efecto retroactivo”, la transgresión sí), de aquello que en los círculos informados ya se conocía –alguna información psicoanalítica circulaba desde antes– como el Parricidio.

Y, por supuesto, allí estaba, como esperando que la descubriéramos “post-mortem”, *Contorno*.³ Entendámonos: sus ex miembros andaban, con alguna distancia generacional, entre nosotros. Los leíamos, ocasionalmente hablábamos con (o nos hablaba) alguno de ellos, éramos –o habíamos sido– sus alumnos. Alrededor de algunos de ellos ya había discretos mitos, leyendas, y hasta algunas informaciones auténticas. Pero el efecto retroactivo de la *nacionalización* sartreana (o de Sartre) los aglutinó súbitamente ante nuestra mirada, los condensó imaginariamente como *emblema* de la generación “argensartrista”. Los Parricidas,

3. Como se recordará, *Contorno* fue una revista de crítica literaria, filosófico-cultural y política decisiva en la historia intelectual argentina del siglo XX, que apareció entre 1953 y 1959. Entre sus más conspicuos fundadores y colaboradores estuvieron David e Ismael Viñas, León Rozitchner, Ramón Alcalde, Carlos Correas, Oscar Masotta, Adelaida Gigli, Adolfo Prieto, Juan José Sebrel y, ocasionalmente, Tulio Halperin Donghi. Afortunadamente, contamos hoy con una edición facsimilar completa de la misma, editada por la Biblioteca Nacional por impulso de su ex director, Horacio González.

que habían matado a, posiblemente, Martínez Estrada o Murena (de los cuales no se nos ocurría que pudieran ser alcanzados por el efecto retroactivo: nuestra información psicoanalítica no era tan acabada como para permitirnos especular sobre la inconsciente *transmisión* de un Sartre acriollado que –sin saberlo: no nos constaba que lo hubieran leído– pudieran haber operado esos “padres”, y de cómo matarlos era una manera de hacer funcionar en los *contornistas* también ese *nombre* paterno), esos parricidas emergían, por aquel efecto retroactivo, como los sartreanos argentinos: los que, pateando el tablero de la cultura oficial (incluida la propia revista *Sur* por la que algunos de ellos habían transitado), habían optado, *más de una década antes* que nosotros, por ponerse en *situación*. Ninguno de ellos era individualmente “el Sartre argentino”, claro, pero ¿qué nos impedía pensar a *Contorno* como la *Temps Modernes* local?⁴

Que *hoy* esto suene a un despropósito –incluso, seamos francos, a una suerte de colonialismo mental de izquierda– no disminuye la paradoja de que fuera ese “colonialismo”, permítaseme repetirlo, el que nos *nacionalizó* a Sartre.

Habrá que volver enseguida sobre esa particular *situación* (aunque el sufrido lector ya puede tener una pista si hace bien las cuentas: estábamos en la segunda mitad de los 60, *Contorno* y “más de una década antes” da un período entre el fin del peronismo y la así llamada “libertadora”, la resistencia peronista, y en seguida el ambiguo frondizismo inicial, al cual varios de los *contornistas* apoyaron críticamente, con mayor o menor compromiso directo). Digamos por ahora: el entusiasmo por el descubrimiento de aquel “efecto retroactivo” probablemente nos hizo imaginar a *Contorno* como una abusiva “totalidad”, un tanto abstracta, de esas que el maestro hubiera criticado duramente. *Los sartreanos argentinos* terminaban así convirtiéndose en un *catch-all party* (un “partido atrapado”, como dicen ahora los politólogos con su horrible jerga): en, efectivamente, un *contorno* de perímetro incierto cuyas singularidades internas quedaban difuminadas por la etiqueta genérica. Paradójicamente, borrábamos con el codo lo que creíamos haber escrito con la mano: si lo que nos entusiasmaba de esos “parricidas” era que habían encontrado una manera personal, intransferible, de *situarse* en la cultura *argentina*, al hacerlos indiscriminadamente *sartreanos* los privábamos, justamente, de su singularidad, los colocábamos en una

4. *Les Temps Modernes*: revista filosófica, literaria y política fundada en 1945 por Jean-Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty (su primer comité editorial incluyó nombres como los de Raymond Aron, Simone de Beauvoir, Michel Leiris, Albert Olivier y Jean Paulhan), y que siguió apareciendo hasta hace muy poco, dirigida (por expresa voluntad de Sartre) por el escritor y cineasta Claude Lanzmann, el autor del notable documental *Shoah*.

suerte de “serie” que les adjudicábamos *desde afuera, y en el nombre de* aquel que nos había enseñado a luchar contra la “serialidad”.

En otra vuelta de la espiral viquiana, se nos presentaba –aunque bien poca percepción teníamos de ello– el mismo dilema con el cual empezamos más arriba: ¿Cuál era, exactamente, el “sartrismo” de los contornistas? El estilo al mismo tiempo querellante y consistente que admirábamos hasta el plagio en David Viñas le debe más a un replanteo de la provocativa tradición ensayística argentina (empezando por el mismísimo Sarmiento) que a la escritura de Sartre, salvo tal vez –de una manera más bien anecdótica– por el uso cortante de los signos de puntuación, esa verdadera marca de fábrica de Sartre. No obstante, en *Literatura argentina y realidad política* de 1964 –ese libro de Viñas que nos tiró de espaldas, y del que sospechamos, con razón, que iba a marcar un antes y un después en la crítica literaria nacional– había mucho “sartrismo”, intencional o no, al punto de que pudimos tomarlo como “nuestro” *Qué es la Literatura*.

Por otra parte, cierta iracundia trágica y desbordada –pero rigurosamente argumentada– que le envidiábamos a León Rozitchner, así como el fondo último de sus ideas, provenía mucho antes (y mucho más) de la fenomenología de ese Otro por excelencia de Sartre que era Merleau-Ponty (para no mencionar el papel después determinante, en esas ideas, de Freud, con el cual Sartre nunca se entendió bien, pese al amoroso guión cinematográfico que le dedicó). De Ramón Alcalde, que escribía comparativamente muy poco (una vez le dijo al autor de estas líneas: “hay quien no puede vivir sin escribir: yo no puedo vivir sin leer”), nos dejaba sin aliento la articulación asombrosa entre una erudición clásica que en la Argentina ha tenido demasiado pocos cultores públicos, y una retórica de polemista nato, de una ironía que podía ser cruel y al mismo tiempo infinitamente sutil, articulación que no era la de un Sartre cuya referencia a los clásicos griegos y latinos era –más allá de *Las moscas* y *Las troyanas*– más bien episódica.

De Noé Jitrik nos azoraba su capacidad inaudita para barrer un asombrosamente amplio campo de la cultura y la literatura (no solamente) hispanoamericanas, allí donde Sartre –pese a su facilidad para incursionar en prácticamente todos los géneros, como el propio Jitrik– era muchísimo más *concentrado* en sus obsesiones. Oscar Masotta, el más joven, que en ese entonces todavía no había publicado mucho, ni había derivado a un lacanismo entonces inexistente (puesto que lo introdujo más tarde el propio Masotta) era el que había logrado “imitar” con eficacia propia al maestro, reescribiendo el *San Genet* en clave arltiana. En efecto, nos deslumbró con dos textos breves (*Sexo y Traición en Roberto Arlt y Roberto Arlt, yo mismo*) que él mismo asumía como una “traducción” del San Genet en clave porteña, sin dejar de decir

que había que pensar como Sartre, pero escribir como Merleau-Ponty (1967). Adelaida Gigli incursionaba en honduras dramáticas que en aquel momento no supimos apreciar del todo, pero de cualquier modo nada tenía que ver con Sartre. Adolfo Prieto era, junto con Alcalde –aunque con una escritura mucho más contenida–, el más rigurosamente académico –en el mejor sentido del término–, pero sus inquietudes no eran estrictamente “sartreanas”.

El *estilo* más cercano, en todo caso, por lo menos en sus ensayos, era el de Carlos Correas, que también aparecía rodeado por cierto “malditismo” más o menos marginal –que, ya lo dijimos, poco y nada tenía que ver con la vida, pública o privada, del propio Sartre–. A Juan José Sebrelí ya hacía rato que lo habíamos perdido, o *extraviado*, en las alienaciones de la vida cotidiana tanto porteña como marplatense. Pero, permítaseme insistir, *de todas maneras*, había en los (ex) contornistas un “espíritu sartreano” –más allá de los estilos y los temas– que ya había estado presente en la revista (discontinuada en 1959), y que se prolongaría después con la incorporación de nuevos “reclutas”: véase, por ejemplo, el artículo de un joven Eliseo Verón (firmado como “Ernesto”, no sabemos si por voluntad propia o por error tipográfico) en *Centro*, la revista del centro de estudiantes de Filosofía y Letras, meses después del cierre de *Contorno*.⁵ Y es interesante constatar, de paso, el pasaje muy poco traumático (al revés de lo que sucedió con la *intelligentsia* parisina) que hicieron entre nosotros algunos conspicuos sartreanos hacia el “estructuralismo” (psicoanalítico en el caso de Masotta, semiótico en el de Verón).

Todo esto, repitémoslo, era quizá puro Imaginario –sin desmedro, dicho sea de paso, de la importancia de los “imaginarios” para la conformación de estilísticas, de dramaturgias, generacionales–. Lo que no lo era tanto era la inquietud que (a algunos, los más problematizados por innatas y genealógicas herencias “gorilas”) nos provocaba la actitud ¿cómo llamarla? “ambivalente”, o “reflexivo-crítica” –los más audaces decían “dialéctica”– de los *contornistas* ante el peronismo –y luego, por metonimia política, ante el frondizismo–. Finalmente, allí se jugaba, amén de una posición estrictamente política-inmediata en la / con la que todos nos debatíamos, la cuestión de una, ejem, filosofía *social* “argentina”. La defensa sartreana de los “condenados de la tierra” –de una marginalidad descastada que iba desde los campesinos argelinos, pasando por los poetas de la “negritud” antologados por Senghor y Césaire, hasta la figura

5. Véase Verón (1959). En el mismo número escriben notorios miembros de *Contorno*, como Oscar Masotta, Carlos Correas y J.J. Sebrelí, así como muchos/as que luego devendrían “famosos” (“Paco” Urondo, Bernardo Carey, Rodolfo Alonso, Jorge Lafforgue, etc.).

provocativa del “delincuente perverso” Genet— parecía permitirnos, otra vez, “entender” el peronismo (no *hacernos* peronistas, salvo para el que ya lo fuera de antes, algo no muy fácil de encontrar en esa época en los círculos de la izquierda intelectual), entender incluso, y hasta simpatizar un poco con, esa suerte de picaresca un poco “canalla” (como creo recordar que la llamó alguna vez Guillermo Saccomanno), tan ajena a la *mala fe* de las buenas conciencias “progres” y “pequebús”—que también era, desde ya, la nuestra—; entenderlo, digo, mediante la coartada de reinterpretar en traducción local a un autor *européo*.

Tuvimos que inventarnos, pues, forzando a Sartre, una cuerda floja entre el no-peronismo y el anti-“gorilismo”, siempre mirando hacia la izquierda francesa. Para mayor autojustificación, todavía se hablaba de la *resistencia* peronista (no llegábamos a la impudicia de decir *résistance peroniste*, pero...). Pensada retroactivamente, esa trasposición no dejaba de apuntar a una cierta *verdad*, aunque quizá un tanto metafórica. Tomemos a Goetz, el protagonista de una de las obras de teatro más logradas de Sartre (1951), *El Diablo y el Buen Dios*; como Perón —y somos conscientes de las antipatías que despertaremos con esta comparación, pero no es con timideces que podremos hablar de lo que hablamos— es, o pretende ser, un “buen Amo”: más allá de los múltiples cálculos políticos que con justeza se le puedan atribuir, *quiere* hacer el Bien para “los condenados de la Tierra”. El problema es que no concibe el Bien sino llegando *desde arriba*, como concesión del líder, del Estado, lo que sea, y no como conquista colectiva y militante de los de “abajo”—y ya sabemos a qué tragedias conducirá esta concepción en 1974, pero todavía no estamos ahí—. Ese reproche que cierta izquierda (hablamos de la no directamente “gorila”) siempre le hizo es ampliamente justificado. Sin embargo, esa cierta izquierda a veces pecó, paradójicamente, de antidialectica: las necesidades, las demandas, los deseos, aunque la promesa de su satisfacción sólo pudiera llegar “caída del cielo”, eran *reales*. Los campesinos de Sartre, finalmente, se oponen a Goetz (no ocurrió exactamente así con Perón, pero permítaseme continuar con el argumento central), pero no a las posibilidades de redención que “Goetz” significa, y por cuya recuperación, si Goetz no está, vale la pena seguir luchando.

Eso fue, entre otras cosas, nuestro “mito” de la resistencia peronista: el de un movimiento “obrero y popular” cuasi espontáneo, combatiente “desde abajo”, horizontal, auténticamente plebeyo, capaz de autoorganizarse y actuar colectivamente *sin* el líder, aunque él fuera el constante horizonte de referencia.

Eso podía entenderse en términos del pasaje de lo *práctico-inerte* al *grupo-en-fusión* de la *Crítica* sartreana; pero al mismo tiempo, el pasaje aparecía constitutivamente hipotecado —y por lo tanto nunca plenamente realizable, y más aún, expuesto al peligro casi seguro de recaer en la

serialidad— por la relación vertical al líder. Y más aún por un pragmatismo que no siempre distinguía entre el Bien y el Mal —para nosotros, aún en lenguaje político, esas palabras se escribían con mayúsculas—: Sartre le hace decir a Goetz una frase magnífica referida a esta cuestión: “El Bien ya está hecho. Lo ha hecho Dios Padre. Yo, improviso” (Sartre, 1951, pg. 47). En tales condiciones *no podíamos* ser “peronistas”: aun cuando, aparte de Sartre, el Freud de *La psicología de las masas* (al menos, tal como lo entendíamos) nos explicaba la inevitabilidad de la identificación con el padre-jefe, desde lo que también entendíamos como una consecuente posición de izquierda no estábamos dispuestos a resignar la autonomía de “la clase obrera y el pueblo”, etcétera. Y no sólo autonomía respecto del líder, sino de una política cuyo trasfondo, resistencia o no, seguía siendo la de por lo menos una buscada conciliación con una “burguesía nacional” cuya existencia real veíamos (y vemos) ilusoria. Esa nueva tensión entre “verticalismo” y “horizontalidad” venía a superponerse a la de no-peronismo / antigorilismo. No parecía (como sigue sin parecer hoy) que esas tensiones tuvieran resolución posible: teníamos que vivir con ellas, “desgarrados” (palabra bien de la jerga existencialista); y los “sartreano-contornistas” se nos aparecían como los que habían decidido *hacerse cargo* de ese conflicto “político-existencial”, de esa *situación*, sin renunciar a la izquierda, sin hacerse peronistas pero asumiendo el riesgo de equivocarse con “las masas” —que, ciertamente, estaban ocupadas en otras cosas bien ajenas a nuestros “desgarramientos”—.

* * *

3. Varios de los referentes contornianos —los Viñas, Alcalde, Rozitchner, no recuerdo si Jitrik—, otra vez con mayor o menor “compromiso”, y ya superado el pequeño trauma frondiziano, se habían implicado —o complicado— en el Movimiento de Liberación Nacional, el MLN⁶ (nombre

6. El MLN fue fundado en 1960 por Ismael Viñas. Además de varios de los ex miembros de *Contorno*, entre sus primeros militantes estuvieron Eugenio Gastiazoro, José Vazeilles y Susana Fiorito. También estuvo durante un período vinculada a él Alicia Eguren, la compañera de John William Cooke. Algunos miembros del MLN habían apoyado críticamente, al principio, la experiencia frondizista, aceptando incluso algunos cargos oficiales, pero luego, ante lo que calificaron como “traición” de Frondizi (especialmente el *affaire de* los contratos petroleros) renunciaron en masa. El MLN se radicalizó cada vez más hacia la izquierda, llegando a considerar la hipótesis de la lucha armada, aunque manteniendo una distancia muy crítica respecto de las vanguardias “foquistas” y de intentos como el del “Che” en Bolivia. El MLN se disolvió en 1969, y algunos de sus principales líderes, incluyendo a Ismael Viñas, fundaron AC (Acción Comunista). En 1976, a causa del golpe militar, Ismael Viñas tuvo que marchar al exilio, del cual nunca retornó.

probablemente evocativo del FLN argelino, pero cuyo sobrenombre, el “Malena”, ya daba cuenta de una inflexión nacional-tanguera en su “sarttrismo”), eludiendo por izquierda –resistiremos la tentación de decir “contorneando”– al peronismo propiamente dicho, tanto como al nacional-trotskyismo del Colorado Ramos, que, en algún párrafo bastante desconsiderado de su por otra parte regocijante *Historia de la Nación Latinoamericana* (Ramos, 1965), había menospreciado al maestro, burlándose de que su mayor compromiso con la Resistencia había sido llevar un atado de panfletos en su bicicleta: ¡habráse visto el atrevimiento del “Colorado”! (digamos, en relativa disculpa de Ramos, que por entonces no se sabía que en 1945 De Gaulle pretendió condecorar a Sartre nada menos que con la *Croix de Guerre*, justamente por su actuación en la Resistencia, que había sido algo más que un paseo en bici, y ello sin mencionar que, de todos modos, llevar panfletos de la resistencia bajo la ocupación nazi no era precisamente un paseo por el campo: si bien nunca fue un combatiente armado, Sartre, entre otras cosas, y ya junto a Merleau-Ponty, fundó el primer grupo organizado de la Resistencia antes de los *maquis*, bautizado *Socialismo y Libertad*; de más está decir que el antigauillista Sartre rechazó la susodicha *Croix*, como hizo con todos los honores oficiales que se le ofrecieron, incluido, como es archiconocido, el Premio Nóbel). O sea: los *contorno-malenistas* habían logrado, parecía, fusionar la militancia política con la filosofía o la literatura *engagés*, “nacionalizando” –vale decir, *argelinizando*, como correspondía al “izquierdolema” tercermundano del momento– un marxismo pampeano que –para nosotros, los “imitadores”– no quería renunciar del todo al *pernod* en el Deux Magots.

Nada de esto, reiterémoslo, debe tomarse como peyoración. Al contrario: era, para abusar de una vulgata, una “bocanada de aire fresco” en la articulación de “intelectualidad” con “izquierda”. Hay que pensar en qué andaba el PC por aquellos días –aparte, se sobreentiende, de arrastrar el pesado bulto histórico de la Unión Democrática–: una mezcla del más deleznable estalinismo (todavía estaba vivo, como número Uno del PC argentino, el *komissar* Vittorio Codovilla, asesino de esforzados *poumistas* y anarquistas en la guerra civil española) con un “reformismo etapista” muy poco excitante, más una historiografía desopilantemente mixturada entre la Academia de Ciencias de la URSS y el mitrismo portuario-liberal, todo ello servido sin aderezo alguno de interés teórico ni estilístico (habría que hacer algunas excepciones módicas y parciales, claro, como la del introductor de Gramsci en Argentina, Héctor P. Agosti, pero que no alteran el mediocre cuadro general). Además, qué demonios, “ellos” habían matado a Trotsky –fuéramos o no “troskos”, percibíamos allí a un *diferente*, aunque a Sartre no pareciera caerle muy simpático (a Merleau-Ponty más: de hecho, sus discípulos “por zurda” Castoriadis

y Lefort ya en 1948 habían inventado el grupo para-trosko *Socialisme ou Barbarie* –después también ellos cambiaron, para diferentes lados; pero esa es otra historia–).

Al lado de ese PC servilmente “rusificado”, antinacional, “reformista” y teórico-políticamente tedioso y dogmático hasta la asfixia, el Malena –o, en todo caso, *Contorno*– nos parecía el colmo de la combinación entre sofisticación filosófico-literaria y compromiso simultáneo con (alguna forma de) la lucha de clases, la “cuestión nacional” y la ofensiva descolonizadora. Era lo más parecido que teníamos a las posiciones del propio Sartre, al cual ya le habíamos perdonado –un poco apresuradamente, tal vez: el “error” fue *muy* grande, pero no nos sentíamos autorizados a juzgarlo– su propio traspie momentáneo de “compañero de ruta” del PC francés, así como luego tendríamos que perdonarle su igualmente irreflexivo “maoísmo”, y su extraña ambigüedad ante el conflicto palestino-israelí; de manera que, si hubo en todo esto un malentendido, no es sólo que estuvo justificado: fue, me parece, razonablemente *productivo*. Finalmente, esa “nacionalización” –con cuotas variables de mala fe, repetámoslo– nos autorizaba, a los herederos del antiperonismo atávico de las izquierdas argentinas clásicas, a transitar por el filo de la navaja de una (o varias, como hemos visto) *tensión*; para qué podía servirnos eso, es harina de otro costal. De hecho, muy pocos adherimos orgánicamente al Malena; pero, aunque estuviéramos en otro lado –o en ninguno– él (y sobre todo *ellos*, los contorno-malenistas) era, me parece, una suerte de referencia distante, pero permanente, a nuestras espaldas.

Después, el eclipse. Otras voces, otros ámbitos. Sartre perdura, en todo caso, o sobrevive con dificultad, en las revistas culturales (en *El Escarabajo de Oro*,⁷ por ejemplo, o muy ocasionalmente en el principio de *Los Libros*).⁸ Masotta, ya lo dijimos, introduce a Lacan –inducido, se dice, por Enrique Pichon-Rivière–. En Filo, Eliseo Verón, seguido por Juanqui Indart, nos hacen deslumbrar con Lévi-Strauss. Circulaban ya, más esotéricamente al principio, Althusser, Roland Barthes, Foucault –incluso, entre los más exquisitos, Sollers y la banda *Tel Quel*–, que nos hicieron ir a buscar a Saussure, a Jakobson, a Benveniste. Franceses, más franceses: Jakobson *también* era “francés”, puesto que lo leíamos desde todos los otros (como pasaría después con otros eslavos *adoptados* por la *rive gauche*: Bakhtin, Kristeva, Todorov, Lotman,

7. Una de las más importantes revistas literarias argentinas de la década del 60, dirigida por Abelardo Castillo y Liliana Heker. Fue precedida por *El Grillo de Papel*, y después de 1974 por *El Ornitorrinco*.

8. Influyente revista literaria de la década del 70 inicialmente dirigida por Héctor Schmucler, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y Ricardo Piglia, que luego se convertiría en *Punto de Vista*.

Shklovski, los formalistas rusos). Eso que se llamó difusamente *estructuralismo* –se sabe que Lévi-Strauss fue el único que aceptó la etiqueta (hay quien dice que la inventó)– arrasó la sombra terrible de Sartre. El *bizco* pasó, por así decir, a la clandestinidad intelectual. Pero, claro, en el “campo intelectual” estábamos, ya definitivamente, en algo así como la patria franco-*argentina*. El “estructuralismo”, pese a Althusser o el primer Foucault, no terminaba de *politizárse* a la medida periférica. Así que muchos, *off*-Corrientes, seguíamos cultivando (no voy a negar que con dudas, o al menos con interrogantes sobre el “humanismo”, el “consciencialismo” y demás) *nuestro* Sartre. El que esto escribe, con toda seguridad, y un poco *reactivamente*, como se dice. Tal vez, incluso, con cierta “culpa” política: curiosamente, la militancia en la izquierda no congeniaba, al parecer, con esa lectura. Los “dopartis” lo despreciaban, siguiendo, no importan las diferencias, el desdén del Colorado Ramos (con el cual, hay que recordarlo, Ramón Alcalde había debatido duramente en *Contorno*). También despreciaban a todos los otros nombrados, entendámonos: todos apretujados en la bolsa de “intelectuales pequeño-burgueses”; pero con Sartre la inquina era especialmente violenta: era, además, se decía, un *desesperado*: demostración palmaria de una manifiesta ignorancia, basada con suerte en una mala interpretación de “el infierno...”, etcétera. Irónicamente, podríamos parafrasear a Sartre hablando de Paul Valéry, para decir: sin duda, Sartre es un intelectual pequeño-burgués; pero ciertamente no todos los intelectuales pequeño-burgueses son Sartre-.⁹

(Viñeta de época, personal, pero con intenciones modestas de más largo alcance: un conocido, y ya fallecido, dirigente “trosko” me encuentra leyendo algo, no recuerdo qué, de Sartre. Sonríe socarronamente y dice: –¡Jé! ¿Para qué le sirvió a Sartre el marxismo? ¿Para escribir obras de teatro? Sin medir las consecuencias, respondo: –Bueno, al menos a él le sirvió para eso. Lo que es usted, no escribió nada interesante, y su política de todos modos es una mierda-. No hace falta aclarar que me echaron a patadas del “doparti”. Quizá me hayan hecho un favor. Pero, a la distancia, no sé si no había un grano de verdad en lo que decía mi interpelador, claro está que por las razones contrarias a las que él pensaba. Quiero decir: quizá no haya sido su marxismo lo mejor que tuvo Sartre. Pero ya volveré sobre esto, si me da el tiempo y la lógica un poco descoyuntada de este texto. Por ahora, quisiera decir otra cosa: esa afirmación despectiva

9. La célebre frase de Sartre (“Paul Valéry es un intelectual pequeñoburgués; pero no todos los intelectuales pequeñoburgueses son Paul Valéry”) pertenece a la *Crítica de la razón dialéctica*.

ofendía profundamente, no tanto un amor histórico por el personaje Sartre, que el buen hombre no tenía por qué compartir, sino el lugar fuertemente “polítizado”, en el sentido más amplio posible, que por entonces le dábamos a la literatura –él había elegido, seguramente que no por azar, la expresión “para escribir obras de teatro”, cuando podía haber dicho: “para hacer mala filosofía”, o cualquier cosa por el estilo–, y que el estructuralismo no había conseguido neutralizar del todo).

* * *

4. Como sea: terminó sin Onganía la dictadura de Onganía, subió –por poquito tiempo, ya sabemos de las ilusiones efímeras de esa “primavera–, el “Tío” Cámpora, “en una nube de lanzas”, como hubiera dicho –lo dijo respecto de los otros montoneros, los históricos– el propio Colorado Ramos. En 1974 se anuncia la traducción del último libro de Sartre (el último, en todos los sentidos: pero entonces no podíamos saberlo). Pensemos bien: 1974. Ya había sido Ezeiza, Perón se moría o ya lo había hecho tras su inequívoco giro a la derecha, los bandos se “tiraban” mutuamente cadáveres, el Brujo y las 3A ya eran nombres temibles y temidos, los intelectuales de izquierda pasados a activistas –estuvieran o no “peronizados”– ya no corrían tan solo el riesgo de la marginalidad: entre las primeras víctimas fatales de las 3A estuvieron Ortega Peña y Silvio Frondizi (ambos recordados profesores del que esto escribe). En lo que nos concernía más cotidianamente, Ottalagano (“Otalaempato”, lo llamábamos jocosamente, con el desparpajo irresponsable del que todavía no ve bien *lo que se viene*) había intervenido la UBA. La cosa estaba que ardía. En medio de eso, un nuevo Sartre. Se nos dirá: ¿y a mí qué? ¿No había suficiente de qué ocuparse? ¿Qué importancia podía tener una *francesada* más o menos? De acuerdo. Pero, concédasenos algo: éramos –y hasta *defendíamos* ser, “reactivamente” o no– “intelectuales pequeño-burgueses” (y no se olvide: “*comprometidos*”). O sea, nuestra política –que por supuesto no era para todos la misma– pasaba también por nuestras *lecturas*. Y ahora, después del paréntesis, el “troesma” volvía por sus fueros. En medio de *aquello*, desde *ese* lugar en el que estábamos, con Filo ocupada por la Inquisición (el interventor Sánchez Abelenda encendía inciensos en el *hall* de Independencia para exorcizar al demonio bolchevique) y todo eso, ese “acontecimiento”, sería estúpido o bien hipócrita negarlo, tenía su emoción.

Aclaremos: también tenía su cierta, un poco nebulosa, *inquietud*. Estoy obligado a retomar, sin remedio, un tono más “personal”. A los que –había unos cuantos, y este es un debate de los 70 no terminado de saldar– no comulgábamos ideológicamente, o nos parecía directamente un *disparate suicida*, con la “política-guerra” de las “formaciones

especiales” (por convicciones políticas basadas en la “organización de las masas” y no en las “vanguardias iluminadas”, o por dejos de un eticismo filosófico que nos hacía repugnante el “atentado individual”, o por lo que fuere), ya nos había preocupado, en el pasado inmediato, *cierta* lectura de un *cierto* Sartre que hacían *ciertos* militantes de la izquierda peronista. Era obvio –aparte de sus innumerables declaraciones o artículos de coyuntura– el caso ya citado del prólogo a Fanon (Sartre, 1963), que se nos aparecía –hoy el que esto escribe cambió de opinión, pero no importa– como un llamado un tanto irreflexivo a la *celebración* de la libertad (y más: del pasaje a un nuevo *estado de humanidad* del colonizado, y en esto Sartre parecía seguir casi literalmente a Fanon) mediante la violencia, incluso la “terrorista”, contra el colonizador. Por supuesto: entendíamos, o creíamos entender, perfectamente, porque tratábamos de seguir las enseñanzas del maestro respecto de la puesta en *situación*, que Sartre hablaba de *Argelia* –y, por extensión, tal vez de todo el África colonial–. Es decir: de un territorio *ocupado* militarmente por una potencia expoliadora y *extranjera*, tal como a su manera lo había estado en su momento Francia –la propia potencia colonial que desde 1837 era la ocupante de Argelia–, y a la que había opuesto la “heroica” Resistencia en la que el propio Sartre, con o sin bicicleta, había participado. Y ese no era el menor de sus argumentos: el cinismo *canalla* con el que los adalides de la *Liberté-Egalité-Fraternité* no sólo condenaban como victimarios lo que habían glorificado como víctimas, sino que utilizaban ellos mismos el terror, la tortura, los asesinatos clandestinos, los “vuelos de la muerte”, las desapariciones forzadas (solo mucho después se “desayunaron” muchos de *cuánto* tenían que ver esos humanitarios franceses con lo que entonces era nuestro próximo, casi inmediato, futuro).

Pero, además, para colmo, Sartre era también, precisamente, *francés*. Tenía que hablar *por* las víctimas producidas por *su* propio país, por el propio Estado del cual él era *citoyen*, y, por lo tanto, de alguna involuntaria manera, *cómplice*. Eso, necesariamente, redoblaba su virulencia, su elocuencia retórica (siempre proverbial, pero potente hasta lo sublime en el prólogo de marras), su estrategia argumentativa en el elogio, incluso el panegírico, de los resistentes argelinos. Tenía por consiguiente que *demostrar*, a los gritos si hacía falta, que a los “violentos” del FLN no les habían dejado otra *salida*. Cosa, por otra parte, no muy difícilmente demostrable, como sucede con harta frecuencia en *toda* guerra de liberación anticolonial.

Pero, eso era *Argelia*. Sin embargo, aquellos *ciertos* militantes de los que hablábamos hace un momento, leían allí –y no sólo apelando a chistes homofónicos facilongos– *Argentina*. O sea: aun leyendo a Sartre / Fanon en castellano, *traducían*: la Argentina también era una “colo-

nia” (“Patria sí, colonia no”, etcétera), y también estaba “ocupada militarmente” (por el Ejército que de “Nacional” sólo tenía el nombre), que también había torturado y asesinado (ahí estaban Vallese, Pampillón, Jáuregui, todos ellos): para ellos, las referencias comparativas se habían *literalizado* por fuera de los sesudos análisis políticos, sociológicos, histórico-culturales que procuraban detectar con la mayor precisión posible la *diferencia* argentina y latinoamericana para pergeñar la mejor estrategia de resistencia, o incluso de “toma del poder”. Y esa lectura de Sartre –lo decimos así porque ahora estamos hablando de Sartre: era por supuesto algo mucho más vasto, de una importancia *vital*, y no sólo “filosófica”– nos preocupaba, porque de ella no podía desprenderse otra cosa que el FLN y sus tácticas, extemporáneamente traspuestas a las pampas rioplatenses. La política-guerra, y no la *guerra política*.

(Otra viñeta de época: a fines de 1969, o quizá principios de 1970, a la salida de otra sempiterna proyección trasnochada de La batalla de Argel en el Lorraine, me encuentro con un compañero de facultad, militante del entonces FEN –sigla sugestivamente cercana a la argelina–, que portaba el infaltable Fanon prologado por Sartre bajo el brazo. Entusiasmado una vez más con el film, me espetó: “¿Viste? ¡Esto es lo que hay que hacer hoy en la Argentina!” No hice mayor esfuerzo, por intuirlo inútil, de convencerlo de otra cosa. Pero pensé: Sonamos. ¿Esto es lo que hay que hacer? ¿Hoy? ¿En Argentina? ¿en un país que no es formalmente una colonia ocupada por una potencia extranjera, que no tiene una población de 90 % de campesinado paupérrimo y semi-tribal como Argelia, donde hay –como lo había entonces– un comparativamente alto nivel de industrialización, donde hay –como la había entonces– una clase obrera fuertemente sindicalizada, con profundísimas tradiciones de lucha organizada? ¿Qué acaba –como acababa entonces– de hacer nada menos que el Cordobazo? Esto puede ser el desastre.)

Que se entienda bien: no pretendo, retroactivamente, haber acertado desde el vamos. Mucho menos haber tenido la lucidez premonitoria que tantos, ahora, se autoadjudican en su nuevo entusiasmo de arrepentidos y penitentes de la última hora: era, simplemente, una posición política (y lamento, en cierto modo, tener que seguir pensando que, en ese tiempo, si bien minoritaria, fue la más correcta: la otra costó demasiado). Mucho menos pretendo *culpar* a los que pensaban así entonces –puede ser que tengan sus culpas, y con toda seguridad sus responsabilidades: yo, hoy, no soy quién para exigir cuentas–. (Y también había *otras* maneras de pensar cierto “sartro-fanonismo” –aún sin nombrar explícitamente esos autores, ni seguirlos puntualmente en sus ideas– que pudieran

mantener la diferencia: León Rozitchner lo ensayó en, por ejemplo, *Ser judío* o en *Moral burguesa y revolución*.)

Y sin duda que esa lectura no era culpa de Sartre: hay que insistir, él, equivocado o no, hablaba de *otra* “situación”, desde *otro* lugar. Se podrá decir: sí, pero él no era *cualquiera*; tenía la obligación de prever que su palabra podía ser, por ejemplo, abusivamente *universalizada*. Puede ser. Es muy cierto, nadie puede controlar los efectos de lo que escribe, pero tampoco tiene el derecho de *desentenderse* cuando lo que escribe produce efectos. Eso es éticamente obvio. Al mismo tiempo, no obstante, y recíprocamente, no puede endilgársele al escritor *cualquier cosa* que uno quiera entender por *otras* razones que las que están allí escritas. Porque –es lo que pienso hoy– esa era una *mala* lectura (y no en el sentido más inofensivo de la “deslectura creativa” de Harold Bloom) de Sartre, incluida la del prólogo a Fanon.

Al prólogo a Fanon puede dársele, no cabe duda, un alcance “universal”: pero está en el *método* de pensamiento, no en el *tema*. El “tema”, como siempre en Sartre, está del lado del *universal-singular*. Argelia (o África, si como decíamos se quiere extenderlo lo más posible) era allí el componente de la *singularidad*: servía para hacer la *crítica* de una falsa universalidad, la de Europa. Al “universalizar” abstractamente –puesto que trasladar Argelia a la Argentina, un país *tan* diferente, era hacer eso– lo que Sartre decía *de Argelia*, era traicionarlo sin querer. Había, por ejemplo, una cuestión, que en la Argentina *de entonces* no veíamos que constituyera una cuestión (aparte de muy difusas referencias críticas a la clase media porteña que hablaba despectivamente de los *cabecitas*): la cuestión del *racismo*, que en Sartre era un “interpretador” central, y para nada abstracto, de aquella crítica a la “universalidad” europea.

En fin, no nos distraigamos. En 1974, decíamos (¿o 1975?), aparece en castellano *El idiota de la familia*, el “Flaubert” de Sartre (así lo llamamos enseguida). La recepción fue –por lo menos– lamentable. No recuerdo un solo artículo, una crítica, un comentario, digno de mención. Y hay que aclarar, para que se vea hasta qué punto *aún en esto* fuimos “afrancesados”: tampoco los hubo en París, donde la publicación de la obra más monumental, más “trabajada”, más *oceánica* de Sartre pasó prácticamente desapercibida. Y eso, también después y hasta casi hoy: los dos suplementos especiales, de un centenar de páginas cada uno, que el diario *Libération* –fundado por el propio Sartre– dedicó en 1980 a su muerte y en 2005 a su centenario, apenas mencionan al pasar *El idiota...*, sin el menor intento de análisis. La hora de Sartre –una hora bien larga y nutrida de acontecimientos– al parecer, había pasado.

En Buenos Aires, entre la fiebre estructuralista en los cenáculos intelectuales y los desastres de la política en la calle, ya no había, parece, tiempo ni “libido” para invertir (para *invertir*) en las 1200 páginas

apretadas –en la edición de Tiempo Contemporáneo: ahora sabemos que en el original eran más del doble– dedicadas al aurático, “descomprometido” Flaubert. Páginas que ni siquiera, justamente, llegaban hasta *Madame Bovary*, *Salammbó*, *Bouvard y Pécuchet*, ya que el subtítulo de esa gigantografía inconclusa parecía ser inequívocamente desalentador: *Gustave Flaubert desde 1821 a 1857*. O sea: ¿una biografía del joven Flaubert? ¿De “Gustave” –como le dice Sartre, casi como si le hablara familiarmente–, antes de ser “Flaubert”? En una época, cabe agregar, que aún en términos estrictamente “intelectuales”, ya había despachado el género biográfico al baldío de inutilidades, aplastado bajo el peso de las “estructuras”, de las “derivadas del significante”, y así.

(Tercera viñeta de época. ¿Fue realmente tan así? Las vanguardias teórico-literarias del momento, es cierto, recusaban con a veces virulento sarcasmo toda idea de una literatura “comprometida”, o la de una escritura que subordinara su autonomía significativa a los contextos histórico-políticos. “La historia no es todo” fue una combativa –y provocadora, en el buen sentido– consigna de la revista Literal (Germán García, Luis Gusmán, Osvaldo Lamborghini) que defendía aguerridamente esa trinchera. Sin embargo, no se puede decir que los más conspicuos responsables de esa publicación hoy ya mítica fueran en modo alguno “apolíticos”, ni que no guardaran –me consta personalmente– un gran respeto por la figura de Sartre. Es una prueba más de que los debates en este campo, y especialmente en la Argentina, exceden en mucho las simplificaciones con las que se ha pretendido despacharlos)

Por otra parte, Sartre no circulaba solamente por los pasillos, y por los bares, filosófico-literario-políticos de Buenos Aires. Aunque menor, hubo un desvío por el lado de la psicología, inspirado en el “psicoanálisis existencial” que Sartre concibió en el último capítulo de *El ser y la nada*, y que tuvo su módica presencia en la revista *Psiquiatría Social* de Pichon-Rivière (solo más tarde el propio Pichon cambiaría esa denominación de su práctica por la de “psicología social”), así como en ciertos cultores locales de la llamada “antipsiquiatría” (Fontana, Claudio Rud, y me olvido de otros/as).

(Cuarta viñeta de época: entre fines de los 60 y principios de los 70 –el lector, aunque a esta altura se encuentre algo perdido, recordará que todavía andábamos por ahí– hubo en Buenos Aires otra forma de “sartrismo” –más efímera y circunscripta, pero que no dejó de tener su peso en ciertos circuitos– vinculada al “psicoanálisis existencial” y a la llamada “antipsiquiatría”,

aunque más bien dependiente de la lectura sartriana por Ronald Laing y David Cooper –por esos años circuló bastante un librito interesante, publicado por Paidós, en que los psiquiatras ingleses hacían una interpretación, en esa clave, de la Crítica y el San Genet: Razón y Violencia (Laing y Cooper, 1969)– y de las teorías del italiano Franco Basaglia; ignoro qué ocurrió después con esa corriente, así como desde luego desconozco todo lo que se refiera a su eficacia estrictamente “psicoanalítica”, pero sus practicantes, políticamente hablando, solían ser peronistas –y no siempre, necesariamente, peronistas “de izquierda”–: otra muestra, apenas un pequeño botón, de la inflexión más bien “nacional” del sartrismo local. Pero, tengo que ser honesto: nunca me pareció que los “psico-existenciales” locales se interesaran realmente por Sartre: era, su sartrismo, algo así como un saludo a la bandera, casi nunca un “compromiso” pleno con un “maestro” que figuraba más bien en una “serie” de consignas arrojadas más o menos al azar en el fondo de un tonel ecléctico. Recuerdo haber discutido largamente con uno de ellos su “fundamento” teórico, para terminar descubriendo –no sin escándalo– que el autor “existencialista” al cual respondía con mayor sistematicidad era... ¡Rollo May! Cómo es que muchos de ellos, individualmente hablando –conoció algún caso– derivaron a la tontería “sistémica”, no es algo que sepa explicar. Lo que me interesa es constatar algo que puede llamarse “sintomático”: muchos de los psicoanalistas que siguieron a Masotta hacia el “lacanismo” –me consta– conservaron intacto su respeto por Sartre, más allá de las insalvables diferencias teóricas; los psicoanalistas “existenciales”, en cambio, nunca parecieron tomárselo demasiado rigurosamente)

* * *

5. De todos modos, ese no era el problema principal, en 1975, en la Argentina: respetuosos como éramos, con más y con menos, de las modas y modalidades francesas, no obstante, teníamos, en efecto, otras cosas de qué ocuparnos. Nuestro amor por Sartre, si había logrado subsistir, no iba a ser mellado porque estuviera más o menos ausente de los nuevos debates parisinos: ya lo habíamos *nacionalizado* suficientemente.

Y tal vez, de una manera muy compleja, muy difícil de explicar, ese fuera precisamente el problema: tan *nuestro* lo habíamos hecho, que –al menos a primera vista– nos escandalizaba un poco que, en la Argentina de 1975, Sartre nos descerrajara esos dos “ladrillos” sobre... Flaubert. No es que pretendiéramos que hablara de la desgarrada Argentina (lo hizo, por supuesto, en 1976 o 1977, pero eso era otra cosa: intervenciones de

coyuntura, artículos encendidos); pero posiblemente sentíamos que lo que hubiéramos esperado de él, en 1975, hubiera sido algo más *urgente*.

En alguna parte, de alguna manera, habíamos *malentendido* algo. Fascinados por su escritura, aunque parezca paradójico, habíamos olvidado que Sartre era un *escritor* –y de los más decisivos que ha dado el siglo XX–. Escritor *comprometido*, claro que sí: pero –aprovechémonos del recurso gráfico de las bastardillas– habíamos acentuado antes lo de escritor *comprometido* que lo de *escritor* comprometido; se nos había escapado la sutileza de que en un escritor *en serio* no existe la literatura, por un lado, y *por fuera* de ella un “compromiso” con *otra cosa* (la Resistencia, Argelia, Vietnam, Cuba, mayo del 68, lo que fuera): eran simplemente modalidades de un *mismo* compromiso. Recién mucho después hubo alguien, Dardo Scavino, que se atrevió a conjeturar esto, en un artículo en la revista *El Rodaballo*: se podría deducir incluso, de su argumentación, que la idea de “compromiso” era la forma específica que adoptaba, en Sartre, la *autonomía literaria* (Scavino, 2000, pp. 14-21).

Es comprensible que, en 1975, en la Argentina, esto no pudiera *entenderse*, por razones distintas a las francesas. Ya lo habíamos sospechado: no esperábamos de él algo que estuviera tan por delante de nuestras *urgencias*. La (bienvenida y eficaz, en muchos sentidos) *nacionalización* de Sartre nos lo había reducido a una *parte* de su “compromiso”: o bien habíamos celebrado el compromiso de su *cuerpo*, o bien gozado la seducción de su *escritura*. Muchas veces ambas cosas al mismo tiempo, pero *en paralelo*. Y algo semejante habíamos hecho con nuestros propios “sartreanos”. Lo que la historia “había hecho con nosotros” no nos había preparado para entender que las dos “partes” eran *lo mismo*. A algunos de mis mejores amigos, incluso, una comprensible actitud reactiva –con lo cual, por supuesto, no quiero decir que no fuera sincera y proveniente de *convicciones* de la época– ante el ya asfixiante “exceso de historia” que era la Argentina de 1974-1975, los había hecho incluir a Sartre en el ya mencionado desván del *no-todo-es-historia* (o *la historia no es todo*, o *la historia es no-todo*: también está el lenguaje, el significante, el inconsciente: ¿y quién podría negarlo?). No podemos decir que no tuvieran razón: *ese*, el Sartre “histórico” –en el sentido convencional– era el Sartre que habíamos “argentinizado”: no podíamos entender su *extemporaneidad*. Que no consistía, claro, en estar *fuera de la historia*, sino en meterse en ella *intempestivamente*, por otro costado. También para Sartre la historia era un *no-todo* (no está, en modo alguno, “totalizada”): sólo que esa *des-totalización* era un principio orientado a *reintroducir* la historia por el sesgo del *particular-concreto*, y eso era, como acto de escritura irreductible, su Flaubert. Sartre –lo dice la casi primera línea de *El idiota...*– se mete en ese hombre “como Pedro por su casa”; a la

historia, también: no va a esperar a que nadie la “totalice”, o la suprima por decreto “deconstruccionista”.

(Quinta viñeta de época. A principios de los 70, la situación era muy diferente a la de mediados de los 60. En 1974, cuando aparece El idiota..., en Argentina se había completado, con muy escasas excepciones, lo que se conoció como la “peronización” de los intelectuales. No es que el peronismo –contra todos los mitos “gorilas”– no hubiera tenido, en las décadas anteriores, intelectuales de fuste (especialmente en el campo del ensayo histórico y político-cultural, pero también en ciertas poéticas, como las de Marechal, Walsh o Urondo): allí estaban Scalabrini, Jauretche, Palacio, Cooke, Chávez, Puiggrós, Hernández Arregui, Ortega Peña: con todas sus diferencias –algunos corridos a la izquierda, otros a la derecha–, sin embargo, compartían el fuerte “contenidismo” e historicismo directamente politizado de su estilo, y raramente alguno de ellos había incurrido en la ficción o la poesía (Walsh es por supuesto el caso paradigmático de encabalgamiento). A principios de los 70 hubo un vuelco dramático: emergió lo que bien podría calificarse, sin forzar en exceso las palabras, de una “vanguardia peronista” en la literatura y la poesía: allí están, como ejemplos, los hermanos Lamborghini o, con mayores mediaciones, el primer Gusmán, el primer Germán García, Ricardo Zelarayán, tantos otros que pasaron por Literal –donde no-todo-era-la-Historia, en efecto–. Fue más que interesante, tanto política como literariamente: las plenamente justificadas resistencias a los “contenidismos” y “sociologismos” de la literatura convencionalmente “de izquierda”, o “progresista”, o “populista”, y a las coincidencias forzadas entre los registros de la enunciación y el enunciado (que a muchos no les permitía siquiera concebir que sujetos “reaccionarios” o aún “fascistas” como Ezra Pound, Eliot o Céline pudieran celebrarse como auténticos “revolucionarios” de sus lenguas; ni hablemos del “caso” Borges), esas resistencias, digo, produjeron un vuelco hacia el “poder del significante” que, si no siempre estuvo exento de los inevitables afrancesamientos y lacanizaciones, no por ello se desnacionalizó ni se despolitizó: ninguno de los autores que hemos nombrado –y los otros que pasamos en silencio– podría ser otra cosa que argentino; el acento y el ritmo rioplatense o “criollo” en general es inequívoco, y el “delirio de palabras”, cuando lo hay, le debe al menos tanto a una tradición de picaresca “canallita” barrial y arrabalera –y, claro, a la fascinación con Joyce o Beckett– como al descubrimiento de las derivas del significante más o menos telquelianas. Eso se enunciaba, frecuente y militantemente, como una política de

la lengua; pero, a su manera, era también una política de la política, que renegaba, sin dejar de tener un significado lato “de izquierda”, de las facilidades de las correspondencias base / “superestructura”, y recetas por el estilo. Como sea, fue un momento de una intensidad cultural inaudita. Sartre, desde ya, no era una referencia para casi ninguno de ellos –aunque, quién sabe: habría que releer algunas páginas de, por ejemplo, Nanina...-. Eso –me permito insistir en mi hipótesis– fue probablemente consecuencia de que habíamos malentendido la necesaria “nacionalización” del “bizco”. Pero, no tiene mucha importancia: como se dice, quién nos quita lo bailado...)

No estábamos listos, pues, para *El idiota de la familia* (los franceses, por su parte, creyeron estar *demasiado* listos, creyeron que Sartre atrataba, llegaba tarde: allá ellos). Ese libro, la *summa* sartreana, a nosotros nos llegó, podríamos decir, *demasiado temprano*.

Después, ya conocemos el resto de la historia: entre 1976 y 1983, Sartre –junto con tantos más– *desapareció* de las librerías argentinas, pero, por supuesto, eran otras las desapariciones que nos concernían más cercana y más trágicamente. La “recuperación” –porque parece que la habíamos *perdido* en algún lado– de la democracia en 1984 no mejoró la *sobrevida* –su cuerpo físico se había ido en el 80– de Sartre: la cultura, en ese entonces, pese al genocidio y a las Malvinas, era la de un ramplón humanismo “optimizante” de clase media pobremente ilustrada; se recordará cuál era el libro de cabecera del primer mandatario, colmo de lo tolerante como pensamiento crítico: *El miedo a la libertad* de Erich Fromm (un título del cual podemos imaginar la hilaridad que le produciría a Sartre). Es cierto: después vinieron las “obras completas” de Sócrates o las “novelas” de Borges –pero al menos esto tenía la gracia de una *ficción* creída-. De todos modos, no tiene ninguna importancia: los presidentes no tienen por qué ser buenos *lectores*, y que tengan asesores que les “soplen” títulos sólo demuestra la tilinguería porteña de *pequeña burguesía* (como solía decir Zelarayán) a la cual ellos se sienten obligados a halagar. La cuestión es otra –y es otro de esos capítulos mal estudiados de la historia cultural reciente, por aquello de “quién le pone el cascabel al gato”–: una excesiva *confianza* en una “democracia” parcial, puramente institucional –y, desde luego, “representativa”–, una “democracia de la derrota” la llamaron algunos, que se *totalizó* abusivamente (con ella se podía *todo*: comer, curar, educar, etcétera), y en la que se *creyó* “religiosamente” (recuérdese la Constitución Nacional transformada en *oración*) no era el suelo más alimenticio para un *pensamiento crítico*: más de un antiguo “sartreano” se precipitó con los brazos abiertos en alguna variante, más o menos “socialdemócrata”, de lo que ya entonces empezó a llamarse lo *políticamente correcto*. Opción legítima, sin duda,

como (casi) cualquiera; pero que –es una opinión– terminó cerrando más puertas que las ventanas que abrió.

Sartre ¿hace falta decirlo? fue siempre altamente *incorrecto*. Crítico insobornable, virulento, algunos dirán *excesivo*, de su propia sociedad –la que había en cierto modo *inventado* la democracia moderna–, tuvo siempre las palabras más implacables para la democracia de la *serIALIZACIÓN*: la que restringe el *acto* democrático a la asistencia cada dos o cuatro años a la cola para entrar al cuarto oscuro (¿se recuerda el ejemplo de la cola del autobús en la *Crítica...*?), mientras, como se decía en esa época, “el mercado vota todos los días”: es decir, mientras los *salopards* de siempre siguen haciendo sus negocios sangrientos. Eso, en Francia: ¿qué quedaba para la “periferia”?

Para colmo, Sartre también fue, siempre, *filosóficamente incorrecto*. Supuesto creador de una “moda” francesa más –el “existencialismo”–, en realidad buscó constantemente patear todos los tableros, incluso el suyo propio: si al principio se rehusó a colgarse esa etiqueta que le habían puesto los “infernales” *otros*, al final, en 1975 –mientras llegaba a la Argentina *El idiota...*–, en una famosa entrevista con Michel Contat dice sin mosquearse que, si se le debe poner *alguna* etiqueta, prefiere la de “existencialista” a la de, por ejemplo, “marxista” (Sartre, 1976). No sin alguna coquetería, pues, retorna –en pleno imperio postestructuralista y de la “nueva derecha”– a unos *orígenes* de los que, en *el origen*, había intentado despegarse. Le parece más importante resguardar su *diferencia* que “serializarse” en un marxismo que, si todavía está lleno de gente, también está, se le antoja, cada vez más vacío de ideas (no es para asustarse: lo venía diciendo desde la *Crítica...*, sin por ello renunciar al “horizonte insuperable de nuestra época”). Es decir: otra vez, salta *por encima*, aún por encima de sí mismo, justamente para reivindicar la única “etiqueta” que realmente le correspondía: la de aquel *extemporáneo*, aquel *intempestivo*, incluso aquel *ex-céntrico*, que nos había sorprendido con Flaubert cuando esperábamos de él otro prólogo a Fanon.

Por suerte, en los últimos años, algo se mueve. Todavía es incierto, difuso, brumoso. Pero ya se huele un tufillo a “retorno” (¿de lo reprimido?) de Sartre. Una cita aquí y allá, algún seminario, alguna puesta de alguna de sus obras. Alguna tesis. Veremos. Pero si así fuera, tendremos que *releerlo*, volver a ponerlo en (nuestra) *situación*, tan transformada, y no siempre para mejor. Si lo lográramos, será el momento de repetir, una vez más, aquella célebre frase de Merleau-Ponty y referida a Sartre (cuando ambos estaban ya muy distanciados, hay que decirlo): “Es bueno que, de tanto en tanto, aparezca un hombre libre”.

Referencias

- Laing, R. y D. Cooper (1969). *Razón y violencia. Dos décadas de pensamiento sartreano*. Paidós.
- Masotta, O. (1967). *Roberto Arlt, yo mismo*. CEAL.
- Merleau-Ponty, M. (2000). *Sentido y sinsentido*. Península.
- Ramos, J.A. (1965). *Historia de la Nación Latinoamericana*. Octubre.
- Sartre, J.P. (1951). *Le Diable et le Bon Dieu*. Gallimard.
- Sartre, J.P. (1961). *El ser y la nada*. Iberoamericana, 2 vols.
- Sartre, J.P. (1963). "Prefacio", en F. Fanon. *Los condenados de la Tierra*. FCE
- Sartre, J.P. (1964). *Crítica de la razón dialéctica*. Losada.
- Sartre, J.P. (1976). *Autorretrato a los setenta años*. Losada.
- Scavino, D. (2000). Sartre y el compromiso literario, *El Rodaballo*, 11/12.
- Verón, E. (1959). Nota sobre la conciencia y el yo en la fenomenología de Sartre. *Centro*, 14, cuarto trimestre.

ENSAYO

La cultura marxista en la Argentina de los últimos cuarenta años

Ariel Petruccelli

Universidad Nacional del Comahue
arpetrus@gmail.com

Título: Marxist culture in Argentina of the last 40 years

Resumen: En este trabajo se realiza una cartografía de la producción intelectual marxista (tanto la producida dentro y fuera de las organizaciones políticas, como dentro y fuera del mundo académico) en la Argentina, en el período comprendido entre el retorno de la democracia, en 1983, y 2020.

Palabras clave: marxismo – cultura – campo intelectual – academia

Abstract: In this work, a cartography of Marxist intellectual production in Argentina is carried out (both that produced inside and outside of political organizations, as well as inside and outside the academic world), in the period between the return of democracy, in 1983, and 2020.

Keywords: marxism – culture –intellectual field – academia

Recepción: 1 de diciembre de 2020. **Aceptación:** 25 de febrero de 2021

* * *

Quien observara el panorama intelectual argentino en la bisagra de los años 80 y 90, bien podría dudar que el marxismo continuara siendo una corriente intelectual relevante dos o tres décadas después. La con-

fluencia del fracaso de los intentos revolucionarios latinoamericanos en los años 70, las masacres de terrorismo de estado, la crisis y posterior derrumbe del mundo soviético y el ascenso mundial del neoliberalismo se conjugaban configurando un negro presente y un muy incierto futuro. Las figuras que habían alimentado una pequeña pero vital cultura intelectual marxista en las décadas anteriores habían mayormente desaparecido, y las fuerzas de relevo (formadas fundamentalmente en los poco propicios “años de plomo”) todavía casi no se dejaban ver. En cierta medida, esto se correspondía con tendencias mundiales: el auge del posmodernismo y el concomitante retroceso del marxismo, en un mundo crecientemente neoliberalizado y con casi todos los proyectos socialistas que habían alcanzado el poder estatal, en el pasado, en proceso de derrumbe o reorientación procapitalista. Sin embargo, aunque esta era la tendencia general, el panorama poseía notorias diferencias locales. Por ejemplo, mientras que el marxismo intelectual francés prácticamente había desaparecido en la década de los 70, en el mundo angloparlante el marxismo vivió desde entonces una nueva vitalidad, en disputa o colaboración con otras “teorías críticas”.

Pletóricos de acción y militancia con anhelos revolucionarios, los años 60 y 70 habían dado lugar a una producción intelectual marxista no desdeñable en Argentina (aunque quizá no tan abundante en comparación con la acción y la organización). Pero los fragores de esos años, la represión estatal y paraestatal o el mero paso del tiempo hicieron lo suyo. Milciades Peña se había suicidado (a los 32 años) en 1965; Carlos Astrada había muerto en 1970; Silvio Frondizi fue asesinado por la Triple A en 1974; José Luis Romero falleció en Tokio en 1977; Rodolfo Puiggrós murió en 1980 (exiliado en Cuba); Héctor Agosti en 1984, al igual que Horacio Ciopardini (a la temprana edad de 41 años); Luis Franco en 1988, José Aricó en 1991. No hay manera de saber cuántos de los asesinados y desaparecidos antes y durante la dictadura hubieran devenido intelectuales marxistas, pero pocas dudas puede haber de que la sangría de esos años proporcionó un golpe tremendo a la cultura marxista.

El retorno a la democracia en 1983 halló poquísimos intelectuales marxistas vivos, casi todos en el exilio. A su regreso, buena parte habían abandonado sus sueños revolucionarios, y aunque en algunos casos (como el de José Aricó) su interés por el marxismo no desapareció, podía dudarse que sus preocupaciones marxistas tuvieran continuadores entre quienes, siendo más jóvenes, los rodeaban: el marxismo era un equipaje demasiado pesado para quienes quisieran hacer meramente un viaje académico, y una teoría demasiado sofisticada para simplemente defender la democracia liberal. Para quien hubiera borrado del horizonte de las humanas posibilidades el socialismo y la revolución, el marxismo

podía ser un interesante objeto de tesis, pero difícilmente lo considerara una corriente intelectual vital a la que valiera la pena desarrollar.

José Aricó, Oscar del Barco, José Sazbón, Emilio de Ípola o Juan Carlos Portantiero (entre otros) eran en los 80 intelectuales activos y originales, agudos conocedores de la tradición marxista y no completamente alejados de sus problemáticas. Pero a diferencia de años anteriores, ya se hallaban fuera de toda vinculación, así sea indirecta, con alguna fuerza revolucionaria, e incluso alejados de cualquier acción política que no fuera intelectual. Ernesto Laclau y Enrique Dussel –buenos conocedores de la tradición marxista y con innegables preocupaciones políticas– ya no regresarían más que de manera ocasional. La trayectoria intelectual en Argentina de Adolfo Gilly fue escasa. Miguel Benasayag, de interesantes intervenciones en los últimos lustros, continúa viviendo en Europa.

En los años 70 lo que hubo fue un marxismo del exilio: el exterior y el interior. Un marxismo de catacumbas, de grupos de estudio cuasi clandestinos. En los años 80 algo había cambiado: se podía dar la cara, hablar a cielo abierto. Pero la luz que arrojaba el descubrimiento del velo de la dictadura mostraba una cruda realidad: la producción intelectual marxista era casi insignificante. Los viejos intelectuales marxistas habían desaparecido en su mayor parte. Los pocos que sobrevivían se hallaban insertos en un proceso de creciente academización, abandono de perspectivas revolucionarias y reducción a un mínimo de sus vinculaciones políticas. Su interés en el marxismo tendía a menguar, si no a desaparecer. Había alguna producción para entender la crisis del marxismo y de las frustradas o derrotadas revoluciones latinoamericanas, pero ya escasa expectativa y mucho menos voluntad de relanzar los viejos proyectos políticos e intelectuales. Aunque todavía con grandes riquezas teóricas y envidiable capacidad reflexiva (sobre todo en las fragmentarias obras de Aricó y de Sazbón); se trataba de una suerte de marxismo residual, que abría serios interrogantes sobre su continuidad.

A años luz de este pequeño universo intelectual, las organizaciones políticas marxistas que habían sobrevivido a la dictadura continuaban tozudamente su acción y su organización en los márgenes de la vida política. Eran en general pequeños grupos muy activos, pero con escaso desarrollo intelectual. Aunque cada pequeño grupo militante mantuvo su prensa, sus vínculos internacionales y una abundante producción escrita, se trataba casi sin excepciones de una producción intrínsecamente autocentrada y autorreferencial, que podía ignorar no solamente la producción intelectual ajena al marxismo, sino inclusive la producción de otras tradiciones marxistas. Un militante del “sector intelectual” de un partido trotskista –para poner un tipo de ejemplo que este autor experimentó personalmente– podía manejar un arsenal de citas de Lenin y Trotsky, Moreno o Altamira, pero no saber casi nada

de Gramsci o Athusser e incluso ignorar la existencia de Hobsbawm o Anderson. No hablemos ya de la producción intelectual no marxista. Entre tanto, el estallido del MAS a comienzos de los 90 fragmentó a las izquierdas militantes en mil pedazos. Si el futuro del marxismo como tradición intelectual se presentaba incierto, lo mismo sucedía con el marxismo como fuerza política.

* * *

No hay ninguna manera de delimitar de forma precisa dónde comienza y dónde termina el marxismo y, por consiguiente, quiénes pueden ser considerados marxistas y quiénes no (o cuán marxista puede ser considerada una obra, una práctica, un autor o una autora). Y esto es así no por carencias intelectivas, sino por su naturaleza esencial. Para decirlo con las palabras de Manuel Sacristán en una anotación de lectura de una obra de Agnes Heller: “En general, el hecho del evidente pluralismo marxista no admite más que dos interpretaciones: o el marxismo se reduce a las pocas teorías comunes, o es una cultura, no una teoría, una consciencia colectiva, etc. Mi tesis”. En consonancia con Sacristán, pues, aquí consideraré al marxismo como una cultura.

Ahora bien, si concebimos al marxismo como una cultura y aceptamos su pluralidad, ello no significa que cualquier cosa pueda ser considerada marxista o marxismo. No hay fronteras nítidas, desde luego, pero hay algunos rasgos mínimos comunes. La siguiente definición de Jon Elster me parece justa:

El marxismo se define principalmente por [...] dos rasgos. Primero, la creencia en que la alienación y la explotación impiden a los seres humanos vivir bien y que su supresión es no sólo deseable sino factible. O como mínimo, que no se ha demostrado que no sea factible suprimirlas. Segundo, el marxismo se caracteriza por unos pocos supuestos teóricos fundamentales sobre la estructura y el desarrollo de las sociedades que hacen hincapié en la interrelación entre los derechos de propiedad, el cambio técnico y la lucha de clases. De éstos, el primer elemento, de carácter normativo, constituye el *sine qua non* del marxismo. El segundo elemento, de carácter explicativo, puede ser modificado y revisado hasta cierto punto sin pérdida de identidad. Sólo hasta cierto punto, sin embargo, puesto que la propia teoría normativa tendría que ser abandonada si se demostrara que las propuestas marxistas son radicalmente imposibles [...]. (Elster, 1987: 52)

Para los efectos del presente trabajo no necesitamos ninguna defi-

nición más precisa. Aquí analizaremos la producción intelectual marxista, vale decir, ante todo la obra escrita en claves filosóficas, teóricas histórico-sociológicas e interpretativas dentro del universo marxista, definido de esta manera laxa pero no carente de contornos. La producción intelectual marxista se desarrolla tanto dentro como fuera de organizaciones políticas, dentro y fuera del mundo académico. No será objeto específico del presente trabajo ni las formas de construcción de organizaciones políticas, ni las acciones o intervenciones sindicales, ni los posicionamientos tácticos o coyunturales, aunque tampoco se puede ignorar completamente ninguna de estas dimensiones.

* * *

Comencemos por el panorama que se podía observar luego del retorno a la democracia en 1983. En líneas generales, podríamos decir que durante la segunda mitad de los años 80 y durante la década de los 90 la producción intelectual marxista se afincó primordialmente en una pléyade de revistas independientes, tanto de los partidos políticos como de la academia. Desde luego, en los límites, algunas publicaciones comenzaban a adecuarse crecientemente a las normas de la producción científico-académica hoy en boga, pero por entonces no del todo establecidas, sobre todo en América Latina: especialización disciplinar o subdisciplinar; “indexación” en sistemas científicos internacionales; referato con sistema “doble ciego”; reducción a un mínimo de las dimensiones ideológicas o políticas; tendencial uniformización del lenguaje, el estilo y las normas de edición; exigencia de erudición con referencia a un cierto canon establecido. En el polo opuesto, algunas de estas publicaciones podían considerarse a sí mismas casi como un embrión de partido político o tener tendencias latentes hacia la constitución de una organización política en términos más tradicionales. Pero, en general, lo preponderante fue un tipo de revista con motivaciones mucho más político-intelectuales que estrechamente académicas, pero sin pertenencia a ninguna organización política preexistente. Sus textos tenían intereses y perspectivas amplios y totalizantes (antes que particulares o especializados). Aunque su tirada solía ser escasa, se dirigían a un público intelectual potencialmente amplio y diverso, no a un reducido nicho de especialistas en algún tema.

Entre las publicaciones más destacadas podemos mencionar a *Praxis* (1983-1986), *Cuadernos del Sur* (1985-2005), *Doxa* (1990-2000), *Debate Marxista* (1991-1999), *El Cielo por Asalto* (1991-1994), *Acontecimiento* (1991-2016), *Dialéctica* (1992 y continúa), *El Rodaballo* (1994-2006), *Razón y Revolución* (1995-2017), *Taller* (1996-2006), *Herramienta* (1996 y continúa).

En mayor o menor medida, con diferentes orientaciones y con mejor o peor fortuna en el cumplimiento de sus objetivos, en estas publicaciones podemos hallar intentos de introducir nuevos temas y nuevos autores o autoras, en ocasiones por medio de traducciones de lenguas extranjeras; intentos por repensar los problemas del socialismo; ajustes de cuenta con las experiencias pasadas; innovaciones teóricas; y muy desigualmente: voluntad crítica y dialógica.

Las organizaciones más clásicamente políticas, desde luego, continuaban (y continúan) produciendo publicaciones teóricas: por ejemplo *Estrategia Internacional* o *Lucha de Clases* (PTS), *En Defensa del Marxismo* (PO), *Debate Marxista* (MAS), *Socialismo o Barbarie* (Nuevo MAS), *Política y Teoría* (PCR). Pero en los años 80 y 90 lo hacían con escasa voluntad y capacidad de innovación: el suyo era predominantemente un marxismo a la defensiva, más preocupado por apuntalar las viejas verdades que por analizar nuevos problemas. Su tónica era fuertemente autocentrada: más preocupada por establecer demarcaciones que diálogos; por evitar la contaminación por parte de otras tradiciones, antes que por aprender algo de ellas; con demasiada premura por refutar textos o perspectivas que rara vez eran estudiadas con detenimiento, y nunca en sus propios términos (antes de criticarlas desde premisas diferentes a las suyas). Lejos de ser una genuina preocupación en sí misma, para las publicaciones partidarias la producción intelectual tenía un carácter muchas veces instrumental: justificar la línea política de la organización. Y el universo de sus referencias se hallaba centrado (síntoma inequívoco de una actitud defensiva) en autores clásicos, con escaso conocimiento de las producciones recientes. Hubo algunas excepciones, por supuesto, pero la tendencia general es la apuntada.

En el mundo académico había escasos enclaves marxistas. Algunas figuras individuales se identificaban como marxistas o empleaban ampliamente literatura marxista en sus clases (por ejemplo José Sazbón, Horacio Tarcus, Carlos Astarita, Emilio de Ípola, Oscar Terán). Más extraño todavía eran los colectivos o centros de investigación adscritos a perspectivas marxistas de investigación: la más notoria excepción es la del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO), creado en 1966 y aún activo, dirigido por entonces por Beba Balvé.

La publicación y difusión de libros del marxismo internacional por parte, sobre todo, de los grandes sellos (Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI) se retomó luego de 1983; pero su impacto era dispar. La editorial *El Cielo por Asalto* fue en los 80 y 90 un pequeño oasis local de publicaciones y traducciones de calidad, marxistas y de izquierda en general.

Prescindiendo del escaso volumen de lectores de todas las publicaciones en mayor o menor medida identificadas con el marxismo, su

producción no parece insignificante en lo que hace a textos relativamente breves. A largo plazo, sin embargo, la pujanza de una corriente intelectual debe manifestarse tarde o temprano en obras mayores (aunque no sea este un índice completamente seguro). Aquí el panorama era mucho más desolador. Luego de la gran sequía del período de la dictadura de 1976-1983, no hubo ningún florecimiento: la producción de libros de inspiración o temática marxistas fue relativamente escasa durante la segunda mitad de los años 80 y la primera mitad de los 90. Solitarios sobrevivientes de pasadas generaciones, León Rotzitchner (1924-2011), Alberto J. Pla (1926-2008), José Aricó (1931-1991) y Emilio de Ípola (1939) continuaban su producción. Rotzitchner dio a conocer *Perón: entre la sangre y el tiempo* en 1985, en tanto que Pla publicó en el período que analizamos: *Introducción a la historia general del movimiento obrero* (1984), *Historia y socialismo* (1988), *La Internacional comunista y América Latina* (1996), *América Latina, mundialización y crisis* (2001). Ninguna de estas obras trataba específicamente del marxismo, aunque estaban escritas desde perspectivas que podríamos considerar marxistas. Emilio de Ípola publicó *Ideología y discurso populista* en 1983. José Aricó –quien en 1982 había publicado en México su fundamental *Marx y América Latina*– publicaría *La cola del diablo* en 1988; luego, póstumamente, se daría a conocer *La hipótesis de Justo* (1999). Pero estas cuatro figuras eran (junto a Inés Izaguirre, Beba Balvé y Guillermo Almeyra) sobrevivientes excepcionales entre quienes se habían formado antes de la dictadura de 1976-1983.

Por alguna razón sobre la cual cabría indagar, quienes integran la siguiente generación –aquella que inició su formación en torno a los años 70– a pesar de una gran actividad intelectual juvenil sumamente rica en traducciones, edición de revistas, ensayos y polémicas, en general no produjeron obras extensas hasta pasados los cuarenta años de edad. Una excepción parcial podría ser Pablo Pozzi, quien publicó *Oposición obrera a la dictadura* en 1988, y *Argentina entre el orden y el desorden internacional*, en 1989 (a sus 35-36 años de edad). Lo mismo podría decirse de Pablo Rieznik (1949-2015), quien dio a conocer *Endeudamiento externo y crisis mundial: antecedentes sobre el caso brasileño*, en 1986. Pero los primeros libros publicados por Atilio Boron (1943) lo fueron en 1991: se trata de *Estado, capitalismo y democracia en América Latina* (en realidad una compilación de artículos) y *Memorias del capitalismo salvaje*. Juan Iñigo Carrera editó *El conocimiento dialéctico* en 1992, en tanto que su hermano, Nicolás Iñigo Carrera, publicó *Estrategias de la clase obrera argentina: la huelga general política de agosto de 1933* en 2006. Eduardo Grüner (1946) publicó sus primeros libros en 1993: *Del positivismo a la emergencia del nacionalismo reaccionario (1880-1910)* y *La palabra dominante: la constitución del discurso autoritario en la*

cultura política de la Argentina moderna (1880-1945). Carlos Astarita (1951) dio a conocer *Desarrollo desigual en los orígenes del capitalismo* en 1992; su hermano, Rolando Astarita, publicó *Valor, mercado mundial y globalización* recién en 2004. Claudio Katz (1954) editó *Economía latinoamericana: de la década perdida a la nueva crisis* en 1993. Horacio Tarcus (1955) lanzó *El marxismo olvidado en Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña* en 1996. Todos estos autores publicarán en los años sucesivos una gran cantidad de libros en los que el marxismo es objeto y/o inspiración. En sus inicios, con todo, sus reflexiones fueron intentos aislados, inequívocamente marginales, producciones a contracorriente. Desde ángulos diferentes y diversa calidad, mantuvieron el interés intelectual por el marxismo en tiempos en que la tendencia general era su abandono.

Entre 1976 y 1996 los libros publicados por autores declaradamente marxistas o que tuvieran en el marxismo una fuente fundamental de inspiración fueron pocos. Aunque el listado que hemos brindado no es exhaustivo (sobre todo en lo que hace a textos no explícita o autodeclaradamente marxistas, pero sí muy influidos por esta tradición), pocas dudas pueden quedar de que se trataba de una producción cuantitativamente escasa, cosa que se hace muy nítida si la comparamos con los 23 años transcurridos desde entonces al presente.

* * *

Hacia la segunda mitad de los años 90 la producción de libros de inspiración marxista experimenta una aceleración. Coincidiendo con su etapa de madurez, la generación formada en torno a los años 70 o primeros 80 continúa la publicación de textos: entre los más destacados, Atilio Boron da a conocer *Tras el búho de Minerva* en el año 2000. Horacio Tarcus publica *Mariátegui en la Argentina, o las políticas culturales de Samuel Glusberg* (2001). La producción de esta generación se solapa, en la segunda mitad de los años 90 y primeros 2000 con un puñado de obras escritas por integrantes de la siguiente generación que iniciaban su trayectoria con cierta precocidad en la producción de libros. En 1998, Néstor Kohan (1967) publica *Marx en su tercer mundo* y, en 2000, *De Ingenieros al Che: ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. En 1998, Ariel Petruccelli (1971) da a conocer *Ensayo sobre la teoría marxista de la historia*. En el mismo año Ezequiel Adamovsky (1971) edita el libro de entrevistas *Octubre hoy: conversaciones sobre la idea comunista a 150 años del Manifiesto y 80 de la revolución rusa*. Omar Acha (1971) publica en 2000 *El sexo de la historia*. Miguel Mazzeo (1966) ya había publicado el breve *Volver a Mariátegui* en 1995. Estos autores acrecientan rápidamente sus publicaciones a partir de aquí, y poco a

poco se van sumando obras de quienes podrían considerarse parte de la misma generación en términos estrictamente cronológicos.

Con el inicio del siglo XXI la producción de obras de inspiración marxista o con el marxismo como objeto central, pues, se acelera notoriamente. La generación formada entre la segunda mitad de los 70 y la primera de los 80 continúa plenamente productiva: Horacio Tarcus publica en 2007 dos obras monumentales: *Diccionario biográfico de la izquierda Argentina* y *Marx en Argentina*, seguidos por *El socialismo romántico en el Río de la Plata* (2016). Rolando Astarita publica nada menos que siete libros de economía marxista entre 2006 y 2011, entre ellos *Monopolio, imperialismo e intercambio desigual* y *El capitalismo roto*; en tanto que su blog personal recibe a diario miles de visitas y es un muy activo núcleo de discusiones teóricas y políticas. Juan Iñigo Carrera publica varios libros, referidos sobre todo a la renta de la tierra, la formación económica argentina y *El capital* de Marx (entre ellos *La renta de la tierra* y *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*). Pablo Pozzi edita varias obras sobre historia de los trabajadores (algunas de ellas en coautoría con Alejandro Schneider) y de las izquierdas, entre las que podemos destacar *Historias del PRT I* y *II* (2005 y 2008 respectivamente). Atilio Boron continúa plenamente activo, al igual que Carlos Astarita en su especialización medieval, Claudio Katz en economía, Eduardo Grüner en sociología y Nicolás Iñigo Carrera en historia. Elías Palti –quien hasta entonces no había tenido al marxismo como marco de referencia de su abundante producción intelectual– da a conocer el influyente y polémico *Verdades y saberes del marxismo* (2005). Por su parte, la generación de quienes se formaron sobre todo en los 90, superada las primeras instancias relativamente precoces, se halla quizá en su apogeo productivo. Gisela Catanzaro y Ezequiel Ipar dan a conocer *Las aventuras del marxismo* en 2003. Guillermo David da a luz *Carlos Astrada: la filosofía argentina* en 2004. Ignacio Lewkowicz publica *Pensar sin estado* también en 2004, en debate con la tradición marxista. Alejandro Schneider publica varios trabajos, entre los que destaca *Los compañeros: trabajadores, izquierda y peronismo (1955-1973)*, publicado en 2005. Eduardo Sartelli (1963) edita varias obras, como *La plaza es nuestra* (2005), *La cajita infeliz* (2005) o la compilación *Patrones en la ruta* (2008). Omar Acha da a conocer una gran cantidad de obras de historia y ensayos de diferente tenor, escritos siempre desde perspectivas genéricamente marxistas. Aquí cabe mencionar especialmente los dos libros en los que historió a dos intelectuales marxistas: *La trama profunda: historia y vida en José Luis Romero* (2005) y *La nación futura: Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX* (2006); su pequeño pero influyente *La nueva generación intelectual: incitaciones y ensayos* (2008) y *Un revisionismo histórico de izquierda* (2012). Néstor

Kohan publica una enorme cantidad de libros, algunos de ellos de divulgación –como *Marxismo para principiantes*; *Gramsci para principiante*; *Fidel para principiantes*–; otros de mayor enjundia, entre ellos *Fetichismo e ideología en tiempos de rebelión* (2005) y *Ciencias sociales y marxismo latinoamericano* (2014). Laura Sotelo (1965) publica *Ideas sobre la historia: la Escuela de Frankfurt: Adorno, Horkheimer y Marcuse*, en 2009. Hernán Camarero (1966) publica *A la conquista de la clase obrera: los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, en 2007. Ariel Petruccelli publica la trilogía formada por *Materialismo histórico: interpretaciones y controversias* (2010), *El marxismo en la encrucijada* (2010) y *Ciencia y utopía en Marx y la tradición marxista* (2015). Además de varias obras menores –como *Qué no hacer o Conjurar a Babel*– Miguel Mazzeo publica en 2013 su extensa obra dedicada a Mariátegui: *El socialismo enraizado*. Fernando Lizárraga (1966) publica *El marxismo y la justicia social* en 2011, seguido de *Marxistas y liberales* (2015). Juan Dal Maso (1977) presenta *El marxismo de Gramsci* (2016), seguido de *Hegemonía y lucha de clases* (2018) y (en coautoría con Ariel Petruccelli) *Althusser y Sacristán: itinerarios de dos comunistas críticos*, en 2020.

En la segunda década del siglo XXI, además, comienzan a sumarse los primeros libros de la generación de quienes iniciaron su trayectoria luego de 2001. Facundo Nahuel Martín publica *Marx de vuelta* (2014) y *Teoría crítica de la modernidad* (2020); Juan Kornblihtt *Crítica del marxismo liberal: competencia y monopolio en el capitalismo argentino* (2008); Martín Cortés, *Un nuevo marxismo para América Latina* (2015); Julia Expósito, *El marxismo inquieto* (2018); Santiago Roggerone, *¿Alguien dijo crisis del marxismo?* (2018); Emiliano Exposto y Gabriel Rodríguez Varela dan a conocer *El goce del capital: crítica del valor y psicoanálisis* (2020).

A todo esto habría que agregar una gran cantidad de trabajos en los que –sin tener siempre al marxismo como objeto de estudio, o sin que sus autores o autoras se consideren específica o principalmente marxistas– es posible observar indudables influencias de esta tradición. Maristella Svampa, Roberto Gargarella, Pablo Stefanoni y Ezequiel Adamovsky podrían ser acaso las figuras más relevantes de esta zona fronteriza (como a caso Guillermo O'Donnell y Juan José Sebrelli lo fueran en los años 80).

La influencia del marxismo es también notoria en muchos investigadores e investigadoras, sobre todo en el campo de la historiografía. A modo de ejemplo (y bastante al azar) se pueden mencionar libros como *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*, de Gabriel Rot (2000); *Isurgencia obrera en la Argentina (1969-1976)*, de Ruth Werner y Facundo Aguirre (2006); *La guerrilla fabril*, de Hector Löbbe (2007); *Zanon: una experiencia de lucha obrera*, de Fernando Aiziczon (2009), y del mismo autor: *Cultura política, militantes y movilización* (2017); *Un*

Comahue violento, de Pablo Scatizza (2016); *Los orígenes de la clase obrera argentina*, de Lucas Poy (2014); *Sindicalismo revolucionario y movimiento obrero en la Argentina: de la gestación en el Partido Socialista a la conquista de la FORA (1900-1915)*, de Alejandro Belkin (2018).

No menos innegable resulta la impronta marxista (en mayor o menor medida) en los libros, artículos, reseñas, compilaciones, intervenciones y polémicas de Aldo Casas, Luis Mattini, Mabel Thwaites Rey, Pablo Bonavena, Flabián Nievas, Jorge Sanmartino, Gonzalo Pérez Álvarez, Daniel Desantis, Rubén Dri, Ricardo Azcuy Ameghino, Pablo Ghigliani, Guido Galafassi, Gabriela Scodeller, Federico Mare, José Luis Bonifacio, Agustín Santella, Martín Mosquera, Laura Fernández Cordero, Jorgelina Matusевичius, Miguel Candiotti, Mariano Pacheco, Federico Manzone, Esteban Vedia, Ernesto Manzanares, Miguel Vedda, Daniel Campione, Adrián Piva, Juan Grijera, Guillermo Cieza, Mariano Feliz, Marina Kabat, Vera Carnovale, Agustín Nieto, Pablo Alabarces, Ariel Eidelman, Debora D'Antonio, Andrea D'Atri, Gustavo Contreras, Martín Beigel, Julián Verardi, Paula Varela, Hernán Díaz, Rodolfo Elbert, Clara Marticorena, Bruno Fornillo, Octavio Colombo, Julián Gallego, Laura Da Gracca, Corina Luchía, Andrea Barriga, Josefina Martínez, Ariane Díaz, Esteban Mercatante, Matías Maiello, Cristian Castillo, Raúl Cerdeiras, Alberto Bonnet, Cesar Altamira, Marcelo Starcenbaum, Natalia Romé, Pedro Karczmarczyk, Luis García, Mariano Zarowsky y una lista virtualmente interminable. Y por supuesto, la producción escrita, aunque no sea su actividad fundamental, es siempre una característica propia de los dirigentes marxistas partidarios: como Jorge Altamira o Emilio Albamonte (así como varios de los incluidos en el listado anterior).

* * *

Ingresando en la tercera década del siglo XXI, la cultura marxista en Argentina se muestra ciertamente vital: su productividad, en términos cuantitativos, no ha hecho más que crecer en los últimos años. Pero la productividad cuantitativa no es necesariamente un indicio confiable de vitalidad. No es lo mismo abundancia que calidad, ni presencia se identifica con influencia. ¿Cómo se presenta el estado de la cultura marxista desde perspectivas más cualitativas?

Comencemos por lo obvio: tanto el marxismo como el socialismo son fuerzas minoritarias en Argentina, en términos intelectuales y en términos políticos. Pero, quizá, ya no sean estrictamente marginales. Este crecimiento ha ido de la mano de algunos desplazamientos. Si durante los años 80 y 90 del siglo XX el epicentro de la producción intelectual marxista habían sido revistas independientes tanto de los partidos políticos como del mundo académico, en las dos primeras décadas del nuevo

siglo se produjo gradualmente un cambio no abrupto pero apreciable. Las revistas independientes perdieron peso: *Praxis* y *El Cielo por Asalto*, cuya riqueza y originalidad fueron notables, tuvieron sin embargo corta vida en los años 80 y 90 respectivamente. *Doxa* desapareció en 2000. Tras dos décadas en las calles, *Cuadernos del Sur* dejó de salir en 2005. *El Rodaballo* apareció por última vez en 2006. El mismo año dejó de salir *Taller*. La aparición de *Dialéctica* se hizo intermitente en los últimos años. En contraste, la producción académicamente afinada, ubicada en algún nicho más o menos especializado de investigación, cobró mayor envergadura: *Políticas de la Memoria* –publicación del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (Cedinci), cuyo primer número data de 1998– se ha convertido por derecho propio en epicentro de la investigación de alto nivel académico de la historia de las izquierdas. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda* (en actividad desde 2012) se concentra en la historia obrera y, en menor medida, de las izquierdas. En su corta vida, *Nuevo Topo* (2005-2008) fue una experiencia en buena medida “híbrida”: buscaba un cierto agrupamiento de carácter generacional e ideológico relativamente amplio (“sensibilidad de izquierdas” fue el término empleado), pero inscribiéndose ya en un formato acentuadamente académico. *Debates Urgentes* (2012-2015) tuvo también un cierto carácter híbrido, pero con una impronta universitaria más marcada que en publicaciones anteriores. La corta experiencia de *Contra-tiempos* (apenas dos números en 2013-2014) muestra las dificultades de emprendimientos no académicos. Resistiendo todavía, *Herramienta* continua imperturbable, aunque con ciertos atisbos de progresiva inscripción en lógicas más académicas. *Lucha armada en la Argentina* fue una curiosa experiencia especializada en el tema homónimo, escrita por investigadores e investigadoras mayormente profesionales y con las reglas del arte, pero difundida muy popularmente.

Antagónica comienza su andadura, con un perfil académico pero con motivaciones político-ideológicas. La reciente aparición de la versión latinoamericana de *Jacobin*, con su director –Martín Mosquera–residiendo en Buenos Aires, es una experiencia demasiado reciente como para evaluarla (aunque por lo visto es una publicación más bien política). Tanto la rama local del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) –en el que hay una abundante mas no exclusiva presencia marxista– como, a otra escala, el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO) o el Centro de Investigación como Crítica Práctica (CICP) son esencialmente nichos académicos. La academización, de hecho, empalma con una tendencia mundial, y ha afectado a todas las generaciones. Si se observa una creciente inserción académica de las generaciones veteranas, así como un relativo abandono de las

expectativas y proyectos político-culturales no académicos; quienes se iniciaron en años recientes lo han hecho abrumadoramente bajo la forma de la tesis doctoral. Desde luego: hay excepciones e hibridaciones. Pero la academización es creciente en líneas generales. Paralelamente, la producción intelectual al interior de los partidos de izquierda ya no es desdeñable. Ni en términos cuantitativos ni en términos cualitativos. *Razón y Revolución* ha devenido finalmente un partido político. *Intersecciones* –disponible en la web desde 2013– se halla vinculada a Democracia Socialista. En torno al PTS, florecen proyectos intelectuales como el Instituto del Pensamiento Socialista o la revista *Ideas de Izquierda*. *La izquierda diario* es un medio influyente: tensionado por lógicas estrechamente partidarias y perspectivas más amplias, ha amplificado las voces de la izquierda a escalas desconocidas en el pasado reciente.

No hay criterios sencillos ni plenamente objetivos para evaluar la calidad de las producciones intelectuales, por supuesto. La adscripción académica no es ningún indicio confiable o seguro: que una obra cumpla con los requisitos académicos no la hace necesariamente ni original ni de calidad. Más aún, en los últimos años la producción académica acaso esté favoreciendo el conformismo intelectual: corrección y erudición bastan y a veces sobran para hacer carrera académica; la originalidad (como la criticidad) es una consigna más invocada que practicada; las innovaciones audaces son una opción de alto riesgo. Con todo, podemos valernos de algunos indicadores para evaluar la calidad de la producción intelectual: la clásica erudición; la actualización y el conocimiento de producciones recientes; el no ocultar datos o documentos que no encajen fácilmente con las interpretaciones defendidas; la capacidad para exponer correctamente las tesis y los argumentos que se desea criticar (evitando la “falacia del muñeco de paja”); la genuina originalidad. Con estos aspectos en mente, se puede decir que una parte de la producción académica de corte marxista en la Argentina es de gran calidad. Las recientes obras de Juan Dal Maso sobre Gramsci, o la extensa obra *Estrategia socialista y arte militar* de Matías Maiello y Emilio Albamonte son producciones de una categoría intelectual con escasos o nulos precedentes en las producciones partidarias en décadas pasadas. Lo mismo podría decirse de la labor periodística de Fernando Rosso.

* * *

En 2008 Omar Acha postuló la posibilidad de que emergiera una Nueva Generación intelectual, caracterizada por su carácter colectivo, cooperativo, socialista, plebeyo, renovador e independiente. En consonancia con Acha, Miguel Mazzeo apostó –en *Conjurar a Babel* (2012)– por la aparición de una nueva generación intelectual estrechamente

vinculada a lo que llamó la “*nueva nueva izquierda*” o “la izquierda por venir”. Sin embargo, la división de la más importante de las fuerzas de la llamada izquierda popular o independiente (el Frente Popular Darío Santillán), la orbitación de parte de este sector político hacia el kirchnerismo y la consolidación del Frente de Izquierda y de los Trabajadores (FIT), poco espacio dejó para proyectos de este tipo. La academización y, en menor medida, el desarrollo de espacios intelectuales vitales vinculados a organizaciones partidarias, sumados al atractivo del kirchnerismo en amplios círculos intelectuales, ha hecho que la emergencia de una Nueva Generación intelectual haya sido más un deseo que una realidad. Antes que la emergencia de una nueva generación con características propias nítidamente definidas, lo que se puede observar en general es una intelectualidad crecientemente académica, cada vez más especializada, con pocas inquietudes totalizantes, políticamente no muy activa y hegemonizada por perspectivas tibiamente progresistas. Más acotadamente, lo que se observa es una cultura marxista en crecimiento pero aún pequeña, diversa y variopinta, en general dispersa, en pugna o diálogo con otras tradiciones críticas (feminismos de diversa índole, perspectivas posmodernas, la llamada “opción descolonial”, etc.) aunque con pocos debates intelectuales dignos de mención. Más recientemente, Santiago Roggerone –en *Venir después*, publicado en 2020– ha desarrollado reflexiones en clave generacional referidas a su propia generación en términos cronológicos: pero la emergencia de una “nueva generación” con nítidos contornos propios en términos cualitativos y claramente demarcada de las anteriores todavía no se constata.

Los temas abordados al interior de esta cultura marxista son claramente diversos. Incluyen una gran cantidad de estudios de movimientos sociales, conflictos laborales, historia de los trabajadores, de las mujeres, de las organizaciones y de la cultura de izquierdas; historia antigua y medieval; historia latinoamericana; investigaciones de intelectuales marxistas del pasado y del presente; reflexiones políticas y de coyuntura de diversa índole; propuestas programáticas y estratégicas; análisis filosóficos; estudios de economía y teoría económica; indagaciones en teoría o filosofía de la historia; estudios sociológicos de diverso tipo; ensayos de crítica cultural, etc. Los escritos centrados en Gramsci, la escuela de Frankfurt, Walter Benjamin o Louis Althusser han sido abundantes, en consonancia con tendencias globales. Ha habido alguna influencia también del marxismo analítico (aunque menor de la que hubiera sido deseable para desarrollar conocimiento científicamente riguroso). Se han producido estudios económicos marxistas desde diferentes perspectivas. La dimensión estética no ha estado ausente, como queda de manifiesto en las novelas de Martín Kohan o Andrés Rivera, no menos que en los ensayos de Damián Tabarovsky, Federico

Mare o Mariana Dimópulos. El éxito de público del evento *Marx Nace*, en 2018, mostró un renovado interés por las ideas y la figura de Marx. Su influencia, tanto desde formas muy tradicionales como desde modulaciones esencialmente nuevas es innegable. Ingresando a la tercera década del nuevo siglo, el escenario que se nos presenta es el de una cultura marxista amplia y variopinta, una recepción sumamente diversa de la obra de Marx y sus continuadores. Antes que desaparición de ciertos tipos de marxismo (considerados muchas veces vetustos y obsoletos, aunque con criterios rara vez explicitados), lo que podemos observar en el contexto contemporáneo es un panorama mucho más diverso. Hay marxismos en claves ortodoxas tradicionales, para los que parece que el tiempo no pasara: organizaciones y autores que escriben en 2020 casi lo mismo y con el mismo lenguaje que podían haber escrito en 1980 o 1990. No hay, obviamente, nada intrínsecamente condenable en el hecho de mantener lealtad a ciertas teorías y/o lenguajes poco populares en un momento determinado. Pero sostener teorías sin sólidas respuestas a las críticas más actuales y sin ponerlas en discusión con los nuevos desarrollos es problemático; y no tener capacidad para renovar el lenguaje puede influir negativamente en la influencia política. Pero no todo ha sido conservadurismo. Ha habido renovaciones interesantes desde coordinadas que son tanto una reafirmación como una innovación. Hay muchos nuevos problemas y temáticas analizados desde perspectivas socialistas. Hay búsquedas que tratan de establecer innovaciones mucho más radicales, constituir una nueva izquierda en ruptura más franca con el pasado (lo que en ocasiones ha desembocado en un abandono de la adscripción o la identidad marxista, hacia otros horizontes: como el feminismo o la opción descolonial). Hay hibridaciones de diferente tipo: marxismo y anarquismo (o autonomismo), marxismo y feminismo, marxismo y ecologismo, marxismo y posmodernismo, marxismo y psicoanálisis, Marx y Foucault, Lenin y Deleuze, Trotsky y Althusser, Benjamin y Gramsci, Adorno y Trotsky, Mariátegui y Marx. La calidad de estas producciones es tan desigual como sus perspectivas teóricas o posicionamientos políticos.

Por irónica combinación de causas y azares, en un país tan ubicuamente centrado en Buenos Aires, curiosamente, el desarrollo del marxismo tuvo en el pasado núcleos geográficamente periféricos. Germán Avé Lallemand fue el primer escritor marxista del país, en el siglo XIX, y lo hizo desde la remota San Luis. En los años 60 Córdoba fue el epicentro de la más rica e influyente experiencia intelectual marxista: *Pasado y Presente*. Empero, la otrora vanguardista Córdoba ha pasado a la retaguardia. Rosario mantiene pequeños núcleos marxistas. El Alto Valle de Río Negro y Neuquén ha sido una zona particularmente

productiva en las últimas décadas. En la actualidad, sin embargo, la producción intelectual marxista o influida por el marxismo se concentra mayormente en Buenos Aires.

* * *

Al ingresar en la última década del siglo XX el futuro del marxismo como tradición intelectual y política se presentaba sombrío. No se podía descartar la desaparición lisa y llana. Treinta años después el escenario es claramente diferente. Lejos de haber desaparecido, la tradición marxista, como fuerza intelectual y como fuerza política, no sólo ha sobrevivido sino que parece haber conseguido, en Argentina, un cierto arraigo minoritario pero no despreciable. Este arraigo no está exento de ironías y paradojas. Como fuerza política su núcleo es indudablemente trotskista: el FIT-Unidad es abrumadoramente la fuerza mayoritaria entre las izquierdas anticapitalistas, lo cual no sólo es algo bastante inusual (en comparación con lo que sucede en otros sitios), sino que además implica la consolidación de fuerzas que podrían ser consideradas de la “vieja izquierda”. En algunas de sus manifestaciones esta “vieja izquierda” trotskista está dando muestras de apertura y renovación. En paralelo, la mayor parte de los intentos que se propusieron ser más innovadores y romper más radicalmente con lo que consideraban “lacras de la vieja izquierda” (burocratismo, divisionismo, vanguardismo, sectarismo) han tendido a sucumbir a sus propias tensiones, ya sea por no haber podido superar algunos de los problemas que habían detectado con lucidez (por ejemplo la división), ya sea por ser absorbidos o esterilizados por fuerzas en modo alguno antisistémicas (como el kirchnerismo), ya sea por no haber podido hallar un espacio viable entre el kirchnerismo y la izquierda trotskista. Si esta es meramente la “fotografía” de un breve y pasajero momento o, por el contrario, una situación que perdurará en el tiempo, es pronto para juzgarlo.

Rica y vital, la cultura marxista en Argentina puede, sin embargo, dejar insatisfecha a la mayoría de sus implicados e implicadas: demasiado “trosca” para quienes desearían otros horizontes; excesivamente académica para quienes quisieran un marxismo más clásicamente “político”; todavía demasiado marxista para quienes anhelan una hibridación más ecléctica; apegada a imaginarios revolucionarios para quienes consideran que ya no hay ninguna revolución posible; muy pequeña para quienes sueñan con movimientos de masas; demasiado sectaria y radical para algunos, excesivamente acomodada para otros. El interrogante sobre si esta cultura podría cobijar o confluír en el futuro cercano con un proyecto reconociblemente anticapitalista no tiene, de momento, respuestas claras. Un optimismo desmedido estaría completamente fuera

de lugar, al igual que cualquier tipo de nostalgia por pasados cercanos o lejanos. De momento, esto es lo que hay.

Referencias

- Elster, J. (1987). Nuevas reflexiones sobre marxismo, funcionalismo y teoría de juegos. *Zona Abierta*, 43-44.
- Sacristán, M. (1980). Anotación de lectura sobre Agnes Haller. En S. López Arnal (ed.). *M.A.R.X (Máximas, aforismos y reflexiones con algunas variables libres)*. El Viejo Topo.

Colección Archivos

1 Lucas Poy

Los orígenes de la clase obrera argentina

Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896

2 Paula Varela

La disputa por la dignidad obrera

Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense, 2003-2014

3 Natalia Casola

El PC argentino y la dictadura militar

Militancia, estrategia política y represión estatal

4 Diego Ceruso

La izquierda en la fábrica

La militancia obrera industrial en el lugar de trabajo, 1916-1943

5 Laura Caruso

Embarcados

Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicato, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921

6 Carlos M. Herrera

¿Adiós al proletariado?

El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)

7 Martín Mangiantini

Itinerarios militantes

Del Partido Revolucionario de los Trabajadores al Partido Socialista de los Trabajadores (1965-1976)

8 Agustín Nieto

Entre anarquistas y peronistas

Historias obreras a ras del suelo

9 Alejandro Belkin

Sindicalismo revolucionario y movimiento obrero en la Argentina

De la gestación en el Partido Socialista a la conquista de la FORA (1900-1915)

10 Hernán M. Díaz (coord.)

Espionaje y revolución en el Río de la Plata

Los archivos secretos de una red diplomática de persecución al maximalismo (1918-1919)

11 Marcel van der Linden

Trabajadores y trabajadoras del mundo

Ensayos para una historia global del trabajo

12 Rodolfo Elbert

Uniendo lo que el capital divide

Clase obrera, fragmentación y solidaridad (Buenos Aires, 2003-2011)

13 María Pía Martín

Los católicos y la cuestión obrera

Entre Rosario y Buenos Aires (1892-1919)

ENTREVISTA

Historia intelectual y marxismo: Una conversación con Elías J. Palti

Santiago M. Roggerone

Universidad Nacional de Quilmes – CONICET

santiagoroggerone@gmail.com

Elías J. Palti es uno de los mayores referentes de la historia intelectual en América Latina. Es Doctor en Historia por la Universidad de California en Berkeley y se desempeña como Investigador Principal del CONICET con sede de trabajo en el Centro de Historia Intelectual, dependencia de la Universidad Nacional de Quilmes de la que actualmente es director. Ejerce la docencia, asimismo, tanto en esta última Universidad como en la Universidad de Buenos Aires. Entre sus numerosas publicaciones, destacan los libros *Giro lingüístico e historia intelectual* (1998), *La nación como problema* (2003), *El tiempo de la política* (2007), *¿Las ideas fuera de lugar?* (2015) y *Una arqueología de lo político* (2018).

En 2020 se cumplieron quince años de la aparición de *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su "crisis"*, trabajo en el que, desde un punto de vista histórico-intelectual y apelando a un extenso recorrido a través del pensamiento político contemporáneo, se indagaba en lo que por entonces parecía ser una crisis definitiva. Con la excusa de esta efeméride, conversamos con el autor del libro sobre la más amplia y problemática relación existente entre historia intelectual y marxismo.

En 2020 se cumplieron quince años de la publicación original de Verdades y saberes del marxismo, libro que recientemente también ha sido traducido al francés. Sería interesante iniciar esta conversación situando el trabajo en el contexto más amplio de tu obra. ¿Qué lugar ocupa en ella y cómo se relaciona con el resto de tu producción?

Te agradezco el haberme recordado que ya pasaron quince años. No me había percatado. Pero bueno, el paso del tiempo es inevitable.

Como seguramente sabrás, mis trabajos están más enfocados en el siglo XIX, algo del XVIII también, sobre todo en América Latina y un poco en Europa. Básicamente lo que hago es apelar a la metodología de la historia intelectual para analizar distintos temas y periodos. Lo que me propuse en este libro es la posibilidad de explorar cómo aplicar esas mismas herramientas conceptuales, concebidas para el estudio de la historia, al análisis del pensamiento contemporáneo. Me interesaba, sobre todo, analizar y enfocarme en la situación actual del pensamiento marxista porque creía que eso me ofrecía la posibilidad de detenerme a observar un fenómeno peculiar que había estudiado ya para otros periodos. Me parecía que éste era un campo particularmente apto para analizar cómo es que se produce en determinado momento lo que podemos llamar una *crisis de inteligibilidad*. Se trata de situaciones sumamente peculiares, extraordinarias, que no se dan muchas veces en la historia, ni en la historia intelectual, en particular.

Hay una anécdota, una historia judía que cuenta Albert Hirschman, que me parece que puede servir para explicar un poco esta idea. Un día el rabino de Varsovia llama a sus feligreses y les dice que había tenido una visión: el rabino de Cracovia había muerto. Todo el mundo quedó asombrado por los poderes visionarios de su rabino. Otro día, sin embargo, algunos miembros del gueto de Varsovia van a Cracovia y descubren que, en realidad, el rabino de Cracovia vivía –andaba medio mal, pero estaba vivo–. Entonces, cuando vuelven, le cuentan al resto de los judíos de Varsovia lo que habían visto, y, claro, empezaron las murmuraciones. Frente a esto, los más fieles seguidores del rabino de Varsovia dicen: “Bueno, está bien, se habrá equivocado en los detalles pero, de todas formas, qué visión la suya, ¿no?”. Claro, ellos podían alegar que, si bien no había visto lo que había pasado, había hecho algo todavía más increíble: vio lo que *iba* a pasar –y, es cierto, en algún momento el rabino de Cracovia iba a morir–.

Lo que trata de ilustrar Hirschman con esta historia es esa capacidad de los sujetos de racionalizar la realidad y asimilarla a las propias creencias. Uno siempre puede adecuar la realidad a sus categorías. El pensamiento siempre logra dar cuenta de la realidad porque si hay algo que no parece encajar dentro de nuestros esquemas, simplemente lo

descartamos o aparece llanamente como algo invisible, que no forma parte de la realidad; cuanto mucho, un mero accidente sin relevancia.

El punto es que, en algún momento surge, de todos modos, la sensación de que habría algo en la realidad que no se deja asimilar a nuestras categorías, algo que desafía nuestros marcos conceptuales. Sin embargo, explicar cómo esto se produce no es algo sencillo, ni tampoco es frecuente que ocurra, en la medida en que la realidad es algo que nosotros comprendemos siempre a partir de nuestras propias categorías. La pregunta es cómo un dato de la realidad puede revelarse a sus propias condiciones de posibilidad (todo “dato” presupone una grilla teórica que lo constituya como tal).

Entonces, ¿cómo es que surge el sentimiento de que nuestros modos de comprender el mundo ya no logran dar cuenta de la realidad? En fin, ¿cómo es que los sujetos en determinados momentos se ven confrontados a lo que Nietzsche llama *experiencias abismales*, esto es, una situación en la que, por un lado, no logramos entender la realidad a partir de nuestros presupuestos, que ellos ya no resultan efectivos, pero, por otro lado, tampoco encontramos otros marcos conceptuales que sí lo puedan hacer? Aquí retomo una expresión de Alain Badiou, quien habla justamente del marxismo contemporáneo como un espacio ya *inhabitable* pero que tampoco puede ser *traspasado*. Eso es lo que denomina *permanecer en la inmanencia de la crisis*, y creo que es la mejor metáfora para dar cuenta del tipo de sensaciones experimentadas cuando ocurre una *crisis de inteligibilidad*. Entiendo que estos fenómenos son particularmente interesantes porque nos dicen mucho respecto de una determinada situación histórica. Lo que me propuse hacer en este libro es una suerte de *lectura sintomática*: ¿qué nos dicen tales fenómenos de una cierta época que, en este caso, es la nuestra?

¿Qué papel ha jugado el libro en el planeamiento y concreción de tus trabajos posteriores? Mejor dicho, ¿qué irradiaciones produjo hacia el resto de tu obra? Pienso aquí, sobre todo, en Una arqueología de lo político, libro reciente publicado originalmente en inglés. ¿Cómo y bajo qué supuestos se vinculan ambos proyectos?

Me parecía, básicamente, que esto que se llama *crisis del marxismo* en realidad sería una expresión local de un fenómeno mucho más general que es el que en verdad me interesaba: la quiebra de la política, o, más precisamente, de lo político, a fines del siglo XX. Lo que busqué en *Una arqueología de lo político* fue ir más atrás en el tiempo y rastrear cómo fue que se produjo ese fenómeno, cómo se llegó a él. Lo que terminé descubriendo entonces es que el campo de lo político no es, en realidad, una entidad eterna, algo que existió siempre, sino que tuvo

un origen. Fue en el siglo XVII que el mismo apareció, marcando un quiebre histórico fundamental. Lo que me propuse analizar es cuáles fueron las condiciones que dieron lugar a la emergencia de este campo de lo político, cuál es su estructura, y cómo ella se fue alterando a lo largo del tiempo. Esto me llevó a analizar, a su vez, cuáles fueron, en cada caso, los distintos regímenes de ejercicio de poder a los que esas transformaciones de dicho campo dieron lugar, y, finalmente, cómo es que se va a producir la dislocación del mismo.

Lo que señalo en *Una arqueología de lo político* son los distintos umbrales que se van atravesando. Hay aquí un debate implícito con Koselleck, quien habla del *Sattelzeit*, el período umbral que va de 1750 a 1850, cuando, a su entender, nace la modernidad. Esto da lugar, sin embargo, a un esquema dicotómico, a la oposición entre tradición-modernidad. En este esquema de Koselleck no habría lugar para la posible existencia de rupturas conceptuales, tanto antes como después del *Sattelzeit*. Lo que traté de demostrar en este otro libro es que hubo una ruptura conceptual, igual o más importante aún que la que él analiza, que se dio dos siglos antes, en torno al siglo XVII, que es justamente cuando nace este campo de lo político, y esto se relaciona con la quiebra del universo teológico, con el fenómeno de la secularización.

Lo que hago, entonces, es analizar cómo es que este campo de lo político se desprende a partir de una bifurcación que se da en el interior del universo teológico. Esto supone un replanteamiento de esa otra reconfiguración histórico-conceptual que analiza Koselleck, el *Sattelzeit*, cuando, como él dice, surge toda una serie de categorías nuevas, se produce la sustantivización de una serie de términos con mayúscula, como los de Historia, Nación, etc. En realidad, según nuestro, todas esas categorías no son nada más que nombres que vienen a ocupar el lugar dejado vacante por la quiebra de Dios, que vienen a llenar el vacío dejado por la muerte de Dios.

De alguna forma el *Sattelzeit* va a ser una respuesta a la crisis que se dio dos siglos antes. Ahora, lo que a su vez se produce en el siglo XX –y acá llegamos al libro sobre el marxismo– es un nuevo quiebre que también Koselleck pierde de vista. En el siglo XX el *Sattelzeit* ya no existe más. Esto tiene que ver con la crisis de las concepciones evolucionistas teleológicas de la historia, propias de las filosofías de la historia del siglo XIX. Entonces, en el siglo XX, aparece un régimen de saber distinto al surgido con el *Sattelzeit*. A diferencia de lo que ocurría en el pensamiento evolucionista-teleológico del siglo precedente, los sistemas ya no van a ser percibidos como conteniendo un principio de desarrollo inmanente; se pasa a un régimen de saber que va a estar tensionado por la oposición entre, por un lado, sistemas autorregulados, que sólo

tienden a la reproducción de su equilibrio interno, su homeóstasis y, por el otro, la subjetividad trascendental o acción intencional subjetiva.

Lo que cambia es que esos sistemas ya no van a ser concebidos como poseyendo un principio de autotranscendencia, de autotransformación, sino que sólo tienden a reproducir su lógica inherente. El cambio, la contingencia, por lo tanto, sería algo que les viene desde afuera, desde un ámbito de subjetividad trascendental. Todo el pensamiento del siglo XX va a estar atravesado por esa oposición entre estructuras y sujetos, estructuralismo y fenomenología. Y eso se expresa en el ámbito de lo político.

La quiebra de las concepciones evolucionistas teleológicas da lugar entonces a un énfasis en la instancia subjetiva. Ahora lo que se va a colocar en el centro de la reflexión ya no es el automatismo histórico, sino el accionar subjetivo. Esto se expresa de distintas formas en todo el pensamiento, pero creo que una buena síntesis es lo que sucede en el pensamiento de izquierda, en el pensamiento marxista, donde es ahora en el sujeto que se va a creer encontrar ese reservorio de un potencial emancipador en busca de redención. Es eso lo que se expresa, por ejemplo, en el lamento de los freudomarxistas, la Escuela de Frankfurt, cuando se habla de la *crisis del sujeto*. En *El hombre unidimensional*, Marcuse dice que la gran crisis que se da en los 60 tiene que ver con lo que él define como la colonización sistémica de los impulsos libidinales, la invasión por parte de las determinaciones sistémica del plano más profundo de la subjetividad –la libido, el deseo–. En Deleuze, en *El Anti-Edipo*, el ámbito que escapa a la lógica sistémica y que de alguna forma resiste a ella, se identifica con el estadio pre-edípico. En Jameson se trataría de ese residuo de naturaleza incontaminado por el sistema y que él cree encontrar su expresión en el Tercer Mundo. En el marxismo inglés esto se puede rastrear en la idea de experiencia, que es un concepto también de matriz fenomenológica –el concepto de *Erlebnis*–. La experiencia a la que apelan autores como E.P. Thompson o Raymond Williams es un ámbito de realidad simbólica previa a lo ideológico, que sería la expresión sistémica de las formas de conciencia. Más allá de esas formas atrapadas por lo ideológico, existiría un ámbito de conciencia subjetiva más profundo que nos pone en contacto inmediato con la realidad, que no se encuentra ya mediada o atrapada por el prisma deformante de lo ideológico, y que eventualmente nos permitiría romper con éste y acceder a nuestro verdadero ser como sujetos. Es una variante de lo que Derrida, ya en el último cuarto de siglo, denuncia como la *metafísica de la presencia*: la idea de un acceso inmediato a la realidad que se coloca por fuera de todo sistema y que, en última instancia, donde se cree encontrar alojado ese potencial que puede desestabilizar

y eventualmente llevar a dislocar los sistemas (que, como dijimos, ya no se los percibe como poseyendo ningún principio de autotrascendencia).

Esta oposición que atraviesa todo el pensamiento del siglo XX, se expresa, en el marxismo, en su transformación del marxismo clásico al leninismo. Es entonces también que puede surgir finalmente una teoría política marxista. La quiebra de estas concepciones evolucionistas es lo que abre el campo para el pensamiento de la política, o, más precisamente, de lo político. El marxismo del siglo XX va a participar, pues, de estos cambios histórico-conceptuales más generales que se dan de conjunto en el pensamiento occidental. Es por eso que para entender cómo se fue reconfigurando el pensamiento marxista hay que inscribirlo en el marco de esos cambios conceptuales y políticos más amplios. De alguna forma, entonces, *Una arqueología de lo político* le da el marco al fenómeno más particular que analizo en *Verdades y saberes*.

Volviendo a Verdades y saberes del marxismo –es decir, ya no estrictamente en su relación con Una arqueología de lo político–, querría preguntarte cómo surgió la iniciativa –algo mencionaste al comienzo– de analizar la situación contemporánea de la tradición desde un punto de vista histórico-intelectual (o, mejor, desde el punto de vista de lo que vos entendés por historia intelectual). ¿Por qué considerabas que era pertinente atender a la crisis del marxismo –caracterizada como una derrota política y un marasmo conceptual– en tanto fenómeno que daba cuenta de una situación histórica y filosófica más general?

Esto tendría que ver, de alguna forma, con mi trayectoria militante anterior. En mi época militante yo era una suerte de propagandista: aquel que se dedicaba a hablarle a los compañeros hasta convencerlos (o no). Me destacaba también a la hora de debatir a cierto nivel más teórico con aquellos que se nos oponían. ¿Por qué era un buen propagandista? Porque tenía algo que no era muy común dentro de estos grupos de los que participaba. Cuando discutía con alguien, no trataba de refutar lo que el otro decía mostrándole qué es lo que yo veía mal o por qué estaba en contra, por qué no compartía sus ideas. Tenía cierta capacidad para ponerme en la cabeza del otro y, de alguna forma, desmontar la lógica de su propio argumento, ver cuáles eran las inconsistencias de su mismo planteo. No importaba si yo estaba de acuerdo o no –eso era un problema mío, no del otro–. Lo que trataba de demostrarle era cuáles eran los problemas en su propio argumento.

Esta cierta capacidad innata de poder meterme en la cabeza del otro, de poder seguir su propia lógica, y detectar cuáles eran sus núcleos problemáticos, fue lo que me llevó a volcarme después a la historia intelectual. Existía ahí, sin embargo, un punto ciego: tratar de hacer esto

mismo con el propio pensamiento marxista, entender la lógica de las distintas corrientes en él hoy presentes, reconstruir de alguna forma cómo es que funciona la estructura del argumento de estas diferentes vertientes que existen en el interior del mismo, y detectar, eventualmente, cuáles son los núcleos problemáticos que subyacen a esos diversos planteos.

Cuando presenté el libro, uno de los que estuvo entre los presentadores fue Ernesto Laclau, quien estuvo muy amable, elogió mucho el libro, aunque me dijo que esperaba todavía un segundo trabajo en el que yo manifestara qué opinaba. Le dije que no, que no iba a haber un segundo libro, y le di el ejemplo de Maquiavelo en las *Historias florentinas*, que es citado por Skinner. En las *Historias florentinas*, Maquiavelo dice que no hay que contratar a ejércitos de mercenarios porque estos terminan volviéndose contra la propia ciudad que los contrató. Skinner dice entonces que él no se va a poner a discutir con Maquiavelo si hay que pagarle o no a los mercenarios, que lo que trata de entender es qué fue lo que lo llevó a éste a decir lo que dijo y, en definitiva, qué nos dice eso de una época, de una cultura, de un mundo.

Uno de los autores que estudié en el libro fue justamente Laclau. Y entiendo que eso le resultara algo incómodo. No porque discuta con él, sino todo lo contrario. Él seguramente esperaba que me pusiera a debatir sus ideas, no sé, si las cadenas equivalenciales de las que habla son de tal o cual modo, etc. Es muy difícil discutir, en cambio, con alguien como yo, a quien, en realidad, no le interesa debatir nada de lo que a él le interesaba discutir, y que, simplemente, te pone en el lugar de un objeto y trata de analizar qué es lo que te llevó a afirmar lo que estás afirmando –más allá de si acuerdo o no con lo que el otro dice–. Es decir, tomar sus dichos como objetos de análisis para tratar de entender a partir de ellos qué nos dicen acerca de una determinada época histórica, cómo nos ayudan a entender una determinada situación, sin pretender dar respuestas; más sencillamente, entender cuáles son las preguntas a las cuales hoy nos estamos confrontando. Creo que eso es una tarea mucho más compleja y difícil, y, en el fondo, más interesante, que la de pretender dictaminar al respecto, entender qué es lo que está hoy en disputa, cuáles los dilemas a los que nos confrontamos.

La siguiente pregunta, de hecho, está relacionada con esto. Siempre me llamó la atención que en las primeras páginas del libro lo demarcaras de otros trabajos tuyos por tratarse de un proyecto de índole más personal, y señalaras, además, que con él habías buscado saldar algunas deudas pendientes. Sería sumamente interesante si pudieras referirte aunque sea de manera breve –algo ya dijiste– a estas deudas. ¿En qué medida y hasta qué punto tu propia experiencia militante constituyó un factor de

peso a la hora de concebir la obra? En esta suerte de ajuste de cuentas que anunciabas, ¿qué papel jugó tu paso por la academia norteamericana y, particularmente –para evocar el título de otro libro de tu autoría–, el encuentro con el giro lingüístico y toda una serie de teorías o filosofías que de alguna manera implicaban un punto de vista diverso respecto a lo que había sido tu experiencia militante previa?

En realidad, las herramientas no son del giro lingüístico sino de la historia intelectual. Creo que las herramientas más propias de la historia intelectual me ofrecieron, en general, una perspectiva novedosa para abordar el pensamiento marxista, distinta a las que normalmente se emplea. Básicamente, lo que me brindaban era la posibilidad de tomar distancia crítica respecto al objeto, no ponerme a discutir con estos autores y terminar colocándome en un mismo plano con ellos, y poder *pensar*, abrir un espacio para el análisis.

En el fondo, esto es lo que se llama una *lectura sintomática*. El analista no se pone a discutir con el paciente si está bien o mal lo que está diciendo; lo que trata de ver es cuáles fueron los mecanismos que llevaron a ese sujeto a decir lo que dijo y qué es lo que sus dichos denotan. La historia intelectual me permitía esto, sobre todo –volviendo a la pregunta original– trazar un panorama de cuáles fueron las distintas reacciones que se produjeron frente a lo que se ha percibido como una *crisis del marxismo*; más precisamente, cómo reaccionaron ciertas corrientes de pensamiento ante una situación que se experimenta como una *crisis de inteligibilidad*.

De ahí viene la idea de *verdades y saberes*. En esto, el libro traza dos grandes momentos: uno tiene que ver con el marxismo del siglo XX, y otro que sería ya el del marxismo de fines del siglo XX. En el marxismo del siglo XX había dos grandes vertientes, las cuales analizo en los dos primeros capítulos del libro. Por un lado está la corriente anglosajona de Perry Anderson, Fredric Jameson, etc., que, frente a la percepción de la inviabilidad del proyecto político marxista, va a seguir intentando reivindicar el marxismo al menos como un *saber*. Ellos van a encontrar la pervivencia del marxismo, su validez, en el hecho de que –como pensamiento– sería el único marco teórico capaz de dar cuenta de su propia crisis, y eso es lo que le daría superioridad teórica. Esto es lo que los lleva a enfocarse en lo que se conoce como *marxismo de cátedra*: tratar de construir la saga de los aportes conceptuales del marxismo en la política y construir la genealogía de los grandes pensadores marxistas.

A esto opongo otra corriente. Nahuel Moreno me sirve como ejemplo para dar cuenta de la reivindicación de la dimensión más estrictamente política que teórica del marxismo, una dimensión militante con la que se piensa al mismo como una herramienta para transformar la realidad

antes que para pensarla –la famosa tesis once sobre Feuerbach–. Y ahí trato de ver cómo cambia el marxismo del siglo XX en este plano, ya no de la teoría sino de la política militante. Esto me permite analizar otra de las posibles reacciones frente a la *crisis del marxismo*, cómo se experimenta la misma en el plano no académico sino de la práctica militante.

Particularmente relevante aquí me parecía la reinterpretación que hace Moreno de la famosa fórmula marxista de la alternativa *socialismo o barbarie*, cómo Trotski relea la misma, etc. Ya en el siglo XX, esta fórmula, para Moreno, cobra un sentido muy distinto al que tuvo en Marx. Para Marx, la alternativa era *socialismo o barbarie*, pero entre ambos términos había una asimetría, porque, en última instancia –todavía en el marco de las filosofías evolucionistas del siglo XIX–, estaba convencido de que de las dos sólo la primera podía ser una alternativa última y final. La barbarie es simplemente un obstáculo frente al avance del socialismo que no puede convertirse en una alternativa última por una sencilla razón: la burguesía necesita al proletariado pero éste no necesita a aquélla, entonces la primera puede derrotar al segundo pero no puede nunca destruirlo porque es de donde se alimenta. Esto no ocurre así con la alternativa socialista. El capitalismo puede derrotar al proletariado una y mil veces pero tarde o temprano éste se va a volver a levantar y va a terminar destruyendo al capitalismo, y una vez que eso suceda éste ya no dejaría de existir, ya no tendría posibilidad de volver a resurgir.

Según Moreno, en el caso de Trotski –que está escribiendo ya en los años 30, en medio de la emergencia del fascismo, el nazismo, etc.–, lo que se plantea es el surgimiento de una nueva forma de barbarie que puede poner fin a la posibilidad misma de la existencia del socialismo como alternativa. Se produce así una simetría entre estos dos principios: el destino último puede ser el socialismo o puede ser la barbarie, una forma de barbarie superior que dé por tierra con toda posibilidad futura de socialismo. Y es ahí, como se ha repetido muchas veces, que la acción política cobra verdaderamente sentido.

Es en el siglo XX cuando nace una teoría política que no había todavía en Marx y el marxismo clásico. En el marco de las teorías evolucionistas de la historia –que es todavía la visión de la historia de Marx– la acción subjetiva tiene un rol subsidiario. Es importante hacer la revolución para no seguir sufriendo, pero el curso histórico no va a cambiar; tarde o temprano el socialismo se va a terminar imponiendo. Sólo cuando aparece la idea de que puede haber una forma poscapitalista que no sea la socialista, una forma que dé por tierra con la posibilidad del socialismo, es que la acción militante cobra otro sentido de urgencia; aparece la sospecha de que, si no hacemos la revolución ahora, quizás no podamos hacerla nunca más. Ya no se trata de una mera cuestión

de plazos: la acción militante adquiere ahora un sentido sustantivo que tiene que ver con la determinación de los fines últimos de la historia y no simplemente de sus ritmos. Es en este marco, como decía, que surge verdaderamente la subjetividad militante. No quiere decir que no hubiese militancia política antes, pero ésta no tenía aún en su horizonte inmediato la toma revolucionaria del poder. Eso es algo que sólo surge en el siglo XX.

Cambia entonces completamente el escenario: el eje se desplaza del análisis de la lógica del capital a la de la formación del partido, un ejército revolucionario, etc. Y es acá que tiene lugar lo que Goldmann –y esto es un punto central que se desarrolla en el libro– llama *visión trágica del mundo*. Badiou toma una frase de Mallarmé y dice algo parecido: el siglo XX es el momento en que la política se vuelve tragedia. ¿Cuál es el significado de esta *visión trágica del mundo*? Goldmann, que estudió el pensamiento jansenista del siglo XVII, retoma la idea de *apuesta* de Pascal. Nos encontramos en medio del período de la secularización –lo que analizo en *Una arqueología de lo político*–, cuando se produce la *muerte de Dios*. Pascal dice entonces que ya no tenemos ninguna certidumbre de la existencia de Dios, se ha quebrado ya la certeza acerca de la misma, pero que es justamente eso lo que nos obliga a buscarlo de forma permanente. Dios, dice, se nos revela en su propio mutismo, pero para que el mismo funcione debe ser absoluto. ¿Por qué? Porque si Dios se nos revelase en el mundo, si encontráramos algo de validez incondicionada en él, podríamos entonces reconciliarnos con éste (el mundo) y olvidarnos de aquél. Lo que nos obliga a buscar de manera permanente a Dios es justamente la pérdida de sentido del mundo. Esa radical insustancialidad del mundo es lo que nos impide reconciliarnos con él y persistir en su búsqueda, en el afán de dotarle un sentido de trascendencia a un mundo que ha perdido todo sentido trascendente, que se ha vuelto carente de toda sustancia.

De alguna forma, Goldmann expresa esto mismo para el marxismo del siglo XX. Es precisamente la quiebra de la certidumbre teleológica, el que no tengamos ninguna seguridad de que la revolución se vaya a dar de modo ineluctable, lo que nos obliga a perseverar en la lucha por el proyecto marxista. Justamente porque la acción militante cobra el carácter de una *apuesta a lo absoluto*. Lo que funda la persistencia en la búsqueda del ideal socialista ya no es la certeza de su realización; por el contrario, es la propia incertidumbre la base que empuja a su búsqueda. Este es el sentido trágico que adquiere la política en el siglo XX. Sucede no sólo en el marxismo, pero él es una buena expresión de este nuevo carácter que cobra entonces la acción política. El siglo XX es, de alguna forma, el siglo de la política, el momento, como decía Mallarmé, en que la historia se convirtió en política y ésta se volvió tragedia.

En relación a esto que decías de la impronta subjetiva que de alguna manera cobra el marxismo en el siglo XX, en el libro parecería haber un intento de explorar una secuencia de descomposición que atañería a la divinidad, la historia, el sujeto y el sentido en cuanto tal. En Una arqueología de lo político esta exploración adquiere quizás una fisonomía más inteligible ya que, Koselleck mediante, atendés a tres períodos: la era de la representación, la era de la historia y la era de las formas. ¿Cómo se relaciona aquella exploración inicial de Verdades y saberes del marxismo con esta otra periodización más sistemática? Tomando lo que recién sugerías a partir de Goldmann, ¿de qué modo se vinculan ambas periodizaciones con la hipótesis de la entrada en una escena postrágica?

Esto que mencioné hasta aquí era el marxismo del siglo XX, el que surge como consecuencia de la crisis de las concepciones evolucionistas decimonónicas de la historia. Éste entra en crisis, a su vez, a fines del siglo dando lugar al surgimiento de toda una nueva corriente de pensamiento, que es la que analizo en la segunda mitad del libro (y que constituye su núcleo): lo que Marchart denomina *pensamiento posfundacional* y yo asocio aquí con el llamado *marxismo posestructuralista*.

Esto nos devuelve al siglo XX. Había, en realidad, una relación paradójica entre historia y sujeto en el siglo XX. ¿Por qué? Porque, como vimos, es la quiebra de la idea de Historia (con mayúscula) lo que da lugar a la emergencia del sujeto, que permite que la acción subjetiva cobre un carácter sustantivo y ya no meramente subsidiario. La idea de sujeto nace de la quiebra de la idea de Historia en singular, cuyo surgimiento, a comienzos del siglo XIX analizó Koselleck. Pero esta idea más fuerte de Sujeto, que nace de la quiebra de la idea de Historia, al mismo tiempo la presupone; tiene implícita la existencia de un cierto curso unitario que avanza hacia delante, que se orienta hacia un determinado fin, porque, de lo contrario, tampoco la acción subjetiva tendría sentido alguno –es decir, si no hubiera una unidad de sentido que se dirigiese o que marchara hacia algo, si no tuviera un marco de un desarrollo dentro del cual ella cobrara un sentido que la trascendiese, la acción subjetiva se agotaría en sí misma–. En definitiva, la acción militante excluye y presupone a la vez una *filosofía de la historia*.

Según nuestro, la quiebra de la concepción evolucionista teleológica, que en un primer momento dio lugar a la sustantivización o sustancialización de la instancia subjetiva, va a ser también lo que terminará, ya hacia fines de siglo XX, llevando a ésta a su crisis. Nietzsche decía que sin Dios la Verdad no puede ya ser sostenida. De alguna forma, sin Historia tampoco la idea de Sujeto va a poder sostenerse. Para Badiou, lo característico de la situación presente del pensamiento marxista es que todas las instancias subjetivas se encuentran ya destruidas. La idea

misma de sujeto revela su trasfondo mítico, y, como señala Laclau, los mitos son como esos juegos en donde no se puede decir su nombre –una vez que se los nombra, dejan de funcionar como tales–.

¿Qué es la desustancialización del concepto de historia que se produce en el siglo XX? Si bien la historia no se abandona, se convierte en un concepto genérico, pierde todo contenido positivo. Ya no se puede predicar nada sobre la historia, no se puede decir más que ella es tal cosa o cual cosa, que marcha en tal o cual dirección; la idea misma de que haya *leyes* de la historia ya no puede sostenerse, aparece como una mera metáfora. Con el sujeto sucede lo mismo. A fines del siglo XX se produce una desustancialización del sujeto, se convierte en un concepto genérico que funciona nada más que como una marca de la contingencia, de la inconsistencia de la historia. Así es que aparecen ideas de la subjetividad como la de *multitud* en Hardt y Negri, una entidad vacía incapaz ya de encarnar ningún proyecto político determinado. Ninguna misión histórica cuya realización se le pueda encomendar. Nada, en fin, que lo defina salvo su fuerza o impulso genérico para su propia manifestación. La *multitud* aparece así como una suerte de masa informe de la que puede nacer todo y nada al mismo tiempo. Es parecida, por ejemplo, a la idea de democracia de Lefort, en donde también opera una desustancialización del concepto. La democracia se convierte en un concepto genérico, que se define como una *atopología de los valores*; es decir, que en ella ya no se puede identificar ningún lugar social particular como la encarnación de una verdad o de un valor.

¿Qué es lo que aparece acá entonces? La introducción de la figura de Derrida en mi libro me parece que es importante, porque creo que –no siendo estrictamente un pensador marxista– él es quizás el que mejor capta qué es lo que queda de todo esto en un contexto de crisis de lo político, donde su campo se ha visto ya dislocado. La *idea de justicia* en Derrida sintetiza bien lo que entonces surge como producto de la desustancialización de las categorías políticas. Esta sirve, además, para él, como índice del marxismo hoy. En última instancia, la *idea de justicia* proviene del pensamiento teológico; es un concepto que tiene que ver con el supuesto de la existencia de un orden natural, ciertos principios eternos que fueron establecidos por Dios y que se encuentran inscriptos en la naturaleza misma. Estos principios de justicia son objetivos, independientes de la voluntad del sujeto.

Con la modernidad esto cambia desde el momento en que los sujetos son ahora los que tienen que instituir aquellos valores según los cuales van a presidir su convivencia colectiva. Pero la modernidad no va a poder abandonar completamente la idea tradicional de justicia, de la existencia de ciertos principios objetivos, independientes de la voluntad

del sujeto, como serían, por ejemplo, los llamados *derechos naturales* o *derechos humanos inherentes*.

Lo que se descubre entonces es que los códigos normativos son puramente convencionales, se trata de convenciones humanas. Sin embargo, aún entonces no se puede prescindir de la invocación de una cierta *idea de justicia*, porque si se aceptara que los códigos son *puramente* convencionales entonces no habría ninguna obligación de obedecerlos. Hay que suponer que hay en ellos implícito algo del orden de la justicia, que es, en última instancia, de donde esos códigos convencionales toman su fuerza normativa. Es lo que analizo que abre el campo a lo político, este juego de inmanencia y trascendencia. Lo que se plantea entonces, aquello que articula ese campo de lo político, es cómo crear un efecto de trascendencia a partir de la inmanencia, un sentido de justicia a partir del derecho, o un sentido de legitimidad a partir de la legalidad. Cada régimen de ejercicio del poder surgido a partir de entonces no es nada más que un distinto modo de producción de un efecto de trascendencia a partir de la inmanencia –que es, justamente, lo que estudio a lo largo de *Una arqueología*–.

¿Qué es lo que aparece ahora con la *idea de justicia* de Derrida? Aparece esta idea desustancializada de la justicia. Ya no se piensa realmente que haya algo más allá de lo dado, sino que lo que existe es la propia *invocación* a algo más allá de lo dado. La justicia no existe, pero, no obstante, siempre se la puede invocar para impugnar un sistema normativo dado –uno puede decir que algo es legal pero no justo–. La justicia no es, pues, nada más que la marca de la contingencia de todo orden normativo convencional, históricamente constituido. Invocar la justicia es postular la existencia de un más allá del derecho, del orden existente, sin que exista verdaderamente nada más allá. Simplemente indica que esto que existe no es una realidad eterna, universal, fundada en la pura razón o en la naturaleza. En última instancia, la *idea de justicia* indica la necesidad de seguir postulando la existencia de un más allá de lo dado aún una vez que sabemos que, en realidad, no hay algo más allá.

Esta es la escena *postrágica* a la que me refiero, que es también la *experiencia del desastre* de la que habla Blanchot. Se trata de cómo pensar un sentido luego de la quiebra del sentido, la existencia de un más allá aún cuando sabemos que ya no existe algo más allá. Y es a partir de este marco que abordo el pensamiento de estos *marxistas posestructuralistas*, y el de Badiou en particular. A diferencia del sentido trágico del que hablaba Goldmann respecto de Pascal, éste sería una *apuesta de segundo grado*. Hay una *apuesta*, pero ya no es *a lo absoluto*, como en Pascal. Toda apuesta presupone ya la presencia de un sujeto que apuesta. De lo que se trata ahora es de una *apuesta a*

la existencia misma de la apuesta, a un sujeto de la apuesta; es una apuesta a constituirnos a nosotros mismos como sujetos ilusorios de nuestras propias ilusiones del sentido.

Se produce entonces una suerte de pliegue, de torsión del pensamiento sobre sobre sí mismo. Esta es la estructura, la lógica que articula toda esta forma de pensamiento propia de lo que se llama *posfundacionalismo*. Y es lo que define la dinámica más propia de una escena que es ya *postrágica*, distinta a cómo funcionaban las cosas en el pensamiento de la política en el siglo XX. Es esa lógica entonces la que me propuse reconstruir; cómo opera el pensamiento de la política en una escena que es ya *postrágica*.

Ojalá que haya sido claro porque son cuestiones densas, para nada sencillas de explicar. Tampoco es fácil resumir el argumento del libro en unas pocas líneas. El punto que me gustaría que quede al menos claro es que en él intenté estudiar a estas corrientes no como normalmente se lo hace –esto es, quedándose en el plano del propio discurso, reponiendo qué es lo que dice uno u otro– sino tratando de ir más allá, enfocándome en qué es lo que subyace a lo que cada quien plantea.

Cambiando un poco de tema, me parece que justamente una de las apuestas del libro consiste en analizar cómo el marxismo reaccionó a su crisis por medio de la figura de Moreno. Repongo rápidamente tu argumento para ver si lo podés desarrollar a partir del prisma de hoy. A diferencia de los filomandelistas Anderson y Jameson, y en sintonía con los esfuerzos de alguien como Badiou, Moreno habría abogado por salvar la tradición como verdad, cosa que a su vez suponía destruirla como saber. En lo fundamental, según entiendo, lo que distinguiría la operación de salvataje referida llevada a cabo por el dirigente trotskista argentino es su inscripción en una visión trágica del mundo –en Badiou, en cambio, la misma se ajustaría a una visión de índole postrágica, más logicista y formalista que dialéctica, y emparentada con lo que de la mano de Blanchot llamabas, efectivamente, experiencia del desastre–. A esto se podría contraponer –de hecho, se lo hizo– que, más allá de la primacía de lo político y la determinación subjetivista del marxismo que pudo haber propuesto, Moreno fue un trotskista conservador, una suerte de voluntarista escatológico que creía que la revolución era inminente. Si bien oportunamente replicaste a esto, me gustaría preguntarte cómo hoy, a quince años de la aparición original del libro, analizás el impacto que ocasionó tu lectura.

Me han criticado mucho por tomar la figura de Moreno, como si con ello hubiera querido reivindicarlo. Entre otras cosas, me cuestionaron que yo no habría visto su *voluntarismo*. En realidad me parece que eso

no es un punto importante, es más bien algo trivial. En primer lugar, porque el optimismo revolucionario es, en realidad, algo inherente a toda práctica militante. Por otro lado, cabe entender que el mismo respondía a ciertas condiciones históricas: a mediados de siglo XX, y por lo menos hasta fines de los 80, la revolución parecía algo inminente. No era una idea de Moreno. De hecho, se habían dado revoluciones en todo el mundo entonces; casi la mitad de la población del mundo vivía bajo regímenes socialistas. Sobre todo el impacto de la revolución cubana fue decisivo al respecto. El que se hubiera hecho una revolución socialista a doscientas millas de la primera potencia mundial –y que hubiera sobrevivido– parecía ser una prueba irrefutable de que el socialismo era posible.

De hecho, no sólo lo pensábamos nosotros, los trotskistas; también la CIA lo hacía, y por eso se dedicaba a financiar golpes de Estado. La CIA tenía la idea de que no sólo América Latina, sino también África y Asia, de un momento a otro iban a girar al socialismo –parte del último continente lo había hecho ya–. En fin, no me parece que éste sea el aspecto más interesante de Moreno, ni un rasgo peculiar de él. En el fondo, los que discuten esto es porque pretenden hallar cuál era *la línea correcta*. Discuten con Moreno como si fueran miembros del comité central del partido y quisieran explicarle cómo debería haber hecho las cosas.

No es eso, ciertamente, lo que me interesa hacer a mí. Lo que me parece más interesante de Moreno es cómo se expresan en él ciertas paradojas implícitas en la propia práctica militante, en el intento de salvar al marxismo ya no meramente como un *saber*. Para Moreno, y para el trotskismo en general, sería absurdo decir –como decían Jameson o Perry Anderson– que la superioridad del marxismo consiste en su capacidad teórica; afirmar que, aunque no funciona como práctica política, sí lo hace como pensamiento. Es como si un médico dijera que la operación fue un éxito pero que el paciente murió. Si murió, no puede haber sido un éxito. Es como afirmar que la teoría funcionó pero que en la práctica no se pudo hacer nada. Esto no tiene sentido para un militante en la medida en que reivindica al marxismo como una herramienta para transformar la realidad y no meramente para pensarla. Lo que Moreno se propone entonces es salvar el marxismo como herramienta política para transformar la realidad, aún al precio de tener que destruir todo su *saber*.

¿Pero dónde está el punto ciego? En lo que decía antes: la reformulación de la idea de *socialismo o barbarie*, la idea de que existe un umbral, un horizonte, un límite más allá del cual el socialismo se volvería ya imposible. Como vimos, es esto lo que da sentido sustantivo al accionar militante. La existencia de ese límite, pues, es algo que, por un lado, es necesario postular, pero que nunca, sin embargo, se puede

determinar desde el interior del marxismo, porque si aceptáramos que hemos traspasado ese umbral, ya tampoco tendría sentido alguno la acción militante, el pretender seguir siendo marxista o militante revolucionario. Es decir, hay que postularlo sólo como un concepto límite sin nunca poder definirlo.

Este es el punto ciego propio de esta línea de pensamiento. Y esto se relaciona, en última instancia, con la crítica de Moreno al mandelismo. Aunque Mandel nunca termine de decirlo así, dado que él pretende seguir participando de la tradición marxista, su idea del *neocapitalismo* supone que hemos entrado ya en una fase dentro de la cual la revolución socialista habría dejado de ser una alternativa, que hemos cruzado ese umbral. De ahí surgen entonces estos intentos de querer salvar la tradición marxista ya no como proyecto político, como práctica política, sino como *saber*. Pero, para Moreno, esto no tiene sentido. Si fuera así, si el socialismo hubiera dejado de ser una alternativa factible, si hubiese realmente surgido un régimen de producción poscapitalista, que no sea el socialista, ya no tendría sentido seguir siendo marxistas. De allí, en fin, que este límite deba ser postulado como tal, sin nunca poder definirlo, en tanto que marxistas.

Lo que me interesaba analizar en esta primera parte del libro, pues, era este contraste entre dos formas de confrontar el tipo de crisis que enfrentó el marxismo en el siglo XX, por un lado desde la teoría y por otro desde la práctica militante. En la segunda mitad, atiendo a lo que sucede cuando ya toda esa lógica política propia del siglo XX también se quiebra y da lugar a otra, que es la que se expresa en la otra serie de pensadores que analizo –y en la que Badiou ocupa un lugar central, pero también tomo a otras figuras, como Laclau, Žižek, Rancière, etc.; en fin, toda esta franja de pensamiento posestructuralista que constituye, en realidad, el núcleo del libro.

Quería preguntarte también por la tematización que proponés de la última crisis del marxismo como una crisis terminal. ¿Qué tendría de particular esa crisis que haría de ella, justamente, una crisis última y final? ¿Cómo esto entra a jugar o dialogar con una lectura como la de Szabón, la cual obviamente citás y que supone que la experiencia de la crisis sería algo intrínseco al marxismo en cuanto tal? Me interesaba ver si podías retomar algo de este diagnóstico y traerlo hacia el presente, en donde toda una producción marxista, o al menos marxistizante, podría llegar a hacer las veces de un índice de que algo de la tradición, en tanto saber –y no ya en tanto verdad, quizás–, persiste.

Hay una serie de pensadores –sobre todo los *marxistas posestructuralistas*– que dicen que esto que estamos experimentando ahora no

tendría nada que ver con lo que normalmente se llamó, desde siempre, *crisis del marxismo*. Como señala Sazbón, toda crisis tiene implícita su resolución. La crisis, etimológicamente, es un término médico que designa un momento de inflexión a partir del cual se produce la cura o la muerte. Contemporáneamente surge lo que se llama una *crisología*, según la cual las crisis tendrían también dos tipos de resolución posibles: una crisis se resuelve intrasistémicamente, mediante los mismos mecanismos inmanentes a la tradición dada, como la marxista, o lleva a abandonarla y a adherir a alguna otra; es decir, en este caso la recomposición sólo se podría lograr a partir de otro marco teórico distinto.

Una crisis *terminal* como de la que hablo es justamente la que no se inscribe dentro de ninguno de los dos conceptos de crisis; no se puede resolver en el interior de los propios marcos pero tampoco da lugar a su abandono. Decir “dejo estas ideas porque ahora abracé otras ideas distintas” no es propiamente una crisis *terminal*, ni conlleva una *crisis de inteligibilidad*. Ésta se da cuando algo ya no se sigue sosteniendo pero no hay otra cosa que sí se pueda sostener. Una crisis del sentido nos está hablando de un contexto histórico conceptual ya muy distinto, peculiar, donde lo que estamos confrontando es algo que tiene que ver con el orden de una experiencia en la que se están planteando un conjunto de problemas nuevos, extraños hasta ahora para nosotros, y frente a los cuales ya no encontramos una solución posible, que no encajan con nuestras propias categorías pero tampoco con ninguna de las disponibles.

Lo que busqué analizar en este libro es cuáles son los problemas que se están planteando hoy que no parecen tener una posible solución, y que tienen que ver básicamente con la quiebra de ese juego de inmanencia y trascendencia que fue el que abrió el campo de lo político en el siglo XVII. Hoy ese juego de inmanencia y trascendencia se habría vuelto superfluo. Con el proceso general de desustancialización de los conceptos políticos (lo que llamo la reversión del *Sattelzeit*), dicho juego ya no puede seguir funcionando.

Antes que nada, lo que me importa es cómo pensar qué tipo de política surge una vez que este campo de lo político se ha desarticulado, que ese juego de inmanencia y trascendencia se ha quebrado. Esa sería la gran pregunta que subyace a todos los debates teóricos que hoy se plantean, y recorren centralmente el pensamiento *marxista posestructuralista*. Lo que me interesa es ver no qué dice cada quien sino cuál es el núcleo en torno del que giran hoy los debates, más allá de las distintas posturas al respecto. El problema que se plantea hoy, en última instancia, es cómo pensar un nuevo horizonte de la política ya desprendido del campo de lo político; cuál es la lógica que articula este nuevo campo de la política donde eso que surgió en el siglo XVII

ya no existe más; y cómo puede generarse un nuevo pensamiento de la emancipación en un marco donde todas las categorías en función de las cuales el mismo se articulaba –la serie de oposiciones que habían articulado el campo de lo político– perdieron ya su sentido. Todo intento de escapar de esta problemática, en realidad no hace más que rehuirla, sin alcanzar así a calibrar la verdadera dimensión del desafío al que nos enfrentamos. Se termina cayendo, en última instancia, en alguna forma de ingenuidad política y epistemológica, siendo que todo intento de *resolución* muestra rápidamente sus inconsistencias y, en definitiva, la trivialidad de su planteo.

Para ir terminando me gustaría hacerte unas preguntas de índole más estrictamente historiográfica. Verdades y saberes del marxismo apareció mientras se desarrollaba el llamado affaire del Barco. Interviniste intensamente en el mismo, planteando entre otras cosas que lo que te interesaba llevar a cabo tenía las características de una arqueología de la subjetividad militante. Considerando esto pero también lo que señalabas sobre tu enfoque –es decir, que es deconstructivo en el sentido de poner en práctica una lectura sintomática de determinados textos–, quería preguntarte si entendés que es plausible y útil llevar a cabo otro tipo de ejercicios historiográficos para abordar el marxismo. En otras palabras, ¿cuáles deberían ser los lineamientos fundamentales de un programa historiográfico sobre los marxismos, sus legados, sus herencias, etc.?

Esta lectura, si se quiere deconstructivista o *sintomática*, busca oponerse a lo que en historia de las ciencias se llama *lecturas internas*, las cuales explican, por ejemplo, la historia de la física como la de los progresivos hallazgos y como un proceso acumulativo de saber donde nuevos descubrimientos se van adicionando, y van así lográndose teorías cada vez más consistentes. La historia interna sería entonces la historia de un proceso progresivo de acumulación de conocimientos. En este libro trato de romper con este esquema, el limitarse a hacer una *lectura interna* del marxismo como un proceso progresivo de aumento de saber, la historia de los grandes aportes, los grandes hitos, los jalones del pensamiento marxista, etc. Más que en una historia acumulativa y lineal, me enfoco en una historia de los problemas, de cómo se fue reconfigurando el pensamiento marxista.

El punto fundamental, que aquella perspectiva pierde de vista, es que este pensamiento se va a reconfigurar históricamente no a partir de sus propias problemáticas inherentes. La tradición de pensamiento marxista se va a ir reconfigurando a partir de su inscripción en campos histórico-conceptuales más amplios, y que no obedecen a su propia dinámica intrínseca. Como vimos, los cambios que se producen en el

pensamiento marxista del siglo XX tienen que ver con la quiebra de las concepciones evolucionistas teleológicas del siglo XIX, y eso no es algo que él determinó sino que le vino dado, y que establece un nuevo universo histórico-conceptual al cual también dicho pensamiento tendrá que adecuarse, un nuevo terreno dentro del cual éste habrá de inscribirse.

Todo el pensamiento marxista del siglo XX, y los cambios que se produjeron en su interior, no resultan inteligibles si no comprendemos cómo se reconfiguró el campo de saber más general en Occidente, reconfiguración que tiene que ver con los cambios que se dieron no sólo en la filosofía y la teoría política sino también en las ciencias naturales. También en la biología, por ejemplo, se rompe con las concepciones evolucionistas de la noción de organismo. Los conceptos de organismo o evolución que tenían en mente Marx o Hegel no eran los mismos que surgen en el siglo XX, a partir de la llamada teoría sintética o el neodarwinismo. En fin, todas las categorías se van a reformular. Es una mutación epistémica general que entonces se produjo.

En efecto, las herramientas conceptuales fundamentales, el *utillaje mental* a partir del cual los sujetos pueden pensar la realidad entonces mutaron, y, por ende, también los modos en que el marxismo piensa lo hicieron en forma consonante a estos cambios más generales en los regímenes de saber, lo que Foucault llamará *epistemes*. Es por eso que no creo que se pueda hacer una historia del marxismo que no tome en cuenta esos cambios históricos conceptuales más generales. Una historia interna nunca puede dar cuenta de la propia naturaleza y dinámica de estas transformaciones que se dieron en el interior de esa tradición de pensamiento.

En conexión con esto, y para finalizar, ¿cómo hay que pensar –si creés que vale la pena hacerlo, claro– la dimensión de la recepción o de la asimilación y reinterpretación de ideas, autores, corrientes o teorías referenciadas en diferentes versiones del marxismo que ocurrieron y se desarrollaron en Argentina, América Latina o las periferias en general? Quizás más específicamente aún, ¿en qué debería consistir, tanto en términos de objetivos como de procedimientos epistemológicos, una historia intelectual o –por qué no– conceptual del marxismo en la Argentina?

En primer lugar, esa distinción entre centro y periferia hay que matizarla. ¿Qué es el centro y qué es la periferia? Normalmente se parte de una visión abstracta y genérica respecto de cuáles son los centros y cuáles las periferias. Habría que desagregar estas categorías genéricas, y observar, concretamente, cómo funcionó una determinada problemática en cada momento y lugar particular. En todo caso, el trazado de genealogías de pensamiento resulta poco relevante. Saber de dónde vino una

cierta idea o cómo llegó nos dice aún muy poco de cómo se resignificó y a qué función sirvió en un momento y lugar dados.

En última instancia, el hablar de *recepción* me genera ya problemas porque suele plantearse mediante categorías que por lo general tienen una carga metafísica, conlleva una suerte de reificación de las ideas. Como decía Wittgenstein, no existen ideas sino *usos*. Analizar los usos requiere trascender el plano puro de las ideas para enfocarse en la dimensión pragmática de los discursos, en el plano retórico de los mismos. Las *ideas* son siempre abstractas y genéricas, por definición. Ellas no guardan las huellas de los cambios producidos por los desplazamientos contextuales. Para tomar el caso de la *recepción* del marxismo en Argentina, si nos enfocamos en el plano de las *ideas*, no vamos a encontrar nada específico o peculiar al contexto local, ninguna idea propia que no se pueda encontrar en cualquier otro lugar del mundo. Para descubrir aquello que particulariza los usos de los discursos en un contexto particular hay que trascender el plano de las ideas y enfocarse en la dimensión retórica, en el conjunto de relaciones pragmáticas de los discursos; no en qué se dijo, sino en cómo se dijo, quién lo dijo, a quién, dónde, cuándo. Lo que se altera con los cambios contextuales no son las *ideas*, sino su sentido. Las mismas ideas, aún cuando su formulación sea exactamente igual, alteran su sentido en función de cuál es ese conjunto de relaciones pragmáticas específicas en que se produjo su enunciación. Creo que esta perspectiva se encuentra ya, de algún modo, implícita en al menos algunos de los textos clásicos del marxismo. Hablar sin más de la *recepción del pensamiento marxista* conlleva, en definitiva, su reducción a una mera *corriente de pensamiento*, cuyos aportes en tanto que tales habría que tratar de rescatar, perdiendo así de vista todo aquello que hizo, y, según creo, aún hace del mismo, algo más que eso, que resiste su reducción a un mero *saber*.

ARTÍCULOS



El sindicalismo de base en el gobierno de Macri: lucha y resistencia en las industrias de la zona norte del conurbano bonaerense

Maximiliano Arecco

Universidad de Buenos Aires - Universidad Nacional de José C. Paz
maxiarecco@yahoo.com.ar

Título: The grass-roots trade unionism in Macri's government: experiences of struggle and resistance in industries in the northern area of Buenos Aires suburbs

Resumen: En este artículo se describe y analiza, desde la mirada de delegados gremiales de fábricas con prácticas del sindicalismo de base (PepsiCo, Praxair y Frigorífico Rioplatense) de la zona norte del conurbano bonaerense, el impacto en las relaciones laborales que tuvo la llegada al gobierno de Mauricio Macri y la alianza Cambiemos, las políticas desarrolladas por las patronales y las respuestas de las y los trabajadores organizados en esos lugares de trabajo.

Palabras clave: sindicalismo de base – ofensiva patronal – conurbano bonaerense – macrismo

Abstract: This article describes and analyzes, from the point of view of union delegates of factories with grassroots trade unionism practices (PepsiCo, Praxair and Frigorífico Rioplatense) in the northern area of Buenos Aires suburbs, the impact that the arrival of Mauricio Macri's government and the Cambiemos alliance had on labor relations, the politics developed by the employers and the answers of the organized workers in those workplaces.

Keywords: grass-roots trade unionism – employer offensive – Buenos Aires suburbs – macrismo

Recepción: 26 de junio de 2020. **Aceptación:** 3 de diciembre de 2020

Introducción

En Argentina, meses después de la asunción presidencial de Eduardo Duhalde y de la salida de la convertibilidad,¹ comenzó un período de reactivación económica que se consolidó durante la presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007).² El crecimiento de la economía permitió la generación de empleos y la reducción de la desocupación en un marco de aumento de la negociación colectiva entre las partes del capital y el trabajo con la mediación del Estado e impulso desde el gobierno y sus aliados sindicales de reivindicaciones gremiales. Esta situación generó entre las y los trabajadores expectativas de mejoras en el salario real y en las condiciones de trabajo y contratación, aunque la flexibilización, la precariedad y la rotación del personal continuaron (Lenguita y Varela, 2010; Varela, 2015). En este contexto, se desarrolló el proceso de revitalización sindical que tuvo como una de sus características el resurgimiento del sindicalismo de base³ que, a partir de 2004, se expresó en sectores de servicios (subterráneos, aeronáuticos, Casino Flotante, ferroviarios, Hospital Garrahan, entre otros) y desde el 2006-2007 en industrias (FATE, Dana, Kraft, Mafissa, The Value Brand, Mahle, Iveco, etc.) (Arecco, 2019; Varela, 2009, Varela, 2015).

Durante todo el ciclo kirchnerista,⁴ el sindicalismo de base se con-

1. Eduardo Duhalde (Partido Justicialista) asumió como presidente el 2 de enero de 2002 luego de ser electo por la Asamblea Legislativa como consecuencia de la renuncia a la presidencia de Fernando De la Rúa y la crisis política posterior a las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. La salida de la convertibilidad y la devaluación fueron algunas de las primeras medidas de gobierno.

2. Néstor Kirchner llegó a la presidencia en mayo de 2003 con el apoyo de Eduardo Duhalde y un sector del peronismo.

3. Teniendo en cuenta los debates sobre estos dos temas (Ghigliani, 2018; Lenguita y Varela, 2010; Senén González y Haidar, 2009; Spaltenberg, 2012; Varela, 2015), en este artículo entendemos por revitalización sindical al proceso que se dio a partir del 2003 que combinó la vuelta al centro de la escena nacional de disputas laborales, el aumento exponencial de la negociación colectiva, el crecimiento de la sindicalización, el fortalecimiento de la organización sindical en los lugares de trabajo, la aparición de cientos de jóvenes activistas sindicales y la reaparición de comisiones internas o colectivos obreros protagonistas de conflictos gremiales. Con sindicalismo de base, precisamente, nos referimos a la organización gremial en el lugar de trabajo que responde a las siguientes características: a) reconocimiento de la representación del colectivo como función principal de los delegados; b) la asamblea de trabajadores como método para la toma de decisiones; c) sostenimiento de la unidad e igualdad de todos los miembros del establecimiento sin distinción alguna de sus diferencias contractuales; d) relativa autonomía de la conducción del sindicato; e) utilización de medidas de acción directa como principal herramienta de lucha.

4. Llamamos ciclo kirchnerista al período comprendido por la presidencia de Néstor

solidó en distintas empresas de todo el país y en la zona norte del conurbano bonaerense protagonizó importantes conflictos por mejoras en las condiciones, cuidado de la salud, aumentos salariales, efectivización de contratados, subcontratados y tercerizados, organización o reorganización gremial y reincorporación de despedidos (FATE, Kraft, PepsiCo, Paty, Praxair, Lear, Frigorífico Rioplatense, Donelley). Algunas de estas experiencias avanzaron en instancias de coordinación y solidaridad intersindical zonal y nacional, en el armado de listas antiburocráticas y/o clasistas (alimentación, neumático y carne) y en la ocupación y puesta en producción bajo gestión obrera (Donnelley-MadyGraf).

Los cambios en las políticas económicas implementados por el gobierno de Mauricio Macri (2015-2019),⁵ impactaron en el mercado laboral. En este contexto, se dio una fuerte ofensiva patronal con el objetivo de flexibilizar las condiciones de trabajo, reestructurar espacios laborales, fragmentar al colectivo obrero, quitar derechos adquiridos y limitar la acción sindical.

El objetivo de este artículo es describir y analizar, a partir de la percepción de delegados gremiales de industrias con prácticas del sindicalismo de base de la zona norte del conurbano bonaerense, el impacto en las relaciones entre el capital y el trabajo durante los cuatro años de la presidencia de Macri, las acciones desarrolladas por las patronales y las respuestas de las y los trabajadores. Las empresas analizadas son la alimenticia PepsiCo, el Frigorífico Rioplatense y la química Praxair.

La importancia de estudiar las acciones del capital y el trabajo según la percepción de delegados de base radica en conocer cuáles fueron las políticas implementadas por las patronales para debilitar al colectivo obrero y aumentar sus ganancias y qué herramientas desarrollaron y utilizaron las y los trabajadores para contrarrestarlas en el espacio del enfrentamiento cotidiano con el capital: los lugares de trabajo.

Para desarrollar este artículo se realizó el análisis de fuentes primarias (entrevistas semiestructuradas de final abierto al delegado general de cada establecimiento analizado, registros de observación y comunicados de las y los trabajadores) y secundarias (artículos periodísticos y académicos). Las entrevistas se realizaron entre los años 2016 y 2020.

Kirchner (2003-2007) y los dos mandatos de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015).

5. Mauricio Macri llegó a la presidencia de Argentina como candidato de Cambiemos luego de derrotar en ballotage al candidato del peronismo Daniel Scioli. Cambiemos fue una alianza electoral que unió al Pro de CABA, la Unión Cívica Radical y la Coalición Cívica.

El gobierno de Macri y la ofensiva patronal

La llegada a la presidencia de Macri, significó el triunfo político electoral del bloque de poder económico concentrado que planteaba que para que el país vuelva a crecer había que eliminar las restricciones al comercio internacional, resolver el conflicto con los “fondos buitres”, adecuar las tarifas de los servicios subsidiados por el Estado, reducir los costos laborales, logísticos e impositivos, disminuir la inflación y mejorar el clima empresarial para atraer inversiones. Además, retomando las recetas neoliberales, proponían minimizar el Estado en su función y en la cantidad de empleos (Cantamutto y López, 2019).

En las primeras semanas del gobierno de Macri se liberó el “cepo cambiario” que impedía acceder libremente a moneda extranjera, se devaluó el peso alrededor de 40%, se retiraron las trabas a importaciones y exportaciones, se eliminaron las retenciones a las exportaciones agropecuarias (con excepción de la soja, que se redujo) y mineras y se acordó el pago a los “fondos buitres”. Junto a estas medidas se ajustó con un profundo “tarifazo” los precios de los servicios y se fijaron altas tasas de interés (Barrera Insua y Pérez, 2019). En medio de una coyuntura internacional de bajo crecimiento, las políticas del macrismo hicieron que se profundice la recesión y aumente la inflación (promedio de 40% por año). Las devaluaciones se convirtieron en una constante, las exportaciones no crecieron significativamente, las inversiones no llegaron y la apertura comercial posibilitó el ingreso irrestricto de importaciones que perjudicaron a sectores productores de bienes por desplazamiento de la producción local (Belloni y Wainer, 2019).

En lo simbólico, el gobierno evidenció su sesgo clasista con la presencia en el gabinete y en la conducción de distintas reparticiones estatales de CEOs y ejecutivos de corporaciones multinacionales, dueños y accionistas de grandes empresas y miembros de las elites económicas del país (Cieza, 2016). En lo discursivo, desde la asunción presidencial, distintos miembros del gobierno y de los partidos de la coalición plantearon en intervenciones públicas, la necesidad de terminar con la “fiesta populista” que había permitido a los sectores populares acceder a consumos que no son los de subsistencia, la denigración a las y los trabajadores del sector público (“militantes sin tareas” y “ñoquis”), la crítica permanente a la organización sindical y la reivindicación del emprendedor como un nuevo sujeto laboral (Pérez y López, 2018).

En las primeras semanas en la presidencia, por intermedio de distintos decretos, Macri habilitó la posibilidad de “revisar” los concursos y los contratos realizados en los últimos tres años en el sector público. A partir de estos decretos comenzaron los despidos, rescisiones o no renovación de contratos en organismos nacionales, provinciales y mu-

nicipales (Centro Cultural Kirchner, Senado, Radio Nacional, Fabricaciones Militares, municipalidades, etc.), totalizando en los primeros tres meses entre 30 y 37 mil desvinculaciones del sector público (Agostino, 2016, Giorgetti, 2016). Es importante mencionar que la facilidad que tuvo el macrismo para ajustar y despedir en el Estado fue porque miles de trabajadores se encontraban hacia años con contratos temporales o como monotributistas y no en planta permanente. Estos empleados estaban en una situación de precariedad contractual o falso servicio, que el gobierno aprovechó para dar una señal al empresariado y a los trabajadores sobre el cambio en las relaciones de fuerza. Desde ese momento las patronales se sintieron con poder para realizar cambios en las condiciones de trabajo e implementar reestructuraciones.

Durante los primeros meses del 2016 comenzaron a tener repercusión pública conflictos en distintas industrias por el cierre de establecimientos y por despidos (ArZinc, Bayer, Menoyo, Siam, Electrolux, Cerámica San Lorenzo, Electrodomésticos Liliana, Frideco, Cresta Roja, Siderca, Siderar, Nucete, Isolux, Kevingston, Cervecería Quilmes, etc.) (Giorgetti, 2016). Además, las patronales comenzaron a utilizar distintas estrategias para ajustar al personal. En algunos casos presentaban ante el Ministerio de Trabajo la solicitud del Procedimiento Preventivo de Crisis (PPC). Estos PPC con el tiempo se demostraban falsos (FATE, Coca Cola-Femsa, Molinos Río de la Plata, Indura, entre otras) pero mientras tanto las empresas avanzaban con “retiros voluntarios” y condicionando negociaciones salariales y laborales. En otros casos, cerraron fábricas y trasladaron la producción a otros establecimientos propios o a terceristas sin organización gremial o en convenios de menor cobertura (Linde, Atanor, Paquetá, Villard & Louis) dejando en la calle a cientos de empleados.

En este clima de despidos, los empresarios retomaron los planteos sobre la necesidad de flexibilizar los convenios colectivos de trabajo (CCT) y la legislación.

Entre diciembre de 2016 y febrero de 2017, el Congreso sancionó una nueva Ley de Aseguradoras de Riesgos de Trabajo (ART) con los votos peronistas del Partido Justicialista en el Senado y el quórum otorgado por miembros del Frente Renovador de Sergio Massa para que se vote en Diputados. La Ley, enviada por el gobierno y negociada con la cúpula de la CGT, determinó una nueva forma de calcular las indemnizaciones, agregó una instancia obligatoria de control del trabajador previo a un juicio y recortó los plazos para iniciar acciones judiciales (Reartes y Pérez, 2018) perjudicando a los asalariados.

Mientras tanto, en algunas ramas productivas (petroleros, automotrices y lecheros) las cámaras empresarias lograron incorporar en los CCT cláusulas de polivalencia, bancos de horas para compensar

jornadas caídas, reducción y reformulación de tiempos de trabajo, etc. (Cantamutto y López, 2019).

Hay que señalar, sin embargo, que tanto en el sector público como en el privado, los despidos fueron enfrentados con medidas de fuerza de las y los trabajadores y organismos de base con una débil participación de (algunos) sindicatos. Estas luchas, aunque no lograron coordinarse y revertir la situación, evidenciaron la capacidad de resistencia de los trabajadores y ralentizaron la ofensiva global.

La CGT (conducida por un triunvirato desde mediados de 2016) y los grandes sindicatos, a pesar de todo, mantuvieron una postura dialoguista y de complicidad con el gobierno y frenaron toda posibilidad de medidas de fuerza nacionales. Recién en marzo de 2017, la central convocó a una movilización contra las políticas de Macri. A pesar de la masividad de la misma, los miembros del triunvirato no plantearon ninguna medida de fuerza por lo que el acto fue interrumpido varias veces por los manifestantes que exigían la fecha del paro general. Semanas después de esta escandalosa jornada, la CGT realizó su primer paro general (sin movilización) el 6 de abril de 2017. Luego de esta medida de fuerza y hasta el fin del mandato de Macri, la central mayoritaria realizó cuatro paros generales más, de los cuales solamente uno (en diciembre de 2017 contra la reforma jubilatoria) fue con movilización (Cantamutto y López, 2019).

A partir del triunfo electoral de medio término (octubre de 2017), Macri se propuso avanzar con las reformas tributaria, previsional y laboral. Según los grupos de poder concentrado estas reformas eran las necesarias para mejorar la competitividad y rentabilidad del capital y modificar definitivamente, en favor de los empresarios, las relaciones laborales (Reartes y Pérez, 2018). La reforma tributaria se aprobó con el apoyo de los gobernadores peronistas, pero las otras dos desencadenaron, en el mes de diciembre, una serie de movilizaciones masivas y una fuerte represión policial. Aunque la regresiva reforma previsional fue aprobada, significó un gran desgaste para el gobierno que, días después, tuvo que retirar la reforma laboral que buscaba reducir la indemnización por despido, crear nuevas formas precarias de contratación, otorgar mayor poder sobre el proceso y los contenidos laborales a las patronales, etc.

En síntesis, durante el gobierno de Macri se combinaron políticas económicas recesivas con una fuerte ofensiva patronal que intentó avanzar (y en algunos casos lo logró) sobre la legislación y los convenios colectivos. En estos cuatro años la desocupación aumentó 4 puntos, con lo que superó el 10% (volviendo a los dos dígitos después de trece años), y la subocupación demandante pasó del 6% al 9%, dejando alrededor de 2.700.000 personas buscando trabajo. El empleo no registrado aumentó

del 33% al 35% y, entre septiembre de 2015 y el mismo mes del 2019, se perdieron alrededor de 388 mil puestos laborales registrados de los cuales más de 150 mil eran industriales. El salario real de los registrados privados retrocedió casi 19% y el de los empleados públicos más de 23% (CETyD, 2019; CIFRA, 2019a; CIFRA, 2019b; ODS-CTA, 2020).

El sindicalismo de base en PepsiCo, Praxair y el Frigorífico Rioplatense

Como dijimos previamente, para conocer que sucedió durante el gobierno de Macri en lugares de trabajo con prácticas del sindicalismo de base de la zona norte del conurbano bonaerense, analizamos las plantas de PepsiCo en Florida y del Frigorífico Rioplatense y la química Praxair ubicadas en Pacheco.

Estas empresas están entre las más importantes de su rubro y pertenecen a sectores estratégicos para la economía como son la producción de alimentos (PepsiCo y Rioplatense) para consumo interno (su costo sirve para determinar el salario real) y para la exportación (ingreso de divisas) y la producción de insumos como los gases industriales y medicinales (Praxair) que son necesarios para el funcionamiento y desarrollo de la mayoría de las industrias y algunos servicios. PepsiCo y Praxair son multinacionales estadounidenses que llegaron al país en la década de 1990 a partir de la adquisición de otras empresas y el Rioplatense es el frigorífico de capital nacional más importante de Argentina (Arecco y Montes Cató, 2018; Arecco, 2020; Cambiasso, 2016).⁶

Hasta la llegada de Macri a la presidencia, en PepsiCo y en el Frigorífico Rioplatense trabajaban entre 600 y 700 personas y en Praxair cerca de 150 (Arecco, 2019; Elbert, 2016; Wyczykier, 2011).

En PepsiCo la comisión interna (CI) se conformó en 1996 y a los pocos años militantes del Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS) comenzaron a incorporarse como delegados y a tener influencia en sectores de la fábrica, especialmente por la defensa de las y los contratados. En el 2007, una lista con miembros del PTS e independientes le ganó las elecciones de CI a la lista de la conducción del sindicato de la alimentación y desde entonces se convirtió en una referencia del sindicalismo de base (Wyczykier, 2011).⁷

6. Ver también “Un antes y un después en el Frigorífico Rioplatense”, *El Roble*, octubre de 2010, <https://periodicoelroble.wordpress.com/2010/10/06/un-antes-y-un-des-pues-en-frigorifico-rioplatense>.

7. Ver también U. Valdez, “PepsiCo: quiénes son Camilo Mones y Catalina Balaguer, dos de los referentes de la lucha”, *La Izquierda Diario*, 14 de julio de 2017. https://www.laizquierdadiario.cl/PepsiCo-quiénes-son-Camilo-Mones-y-Catalina-Balaguer-dos-de-los-referentes-de-la-lucha?id_rubrique=5443.

En Praxair, producto de la política antisindical de la empresa, nunca hubo afiliados al sindicato hasta que en 2005, luego de un proceso de autoorganización clandestino de los trabajadores, se logró elegir CI en una elección sin participación del sindicato. Días después, la patronal despidió a uno de los activistas y delegado de hecho, lo que originó el primer conflicto que finalizó con la reincorporación del despedido luego de varias medidas de fuerza y fallos judiciales favorables. A diferencia de otros procesos del sindicalismo de base, en este caso la pelea por la reincorporación contó con el acompañamiento del Sindicato Químico y Petroquímico de la zona (Arecco, Cabaña y Vega, 2009).

En el Frigorífico Rioplatense, luego de años con delegados propatro-nales, despidos masivos y empleo informal, en 2008 ganó las elecciones de CI una lista con activistas de base y militantes de la corriente Opinión Socialista, que promovieron asambleas para enfrentar los constantes despidos y el trabajo precario (Elbert, 2016).⁸

En los tres lugares, desde la conformación de las comisiones internas, se implementaron prácticas asamblearias y se dieron procesos de lucha con medidas de acción directa por la reincorporación de despididos, efectivización de personal con contratos por tiempo determinado, por agencia y tercerizados, mejoras salariales y de las condiciones de trabajo y acciones solidarias con otros trabajadores y sectores en conflicto por motivos laborales o territoriales (Arecco, Cabaña y Vega, 2009; Arecco y Montes Cató, 2018; Elbert, 2016; Valdez, 2017; Wycksykier, 2011).

Por otra parte, las y los trabajadores del Rioplatense y de PepsiCo fueron claves en el armado de listas opositoras a las conducciones de los sindicatos de la carne y de la alimentación. En el Sindicato de Trabajadores de la Industria Alimenticia (STIA) de CABA y Provincia de Buenos Aires, la lista Bordó (conformada principalmente por trabajadores y trabajadoras de PepsiCo, Kraft y Felfort del PTS e independientes) logró en el 2012 casi el 40% de los votos (Cambiasso, 2016; Varela, 2013).

En el Sindicato del Personal de Frigoríficos de Carnes de CABA y Gran Buenos Aires, la lista Roja (en la cual los trabajadores del Frigorífico Rioplatense y la corriente Opinión Socialista tienen un rol central) en las elecciones de 2012 obtuvo más del 40% de los sufragios.⁹

Las y los trabajadores de Praxair, en 2011 avanzaron con la apertura del “Centro Cultural de los Trabajadores 5 de mayo” en el barrio vecino a la fábrica (La Paloma-El Talar), como un espacio autofinanciado para el encuentro, intercambio y formación de trabajadores y vecinos, donde al año siguiente comenzó a funcionar un Bachillerato Popular (Arecco y

8. Ver también “Un antes y un después...”, *El Roble*, ob. cit.

9. “Comunicado Lista Roja de la Carne” (2012). <https://periodicoelroble.wordpress.com/2012/12/21/comunicado-de-la-lista-roja-de-la-carne/>

Montes Cató, 2018). El Centro Cultural al poco tiempo se convirtió en un espacio de reunión de colectivos sindicales de químicos, metalúrgicos, vidrio, ferroviarios, etc. y sirvió para encuentros de discusión de problemáticas territoriales y de coordinación de acciones de trabajadores de la zona como el encuentro del 7 de noviembre de 2015, en el que participaron las comisiones internas de los tres establecimientos analizados en este artículo junto a los delegados de la línea 60 de colectivos, FATE, Lear, Metalsa, MadyGraf, Hutchinson, SUTEBA Tigre, entre otros.¹⁰

PepsiCo: cierre del establecimiento, ocupación de la planta y represión

En PepsiCo, desde la asunción de Macri a la presidencia, la empresa comenzó a buscar la forma de imponer cambios en las relaciones laborales:

La empresa anotó el triunfo de Macri como un triunfo propio y empezó a avanzar gradualmente con ataques para aumentar la explotación, intentando que se trabaje más [...] a partir de instalar un mayor miedo al despido cosa que no estaba planteado en el gobierno kirchnerista y lo empiezan a plantear durante el macrismo. (Delegado PepsiCo)

La ofensiva patronal se evidenció a partir del intento de suprimir los tiempos de descanso, congelar los salarios y acelerar los ritmos de producción:

En la planta de Florida comenzó a tener una ofensiva, de menor a mayor, primero poniendo cámaras en todos los sectores, cosa que nunca había puesto, luego queriendo cerrar sectores de tránsito como vestuarios de descanso y fumaderos. Es decir una serie de medidas que afectaban el descanso de los trabajadores. Empezó a querer reducir los tiempos de descanso, de comedor, no querían aumentar el pago de los premios [...] querían aprovechar el gobierno de Macri para avanzar todo lo posible en la explotación, congelamiento de

10. R. Amador, "Impulsar la coordinación para defender lo conquistado y resistir el ajuste", *La izquierda diario*, 12 de noviembre de 2015. <http://www.laizquierdadiario.com/Impulsar-la-coordinacion-para-defender-lo-conquistado-y-resistir-el-ajuste>. E. Navalesi y N. Salinas, "Trabajadores despedidos de Metalsa y Hutchinson convocan a un encuentro obrero y nuevas medidas de lucha", *La Izquierda Diario*, 10 de noviembre de 2015. <http://laizquierdadiario.com/Trabajadores-despedidos-de-Metalsa-y-Hutchinson-convocan-a-un-encuentro-obrero-y-nuevas-medidas-de>

salario y empeoramiento de las condiciones de trabajo sobre todo. (Delegado PepsiCo)

La organización de las y los trabajadores logró frenar, en distintas ocasiones, la ofensiva patronal:

Cada vez que la empresa intentaba avanzar sobre los trabajadores de esas línea o intentaban no pagar un premio o congelarlos o no querer discutir paritarias o querer avanzar sobre las condiciones de trabajo, la comisión interna y los trabajadores, que éramos hacía 10 años de la lista Bordó de oposición a Daer que dirige el gremio, no los dejábamos avanzar y nunca lo pudo lograr. (Delegado PepsiCo)

La empresa, ante la imposibilidad de modificar las condiciones de trabajo en la planta de Florida, comenzó a enviar más producción a otros establecimientos, mientras amenazaba con el cierre de la fábrica si la CI seguía siendo conducida por la lista Bordó y continuaban las asambleas:

Entonces comenzó a tener una política de producir más en su planta de Mar del Plata, cuya mitad de los trabajadores eran de agencia, es decir sus costos eran más bajos, porque en Florida no podían tener gente de agencia porque desde la comisión interna y las asambleas se los hacíamos efectivizar a los tres meses. Entonces a partir de estos cambios la empresa empezó a parar algunas líneas importantes diciendo que por mantenimiento, falta de ventas, pero pararon dos líneas importantes y empezaron a decir que si la comisión interna seguía siendo de la lista Bordó y haciendo asambleas la empresa iba a tener que cerrar... (Delegado PepsiCo)

A mediados de 2017, luego de un conflicto ante otro intento de la patronal por bajar los costos, la empresa cerró el establecimiento:

El cierre de la planta de Florida se decide cuando la patronal quiere imponer el cambio en condiciones de trabajo que era inaceptable, especialmente para las compañeras. Ellos para bajar costos, como no pudieron bajarnos los premios, decidieron hacer cajas más grandes para que entren más paquetes y en la misma hora de trabajo se empaquete más producto. Esto llevaba que la caja pase de cuatro kilos a cinco kilos. Es decir aumentaron un kilo el peso de todas sus cajas para que en el mismo tiempo de trabajo rinda más. Con eso la empresa producía más. Cuando las compañeras empezaron a levantar

estas cajas con un kilo más, aunque la ley permite levantar hasta cinco kilos cien, si vos durante quince o veinte años levantaste cuatro kilos, cuando te aumentan un kilo a los tres o cuatro días de trabajar intensamente no das más y te empezás a lastimar la espalda, las muñecas, las manos, entonces tuvimos todo y se armó un conflicto que duró tres meses para que bajen el peso de las cajas nuevamente y lo tuvieron que bajar. Este motivo hizo que la patronal tome la decisión de cerrar la planta... (Delegado PepsiCo)

El 20 de junio de 2017, al llegar al establecimiento en Florida, las y los trabajadores se encontraron con un cartel en la puerta que anunciaba el cese de actividades.¹¹ Según un delegado, la empresa cerró la planta en esa fecha porque sabía que contaba con el aval del gobierno:

En el 2017 con la economía bastante mal PepsiCo tomó la decisión de que antes de las elecciones de 2017, por las dudas de que Macri pierda las elecciones, tomó la decisión de atacarnos y cierra la fábrica, tratando de hacerlo en ese momento que Macri todavía estaba fuerte, porque si Macri perdía las elecciones en octubre de 2017, cerrar semejante fábrica y atacarnos podía ser más difícil porque el gobierno, que los apoyaba, podía estar más débil. (Delegado PepsiCo)

Es decir, la combinación de la imposibilidad de la patronal de poder imponer nuevos ritmos y condiciones de trabajo por la resistencia de la comisión interna, la crisis económica del país y el riesgo de que Macri pierda las elecciones hicieron que la empresa tome la decisión de cerrar la planta de Florida. A partir del cierre, las y los trabajadores bloquearon la fábrica y, junto a organizaciones gremiales, movimientos sociales y partidos de izquierda realizaron marchas al Ministerio de Trabajo y cortes de la autopista Panamericana y de la Avenida 9 de julio.¹² Mientras tanto la patronal ofrecía indemnizaciones por encima de la ley:

La empresa desde esa misma noche empezó a llamar uno por uno a los trabajadores para ofrecerles doble indemnización. Estábamos en la puerta y ya todos recibían llamados telefó-

11. "Pepsico cierra una fábrica y echaría a 531 personas", *Clarín*, 21 de junio de 2017.

12. "Tras el corte en el Obelisco, la protesta se mudó al Bajo y siguen las demoras", *Clarín*, 4 de julio de 2017; "Trabajadores despedidos de PepsiCo vuelven a cortar la Panamericana", *Clarín*, 6 de julio de 2017; "Trabajadores de PepsiCo cortan la avenida 9 de julio, en el Obelisco, en reclamo de sus puestos de trabajo", *La Nación*, 4 de julio de 2017.

nicos en donde les decían “tenés la doble indemnización a tu disposición y podemos discutir algo más”, es decir una política con mucha plata... (Delegado PepsiCo)

El sindicato de alimentación, por su parte, luego de un breve acompañamiento inicial, firmó el PPC y abandonó el conflicto:

El sindicato es obligado, por unos días, a pelear. Sin embargo a los pocos días el sindicato firmó el preventivo de crisis que la empresa había presentado unos días antes del cierre del establecimiento. Es decir el sindicato primero trajo carpas y banderas, amagó que iba a luchar y después pactó en el ministerio de trabajo macrista el cierre del establecimiento y homologó el preventivo de crisis. (Delegado PepsiCo)

Con el paso de los días y al ver que la planta no iba a reabrir, las y los trabajadores decidieron ocupar el establecimiento, considerando la posibilidad de avanzar hacia una gestión obrera de la producción:

Nosotros podíamos ir tranquilamente hacia una gestión obrera de la planta y fabricar snacks que es algo sencillo. Esto la patronal y el gobierno también lo sabían, por eso ellos deciden el desalojo violentísimo de la planta donde todavía éramos más de 150 trabajadores que no cedimos a la presión de la doble indemnización y un poco más y nos quedamos peleando. (Delegado PepsiCo)

El 13 de julio, a los quince días de ocupación, las y los trabajadores fueron desalojados por un contundente operativo policial que dejó varios heridos (Cieza, 2017).¹³ Al otro día de la represión la justicia laboral emitió una sentencia que ordenó a PepsiCo reincorporar a los despedidos porque no se habían realizado los pasos legales para el cierre del establecimiento y los despidos. La patronal apeló la sentencia, mantuvo el cierre y las cesantías (Cieza, 2017). Luego del desalojo, los trabajadores convocaron una marcha que, con miles de personas, salió del Obelisco, pasó por la Plaza de Mayo y finalizó en el Congreso donde se armó una carpa,¹⁴ que se mantuvo hasta diciembre de 2017. El

13. Ver también “Terminó el desalojo de la planta de PepsiCo: incidentes y detenidos”, *Clarín*, 13 de julio de 2017.

14. “PepsiCo: después de la masiva movilización, instalan carpa frente al Congreso”, *La Izquierda Diario*, 19 de julio de 2017. <http://www.laizquierdadiario.com/uy/PepsiCo-despues-de-la-masiva-movilizacion-instalan-carpa-frente-al-Congreso>; P. Maradei, “Pepsico: montaron una carpa frente al Congreso”, *Clarín*, 18 de julio de 2017.

conflicto de PepsiCo, según el periodista Marcelo Cantón, de *Clarín*, fue clave para que el gobierno de Macri retrase la presentación del proyecto de reforma laboral.¹⁵

Praxair: fusión corporativa, rumores de reestructuración y resistencia

En el caso de la química Praxair, la coyuntura nacional coincidió con el proceso de fusión a nivel global (octubre de 2016) de esta patronal estadounidense con la alemana Linde, que convirtió a esta corporación multinacional en la empresa más importante de gases industriales y medicinales del mundo (Arecco, 2020). En la casa central de Pacheco, a fines de 2016 la empresa cerró el turno noche aunque la organización de las y los trabajadores logró que no haya despidos, ni suspensiones y que se mantenga el salario y el adicional por rotación aunque no se rote:

La empresa tenía tres turnos, mañana, tarde y noche, en donde a partir de 2016, siguiendo la línea de la economía mala, empezó a modificar su esquema, primero reduciendo el turno noche, repartiendo la gente, después tentando a gente para salir de los turnos a otras sucursales, después también cierra sectores, donde toda esa gente se reubica a otros lugares [...] no sufrimos ni suspensiones ni despidos, pero eso tenemos claro que no es porque la empresa sea buena sino que la lucha interna y la unidad hacía que esos trabajadores queden adentro de la fábrica [...] los esquemas de trabajo cambiaron muchísimo, los productos algunos se fueron, sectores cerraron y turnos reducidos también. (Delegado Praxair)

Luego de instalar el miedo a partir de comentarios sobre la posibilidad de despidos, la empresa cerró varios establecimientos y en Pacheco comenzó una política focalizada para sacar personal con importantes indemnizaciones o realizando ofrecimientos para ir a trabajar a otras sucursales. Aunque la organización gremial se mantuvo, estos hechos se sintieron entre las y los trabajadores:

Cerró la planta de Mar del Plata, cerró una planta en Bahía Blanca, cerró la planta de Bella Vista acá en el conurbano. A todos con indemnización, poniendo plata por encima de la indemnización incluso, para evitar conflictos, digamos. En la planta nuestra lo que empezó junto a las “listas negras” y los rumores de cierre de planta..., porque a todo el mundo le aga-

15. M. Cantón, “Por Pepsico, frenaron anuncios de reforma laboral”, *Clarín*, 14 de julio de 2017.

rraba la incertidumbre y miedo, sumado a esto de que ofrecen más plata de la que te corresponde en una indemnización [...] Entonces algunos compañeros, pocos, pero existieron, se fueron yendo. Otros además la empresa en Pacheco lo que hizo fue ofrecerles irse a otras sucursales con esto de la fusión, ir como supervisor o encargados y los sacó de la planta de Pacheco. Es decir, de nuestra planta mal que mal fue sacando gente... (Delegado Praxair)

En el momento en que se concretó la fusión en Argentina, las y los trabajadores de las plantas de Pacheco, Pilar, Avellaneda y Mendoza sacaron un comunicado advirtiendo que actuarían de conjunto si la patronal avanzaba con despidos.¹⁶ A pesar de la coyuntura adversa, los trabajadores lograron mantener su método asambleario y avanzar en las relaciones con los delegados de otras empresas de gases y el apoyo a otros conflictos:

Respondimos siempre con la unidad, con las decisiones en asambleas, con luchas, avanzamos en la solidaridad con otros conflictos, en las relaciones con otras comisiones internas, tanto de químicas que nos reunimos con todos los delegados de las fábricas de gases, de otras fábricas de gases, de otras sucursales de Praxair y de Linde pero también de otras empresas... (Delegado Praxair)

A inicios de 2019 la empresa despidió a un trabajador tercerizado del sector de Sistemas, lo que desencadenó el paro de las y los trabajadores.¹⁷ La medida de fuerza duró tres días pero no lograron la reincorporación del empleado:

Tuvimos un despido de un compañero de una empresa tercerizada de sistemas que, como nosotros durante muchos años peleamos para que no haya trabajadores de tercerizadas y quedaron sólo algunos casos puntuales como sistemas, porque es una empresa específica que se dedica a eso [...] pero están en convenio químico, están afiliados al sindicato y participan con nosotros en asambleas [...] la empresa lo acusó de que había robado cosas de la empresa y por eso no lo dejó entrar y lo despidió. Inmediatamente paramos todo, hicimos tres días

16. "Comunicado Trabajadores/as Linde ex Praxair Pacheco" (2019). <https://www.elsindical.com.ar/notas/gral-pacheco-paro-en-la-quimica-linde-ex-praxair-pacheco-no-a-los-despidos>.

17. "Comunicado Trabajadores/as Linde ex Praxair Pacheco", ob. cit.

de paro total, incluso logramos que algunas sucursales hagan asambleas de una hora o dos horas por turnos en solidaridad y por la reincorporación. Finalmente después de tres días de paro el trabajador dijo que no quería volver a trabajar adonde lo trataban de “chorro” y como él en realidad pertenecía a otra empresa se logró que se le dé una indemnización y la otra empresa lo reubique en otro lugar que era lo que él quería [...] no lo reincorporamos, igual fue importante porque le quedó claro a la empresa que estábamos fuertes y muy unidos y que defendíamos las fuentes de trabajo de todos los compañeros. (Delegado Praxair)

Frigorífico Rioplatense: aumento de las exportaciones, despidos y lucha

En el Frigorífico Rioplatense, a pesar de que este rubro fue, por este carácter exportador, de los grandes ganadores del periodo, también se vivió una fuerte ofensiva empresarial. En noviembre de 2016, luego de que los delegados con prácticas del sindicalismo de base y de la lista Roja fueron reelectos con más del 65% de los votos en las elecciones de CI, la patronal despidió a treinta y dos operarios. Los trabajadores respondieron parando la producción por lo que el Ministerio dictó la conciliación obligatoria. Al finalizar la conciliación, se realizaron paros, bloqueos del establecimiento y festivales solidarios.¹⁸ Finalmente, luego de más de cuarenta y cinco días de disputa los trabajadores lograron dieciséis reincorporaciones y levantaron las medidas. La dureza de la patronal y la extensión del conflicto, en un contexto muy complejo, golpeó duramente a los trabajadores, los delegados y a la organización interna:

Estuvimos como un mes y medio. Fueron treinta y dos despidos y terminamos reincorporando dieciséis y firmando un acta con un acuerdo en el cual nosotros tuvimos que conceder algunas cosas más aparte de que nos rajaron dieciséis compañeros. [...] fue un daño bárbaro para el conjunto de la planta [...] Fue un retroceso pero quedamos enteros. “Magullados” pero sobrevivimos armados. (Delegado Rioplatense)

18. “Denuncian 32 despidos en un frigorífico de Tigre”, *Infogremiales*, 15 de noviembre de 2016, <http://infogremiales.com.ar/noticia.php?n=27764>; “Festival en apoyo a la lucha del Frigorífico Rioplatense”, *La Izquierda Diario*, 24 de diciembre de 2016, <http://www.laizquierdadiario.com/Festival-en-apoyo-a-la-lucha-del-Frigorifico-Rioplatense>; J. Soul, “Frigorífico Rioplatense: despidos persecutorios y resistencia de los trabajadores”, *Anred*, 17 de noviembre de 2016, <https://www.anred.org/2016/11/17/frigorifico-rioplatense-despidos-persecutorios-y-resistencia-de-los-trabajadores>.

Luego de ese conflicto los delegados mantuvieron el método de asambleas y la pelea por las reivindicaciones pero la relación de fuerzas había cambiado. El contexto del país, la ofensiva patronal y el miedo de algunos trabajadores hizo que en las siguientes elecciones de CI se presente una lista “dialoguista” y “propatronal” y se dé la elección más reñida de los últimos años:

En el 2018 hubo una elección y los candidatos a delegados “propatronales” salieron con un discurso de a los “zurdos” no les van a dar más nada [...] Consiguieron la elección con menor diferencia que tuvimos hasta el momento y ganamos solamente por treinta votos. Fue una muestra del retroceso que significó en la fábrica los golpes recibidos. (Delegado Rioplatense)

En abril de 2019, la patronal intentando golpear definitivamente al activismo, despidió a tres trabajadores por participar en una asamblea.¹⁹ Luego de varios días de lucha, con bloqueos del establecimiento y marchas al Ministerio de Trabajo de Tigre junto a organizaciones gremiales y políticas,²⁰ los trabajadores consiguieron la reincorporación de los despedidos. Este triunfo, en un contexto muy adverso, fue muy importante. Como dijo la CI:

En momentos en que la clase trabajadora sufre un ataque en toda la línea, las y los obreros de Rioplatense volvieron a demostrar que con unidad y decisión podemos defender la dignidad de todos/as. (Comunicado Comisión Interna Frigorífico Rioplatense, 2019).²¹

Coordinación y solidaridad

Además de lo ocurrido en los establecimientos, hay que resaltar que las y los trabajadores de las fábricas analizadas estuvieron en acciones de solidaridad entre sí y con trabajadores de otras empresas (cierre y represión en PepsiCo, enjuiciamiento de los trabajadores de la línea 60 y despidos en el Rioplatense, Praxair, Metalsa entre otras industrias)

19. “Despidos en Rioplatense: Entrevista con Carlos Zerrizuela, delegado del frigorífico”, *El Roble*, 10 de mayo de 2019, <https://periodicoelroble.wordpress.com/2019/05/10/despidos-en-rioplatense-entrevista-con-carlos-serrizuela-delegado-del-frigorifico>.

20. “Contra los despidos, las suspensiones y por los derechos de lxs trabajadores”, *La Izquierda Diario*, 7 de mayo de 2019, <http://www.laizquierdadiario.com/Contra-los-despidos-las-suspensiones-y-por-los-derechos-de-lxs-trabajadores>.

21. En *El Roble*, <https://periodicoelroble.wordpress.com/2019/05/17/luchar-sirve-reincorporan-a-los-despididos-en-el-frigorifico-rioplatense>.

como quedó evidenciado en distintos medios locales y nacionales.²² También participaron en paros, marchas, ollas populares y cortes de la autopista Panamericana en contra de las medidas implementadas por el gobierno de Macri²³ y en las movilizaciones en oposición a las reformas previsional y laboral:

Cuando la CGT hizo los paros generales nosotros no sólo paramos sino que participamos con los trabajadores de zona norte en Panamericana hicimos una “olla popular” una vez en uno de los paros, en otro de los paros hicimos una convocatoria en la zona [...] participamos cuando fue la lucha contra la reforma laboral y la reforma contra los jubilados que estuvimos movilizados con muchos compañeros de la fábrica que por suerte participaron. (Delegado Praxair)

En lo referente a las listas antiburocráticas y opositoras a las conducciones de los sindicatos de la carne y de la alimentación, durante los años del macrismo lograron mantenerse como una referencia sindical pero, en términos electorales, no pudieron profundizar su desarrollo o aumentar su influencia. En las elecciones del 2016 en el Sindicato de alimentación (STIA) de CABA y Provincia de Buenos Aires, la lista Bordó, luego de una escisión de la corriente ligada al PCR y de distintas

22. “Organizan un festival solidario por los 5 choferes procesados de la Línea 60”, *Anred*, 17 de julio de 2019, <https://www.anred.org/2019/07/17/organizan-un-festival-solidario-por-los-5-choferes-procesados-de-la-linea-60/>; “Tras el corte en el Obelisco, la protesta se mudó al Bajo y siguen las demoras”, *Clarín*, 4 de julio de 2017; “Una buena contra los despidos: Metalsa tuvo que ceder”, *El Roble*, 24 de agosto de 2017, <https://periodicoelroble.wordpress.com/2017/08/24/una-buena-contra-los-despidos-metalsa-tuvo-que-ceder/>; “Despidos en Rioplatense: Entrevista con Carlos Zerrizuela, delegado del frigorífico”, *El Roble*, 10 de mayo de 2019, <https://periodicoelroble.wordpress.com/2019/05/10/despidos-en-rioplatense-entrevista-con-carlos-serri-zuela-delegado-del-frigorifico/>; “Trabajadores de PepsiCo cortan la avenida 9 de julio, en el Obelisco, en reclamo de sus puestos de trabajo” *La Nación*, 4 de julio de 2017; “PepsiCo: después de la masiva movilización, instalan carpa frente al Congreso”, *La Izquierda Diario*, 19 de julio de 2017, <http://www.laizquierdadiario.com.uy/PepsiCo-despues-de-la-masiva-movilizacion-instalan-carpa-frente-al-Congreso/>; “Contra los despidos, las suspensiones y por los derechos de lxs trabajadores”, *La Izquierda Diario*, 7 de mayo de 2019, <http://www.laizquierdadiario.com/Contra-los-despidos-las-suspensiones-y-por-los-derechos-de-lxs-trabajadores/>; “Despedidos de PepsiCo: corte en la 9 de Julio y marcha a Trabajo”, *Tiempo Argentino*, 4 de julio de 2017.

23. Ver “Comunicado Espacio de Trabajadores de Zona Norte” (2018), <http://www.redeco.com.ar/actividades/24962-ollas-si,-hambre-no>

maniobras e irregularidades de la junta electoral y de la conducción del gremio, obtuvo alrededor del 20% de los votos.²⁴

En el Sindicato de la carne de CABA y Gran Buenos Aires, patotas organizadas por el gremio impidieron violentamente (dejando varios heridos) que los miembros de la lista antiburocrática ingresen a la Asamblea general del sindicato para elegir la junta electoral.²⁵ Posteriormente, con el reconocimiento formal del Ministerio de Trabajo, se realizaron elecciones con lista única, más allá de las impugnaciones de la lista Roja.

En síntesis, los testimonios de los delegados y los artículos de distintos medios de comunicación, evidenciaron que durante el macrismo se vivió una ofensiva muy fuerte del capital, en cuestiones macroeconómicas y en los lugares de trabajo. Esta ofensiva tuvo una importante respuesta de las y los trabajadores organizados en establecimientos industriales con prácticas del sindicalismo de base que demostraron su capacidad de lucha realizando y participando en medidas de acción directa, paros y movilizaciones (locales y nacionales), que sirvieron para detener, de alguna manera, al capital.

Palabras finales

En estas líneas se analizaron los cambios producidos en las relaciones entre las partes del capital y el trabajo a partir de la llegada de Macri al gobierno. Como se vio, las políticas macroeconómicas del gobierno impactaron rápidamente en el mercado de trabajo en perjuicio de las y los trabajadores. Estas modificaciones fueron acompañadas de discursos e intervenciones públicas de miembros del ejecutivo y sus aliados políticos en los que se denigraba la organización colectiva y la lucha sindical.

En este contexto, las patronales profundizaron su ofensiva intentando flexibilizar las condiciones de trabajo, aumentar los ritmos de producción, fragmentar al colectivo obrero y debilitar o eliminar la organización sindical de base. Para lograr estos objetivos implementaron distintas acciones que fueron desde la amenaza y/o cierre de establecimientos, despidos, “retiros voluntarios”, falsos PPC, arreglos indemnizatorios por

24. C. Mones, “La Bordó pelea por la minoría contra el fraude de Daer”, *La Izquierda Diario*, 13 de mayo de 2016, <http://www.laizquierdadiario.com/La-Bordo-pelea-por-la-minoria-contra-el-fraude-de-Daer>; C. Mones, “La Bordó de la Alimentación contra el fraude”, *La Izquierda Diario*, 26 de mayo de 2016. <http://www.laizquierdadiario.com/La-Bordo-de-la-Alimentacion-contra-el-fraude>.

25. “Golpiza a obreros opositores en el sindicato de la carne”, *Anred*, 27 de septiembre de 2016, <https://www.anred.org/2016/09/27/golpiza-a-obreros-opositores-en-el-sindicato-de-la-carne>; “Comunicado Lista Roja de la Carne” (2012), <https://periodicoelroble.wordpress.com/2012/12/21/comunicado-de-la-lista-roja-de-la-carne>.

encima de lo estipulado por la ley, persecuciones antisindicales, traslado de la producción a otros establecimientos (propios o tercerizados) con peores condiciones de trabajo o sin organización gremial, etc. En todos los casos, se evidenció que las empresas estuvieron preparadas para conflictos de larga duración (plantas paralelas, arreglos con la competencia para abastecimiento, acumulación de stock, etc.).

A su vez, se pudo observar que la conducción de la CGT y los grandes sindicatos priorizaron el diálogo con el gobierno, negociando leyes y convenios perjudiciales para las y los trabajadores y frenando toda posibilidad de medidas de fuerza, coordinación y paros nacionales con movilización.

Por el contrario, con los testimonios de los protagonistas, comunicados de los colectivos obreros y artículos periodísticos, se pudo ver cómo el sindicalismo de base de las industrias analizadas en este texto resistió y enfrentó los embates del capital realizando medidas de acción directa, sosteniendo distintas peleas (generalmente sin el acompañamiento de las conducciones sindicales), manteniendo la democracia sindical a partir de asambleas e impulsando la unidad de las y los trabajadores del establecimiento más allá del tipo de contrato o actividad. Además, el sindicalismo de base coordinó acciones solidarias entre sí y con otros colectivos en conflicto y de oposición a las políticas implementadas por el gobierno. Muchas de estas medidas tuvieron una importante repercusión local y nacional, y seguramente sirvieron para impulsar y/o alentar otras luchas y para detener, aunque sea temporalmente, el programa de las patronales y el gobierno.

En síntesis, en el presente artículo se pudo evidenciar que en Argentina la organización democrática en los lugares de trabajo es clave para contrarrestar el poder de las patronales en los propios establecimientos, pero también que esa fuerza del movimiento obrero puede servir para obstaculizar las políticas y reformas estratégicas para el capital.

Finalmente, queda pendiente el interrogante sobre si el sindicalismo de base será capaz de sacar conclusiones de su desarrollo y las contradicciones de los procesos políticos, para poder consolidarse como una referencia sindical que, recuperando las mejores tradiciones de lucha y democracia sindical desde las bases del movimiento obrero argentino, intervenga en la lucha política.

Bibliografía

- Agostino, E. (2016). La revolución del desempleo. *Trabajo y Derechos Humanos*, 1 (1), 34-40.
- Arecco, M. (2019). Multinacionales y organización sindical: centralización, monopolio y prácticas antisindicales en la industria de gases industriales.

- Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, 3 (5), <http://www.ceil-conicet.gov.ar/ojs/index.php/lat/article/view/520>.
- Arecco, M. (2020). La industria química y petroquímica: centralización, extranjerización y monopolio en la subrama de gases industriales. *H-industri@*, 26, <http://ojs.econ.uba.ar/index.php/H-ind/article/view/1776/2517>.
- Arecco, M., A. Cabaña y J. Vega (2009). *Nuestra Comisión Interna: La organización de los trabajadores de Praxair*. TEL. https://periodicoelroble.files.wordpress.com/2019/06/nuestra_comision_interna_digital.pdf.
- Arecco, M. y J. Montes Cató (2018). Militancia sindical en una empresa multinacional: recomposición gremial en la fábrica y proyecciones sobre el territorio. En Ventrice *et al.* (comps.). *El trabajo y las empresas multinacionales hoy: economía, relaciones laborales y conflictividad*. UNGS.
- Barrera Insua, F. y P. Pérez (2019). “Como comer y descomer”: flexibilización, laboral y baja salarial durante el gobierno de Cambiemos. En P. Belloni y F. Cantamutto (coords.). *La economía política de Cambiemos*. Batalla de Ideas.
- Belloni, P. y A. Wainer (2019). “Volver al mundo” según Cambiemos: profundización del atraso y de la dependencia. En P. Belloni y F. Cantamutto (coords.). *La economía política de Cambiemos*. Batalla de Ideas.
- Cambiasso, M. (2016). El sindicato de la alimentación y la disputa con la oposición de izquierda. En P. Varela (coord.). *El gigante fragmentado*. Final Abierto.
- Cantamutto, F. y E. López (2019). ¿El programa imposible? El dilema entre el ajuste y la legitimidad al interior del bloque en el poder. En P. Belloni y F. Cantamutto (coords.). *La economía política de Cambiemos*. Batalla de Ideas.
- CETyD (2019). Seguimiento de la situación laboral. *Documentos CETyD*. http://www.cetyd.unsam.edu.ar/documentos/situacion-laboral/seguimiento_completo.pdf.
- Cieza, D. (2016). La presencia del poder económico en el gobierno de Macri. *Trabajo y Derechos Humanos*, 1 (1), 23-31.
- Cieza, D. (2017). Patria para pocos. *Trabajo y Derechos Humanos*, 2 (3), 9-13.
- CIFRA (2019a). Informe de Coyuntura n° 31. *Publicaciones CIFRA-CTA*. <http://www.centrocifra.org.ar/publicacion.php?pid=147>.
- CIFRA (2019b). Informe de Coyuntura n° 32. *Publicaciones CIFRA-CTA*. <http://www.centrocifra.org.ar/publicacion.php?pid=148>.
- Elbert, R. (2016). Uniendo lo que el capital divide: fragmentación y solidaridad entre la fábrica y el barrio. En P. Varela (coord.). *El gigante fragmentado*. Final Abierto.
- Ghigliani, P. (2018). Sindicalismo y conflictividad laboral en el nuevo escenario. En P. Pérez y E. López (coords.). *¿Un nuevo ciclo regresivo en Argentina?*. UNLP-FaHCE.
- Giorgetti, D. (2016). Conflictos laborales y despidos en los primeros tres meses de Mauricio Macri. *Trabajo y Derechos Humanos*, 1 (1), 15-22.

- Lenguita, P. y P. Varela (2010). Una reflexión sobre el rol de las comisiones internas en el sindicalismo argentino. En C. Figari, P. Lenguita y J. Montes Cató (comps.). *El movimiento obrero en disputa: la organización colectiva de los trabajadores, su lucha y resistencia en la Argentina del siglo XX*. CICCUS.
- ODS-CTA (2020). Ataques y resistencias: el mercado de trabajo y las relaciones laborales durante el gobierno de Cambiemos. *Observatorio del Derecho Social-CTA*. http://ctanacional.org/dev/wp-content/uploads/2020/04/Informe_Anuual_2019_-_ODS_CTAA.pdf.
- Pérez, P. y E. López (2018). ¿Un nuevo ciclo regresivo en Argentina? Mundo del trabajo, conflictos laborales y crisis de hegemonía. En P. Pérez y E. López (coords.). *¿Un nuevo ciclo regresivo en Argentina?*. UNLP-FaHCE.
- Reartes, L. y P. Pérez (2018). ¿Un nuevo ciclo regresivo en Argentina? Mundo del trabajo, conflictos laborales y crisis de hegemonía. En P. Pérez y E. López (coords.). *¿Un nuevo ciclo regresivo en Argentina?*. UNLP-FaHCE.
- Senén González, C. y J. Haidar (2009). Los debates acerca de la revitalización sindical y su aplicación en el análisis sectorial en Argentina. *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 14 (22). <http://alast.info/relet/index.php/relet/issue/view/12>.
- Spaltenberg, R. (2012). La diversidad de los conflictos laborales: dispersión y centralización en las lógicas de acción de los asalariados privados. http://www.trabajo.gob.ar/downloads/estadisticas/conflictoslaborales/Conflicto_Laboral_SEM_2012s1-ambPriv.pdf.
- Varela, P. (2009). Repolitización fabril. El retorno de la política de fábrica en la Argentina post-devaluación. En Figari y Alves (Orgs.). *La precarización del trabajo en América Latina* (pp. 279-310). Praxis.
- Varela, P. (2013). Los sindicatos en la Argentina kirchnerista: entre la herencia de los 90 y la emergencia de un nuevo sindicalismo. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, I (2), marzo. DOI: 77-100. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n2.88>.
- Varela, P. (2015). *La disputa por la dignidad obrera. Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense 2003-2014*. Imago Mundi.
- Wyczykier, G. (2011). Notas para pensar la acción gremial de base y la precariedad laboral en el sector industrial argentino. *Trabajo y Sociedad*, 17 (XV), invierno. <https://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/17%20WYCZYKIER%20Sector%20industrial.pdf>.



DEBATES

Diálogo sobre el concepto de “nueva izquierda” en la historiografía argentina

Con el objeto de profundizar los debates existentes alrededor de determinadas conceptualizaciones y nociones que hacen a los objetos de estudio pertinentes a las izquierdas, presentamos una polémica tanto conceptual como historiográfica entre Sergio Friedemann, Martín Mangiantini y Nayla Pis Diez alrededor de la utilización de la nomenclatura “nueva izquierda” como definición de determinadas expresiones políticas y militantes que emergieron en los años 60 y 70 en la Argentina. Este intercambio tiene dos antecedentes. Por un lado, sendos trabajos de reflexión de los tres autores, publicados en diversos momentos en los que, indirectamente o a través de estudios de caso particulares, se polemizó alrededor del uso de este tópico (Friedemann, 2018; Mangiantini, 2018b; Pis Diez, 2020).

En segundo lugar, una puesta en común de las respectivas posiciones desarrollada en el marco del seminario de doctorado *Entre la “Nueva Izquierda” y los múltiples peronismos. Problemas conceptuales y categorías de análisis en los estudios sobre la radicalización política en la Argentina de los años 60 y 70* dictado en la Universidad Nacional de Mar del Plata en octubre de 2020 en el que se intercambió abiertamente a la vez que se recibieron comentarios e inquietudes del estudiantado. La presente sección se convierte entonces en un corolario de estas instancias de discusión y, al mismo tiempo, en una sistematización y puesta en común de los matices y posicionamientos divergentes. Se parte de un convencimiento colectivo alrededor de la necesidad de establecer canales de diálogo e intercambios abiertos entre diversas miradas que permitan dar cuenta de los debates existentes de un modo franco y abierto.

* * *

La “nueva izquierda”: una categoría en discusión

Martín Mangiantini

Instituto Ravignani - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
martinmangiantini@gmail.com

En su utilización en los espacios académicos europeos o norteamericanos, la noción de nueva izquierda sirvió como un modo de identificación de determinados actores e incluyó un cierto bagaje de tipo programático materializado en una serie de cuestionamientos y preocupaciones comunes. De modo general, la idea de superación de dogmas deterministas que conllevaban la visión en torno a la inevitabilidad del socialismo como producto natural de leyes históricas o el resultado de un proceso inherente al derrotero del capitalismo; el distanciamiento con esquemas organizativos autoritarios; la crítica al reformismo y el parlamentarismo; el problema de la degeneración burocrática; la necesidad de un mayor poder de autodeterminación por parte de los trabajadores e, incluso, cierto distanciamiento con la lógica organizativa del centralismo democrático propia del leninismo, fueron algunos de los tópicos que aglutinaron a diversos núcleos intelectuales para pugnar por una izquierda de nuevo tipo. En Argentina, el concepto fue utilizado tanto de modo laudatorio como peyorativo en los años 60 en ciertas publicaciones militantes (ligados o escindidos del Partido Comunista). A la vez, experiencias como el MIR-Praxis se autopostularon como una “Nueva Izquierda” o utilizaron esa nomenclatura (por ejemplo, el grupo Baluarte, de extracción trotskista). Con posterioridad, en la historiografía local que versó sobre la militancia revolucionaria, principalmente de las décadas del 60 y 70, la expresión se esgrimió con frecuencia para referirse a múltiples experiencias, en ciertas oportunidades carentes de sólidas similitudes entre sí, lo que da cuenta de un insumo conceptual abarcador que, por momentos, se tornó ambiguo.

Tras esporádicas inclusiones de esta categoría en los años 80 y 90 para describir iniciativas culturales e intelectuales escindidas centralmente del Partido Comunista (Terán, 2013), experiencias revolucionarias político-militares (Hilb y Lutzky, 1984), o bien, la prédica revisionista de la izquierda con respecto al peronismo (Altamirano, 1992), hacia finales de la década del 90, se produjo una consolidación y sistematización de esta noción, centralmente mediante los trabajos de María Cristina Tortti (1999 y 2014) de la Universidad de La Plata. En esta obra, no se rechazaron los aportes preexistentes pero se amplió su utilización definiendo

a la nueva izquierda como un conjunto de fuerzas sociales y políticas que, a lo largo de dos décadas, protagonizó el ciclo de movilización y radicalización que incluyó desde el estallido social espontáneo y la revuelta cultural hasta el accionar guerrillero, y desde la eclosión de movimientos urbanos de tipo insurreccional al surgimiento de direcciones clasistas en el movimiento obrero como así también aquellos proyectos contrahegemónicos que adoptaron (o no) la lucha armada como método. Si bien Tortti identificó como una característica de la nueva izquierda su rechazo a aquellas estrategias parlamentarias, reformistas o que sostuvieran la doctrina de la transformación por etapas, la principal reorientación que encontró en ella recayó en su vinculación con el peronismo (así, incluyó tanto a la izquierda que repensó el fenómeno peronista como también, inversamente, a aquellos sectores que, desde esta doctrina, viraron hacia posiciones revolucionarias). Al mismo tiempo, y sin simplificar la idea de nueva izquierda a la construcción de aparatos armados, sus análisis esgrimieron que fue propio de la izquierda de nuevo tipo (impactada centralmente por la Revolución cubana) el resignificado dado a la violencia revolucionaria como una opción plausible.

Efectivamente, estas variables se adaptan con cierta comodidad al objeto de estudio de esta autora, el Partido Socialista Argentino de Vanguardia, en cuanto expresión escindida del viejo socialismo local que revisó tanto la utilización de la violencia como táctica como así también los posicionamientos alrededor del peronismo (Tortti, 2009). Esta obra influyó en diversas camadas de investigadores que tomaron sus preceptos, como Mora González Canosa, Adrián Celentano, Santiago Stavale, Juan Manuel Cisilino, Nayla Pis Diez, Nicolás Dip y Fernando Suárez, entre otros. El aporte de González Canosa (2012) sobre las Fuerzas Armadas Revolucionarias, de hecho, logra dar cuenta de otro ejemplo que, a la vez que se apropió de la lucha armada, revirtió en una experiencia de izquierda que vivenció un proceso de peronización.

Sin embargo, resulta menos cómoda la aplicación de esquemas de análisis que referencian la línea de Tortti para abordar otros casos. Por ejemplo, al analizar la experiencia del PRT-ERP, en determinados trabajos se definió a esta organización como “la expresión más importante de la nueva izquierda” (Santiago Stavale, 2019; Eduardo Weisz, 2004). En oportunidades, ello se justificó dada la vinculación teórica establecida con el peronismo aunque, contradictoriamente, se sostuvo que el ERP caracterizó a este fenómeno desde la tradicional noción marxista que lo identificaba como un movimiento “bonapartista”, a la vez que un recurso de las clases dominantes y, en razón de ello, un obstáculo a superar para transitar el camino al socialismo. ¿No se desprende entonces que en sus inicios difícilmente la experiencia perretiana se encuadre en los intentos de superación o imbricación de identidades, lo que la ubicaría

en un esquema de análisis comparativamente menos novedoso con relación al fenómeno peronista? A la vez, se sostuvo que el concepto de nueva izquierda aplica al ERP porque, sin ser peronista, pretendió disputar la dirección de una clase obrera que sí lo era, lo que, en realidad, resulta una característica común a la totalidad de las organizaciones revolucionarias que, lógicamente, protagonizaron una disputa por la conducción del sujeto social identificado como revolucionario. Incluso, resultaría de mayor solidez visualizar la noción de nueva izquierda al referirse a esta organización si se toma como elemento sus virajes hacia lógicas frentistas que lo llevó a la (fallida) pretensión de confluencia con experiencias como Montoneros.

El análisis del maoísmo argentino, por su parte, es complejo de analizar como para reducirlo a una simplificación tajante en cuanto a la mayor expresión de una nueva izquierda en detrimento de otra tradicional, como se esgrimió. Para aquella producción que redujo la emergencia de una nueva izquierda a la lógica organizativa de aparatos político-militares, la deriva de esta corriente no aplicaría en sus modelos. No obstante, tanto el Partido Comunista Revolucionario como Vanguardia Comunista tuvieron definiciones y estrategias insurreccionales que, al mismo tiempo, se vieron en extremo tensionadas por debates profundos alrededor de la lucha armada. Aunque sin materializarse, VC tras el Cordobazo comenzó a utilizar la expresión de “partido armado” para, posteriormente, defender la noción de “milicias populares” y, por momentos, utilizar la categoría foránea de “guerra popular prolongada”. En los hechos, sin embargo, funcionó como un partido leninista tradicional alertando que la vía revolucionaria no era la guerrilla sino una insurrección urbana que desencadenaría una “guerra popular” protagonizada por una clase obrera aliada al campesinado (Rupar, 2019).

Por su parte, el PCR tendrá también debates internos de fuste alrededor de la lucha armada desde su conformación como ruptura del PC. Trabajos como el de Cisilino (2016) analizaron a este partido sosteniendo que su ruptura con la izquierda tradicional obedeció al rechazo a la “vía pacífica” del PC y al impacto que significó la Revolución cubana y el guevarismo. Sin embargo, su derrotero da cuenta de una organización que, independientemente de importantes debates intestinos, tras los sucesos del Cordobazo, optó por la vía insurreccional como estrategia (incluso teniendo polémicas abiertas con el PRT-ERP, por ejemplo) y manifestó una preocupación por dotarse de una política imbricada en la clase obrera y la juventud. Al menos en este aspecto, el maoísmo argentino no rompió, pese a las tensiones previas o al impacto del contexto internacional (esencialmente chino y cubano), con las lógicas organizativas ancladas en los viejos paradigmas marxistas emanados del fenómeno bolchevique.

En otro orden, sería complejo aseverar que el maoísmo local caracterizó la necesidad de realizar una reorientación teórica-conceptual en vistas a una comprensión particular del fenómeno del peronismo. El PCR careció de una revisión retrospectiva de la experiencia peronista que lo llevara a modificar radicalmente sus insumos teóricos (más allá de los posicionamientos específicos hacia el gobierno peronista a partir de la teoría del “social-imperialismo” presente en el país y de la necesidad de una lucha “anti-golpista”). Por su parte, al indagar sobre VC, Adrián Celentano (2014) distinguió esta experiencia como emblema de la nueva izquierda dados sus intentos de diferenciación con la “línea revisionista del PC”. No obstante, sostuvo que este partido surgió como una clara ruptura con su antecesor, el PSAV, recuperando una tradición comunista que rechazaba todo intento de articulación y alianza con el peronismo. Es decir, tampoco en este caso la fusión de tradiciones políticas fue un elemento identificable como rasgo distintivo. Por el contrario, el rechazo a esa confluencia sería aquello que lo ubica como una propuesta novedosa de la izquierda.

Al posar la mirada sobre el espectro del trotskismo argentino, resulta compleja su ubicación tajante dentro de esta dicotomía conceptual. Por ejemplo, Hilb y Lutzky (1984) afirmaron que experiencias como el Partido Socialista de los Trabajadores o Política Obrera debían quedar excluidas de la categoría de nueva izquierda y, en diálogo con ello, Eduardo Weisz (2004) sostuvo que el trotskismo era una expresión de la izquierda tradicional dado que la Revolución rusa y el bolchevismo fueron sus afluentes organizativos y estratégicos. Como contraparte, este autor aseveró que la nueva izquierda se encontraba conformada por aquellos grupos impactados por la Revolución cubana y la lucha armada y, en menor medida, por procesos como el vietnamita o los fenómenos de descolonización, con nociones organizativas divergentes y una amplitud en cuanto a la identificación de los sujetos potencialmente revolucionarios. Bajo estos preceptos, Weisz explicó por ejemplo la ruptura del Partido Revolucionario de los Trabajadores en 1968 como el hipotético resultado de la irreconciliable tensión entre un modelo de la izquierda tradicional (la trotskista Palabra Obrera encabezada por Nahuel Moreno) y una propuesta de nueva izquierda (el Frente Revolucionario Indoamericano Popular de los hermanos Santucho) que no logró amalgamar fehacientemente en una alternativa de nuevo tipo.

No obstante, al profundizar en el trotskismo como corriente, es posible reflexionar que los tópicos identificables con la nueva izquierda (como el impacto de la vía armada y la problemática del peronismo) atravesaron de modo directo a sus organizaciones argentinas y merecieron diversos debates y respuestas (Mangiantini, 2018a). Por ejemplo, la discusión sobre la lucha armada y la vinculación del trotskismo con la violencia

revolucionaria reviste mayor complejidad que la presentada por Weisz. Desde 1961, la corriente encabezada por Nahuel Moreno desarrolló un acercamiento teórico a sus preceptos identificando a Cuba como la “vanguardia de la revolución latinoamericana” y equiparando su dinámica con la teoría de la revolución permanente de Trotsky, dado que Cuba demostró cómo una transformación política, que inicialmente tuvo rasgos democrático-burgueses en su contenido, se radicalizó y convirtió en una revolución socialista. A la vez, este fenómeno le permitió al “morenismo” revisar las nociones preexistentes alrededor del sujeto revolucionario (la posibilidad de que el campesinado o la pequeña burguesía pudieran constituirse en la vanguardia de un proceso revolucionario revierte en un rasgo identificable con nociones atribuibles a un antidogmatismo de nuevo tipo). No obstante, para esta corriente, la premisa central recayó en la necesidad de no equiparar el concepto de lucha armada con la guerrilla como táctica. De hecho, las diferencias dentro del PRT que derivaron en la ruptura de 1968 no derivaron en un debate abstracto sobre la viabilidad y la utilización de la lucha armada, sino en el modo concreto de poner en práctica esta metodología (confrontando el postulado de conformación de un “partido armado militarmente” con la idea de efectuar el accionar armado en el marco de las propias luchas del proletariado y no como instancias ajenas a este).

Tampoco para Política Obrera la Revolución cubana pasó inadvertida. Por ejemplo, ante el lanzamiento de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) en 1967 por parte de la dirección castrista, este partido manifestó públicamente su interés en ingresar en ella a la vez que aseveró que, por primera vez desde la degeneración de la III Internacional, un movimiento con influencia en las masas y la dirección de un “estado obrero” se aproximaban, en gran medida, a la tesis de la revolución permanente. Incluso en experiencias trotskistas menos estudiadas, como aquella liderada por la figura de J. Posadas, se desarrolló una colaboración directa con la guerrilla guatemalteca de Yon Sosa y envíos de dirigentes, como Adolfo Gilly, a Cuba, junto a una pública reivindicación del guevarismo.

Menos lineal aún es la ubicación del trotskismo con respecto al fenómeno peronista. En el caso de la corriente “morenista”, desde 1957, comenzó a practicar el *entrismo* en el marco de las estructuras sindicales que respondían al movimiento peronista (específicamente, en las 62 Organizaciones). Se justificó en la necesidad de aplicar una metodología que permitiera la ligazón de una organización revolucionaria con el movimiento de masas que, por otros medios, resultaba dificultosa y, simultáneamente, formar parte del accionar que los trabajadores ponían en práctica contra el régimen militar. Independientemente de su éxito, ello da cuenta de un intento de vinculación particular por parte de la

izquierda con una base peronista lo que, en cierto sentido, anticipó el clima de preocupaciones y redefiniciones desarrolladas más tarde en diversos espacios del campo revolucionario.

Por su parte, Política Obrera, una década más tarde, sin notorios virajes programáticos pero, a partir de determinados elementos tácticos, no omitió tampoco el significado que el peronismo poseía para amplias capas del mundo de los trabajadores. Un ejemplo de ello se vivenció en el marco del proceso electoral de 1965 cuando este partido manifestó públicamente su apoyo y voto hacia la Unión Popular bajo el argumento de no dispersar el sufragio de la clase obrera y dada una relación de fuerzas negativa para los trabajadores.

Por último, en el caso del PST, resulta de interés destacar la incorporación de temáticas soslayadas por la izquierda local en esos años. Las iniciativas desarrolladas alrededor de la liberación de la mujer; el esbozo de reivindicaciones que impulsaban el respeto por la diversidad sexual (que conllevó lazos con el Frente de Liberación Homosexual); los replanteos en cuanto al tipo de relaciones familiares y afectivas, entre otros ejemplos, son muestras de tópicos que, siguiendo la línea de interpretación de la nueva izquierda que primó en la producción norteamericana, se trataría de un tipo de propuesta claramente identificable con las demandas presentes en nuevos movimientos sociales. Pero, al mismo tiempo, fueron características diametralmente opuestas a nociones y valores sostenidos tanto por las organizaciones político-militares como así también por las derivas del peronismo que mantuvieron lógicas familiares monogámicas como ideal, identificaron las reivindicaciones feministas como “derivadas pequeño-burguesas” y fueron reactivas a cualquier tipo de defensa por la diversidad en la orientación sexual.

Finalmente, es factible complejizar aún más el análisis sobre la categoría a través de una serie de observaciones e interrogantes sobre el contraejemplo de la nueva izquierda, es decir, sobre experiencias consideradas paradigmáticas de la izquierda tradicional. En este sentido, existe un consenso en identificar en los partidos Socialista y Comunista la representación más fehaciente de esas expresiones en la Argentina.

No obstante, si bien en el caso del PC existen elementos fácilmente factibles de ser ubicados dentro de los parámetros de la izquierda tradicional, no es menos cierto que determinadas características que son absolutamente relevantes para definir el derrotero de la nueva izquierda también se encuentran presentes en el Partido Comunista argentino. Ya desde su XI Congreso en 1946 este partido revisó y matizó las tesis esgrimidas un año antes con respecto al peronismo y a la decisión de conformar la Unión Democrática (Amaral, 2008). Pero, esencialmente, es imposible omitir que, desde mediados de los años 50 en adelante, el PC definió buena parte de sus tácticas, virajes y orientaciones en espejo

a las derivas del peronismo. Algunos ejemplos de ellos son su política de impulsar una confluencia entre comunistas y peronistas en el terreno sindical tras el golpe de Estado de 1955; el voto en blanco en 1960 dada la proscripción del peronismo; o el llamado a votar por el peronismo en 1962 coincidente con la tesis del comunismo alrededor del “giro a la izquierda del peronismo”. Posteriormente, es inevitable subrayar que, hacia 1972-1973, el PC inició una serie de conversaciones con el peronismo para integrar una fórmula en común, reivindicó luego en el *camporismo* aspectos positivos y afirmó la necesaria unidad de acción de las “fuerzas progresistas”, lo que incluía al FREJULI para, como corolario, llamar a votar por el binomio Perón-Perón en septiembre de 1973 afirmando que ello era un modo de freno al ascenso de la derecha. ¿Es factible afirmar entonces que el comunismo argentino no se vio impactado y condicionado por el peronismo incluso más notoriamente que otros ejemplos que son considerados propios de la nueva izquierda a diferencia de este?

Por su parte, si el argumento recae en la idea de que el Partido Comunista no fue atravesado por la noción de violencia revolucionaria, ello también es factible de ser sometido a indagación. Tras el golpe de Estado de 1955, el PC impulsó un “Frente de Autodefensa” de carácter clandestino dedicado a la práctica militar para el resguardo de su militancia junto a la apertura de campamentos de entrenamiento y, posteriormente, participó en ciertas acciones armadas como aquellas sostenidas ante la visita a la Argentina de Rockefeller en 1969. En todo caso, si por rechazo a la violencia revolucionaria se comprende la negativa a la transformación partidaria en un aparato político-militar, la deriva del PC no sería mayormente distante a aquella practicada por los restantes grupos maoístas o trotskistas antes analizados.

Estas contradicciones entre los ejemplos plasmados y los postulados teóricos preexistentes del cual parten los estudios no necesariamente llevan a inviabilizar el concepto de nueva izquierda pero sí a reflexionar en torno al peligro de una aplicación en extremo amplia que revierte en resultados problemáticos.¹

Aunque la pretensión de identificar un quiebre en las lógicas y

1. Si bien excede este ensayo, también es factible de revisión la periodización comúnmente utilizada dado que la ubicación de una nueva izquierda desde finales de los años 60 en adelante, omiten toda una serie de debates cuyas temáticas (por ejemplo, la ubicación ante el peronismo) atravesaron directamente a diversos actores, generando virajes y reorientaciones trascendentales en sus nociones (las derivas de Rodolfo Puiggrós desde el comunismo al peronismo, la experiencia del trotskismo devenido en “socialismo nacional” de Abelardo Ramos, el recorrido teórico de Silvio Frondizi, la ya mencionada experiencia entrista del morenismo, son experiencias destacables preexistentes al periodo abierto por el Cordobazo).

dinámicas de las izquierdas (expresado sobre todo en la crisis de los vernáculos partidos Socialista y Comunista) resulte útil como un modo de comprensión del clima de convulsión de este período, es válido preguntarse si la abultada cantidad de experiencias y ejemplos divergentes mencionados son factibles de comprenderse desde una misma categoría. Los matices profundos e incluso las diferencias notorias entre aquellas tendencias que son identificadas bajo un mismo rótulo (e, incluso, las ciertas similitudes entre aquellas organizaciones consideradas tradicionales con respecto a las de reciente aparición que negaban a las primeras) permiten interrogarnos sobre la noción de “nueva izquierda” como la expresión más orientadora y acabada para identificar a los diversos actores coexistentes en un mismo tiempo histórico.

Si la historiografía de los años 80 y 90 introdujo elementos de reflexión y esquemas conceptuales de nuevo tipo para analizar la emergencia de fenómenos revolucionarios diferentes a los antes existentes, habiendo transcurrido más de cuatro décadas de producción resulta precisa la búsqueda de una mayor complejidad de análisis que permita presentar la abultada cantidad de matices y variables presentes. El desafío se encuentra aún vigente.

* * *

La “nueva izquierda”, la protesta social y la universidad: debates conceptuales desde ámbitos cruzados

Nayla Pis Diez

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de La Plata - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
nayla.pdiez@gmail.com

Un intercambio sincero sobre la Nueva Izquierda (NI) debe partir del hecho de que es un término en debate. Encontramos diversas posiciones en el campo académico en torno a su alcance, sus características, los procesos que nombra, los actores que la integran y los que no. Esto es cierto para Argentina, pero no únicamente. La NI ha sido definida como una posición crítica del comunismo soviético, emprendida por intelectuales y universitarios de Europa y Estados Unidos a fines de 1950; como un movimiento global impulsado por la generación de jóvenes de los 60 y un lenguaje del “disenso” que eclosionó en 1968; como una oleada

de formación de organizaciones armadas en América Latina, con Cuba como hito “catalizador”; un “movimiento de movimientos” que abarcó grupos armados, intelectuales y gremiales, aunque sin una dirección unificada, como se ha dicho para el caso argentino. Referentes de nuestro país, Uruguay, México, Estados Unidos o Europa han trabajado sobre su polisemia, a veces reafirmando las tensiones entre aquellas definiciones, otras veces enfatizando los puntos de encuentro (Tortti, 2014; Marchesi, 2019; Zolov, 2012; Martín Álvarez y Rey Tristán, 2018). También en Argentina y recientemente, jóvenes investigadores han formulado “nuevos y viejos” interrogantes en torno a la NI desde diversas posiciones y estudios de caso (Mangiantini, 2018b; Friedemann, 2018; Califa, 2018; Pis Diez, 2020) promoviendo diálogos y un intercambio en los que este escrito se inserta.

En las páginas que siguen, y para dar carnadura a ese intercambio, retomo las reflexiones teóricas elaboradas a partir del trabajo de investigación sobre el movimiento estudiantil de la Universidad de La Plata que vengo desarrollando hace ya unos años. Mi punto de partida es que el concepto de NI no debe conducirnos exclusivamente a los grupos que desarrollaron la lucha armada; tampoco al debate en torno a qué organización partidaria lleva mejor el mote de “novedad”. Siguiendo los trabajos de Cristina Tortti, pienso que la utilidad es mucho mayor si la pensamos como una forma de acercamiento al mundo de las militancias políticas de nuestra historia reciente, con toda su complejidad: las trayectorias, los ensayos y errores, que explican la radicalización; las rupturas y las continuidades respecto de las tradiciones políticas; la relación entre la protesta social y la violencia revolucionaria. Con todo, algunos aspectos del concepto merecen ser debatidos: su productividad para la realidad argentina, dados sus orígenes; su amplitud y heterogeneidad; la NI y su relación con otras tradiciones políticas, las clásicas y las locales (como el comunismo, el peronismo y también el reformismo universitario).

La historia del concepto ha sido ya reseñada. A fines de los años 50, denominó un proyecto intelectual y militante de izquierdistas europeos, crítico del estalinismo, que iría a plasmar en la *New Left Review*. También en Estados Unidos, personalidades como H. Marcuse o W. Mills utilizaron esa nominación para referir al amplio movimiento de protesta juvenil de los años 60. Dada esta historia, uno de los primeros ejes de debate señala el carácter no nativo de la categoría como un problema para su adecuación a la historia argentina, reparando en la “importación” del concepto, sin mediaciones locales y desde la academia. Varias cosas deben decirse al respecto: en primer lugar, la NI puede ser una categoría académica, no nativa ni política, y eso no le quita necesariamente productividad analítica (o al menos no se explica cómo). Por otra parte, veo de mayor utilidad la pregunta respecto de cómo se ha utilizado

ese concepto en las ciencias sociales latinoamericanas. Aquí sí cabe el interrogante en torno a cuánto nos permite y/o cuánto ha permitido comprender de nuestra historia nacional o regional. Rápidamente, nos encontramos con definiciones del concepto que poco abrevan en ese origen europeo, al contrario, se insertan en el marco del debate sobre cómo analizar algunos de los rasgos más importantes de la historia reciente latinoamericana, el surgimiento de la lucha armada, la expansión y politización del movimiento social, tal como lo mostró Aldo Marchesi en su reciente libro *Hacer la Revolución* (2019). Y esto también vale para Argentina.

Al calor de la transición democrática, comenzó a tomar forma el campo de estudios sobre historia reciente argentina a través de un tema clave de ese pasado no tan lejano: la violencia política revolucionaria, sus formas y consecuencias, y cómo estudiarla. En esos años, una buena parte de los estudios pioneros se centraron en las organizaciones político-militares, identificándolas a través del concepto NI como la novedad del período (Hilb y Lutzky, 1984). Así, la opción armada habría definido la dinámica sociopolítica de los 70, obstruyendo “desde afuera” y “desde arriba” el movimiento de protesta popular surgido al calor del Cordobazo. A comienzos de los 90, Oscar Terán (2013 [1991]) introdujo el concepto de “NI intelectual”. Aquí el foco no estaba en los grupos armados sino en la relación entre la política y ciertos campos específicos de actuación (el cultural, universitario e intelectual). El concepto refería a grupos que en esos ámbitos habían protagonizado un proceso de radicalización de las ideas y las opciones políticas que incluía la “revisión” del peronismo y los debates en torno al “compromiso” de la figura intelectual. En polémica con la primera pero retomando elementos de la segunda etapa, un tercer grupo recurrió al concepto para denominar un fenómeno más amplio: un conglomerado de fuerzas, políticas y sociales que durante dos décadas protagonizó un ciclo de movilizaciones y encarnó nuevas posiciones en torno al peronismo y la aceptación de métodos de acción directa, incluida la lucha armada. Para Alfredo Pucciarelli (1999) y Cristina Tortti (1999, 2009, 2014), el concepto funciona como una llave para comprender el complejo y heterogéneo mundo socio-cultural-político de los años 60 y 70, llevando la mirada más allá de las organizaciones armadas, entendidas como un actor entre tantos de ese mundo. La NI nombraba un “conglomerado” de fuerzas sociales y políticas que protagonizaron la protesta de esos años y que renovaron el campo de ideas y tradiciones de militancia en el peronismo, las izquierdas y el mundo cristiano. Este enfoque, que poco tiene de eurocéntrico, ha sido continuado en Argentina, y se ha puesto en diálogo con autores y autoras que venían trabajando el concepto desde otros lugares. Por ejemplo, Eric Zolov (2012) ha afirmado que la historiografía sobre la etapa estuvo mucho tiempo centrada en el

fenómeno de la lucha armada, relegando procesos de renovación (que formaron parte de esa “era” tanto como la insurgencia) en la sexualidad, la música y las políticas culturales. Así, se propone una nueva utilidad del concepto de NI, pues permite ampliar el foco de análisis y construir una noción más amplia de “la izquierda” que incluya a los movimientos sociales, gremiales y culturales de la época. Se trata, por un lado, de mirar “a los costados” y visibilizar esas trayectorias menos espectaculares que aquellas que optaron por las armas. Pero que nos ayudan a comprenderla. Cuando nos acercamos al mundo de las militancias juveniles universitarias de los años 60, vemos esa heterogeneidad en acto: las demandas gremiales/corporativas y universitarias (como por ejemplo, el reclamo por el aumento presupuestario, el adecuado funcionamiento del comedor o, más conocido, la no creación de universidades privadas con títulos habilitantes) convivían con opciones partidarias cada vez más radicales.

El segundo eje de discusión es la amplitud y heterogeneidad que la NI pretende abarcar, lo cual lo tornaría un concepto y una mirada no solo contradictorio, sino también con poco alcance explicativo. Es este un interrogante de orden epistemológico a atender pues realmente, como ha dicho Martín Mangiantini, la extensión del uso de la NI se vuelve sobre su productividad analítica (llanamente, lo que explica todo no explica nada). Debe atenderse sí, pero no desde el cierre sino desde la creatividad conceptual. Hay algo de esa amplitud, incluso de esa amplitud contradictoria, que no inhabilita el enfoque sino que lo convierte en uno útil para comprender un fenómeno político y social que fue también amplio, contradictorio y complejo, y que precisamos nombrar. Especialmente en América Latina y Argentina, donde muchas veces la violencia revolucionaria fue asociada a “fanatismos” aislados, que irrumpieron y corrompieron a la sociedad. Los ciclos de protesta social y los espacios de militancia deben abordarse como fenómenos más diversos socialmente, complejos ideológicamente e interrelacionados con diversas formas de acción política, armada, gremial, cultura o intelectual. Es un desafío volver asible esa complejidad mediante la producción de conceptos menos abarcativos, categorías intermedias y adecuadas a la escala estudiada.² En nuestro caso, por ejemplo, re-

2. Friedemann, al trabajar sobre la izquierda peronista, observa lo problemático de aunar diversas experiencias, motivos de alejamientos y rupturas en el peronismo y hacia la izquierda. ¿Cómo aprehender tantos puntos de fuga? Es un desafío, sin dudas. En un trabajo reciente, Mora González Canosa y Mariela Stavale (2021) han dado un paso hacia allí definiendo conceptos mediadores para nombrar y abordar esa diversidad: “cauces de radicalización política”, “estilos de peronización” o de “izquierdización del peronismo” contribuyen según ellas a diseccionar cómo se acercaron al peronismo quienes provenían de las izquierdas o del catolicismo; qué concepciones sobre el rol de Perón o sobre la violencia revolucionaria se sostenían. Ellas también

sultó útil la noción de “NI universitaria” en la medida en que permitió nombrar un conglomerado de grupos que, abrevando en tradiciones políticas novedosas pero diversas (y también divergentes entre sí), actuaron juntas, en La Plata y durante 1964-1966: ex comunistas influenciados por la experiencia de Pasado y Presente, integrantes del Malena y MIR-Praxis, estudiantes peronistas más cercanos al mundo de la izquierda que al nacionalismo católico. Esta unidad se desplegó en acciones contenciosas (como las tomas realizadas a raíz del Plan de Lucha de la CGT y en apoyo a una huelga de trabajadores de la UNLP) y en las contiendas electorales para disputar los espacios de poder estudiantil a una corriente reformista identificada como conservadora. Y si bien en un plano organizativo debemos hablar de experiencias con fuerza cuantitativa media, su visibilidad era insoslayable. Pues sí constituyeron propuestas novedosas en términos ideológicos, esto es, con fuerza en sus ideas: la reivindicación de la acción directa; la articulación con el sindicalismo peronista y el fuerte respaldo a Cuba llevados a la universidad; la reinterpretación del reformismo y las tareas “universitarias”. Este último es un punto clave pues estamos hablando de un conglomerado de actores que, en la universidad, logró articular demandas del territorio (gremiales o corporativas), novedades políticas y banderas extrauniversitarias con una interpretación propia de la Reforma Universitaria (a través de la cual, por ejemplo, participaba de las contiendas electorales sin desestimarlas).

Un tercer punto de debate es la relación de la NI con las “clásicas” tradiciones de izquierda y con el peronismo. En ese marco, uno de los puntos que ha suscitado posiciones divergentes es el vínculo de la NI con un Partido Comunista que no perdió peso político, ni quedó ajeno a procesos y debates típicos de la época. Martín Mangiantini acierta en este punto, cuando señala que muchos de los rasgos relevantes de la NI argentina pueden encontrarse también en la historia del PC de ese país: entre ellos, la influencia de la “cuestión peronista”, insoslayable a la hora de definir tácticas, posiciones públicas y orientaciones oficiales. Cuando se analiza las derivas del PC en los 50, 60 y 70 se trata, dicho impacto tiene una relevancia difícil de ignorar. Ahora bien, no se trata exclusivamente de las repercusiones intrapartidarias, ni de alianzas tácticas desplegadas. Por caso, la UCR también se vio trastocada por el peronismo (de hecho se fracturó al calor de ese tema y otros) pues era el dato del campo político argentino de la época. El punto es las formas que asumió ese impacto: la NI engloba experiencias rupturistas, que crearon un campo de militancias nuevo, bajo nuevas premisas. Aque-

trabajan con la idea de “mirar hacia los costados” para visibilizar nexos (exitosos o fallidos) entre lo social y el político.

llas experiencias encarnaron una revisión del peronismo de otro tipo, con impronta generacional y cubana que lo colocaba, no sólo como aliado electoral (ahora de izquierda y “disponible”), sino en el lugar de movimiento nacional de liberación. Por otra parte, se señala que el PC también se vio atravesado por la adopción de la violencia revolucionaria, aludiendo a sus grupos clandestinos de defensa o incluso a la participación en algunas acciones armadas. Pero el PC no hizo de ello un elemento estratégico y la tensión democracia/revolución horadó la interna partidaria. Más ampliamente, y como ha dicho Laura Prado Acosta (2014), esa *disputa sobre la definición del modo en que se llevaría a cabo la revolución* marcó a fuego la diferenciación entre “nueva” y “vieja” izquierda (no solo en Argentina) expresando además transformaciones profundas en las expectativas de las militancias juveniles que se alejaron de las estructuras del PC.

Otra cuestión tiene que ver con el peso de los actores, esto es, el lugar político del PC en el campo de las izquierdas y, en particular, en relación con grupos que encarnaron experiencias de NI. Esto merece una atención también. Por ejemplo, la uruguaya Vania Markarian (2012), al analizar la emergencia de la NI y la cultura juvenil en el movimiento estudiantil del vecino país, terminó concluyendo que el PC había sido un actor de peso en las protestas universitarias de 1968 y en los cambios culturales que renovaron las prácticas de los y las jóvenes; y que las distinciones con que pensar los actores debían ser menos tajantes. También para Argentina, Cristina Tortti trabajó sobre la revista *Che* y otras publicaciones donde la renovación y la “impaciencia” encontraban a jóvenes de diversas militancias, la comunista entre ellas. He observado que, para el caso del movimiento estudiantil de La Plata de los tempranos 60, las experiencias que integraban la NI no actuaban tan lejos de los grupos comunistas, aunque en buena medida fueran fracturas o alejamientos propios. No había lugar para ello. Las divergencias políticas e ideológicas convivían con alianzas y/o una participación conjunta en acciones de protesta (las tomas contra la invasión a Santo Domingo en 1965), de reivindicación gremial (las luchas por el presupuesto durante 1962-1966), dadas de acuerdo a las lógicas propias del territorio, la universidad. Es difícil generalizar en este aspecto: estudios situados podrán decirnos qué tipo de relaciones y alianzas se tejían entre las “nuevas” y “viejas” izquierdas; cómo convivían si es que lo hacían; y de qué tipo fueron los impactos reales de aquellos cambios en las ideas.

En otro orden, un debate en sí mismo está dado por la inclusión de la izquierda peronista dentro de la NI. Sin dudas, tal como dice Sergio Friedemann, difícilmente se comprenderían las luchas sociales y políticas de los 60 y 70 si nos quedara por fuera del análisis ese ala del movimiento peronista. También Cristina Tortti (2014, pp. 1-2) ha dicho que la

noción de NI argentina poco puede explicar si no se toma en cuenta que incluyó como uno de sus ingredientes principales la radicalización del peronismo y el surgimiento de sectores que, en el seno del movimiento, repensaron sus históricas banderas desde una perspectiva de izquierda y socialista. La experiencia del peronismo universitario de La Plata difícilmente pueda comprenderse si no es desde aquí. Nos referimos al caso de la FURN (Federación Universitaria de la Revolución Nacional) que, surgida en 1965, agrupaba a estudiantes peronistas, influenciados por John W. Cooke, y actuaba dentro de aquel conglomerado que llamamos la *NI universitaria*. Tal como se ha dicho antes, poco se comprendería de las luchas sociales y de la radicalización de los y las jóvenes de La Plata (universitarios pero no únicamente) sin atender al surgir de la FURN, en la universidad y en el seno del movimiento peronista de la ciudad. No solo porque formaba parte de las acciones, directas e institucionales, que arriba mencionamos, sino también porque su composición expresa toda la complejidad y renovación de la época. Sus orígenes refieren a la izquierda y no al cristianismo o al nacionalismo de derecha: confluyeron en la FURN jóvenes estudiantes de tradición peronista, estudiantes latinoamericanos influenciados por Cuba y Cooke, pero también quienes a comienzos de los 60 se alejaron del comunismo.

A modo de cierre, algunas ideas que intentan sintetizar lo dicho. Desde posiciones e investigaciones variadas promovemos la idea de la NI como un enfoque, una forma no violentológica de mirar la historia reciente,³ sin desconocer que, estrictamente, la categoría nombra actores y posiciones con algunos puntos en común: la ruptura con tradiciones militantes clásicas (el peronismo, las izquierdas, el catolicismo); el intento de renovar dichas tradiciones al calor de Cuba; y la defensa de la violencia política revolucionaria como modalidad de acción legítima. Decimos que también habilita preguntas sobre ese pasado e ilumina procesos, a veces “oscurecidos” por las lecturas dominantes. Como decíamos arriba, los inicios del campo de estudio sobre la historia reciente argentina y los primeros debates en torno a los 70 estuvieron orientados por lo que algunos han llamado la “estrategia democrática”, que tuvo dos notas salientes: el tratamiento de la violencia política como

3. Quien nombró el desafío de construir un análisis “no violentológico” de nuestro pasado reciente fue Omar Acha (2012), hace ya casi una década. Su escrito incluía una breve lista de desafíos que fueron, de varias formas, actualizados. Uno de ellos proponía realizar un cuestionamiento a la “excepcionalidad” nacional en los procesos de rupturas y radicalidad política. No vamos a ahondar aquí en ello, pero cabe decir que, más recientemente, autores como Eric Zolov y Aldo Marchesi han propuesto algo similar, esto es, la comparación y el enfoque transnacional sobre los procesos de radicalización que siguieron a la Revolución cubana; ambos encuentran en la noción de NI una llave para ello. Es una línea de desafíos y trabajos pendientes también.

descripción total de la época; y una impronta normativa, a partir de la cual esa violencia fue vista como un indeseable, como “desmesurada” e “irracional”. Paradójicamente, una de las premisas de la NI como enfoque dice que circunscribirnos a las organizaciones armadas para pensar todo ello conlleva una desatención sobre otras formas de hacer política que contienen, preceden o explican la vía armada. Es decir, sobre quienes no adoptaron esa vía o actuaron en otros espacios, sindicales, barriales, culturales o institucionales. Y el mundo universitario de los años 60 es un ejemplo notable de ello, donde la NI tuvo inserción específica, no reductible a la propaganda armada ni a los discursos exclusivamente políticos (sean estos de contenido peronista, socialista, o ambas cosas). No se trata solo de pensar qué partido cuaja o no en el concepto. Se trata de abordar la época sin invisibilizar: a) las rupturas ideológicas, políticas y generacionales; b) a quienes dieron densidad al ciclo de protesta social, así como a las diversas formas de hacer política desplegadas por ellos. Las disputas en el ámbito de la cultura, en el movimiento sindical, la politización de las profesiones, los reclamos gremiales en las universidades y las resignificaciones del reformismo, todo ello hizo a una sociedad movilizadada en diversos ámbitos y de varias formas que, quienes queremos comprender esa época, precisamos observar, nombrar, comprender.

* * *

Izquierda peronista y nueva izquierda

Sergio Friedemann

Universidad Pedagógica Nacional - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad de Buenos Aires
ser.fri@gmail.com

En la bibliografía académica sobre los procesos de radicalización política argentina de los años 60 y 70 es recurrente el uso de la categoría de “nueva izquierda” (NI). Más allá del significado del término, cuestión sobre la que volveremos, no es posible ignorar que desde mediados de los años 50 diversos grupos político-intelectuales del hemisferio norte comenzaron a nombrarse a sí mismos como *new left*, movimiento que se extendió y pareció alcanzar la cima en mayo del 68. Lo hicieron a partir de búsquedas por diferenciarse de lo que consideraban la vieja izquierda y sus partidos. 1956 marca para sus protagonistas un quiebre: el informe “secreto” de Krushev que dio a conocer los crímenes de Stalin, la invasión franco-británica al canal de Suez tras su nacionalización por Nasser en Egipto y la revolución húngara aplastada por tanques

soviéticos, son sucesos que habrían empujado a marxistas franceses y británicos a formar una NI, experiencia replicada en los Estados Unidos.⁴

Se trató de diferentes grupos intelectuales –nucleados sobre todo alrededor de revistas políticas– que comenzaron a plantear una “tercera corriente socialista” (Bourdieu, 1957) o “tercera posición” (Hall, 2010), diferente tanto del reformismo socialdemócrata como del estalinismo. Un espacio intelectual heterogéneo con intenciones de articulación política casi nunca lograda. Pero había elementos que los acercaban. La oposición al dogmatismo y el determinismo económico de la ortodoxia soviética impulsó la revisión del marxismo, favorecido por el hallazgo de obras desconocidas de Marx, como los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844, disponibles a partir de esos años en varios idiomas. Siendo parte de la tradición marxista, la *new left* se vio más dispensa a recibir aportes de otras tradiciones como el nacionalismo, el laborismo, el catolicismo, pero también del psicoanálisis, del humanismo, del existencialismo y del feminismo. Rupturas con la “izquierda tradicional” nutrían a aquella que se autopercibía como la NI.

El marxismo humanista fue una de las principales corrientes de la época. Y frente a él iba a reaccionar Louis Althusser con la reivindicación de un marxismo científico explícitamente “antihumanista” (2011 [1965]). Los humanistas rescataron algunos aspectos de la filosofía hegeliana, los escritos del joven Marx –sobre todo el concepto de *alienación*– y los cuadernos de la cárcel de Gramsci, entre otros textos que no formaban parte de los principales estantes de la biblioteca soviética. Althusser sostuvo que el joven Marx no tenía mucho que ver con el autor de *El capital*, mientras los humanistas señalaron las continuidades por sobre las rupturas. El debate intelectual de izquierdas vivía un “renacimiento”, del cual lo aquí esbozado constituye una aproximación mínima.

La revisión y renovación del marxismo fue un fenómeno mundial, y la noción de NI podía comenzar a cuadrar en todos aquellos grupos políticos y experiencias de las izquierdas que no adherían a la ortodoxia, ya sea porque las particularidades de cada país requerían una revisión de la “cuestión nacional”, o simplemente porque los partidos tradicionales sufrían rupturas en función de críticas internas que no encontraban el modo de encauzarse sin fisuras. Pero uno de los principales impulsos para este fenómeno fue la caída de la hegemonía soviética dentro del mundo de las izquierdas, a la cual contribuyó la ruptura con China. Las revueltas obreras y estudiantiles de la década se sucedían más allá de la influencia de la URSS, que en algunos casos se ocupó de reprimir las. Fue tal el grado de internacionalización del fenómeno del 68, que cru-

4. Al respecto, se pueden consultar Bourdieu (1957), Hall (2010), Hobsbawm (2013), Wright Mills (1960), entre otros.

zó dos conjuntos de fronteras globales: aquella que separaba a países centrales de países dependientes, pero también la que distinguía entre países socialistas y capitalistas.

Algunas aproximaciones con el caso argentino son evidentes. Una de las características de la NI “del norte” fue que miraba hacia lo que se empezó a llamar Tercer Mundo. Y en Argentina hubo quienes llevaron adelante un esfuerzo intelectual por mostrar que el país era parte del espacio tricontinental compuesto por América Latina, Asia y África (Manzano, 2014). La Revolución cubana impactó a unos y otros. Lo que Eric Hobsbawm llamó en retrospectiva un “giro populista” de la clase media, en Argentina se percibió como giro a la izquierda, “nacionalización” y “peronización” de los sectores medios. Las juventudes aparecían como actores políticos con fuerza propia y las páginas de los diarios comentaban una inédita ruptura generacional. Estudiantes, intelectuales y obreros protagonizaron ciclos de protesta, mientras se desarrollaban organizaciones guerrilleras, procesos de descolonización y “movimientos de liberación nacional”. El Cordobazo del 69, aunque con diferencias, parecía insertarse en el movimiento global comenzado un año antes.

Los modos en que estos fenómenos de escala transnacional impactaron en cada país variaron. La recepción de la Revolución cubana, la persistencia del peronismo proscripto, las transformaciones del mundo católico, el surgimiento de organizaciones de izquierda armadas, entre otros sucesos, hicieron de la llamada NI argentina algo posible de ser analizado en sí mismo. Pero no es prudente dejar de lado sus conexiones con la historia global en plena Guerra Fría.

Otro punto a considerar es que en Argentina no resultó para nada generalizado el uso de la categoría de NI por parte de los actores. En ocasiones se la utilizó de manera despectiva. En otras, mirando la experiencia extranjera. Y en muy pocos casos fue asumida por grupos que no cuadraban en las definiciones que la bibliografía ofrece. Si bien es cierto que las izquierdas atravesaron debates y polémicas en torno a la posibilidad de renovarse, y que las búsquedas se daban con frecuencia en una actitud de contraposición a los tradicionales partidos comunista y socialista, estamos ante una categoría cuyo uso académico para el caso argentino resulta centralmente analítico, aunque tenga un origen nativo de otras latitudes. Esto no implica, a priori, ningún escollo. Que NI no fuera una noción escogida por los propios actores para identificarse en nuestro país, no es motivo para impugnar su validez analítica.⁵ En todo caso, es la falta de distinción entre usos nativos y analíticos la que en ocasiones obstaculiza un mejor entendimiento

5. En efecto, consideramos útil y válida la categoría de “izquierda peronista”, que

entre enfoques y perspectivas divergentes. La cuestión que aquí me gustaría recuperar es, en cambio, hasta qué punto resulta fructífera la noción para nombrar a un conjunto heterogéneo de actores, y quiénes habrían formado parte de él. En particular, me interesa observar si en los empleos analíticos del concepto de NI está contenida la izquierda peronista o si se la considera en cambio un actor externo a ella.

Es posible identificar al menos tres usos epocales de la categoría de NI en las investigaciones sobre los procesos de radicalización política de la Argentina de los años 60 y 70. En los años 80, trabajos pioneros como los de Claudia Hilb y Daniel Lutzky (1984) han afirmado que son la lucha armada, la violencia y la guerra los elementos que permiten delimitar a la NI en contraposición a la vieja izquierda partidaria. Esto sería lo nuevo de ciertas izquierdas en los 60: el medio para acceder al poder. Entre las guerrillas se incluyen, claro está, aquellas de identidad peronista.

Al comenzar los 90, Oscar Terán (2013 [1991]) y Carlos Altamirano (1992) utilizaron la noción de NI intelectual para referirse a la producción teórica, el trabajo editorial y la participación política de figuras y grupos intelectuales cuya contraposición a la izquierda tradicional provenía de una “situación revisionista”, centralmente respecto del peronismo, pero también por la incorporación de enfoques marxistas más heterodoxos. Fue explícita en estos autores la inclusión de revistas, grupos e intelectuales de identidad peronista como parte de la NI.

A partir de finales de los 90 y comienzos de los 2000, tomando como punto de partida las tradiciones anteriores, se va cristalizando un uso del concepto que lo amplía y que a su vez brinda un marco interpretativo a un conjunto de investigaciones actuales que se insertan en esta tradición académica. Con el término NI se busca nombrar a un extenso conjunto de experiencias políticas e intelectuales de izquierda “no tradicional”, en algunos casos adhiriendo a la lucha armada y en otros no. El apoyo y el entusiasmo generado por la Revolución cubana sería una de sus principales características, junto con la relectura del fenómeno peronista, crítica de cómo la izquierda lo había juzgado durante su primer gobierno. De ese modo, la NI es concebida como un “conglomerado” de fuerzas sociales y políticas que encabezó el ciclo de protesta social contra la dictadura (1966-1973), un conjunto heterogéneo cuyo “lenguaje compartido” y “estilo político” le otorgaba “cierta unidad de hecho”. A pesar de su heterogeneidad, su despliegue permitiría visualizarla como un “movimiento social” o un “actor político” (Pucciarelli, 1999; Tortti, 1999, 2009 y 2014). Se habría expresado en las organizaciones guerrilleras,

tampoco fue escogida mayormente por los actores que formarían parte de ese espacio heterogéneo.

en la unidad obrero-estudiantil alrededor de la CGT de los Argentinos y del Cordobazo, en nuevos modos organizativos en las universidades, en rupturas dentro de los partidos de la izquierda tradicional, en revistas político-culturales, entre otras experiencias.

La inclusión de la izquierda peronista dentro de ese entramado resulta por momentos manifiesta. Pero cuando se intenta abordar a la NI como conjunto, como actor con cierta unidad, se afirma de manera más o menos explícita una relación de exterioridad respecto del peronismo, e incluso de su ala izquierda. Para ejemplificarlo, sintetizo algunas de las afirmaciones presentes en la producción académica contemporánea:

1. Dado el protagonismo que la NI tuvo en el ciclo de protestas contra la dictadura (1966-1973), debe ser considerada un actor de importancia equivalente a la de las Fuerzas Armadas, la guerrilla y el peronismo (Pucciarelli, 1999).
2. Cuando se produce el llamado a elecciones, la NI no logró constituirse en una alternativa política al peronismo y a las organizaciones armadas, quedando afuera del juego político (Tortti, 1999).
3. Las reconfiguraciones y transformaciones ideológicas que dan lugar al surgimiento de la NI argentina son “similares” a las que suceden en otras tradiciones, entre ellas la del peronismo (Tortti, 2009).
4. Surgieron en la misma época organizaciones de la izquierda peronista, o del peronismo revolucionario, aliadas a la NI o que articularon con ella (Pis Diez, 2020).
5. Existió cierta ambigüedad política dentro de la NI, en tanto una porción sustancial de ella formaba parte, en simultáneo, de otro campo político: el peronismo; tenía una doble pertenencia (Tortti, 1999) o quedó atrapada entre dos lógicas, la populista y la de la nueva izquierda (Tortti, 2014).

Estas enunciaciones indicarían que la izquierda peronista, aunque estaría vinculada, no sería parte de la NI. O bien lo sería de manera ambigua, no genuina. Sin embargo, como ya se dijo, numerosas indagaciones sobre casos particulares parten de esta matriz interpretativa para ubicar dentro de la NI a agrupaciones universitarias, organizaciones armadas, revistas político-culturales, grupos intelectuales e incluso experiencias de gobierno protagonizadas por diferentes expresiones de la izquierda del peronismo.

Se podría inferir que la categoría de NI transita por dos carriles diferentes que no siempre resultan compatibles. Cuando se la analiza conceptualmente, para afirmar su validez analítica en referencia a un conjunto de grupos y actores, se revela la necesidad de diferenciar a ese entramado respecto de aquellos que actuaban dentro del peronismo.

Pero cuando se analizan casos particulares, se observa que todo lo que parece definir a la NI también es válido para la izquierda peronista.

La propuesta de no evadir el origen europeo y transnacional del concepto a partir de mediados de los 50, y su posterior extensión alrededor del 68 global, tiene que ver con que muchas de las características que acompañaron a esa experiencia se presentan como elementos constitutivos de la llamada NI argentina, pero lo mismo podría decirse de la izquierda peronista: fracturas en los partidos tradicionales, experiencias intelectuales y culturales de una izquierda crítica de la doctrina soviética (bajo el influjo de la idea sartreana del intelectual comprometido), una mirada descolonizadora atenta a lo que se empezó a llamar Tercer Mundo, confluencia del marxismo con otras tradiciones como el nacionalismo, el humanismo, el existencialismo y/o el catolicismo, el surgimiento de un cristianismo revolucionario, las revueltas estudiantiles y una fuerte ruptura generacional. No es posible negar que variantes argentinas de esos fenómenos confluyeron alrededor de la conformación de la izquierda peronista, aunque no exclusivamente en torno a ella.

¿Tenía la izquierda peronista una doble pertenencia o somos los intérpretes quienes colocamos dos rótulos diferentes a un mismo entramado? Disputaba poder en el peronismo y actuaba hacia fuera como todo espacio político. En todo caso, algunas expresiones de la izquierda peronista articularon o tejieron alianzas en determinados territorios con otras agrupaciones de la nueva y de la vieja izquierda, como observa Nayla Pis Diez para el caso del movimiento estudiantil platense. La izquierda peronista podía viajar a Cuba a practicar tiro con otras izquierdas y sacar revistas con ellas. También podía aliarse con el Partido Comunista en un frente universitario. Eran peronistas que se relacionaban con otros espacios políticos que, sin ser peronistas, también querían construir algo que llamaban socialismo.

Es dudoso que la NI haya estado “a la vanguardia” de la lucha contra la dictadura a finales de los 60 si no incluimos allí a la izquierda peronista. Pero si las fracciones de izquierda del peronismo sí formaban parte de ella, tenemos entonces un gran sector de la NI que no quedó fuera del juego de opciones políticas hacia 1973. Lo que sucedió, en cambio, fue que la heterogeneidad de la NI se hizo valer cuando la dictadura llegó a su fin. ¿Era la NI un actor político, con “cierta unidad”? ¿O es un nombre que designa a una extensa variedad de actores que en pocas ocasiones actuaron de manera articulada?

En este punto, me remito al aporte de Martín Mangiantini en estas mismas páginas. Si bien la categoría puede ser fructífera para analizar casos particulares como el Partido Socialista Argentino de Vanguardia o las Fuerzas Armadas Revolucionarias, se torna problemática la extensión de su definición a la hora de analizar un sinnúmero de experiencias

insertas en la tradición y cultura de izquierdas que se distanciaron por motivos diversos de la izquierda partidaria tradicional. Incluso ciertas reconfiguraciones del comunismo durante el mismo período, como observa el autor, invitan a una mayor cautela a la hora de observar este tramo de la historia argentina bajo el prisma de la diada nueva izquierda-izquierda tradicional.

A partir de la problematización de la categoría en el campo académico, a la cual este debate intenta contribuir, se insinúan en algunos trabajos recientes ciertos desplazamientos que podrían continuar y profundizarse (González Canosa y Stavale, 2021; Pis Diez, 2020). La NI sigue siendo considerada, a partir de las premisas antedichas, como un “magma” o “conglomerado” de fuerzas, pero el foco parece correrse hacia la idea de heterogeneidad antes que a la de unidad. Puede que la NI deje de ser considerada un actor (en cuya composición el lugar de la izquierda peronista no resulta siempre igual de claro), para ser abordada como una red laxa cuyos vínculos no fueron suficientemente sólidos para constituirse en sujeto político. Este posible corrimiento se ve acompañado por otro elemento igualmente estimulante: se resalta la producción académica sobre la NI como un enfoque y no como un término que nombra a un objeto más o menos uniforme. Como una matriz de interpretación que busca diferenciarse de aquellos estudios que hicieron de la violencia política la variable privilegiada para estudiar la época. Tal vez, la idea de una red amplia y heterogénea de espacios que se acercan y se alejan de forma variable permite ubicar con mayor facilidad a la izquierda peronista dentro de ese entramado. En ese caso, se podría afirmar sin reservas que, en 1973, una porción significativa de la NI, pero también de la izquierda tradicional, no solo no quedó afuera del juego político, sino que albergó ciertas ilusiones en el proceso inaugurado con la llegada de Cámpora a la presidencia. Aunque había disputas para dar, era para esos sectores un momento significativo en la construcción de la “patria socialista”. El resultado era incierto, más allá de cómo jugara, en cada caso particular, la tensión dialéctica entre el pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad.

* * *

Bibliografía general

- Acha, O. (2012). Dilemas de una *violentología* de izquierda. En *Un revisionismo histórico de izquierda*. Herramienta.
- Altamirano, C. (1992). Peronismo y cultura de izquierda (1955-1965). *Latin American Studies Center*, University of Maryland.
- Althusser, L. (2011). *La revolución teórica de Marx* [1965]. Siglo XXI.

- Amaral, S. (2008). *La renuencia de las masas: el Partido Comunista ante el peronismo, 1946-1955*. UCEMA.
- Bourdet, C. (1957). The French Left. *Universities & Left Review*, 1 (1).
- Califa, J. (2018). Los estudiantes argentinos y la “nueva izquierda”: Evaluando un concepto a la luz del accionar de un sujeto. El caso de la Universidad de Buenos Aires entre 1966 y 1973. *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, 21, 105-126.
- Celentano, A. (2014). Maoísmo y nueva izquierda. La formación de Vanguardia Comunista y el problema de la construcción del partido revolucionario entre 1965 y 1969. En M. Tortti. *La nueva izquierda argentina (1955-1976)*. *Socialismo, peronismo y revolución*. Prohistoria.
- Cisilino, J. (2016). *Izquierda y nueva izquierda en los orígenes del Partido Comunista Revolucionario (1967-1969)*. En IX Jornadas de Sociología de la UNLP. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.8873/ev.8873.pdf.
- Friedemann, S. (2018). La izquierda peronista de los años sesenta como fenómeno argentino de la llamada nueva izquierda. *Tempo e Argumento*, 10 (24), 484-509.
- González Canosa, M. (2012). *Las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Orígenes y desarrollo de una particular conjunción entre marxismo, peronismo y lucha armada (1960-1973)*. Tesis doctoral en Ciencias Sociales, Universidad de La Plata.
- González Canosa, M., y M. Stavale (2021). Peronismo, izquierda y lucha armada. Balance bibliográfico y perspectivas analíticas sobre las organizaciones armadas peronistas en clave comparada. *Revista Páginas*, 13 (31)
- Hall, S. (2010). Vida y momentos de la primera Nueva Izquierda. *New Left Review (español)*, 61, 163-182.
- Hilb, C. y D. Lutzky (1984). *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y violencia)*. CEAL.
- Hobsbawm, E. (2013). La influencia del marxismo. 1945-1983. En *Cómo cambiar el mundo*. Crítica.
- Mangiantini, M. (2018a). *Itinerarios militantes. Del Partido Revolucionario de los Trabajadores al Partido Socialista de los Trabajadores (1965-1976)*. CEHTI-Imago Mundi.
- Mangiantini, M. (2018b). La “nueva izquierda” en la Argentina. Claves y discusiones alrededor del concepto. *Astrolabio. Nueva Época*, 21, 27-52.
- Manzano, V. (2014). Argentina Tercer Mundo: Nueva Izquierda, emociones y política revolucionaria en las décadas de 1960 y 1970. *Desarrollo Económico*, 79-104.
- Marchesi, A. (2019). *Hacer la Revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro*. Siglo XXI.
- Markarian, V. (2012). *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Unqui.
- Martín Álvarez A. y Rey Tristán, E. (2018). “La dimensión transnacional de la izquierda armada”. *América Latina Hoy*, 80, 9-28.

- Pis Diez, N. (2020). La “nueva izquierda” en el movimiento estudiantil: o lo político y lo universitario en una nueva red de grupos. Debates conceptuales y la reconstrucción del caso de La Plata, Argentina. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 1-15. DOI: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.80141>.
- Prado Acosta, L. (2014). El Partido Comunista Argentino y la ruptura con los “muchachos” de la revista Pasado y Presente. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 18, 185-188.
- Pucciarelli, A. (1999). *La primacía de la política: Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Eudeba.
- Rupar, B. (2019). *Emergencia y configuración de la corriente maoísta en Argentina. Antecedentes, fundamentos y caracterización (1965-1974)*. Tesis doctoral en Historia. UBA.
- Stavale, S. (2019). *Perros en las fábricas. La política sindical del PRT-ERP, sus prácticas y la experiencia de sus militantes en fábricas del Gran Buenos Aires, 1973-1976*. Tesis doctoral en ciencias sociales. UNLP.
- Terán, O. (2013). *Nuestros años sesentas. La formación de una nueva izquierda intelectual argentina [1991]*. Siglo XXI.
- Tortti, M. (1999). Protesta social y “Nueva Izquierda” en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional. En A. Pucciarelli (ed). *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Eudeba.
- Tortti, M. (2009). *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*. Prometeo.
- Tortti, M. (2014). La nueva izquierda argentina. La cuestión del peronismo y el tema de la revolución. En M. Tortti. *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*. Prohistoria.
- Weisz, E. (2004). *El PRT-ERP: nueva izquierda e izquierda tradicional*. Ediciones del CCC.
- Wright Mills, C. (1960). Letter to the New Left. *New Left Review*, 5.
- Zolov, E. (2012). Expandiendo nuestros horizontes conceptuales: El pasaje de una «vieja» a una “nueva izquierda” en América Latina en los años sesenta. *Aletheia*, 4.

ENTREVISTA

Nicolás Iñigo Carrera: Acervos familiares, experiencias universitarias, exploraciones teóricas: la formación de un historiador en Argentina, del primer peronismo a la dictadura

Carlos M. Herrera y Hernán Camarero

Centre de philosophie juridique et politique
Université de Cergy-Pontoise, Francia
Carlos.Herrera@u-cergy.fr

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas - Universidad de Buenos Aires
hercamarero@gmail.com

Desde los años 1990, Nicolás Iñigo Carrera se convirtió en uno de los historiadores marxistas que marcó las discusiones y los estudios sobre la clase obrera argentina, en particular a partir de su concepto de “estrategia”. El fruto de este trabajo se materializó en la década siguiente, en particular en su libro *La estrategia de la clase obrera. 1936* (2000). Estos últimos años, el programa se completó con otras obras, como *La otra estrategia. La voluntad revolucionaria* (2016), o más recientemente *Las estrategias de la clase obrera en los orígenes de peronismo* (2019), investigaciones donde destacan la preocupación metodológica y la minuciosidad empírica, más allá de los debates que han podido generar, incluso en las páginas de esta revista. Nicolás ha jugado también un rol importante como animador del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA).

Si estas facetas son conocidas, quisimos abordar en esta entrevista el camino previo, lo que podríamos llamar sus años formativos, a partir de tres ejes: la vida familiar, marcada por la impronta socialista al ser nieto de Juan B. Justo y vivir con Nicolás Repetto, el tiempo de

la formación historiográfica en los años 1960, en plena renovación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y finalmente, las primeras experiencias en el campo de la investigación durante las dos décadas siguientes, llevadas a cabo en torno del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO). Un arco de vida que cubre tres décadas de la historia argentina, del peronismo a la dictadura militar, en un marco de radicalización política.

Una versión más extensa de esta entrevista se halla en nuestro sitio web: www.cehti.org/

Quisiéramos iniciar el recorrido por el ámbito familiar ¿Cómo era la educación en tu hogar? ¿Se distinguía de la de tus amigos del mismo sector social?

La educación en el plano ético era muy estricta, basada en que “vos sabés lo que tenés que hacer”, sin ningún tipo de castigos y acompañada de mucho cariño.

Mi padre nunca fumó ni bebió una gota de alcohol, tenía un absoluto rechazo por las aventuras galantes y los mujeriegos y por el juego, fuera lotería, carreras de caballos o naipes. Se levantaba a la 5 o 6 de la mañana para ir a la fábrica donde trabajaba (primero como empleado y después como socio) en Villa Lugano; iba en su auto Morris 8, pero alrededor de 1955 lo vendió y viajaba de Vicente López a Villa Lugano en colectivos. Volvía alrededor de las 6 o 7 de la tarde, excepto los sábados en que lo hacía al mediodía. Había sido muy deportista, era muy lector. Era muy jovial y con mucho humor, muy burlón, bien porteño.

La educación que recibimos fue bastante diferente de la de mis compañeros de colegio primario y secundario. En primer lugar, el ateísmo militante (no agnosticismo, considerado una burda negociación con la religión) y el anticlericalismo reforzado por relatos familiares sobre cómo mi abuelo Segundo Iñigo Carrera, moribundo en el Hospital Santa María (Córdoba), había tenido que batallar contra los curas que querían que aceptara los ritos católicos. Mi abuelo murió teniendo junto a la cama un ejemplar de *El capital* –traducido por mi otro abuelo– y el padrón electoral del Valle de Punilla: una síntesis de la política del Partido Socialista (PS). Esto en una época en que todo el mundo se declaraba católico salvo unos pocos judíos o protestantes. En la primaria yo era uno de los dos o tres que iba a las clases de “Moral”, alternativa a las clases de “Religión” a las que iba el resto.

También al tope de los valores estaba un muy fuerte rechazo al machismo. Esto también chocaba con la ideología de algunos de mis compañeros de colegio que consideraban a las mujeres en un escalón inferior a los hombres, sobre todo intelectualmente. El rechazo era

mayor aún a considerarla un objeto sexual. Lo que se postulaba era una absoluta igualdad entre hombres y mujeres, tanto en capacidades como en conductas. Sin embargo, en la práctica, podía subsistir cierta idea de protección a la mujer.

Otros elementos importantes eran el rechazo a la violencia, la ausencia de castigos, la prohibición de armas de juguete y el convencimiento de que se podía llegar al socialismo, difusamente presente como una sociedad más racional, sin diferencias sociales, por la vía del parlamento y la educación.

¿Cómo recordás la relación de tus padres con el PS?

Mi padre fue activo militante desde la niñez (mi abuela recordaba una conferencia callejera de mi padre de alrededor de 15 años, bajito y flaco, en que uno de los asistentes le dijo “Parla bene, ma non se le vede”) lo mismo que sus hermanos mayores. Fue secretario del centro socialista de la 17^a varios años; a comienzos de los años 30 formó parte de la mesa directiva del Comité Central de las Juventudes Socialistas, después fue miembro de la Junta Ejecutiva y secretario de varios congresos de la Federación de la Capital (1937-1943) así como de la comisión organizadora de las Fiestas de Confraternidad Proletaria. Mi madre, afiliada del centro de la 7^a, también militó, sobre todo en campañas electorales y en Nueva Argentina. Viviendo con Repetto y Fenía Chertkoff desde que tenía un año y medio, tuvo la política en su casa. Mi padre dejó de militar activamente aproximadamente en 1947, pero siempre siguió involucrado en el partido.¹

¿Cómo se integraba Nicolás Repetto en la vida familiar?

Repetto estaba totalmente integrado a la vida familiar, pero tenía su actividad propia. Pasaba el día en su escritorio, leyendo (recibía publicaciones de todo el mundo), escribiendo o en reuniones. Hasta los 90 años iba a las reuniones del Comité Ejecutivo de las que volvía en trolebús a la una o dos de la mañana. Siempre compartimos los almuerzos y, en las sobremesas (larguísimas, aunque los chicos huíamos a jugar al

1. Nicolás Iñigo Carrera es hijo del matrimonio entre Sarita Justo (1910-1986), la sexta y última hija de la unión de Juan B. Justo y Mariana Chertkoff, y de Ismael (1911-1984), hijo de Victoria Tomasa Marnoni y Segundo Iñigo Carrera, quien tenía también una aquilatada militancia socialista, en la que se destacará otro de sus hijos, Héctor. Tras la muerte de su madre en 1912, Sarita fue criada por su tía Fenía Chertkoff y Nicolás Repetto, con quienes vivió hasta sus muertes, en 1928 y 1965; sus hermanas Leticia y Aurora Justo se casaron con Germán y Emilio Dickmann, respectivamente.

futbol), el tema excluyente era la política y, derivada de ella, la historia. Jamás hablaban de futbol, carreras, mujeres o negocios. Salvo que Repetto tuviera reuniones fuera de casa también compartíamos las cenas, con mi padre incluido.

No tengo recuerdo de haber discutido con él en la adolescencia y poco en la época de la facultad. Me acuerdo de una discusión sobre José Luis Romero y la importancia que le daba a la historia medieval, que Repetto veía como parte de una ofensiva clerical.

¿Y qué lugar ocupaba la figura de Juan B. Justo en la casa?

Juan B. Justo era un modelo inalcanzable. Eran citados sus dichos, como “Si en la mesa de la vida algunos no tienen lugar es porque otros ocupan demasiado lugar”, “El juego es el impuesto a los tontos”, “A igualdad de capacidad, quien menos impone su persona más impone sus ideas”, y estaba presente su definición de socialismo: “El socialismo es la lucha, en defensa y por la elevación del pueblo trabajador que, guiado por la ciencia, tiende a realizar una libre e inteligente sociedad humana, basada en la propiedad colectiva de los medios de producción”. Por la vía parlamentaria y la educación. Pero también era el abuelo del que contaban anécdotas jocosas; tenía fama de burlón y cascarrabias. Repetto le tenía un respeto idólatrico. Se resaltaba su ética y su capacidad intelectual.

¿Cuál era la relación con Alicia Moreau entre los años 1950 y 1970?

Mis padres apreciaban mucho a Alicia. Y la veíamos con cierta frecuencia. La división del partido la alejó de Repetto, pero no de mis padres. Cuando me casé fue al Registro Civil y su regalo fue el libro *Resurrección* de Tolstoi; todo un mensaje. Con ella alguna vez discutimos sobre el peronismo. También recuerdo su irónico juicio sobre el psicoanálisis, que asimilaba a la confesión de los católicos.

En 1982 o 1983 me convocó a su departamento. Me dijo “Quiero hablar con los de 40 años, con los de 60 no me entiendo. Dicen que soy una soñadora. Me moriré soñando”. Tuvimos una conversación sobre el futuro de Argentina, pero no nos pusimos de acuerdo.

¿Cómo se vivió el peronismo?

Mis padres fueron antiperonistas, pero nunca antiobreros. Jamás tuvieron cabida expresiones como “negros” o similares. Fuimos educados en el rechazo a toda forma de racismo y a la creencia en razas superiores o pueblos elegidos. El peronismo fue vivido como un desastre para el

país, un engaño a los trabajadores y un robo de las banderas del PS. Lo cierto es que determinó nuestras vidas en muchos sentidos.

Cada tanto Repetto era vigilado: un “pesquisa” parado en la esquina durante todo el día en un barrio bastante descampado no pasaba desapercibido. Él estuvo exilado en Montevideo desde el 26 de julio de 1944 al 3 de septiembre de 1945; y habiendo nacido yo en mayo del 45, a mediados de julio fui llevado a que me conociera. Repetto fue apresado en dos oportunidades: en 1951, después del golpe de Menéndez, y en abril de 1953, después de las bombas en Plaza de Mayo y el incendio de la Casa del Pueblo. Hubo otros allanamientos en que no lo encontraron, porque había huido a tiempo. Recuerdo los policías de civil en la sala, su negativa a dejarle llevar el bastón y Repetto diciendo que su bastón no tenía espada ni cachiporra. Tengo un vívido recuerdo de las visitas a la comisaría 1ª, cuando Repetto estuvo detenido junto con Carlos Sánchez Viamonte, y a la Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras.

No hubo en nuestra casa una política de ocultamiento de la posición política. Mi madre, profesora de inglés en la Escuela Normal n° 1 fue dejada cesante dos veces. La primera el 20 de agosto de 1945, por el decreto 18.921/45 firmado por el vicepresidente Perón y Antonio Benítez, que exoneraba a un grupo de profesores por convocar a una huelga en solidaridad con los profesores universitarios. Fueron reincorporados en octubre de ese mismo año. La segunda cesantía fue específica para ella, mediante el decreto 9.893 del 29 de octubre de 1952, firmado por el director General de Personal, por su negativa a dar clase sobre *La Razón de mi Vida*, asentada en una nota elevada a la Directora de la Escuela Normal n° 1.

Esa misma actitud se esperaba de nosotros. En cuarto grado tuve como tarea preparar tres lecturas, alusivas a Perón, Evita y Stella Maris, la patrona de los navegantes; mis padres me dijeron “cuando tengas que dar la lección decís: yo para hoy no estudié porque en la escuela no hay que enseñar ni política ni religión”; orden que cumplí.

Después de la quema de la Casa del Pueblo circulaba el rumor de que serían incendiadas las casas de los dirigentes opositores (algo que nunca ocurrió). Mi madre se negó a dejar la casa. Pero sí cuando los golpes de junio y septiembre de 1955. Mis padres fueron a la casa de mi tío Miguel y nosotros a la casa de mi tía Leticia y Germán Dickmann. En septiembre nos quedamos hasta que se definió la situación. Y fuimos a la Plaza de Mayo donde una multitud vivaba la libertad y gritaba “Si este no es el pueblo, el pueblo dónde está”. (Me llevaría unos diez años empezar a darme cuenta de que la mayoría del pueblo no estaba justamente en esa plaza.) Fue el primer acto político multitudinario en que estuve. Tenía 10 años.

Otro recuerdo imborrable fue la ruptura de relaciones con Enrique y

Emilio Dickmann, este último casado con mi tía Aurora. Nuestra casa era lindera con la casa de Enrique por los fondos, separados los terrenos por un cerco vivo, y con la de Emilio por el costado, sin cerco entre ellas, sólo con una pirca de unos 50 cm de alto. Nuestro compañero de juegos era nuestro primo Emilio (h), dos años mayor que yo. En 1952 Enrique y Emilio se entrevistaron con Perón y fueron expulsados del PS y de la familia. A nosotros nos indicaron “Con su primo no juegan más” y se levantó un cerco de alambre entre las dos casas. Y, efectivamente, no nos tratamos con mi primo por varios años. Lentamente se fue levantando la excomunión y, después de varios años, Emilio y Aurora estuvieron en alguna de las navidades multitudinarias que organizaba mi madre. Pero mi tía Leticia Justo nunca más les dirigió la palabra.

¿Dónde cursaste la escuela primaria y luego el secundario?

El peronismo influyó en la decisión de mandarnos a hacer la escuela primaria en colegios privados, donde, presuntamente, no estaríamos tan expuestos a molestias por la posición política de la familia. Empecé la primaria en 1951, en el colegio William Hudson, donde había hecho el Jardín de Infantes. Tenía pocos alumnos y sólo los dos primeros grados. Después pasé al Westminster College, un típico colegio inglés donde nos daban la preparación para ser funcionarios coloniales, con libros traídos de Inglaterra. Mi ruptura con esa cultura inglesa comenzó, vagamente, cuando Inglaterra, Francia e Israel atacaron Egipto en 1956.

En 1958 entré al Colegio Nacional de Vicente López, creado unos seis años antes. Primer año lo cursé en el edificio del “anexo” del colegio que un año después tuvo que ser abandonado porque se derrumbó el techo. La sede central era un edificio del siglo XIX y unas casillas prefabricadas. Todo se basaba en el esfuerzo de (algunos) profesores.

Ese año 1958 fue el de la elección de Frondizi y de la huelga y movilizaciones por la enseñanza laica. Antes de las elecciones hubo una gran movilización en favor de la fórmula presidencial del PS Palacios-Sánchez Viamonte, que en las pintadas, aprovechando la P y la S enlazaba los nombres de los candidatos con la sigla partidaria, y recuerdo el escándalo de mis padres porque los jóvenes socialistas, en lugar de marchar cantando las consignas de rigor, bailaban al grito de “Vote, vote, vote al hombre del bigote”.

El conflicto laica-libre llegó un día al Anexo del colegio, donde éramos alumnos de primer año. Alguien planteó que no había que entrar a clase, pero nadie decía por qué. Y yo entré. Cuando volví a casa mis padres se horrorizaron: “¡Qué nadie se entere!”. Por supuesto que desde ese día cumplí con la huelga. Un día marchamos desde el Anexo hasta la sede del colegio (unas 20 cuadras); a los alumnos de los años superiores

les llegó el rumor de que un grupo de estudiantes venía a obligarlos a plegarse a la huelga y estaban preocupados hasta que vieron llegar al grupo de niños de 13 años. Un solo policía nos corrió.

En el colegio fui más o menos buen alumno. Era uno de los que “hablaba de política”. Fui delegado al Club Colegial (creo que fue cuando cursaba tercer año), una especie de centro de estudiantes impulsado desde las autoridades educativas y en el que nos reuníamos unos pocos estudiantes, entre ellos mi hermano Juan, y que duró un suspiro.

¿Cuáles fueron tus vivencias de la ruptura partidaria de 1958?

Con la fractura se dividió la familia y también mi casa. Repetto y Andrés Justo fueron figuras del Partido Socialista Democrático (PSD), Germán Dickmann, mi tía Leticia y el resto de los hermanos de mi madre se alinearon con ellos. Alicia Moreau, mi tío Héctor Iñigo Carrera y mis padres quedaron en el Partido Socialista Argentino (PSA). Cuando se dividió el PSA mi padre fue afiliado del efímero Movimiento Socialista Principista que encabezaba mi tío Héctor.

En la división del 58 hubo fuertes discusiones entre Repetto y mi madre; mi padre no participaba de esas discusiones que ocurrían mientras él estaba en el trabajo. Sin embargo, creo que nunca estuvo en cuestión el afecto filial construido en los 45 años que mi madre llevaba viviendo con Repetto.

La que sí quedó muy afectada fue la relación entre Repetto y Alicia Moreau; la relación entre Héctor y Repetto se recompuso.

La ruptura del PS fue uno de los hechos que más incidió en mi vida. Se daba por sentado que al cumplir 14 años me afiliaría a las Juventud Socialista (JS), pero con la división la orden que recibí de mis padres fue la de no afiliarme y eso marcó para siempre mi relación con los partidos. Se puede contribuir a la transformación de la sociedad sin estar dentro de un partido; lo que no significa que se pueda prescindir del partido.

*¿Qué representaba para vos el PS cuando entraste a la universidad?
¿Y cómo era tu visión de las otras izquierdas, como el PC o incluso la huella del EGP en la Facultad?*

Cuando entré a la universidad tenía simpatía por lo que iba quedando del PSA. Creía firmemente en la democracia representativa. Creo que voté por el PSA en 1965 (primera vez que votaba). El Partido Comunista (PC) era algo lejano. En mi casa había un fuerte sentimiento anti-PC, producto de diferencias ideológicas, pero también de los choques entre militantes de ambos partidos en la época de mayor militancia de mi padre que se indignaba recordando que los llamaban “socialfascistas”; la

escisión del Partido Socialista Obrero (PSO) era vista (al menos en parte) como resultado de la infiltración comunista; mi madre recordaba con indignación los virajes del PC durante la guerra mundial. La simpatía por la revolución cubana no pasaba por aceptar al PC. En cuanto a los grupos y partidos trotskistas creo que ni sabía de su existencia. Entré a la facultad en 1963 y recuerdo el clima tenso en el patio de Viamonte 430 cuando surgió Vanguardia Revolucionaria (el grupo impulsado por Juan Carlos Portantiero). Pero me era ajeno. En la facultad había un clima de simpatía con el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) y el Consejo Directivo hizo una declaración que fue muy criticada por la derecha a nivel nacional.

¿Como veías a los principales agrupamientos estudiantiles en aquellos años?

Se suele afirmar que las agrupaciones estudiantiles no eran el brazo de un partido político, aunque militantes de partidos formaran parte de ellas y las orientaran. Esa característica estaba dejando de ser cuando entré en la facultad. En ese momento se estaba produciendo las crisis del PS y el PC, sobre todo por las vías del cambio social y la relación con el peronismo y los trabajadores; aparecían (y desaparecían o se transformaban) múltiples organizaciones.

En 1964-1965 el reformismo, que históricamente reunía a socialistas, comunistas, radicales, había sufrido múltiples escisiones. Existían el Movimiento Universitario Reformista (MUR), conducido por los adherentes al PS de Izquierda Nacional: Ernesto Laclau, Ana Lía Payró y José Luis Fernández (que eran consejeros), y el MAR, ligado a una parte de Vanguardia Revolucionaria. El resto había surgido en 1963 y 1964: la Línea de Izquierda Mayoritaria (LIM), de Roberto "Pajarito" Grabois, (que venía del PS y poco después formaría el Frente Estudiantil Nacional y se incorporaría al peronismo) y Daniel Hopen (militante de Palabra Obrera y luego del PRT); la Tendencia Antiimperialista Universitaria (TAU), aliada a LIM en el Frente Antiimperialista, cuyos dirigentes eran Norberto Wilner y Juan Samaja; Acción Reformista de Filosofía y Letras (ARFYL) orientada por la Federación Juvenil Comunista que tenía como figuras a Isidoro Cheresky, Oscar Landi y Beatriz Schmukler; un diminuto Movimiento Humanista Renovador, donde algo después militaba Norberto Ivancich. Y AUDE, donde se agrupaba la derecha, que la iban de apolíticos y sólo gremiales, con poca presencia en el estudiantado movilizado pero que ganaba las elecciones en algunas carreras y que reunía desde los conservadores hasta el PSD. El peronismo no existía como tal (ANDE, la agrupación asumidamente peronista, era diminuta, no participaba de las elecciones ni de la política cotidiana en la facul-

tad), lo que da la pauta de cuán encerrada en sí misma estaba la “isla democrática”; creo que fue en la segunda mitad de 1965, ya en la sede de la calle Independencia, que alguien pegó unos retratos de Perón y Evita y José Luis Romero, el decano, fue hasta el hall y los arrancó con sus propias manos.

Todas las agrupaciones excepto AUDE coincidían en rechazar el academicismo y el cientificismo y reivindicaban la cultura nacional, la lucha por la liberación nacional y eran fuertes críticos del gobierno radical de Arturo Illia, instalado sobre la proscripción del peronismo, y de su política presupuestaria en la universidad. En las manifestaciones por el aumento del presupuesto universitario marchábamos al grito de “Illia, Perette/gorilas y amarretes”. La movilización más importante fue contra la invasión de las tropas de Estados Unidos a Santo Domingo (1965) y la guerra de Vietnam estuvo siempre presente, dando lugar a declaraciones “de repudio” y “de preocupación” respectivamente por parte del Consejo Directivo. Entre los estudiantes se vivía un clima de radicalización general, al mismo tiempo que una relectura del peronismo, que se acentuó después de 1966.

¿La militancia política fue una opción para vos en esos años 60? ¿En qué consistió tu activismo estudiantil?

A mi militancia en la carrera de Historia (1964-1965) la definiría como gremial. En aquel tiempo las carreras eran gobernadas por un director, la junta departamental y la asamblea departamental, de la que formaban parte todos los profesores y 4 representantes de los estudiantes, que era bastante decorativa y, de hecho, sólo se reunió una vez mientras fui delegado.

A diferencia de Sociología, Psicología y Antropología, carreras en la que el MUR (y después MUR-MAR) ganó todas las elecciones del claustro estudiantil desde 1959 en adelante, en Historia AUDE ganó la mayoría en 1959, 1961, 1962 y 1963. En 1964 ganó la lista del MUR-MAR, con José Luis Fernández, delegado titular a Junta y Ana Lía Payró como suplente, apoyados por un grupo muy movilizadado de estudiantes, del que formé parte, que impulsó y logró el levantamiento de las correlatividades, concursos, la aprobación por la Junta Departamental de la Licenciatura en Historia Social y el reemplazo de los niveles 4 y 5 de Latín o Griego por materias optativas y seminarios.

Al fin del año las tensiones que venían produciéndose estallaron cuando Fernández y Payró se negaron a apoyar la designación de Tulio Halperín Donghi en Historia Argentina I, contra la voluntad de la mayoría de los estudiantes que participábamos en “la delegación”. Paralelamente, algunos de los compañeros se habían incorporado al

Frente Antiimperialista (LIM-TAU). En consecuencia, formamos nuestra propia lista para las siguientes elecciones. Después de discutir el nombre (tengo muy presente la oposición de los compañeros del TAU a que la palabra “Reformista” formara parte de nuestro nombre; claro, ¡eran revolucionarios!) nos presentamos como Lista Unificada de Historia con un programa que planteaba: numerosas materias optativas, seminarios de especialización, seminarios libres, cátedras paralelas, supresión de los latines y griegos, creación de las Licenciaturas en Historia Argentina y Americana y en Historia Social y Económica; y para Historia del Arte (que estaba dentro del Departamento de Historia): creación de una especialización en Música, formación de críticos e investigadores, supresión de correlativas, concursos para ayudantes rentados alumnos. Ganamos las elecciones con 143 votos contra 89 votos de AUDE y 53 del MUR. El padrón de estudiantes de historia era de alrededor de 400 alumnos, la mitad de Historia del Arte, de los que votaron 314.

Fuimos elegidos: Juan Carlos Grosso (TAU) como delegado titular a Junta y Alberto Collazo (ARFYL) como suplente. Y como delegados titulares a asamblea Alberto Collazo (ARFYL), Luis Alberto Romero (TAU), Nicolás Inigo Carrera (Independiente) y Susana Bianchi (Independiente) y como suplentes Diana Epstein (Independiente), Lilia Ana Bertoni (TAU), Graciela Dragosky (Independiente) y Marta Calviño (TAU). Collazo y Dragosky eran alumnos de Historia del Arte. Desde la delegación teníamos un fluido contacto con los consejeros estudiantiles; en mi caso, sobre todo con Daniel Hopen (Frente Antiimperialista LIM-TAU), José Luis Fernández (MUR) y Alicia Sirkin (ARFYL).

¿Concretamente, qué tipo de tareas llevaban a cabo?

Nos propusimos hacer un informe por materia. Los temas dan una buena idea del clima de la carrera en este aspecto: extensión del programa, si lo que se enseña es historia “contada”, historia política o “algo más”, extensión de la bibliografía, si es obligatoria, moderna, interesante; si el examen se da sólo con las clases o hay que leer; cómo son los prácticos, si hay discusiones; si hay que repetir la lección, como en el colegio secundario o hay trabajo creativo del alumno. En síntesis, la confrontación era con la “historia tradicional” y la enseñanza “tipo secundario” presentes en la carrera más que la referencia a grandes debates historiográficos.

Pero donde se dio la pelea más fuerte fue para que se creara una cátedra paralela de Historia de América II (América independiente). Su titular era Julio César González, que lo mismo que Luis Arocena (titular de Introducción a la Historia e Historia Moderna y director del departamento), Luis Aznar (vicedecano y titular de América I colonial)

y el mismo José Luis Romero eran antiguos afiliados al PS. La historia que enseñaba González se limitaba al siglo XIX, centrada en lo político; nosotros queríamos una orientación que diera más importancia a lo económico-social y a los procesos contemporáneos, y proponíamos la cátedra paralela a cargo de Alberto Plá. Esta propuesta rompía el acuerdo de hecho que existía acerca de los espacios que ocupaban los profesores de orientación “tradicional” (historia fáctica político-institucional) y los “renovadores”, agrupados en el Centro de Estudios de Historia Social, dirigido por Romero. Es por eso que las resistencias no venían sólo de los consejeros graduados de la derecha sino también de una parte de los profesores que se declaraban herederos de la Reforma Universitaria. En la sesión del Consejo Directivo en que debía votarse, la propuesta tenía mayoría; Romero se retiró porque se nombró el papel de Luis Alberto en la delegación estudiantil; Aznar, que pasó a presidirla, se retiró también, dejándola sin quórum, ganando así tiempo para reunir votos adversos. La siguiente sesión fue precedida por un episodio oscuro: alguno de los compañeros sugirió hacer un cartel que consistía en un largo rectángulo vertical al lado de un cuadrado bajito con la leyenda “En su lucha contra la cátedra paralela Don Quijote encontró su Sancho Panza”, obvia alusión a Arocena, que era flaco y alto, y a Aznar, bajo y gordo. A pesar de que el cartel era bastante bobo se generó un escándalo, al que abonó Aznar diciendo que había sido amenazado por una llamada anónima. La sesión del CD giró sobre “la ofensa” inferida al vicedecano. Halperín Donghi, afirmó que como reformista no podía sino votar a favor, pero dio todos los argumentos para votar en contra; Telma Recca, con cuyo voto contábamos, votó en contra lo mismo que Aznar, los tres consejeros graduados por la mayoría, y otros profesores que no recuerdo. Finalmente, perdimos. Aznar presentó su renuncia, y la Delegación Estudiantil presentó una nota declarando que no había tenido intención de agraviar a Aznar y se unió a los pedidos para que la retirara. Una derrota, aunque los compañeros del TAU la vivieron como un triunfo por haber logrado presentar una opción “auténticamente renovadora”.

Para entonces la facultad ya se había mudado a la calle Independencia. El hall central estaba en permanente ebullición, con actos, asambleas y discusiones. El movimiento estudiantil de Filosofía y Letras era el más radicalizado junto con el de Ciencias Exactas. Pero a diferencia de Exactas esa radicalización era percibida como del conjunto de la facultad: en 1965 la Federación Argentina de Entidades Anticomunistas (FAEDA) publicó una serie de solicitadas denunciando “la infiltración comunista” en el país y en la correspondiente a la universidad incluyó a la casi totalidad del Consejo Directivo de la facultad, incluyendo a Romero y Aznar y nombres tan improbables como Ana María Barrenechea

y Tulio Halperín Donghi. Las denuncias contra la facultad de Filosofía y Letras llegaron al Congreso Nacional: en la sesión de 20 de agosto de 1965 la Cámara de Diputados debatió el tema y la Facultad de Filosofía y Letras fue analizada como ejemplo de “infiltración comunista” entre los estudiantes y profesores. En 1965 o primeros meses de 1966 un grupo “nacionalista” (creo que la Guardia Restauradora Nacionalista) entró disparando algún tiro a la sede de Independencia 3065 para tomar un local estudiantil; hubo corridas y los estudiantes logramos atrapar a uno que fue entregado a Aznar y por éste a la policía.

En ese clima José Luis Romero renunció al decanato, lo que dio lugar a una multitudinaria peregrinación a su casa en Adrogué, con discursos de los dirigentes de las distintas agrupaciones. También juntamos firmas pidiendo que la retirara; en mi caso, todos los estudiantes y profesores a los que le pedí firmaron, con una excepción: Perla Fuscaldó, que me dijo que Romero había cosechado lo que sembró. Romero retiró la renuncia, pero volvió a presentarla enseguida.

¿Qué cambio con el derrocamiento de Illia y el inicio de la “Revolución Argentina”?

En 1966 se cerró la primera etapa de mi carrera, con diez materias aprobadas y un par más cursadas. Ese año fui a hacer el servicio militar y no cursé ninguna materia. No participé de la ocupación del edificio de Independencia ni del consiguiente desalojo, que no tuvo la espectacularidad de la Noche de los Bastones Largos.

Cuando volví a cursar y rendir en 1967 era otra facultad, controlada por la policía, con exhibición de libreta universitaria para entrar. No tanto en lo que hacía a los profesores: a diferencia de Sociología, donde entre renunciantes y exonerados prácticamente había desaparecido el cuerpo docente, en Historia los renunciantes fueron pocos. La radicalización iba en buena medida de la mano de una nueva presencia del peronismo, con las Cátedras Nacionales. Cursé dos materias en esas cátedras: “Sindicalismo Argentino”, en 1969, dictada por Gonzalo Cárdenas, y “Sociología de la Cultura Latinoamericana”, en 1971; la primera tenía que ver temáticamente con mis intereses, la segunda simplemente para completar el número de materias necesarias para recibirme.

Aunque seguía en contacto con el grupo que habíamos formado parte de la delegación, ellos se fueron recibiendo, y yo me vinculé a Alberto Calou, Enrique Tandeter y Juan Carlos Garavaglia, que habían entrado más tarde a la facultad. También tenía relación con Norberto Ivancich (MHR), que me pasaba los materiales de la CGTA y de la huelga de petroleros.

Entre 1967 a 1970, mi relación de compañeros de curso era más bien

con estudiantes de agrupaciones peronistas (el Frente Antiimperialista y la Línea Antiimperialista Nacional formaron el Frente Estudiantil Nacional; el MHR, FA y estudiantes antiimperialistas formaron el Frente de Agrupaciones Nacionales), algunos de ellos muy ligados a la CGT de los Argentinos. Recuerdo también algunos del Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda (FAUDI) del Partido Comunista Revolucionario (PCR) y de la Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista (TERS) de Política Obrera. Fuera de la facultad mi relación era con Calou, Garavaglia y Tandeter (recuerdo haber ido algunas veces a jugar al fútbol en quintas que alquilaba Enrique junto con Portantiero y otros) y el CICSO. Ya no existía la representación estudiantil, pero creo recordar que a punto de recibirme en 1971 formé parte de una delegación de estudiantes que nos entrevistamos con el decano Ángel Castelán.

La actividad política seguía presente en la facultad. Las asambleas, ilegales, se hacían en la iglesia metodista de la calle Camacuá y en una sede del sindicato telefónico (FOETRA); supuestamente eran “clandestinas”. En ellas se daban fuertes enfrentamientos entre las corrientes políticas. La asamblea en FOETRA se hizo en un patio cubierto con un toldo corredizo; el calor obligaba a plegar el toldo, pero cuando las discusiones subían de tono y se llegaba a las manos se volvía a correr para que no vieran los vecinos. En esa asamblea un militante del POR-T tomó provocadoramente la palabra para “denunciar el asesinato del Che en las cárceles estalinistas de Cuba”; no alcanzó a terminar la provocación cuando fue levantado y pasado por encima de las cabezas de los asambleístas y arrojado a la calle.

En alguno de esos años, después de una corrida en la puerta de la facultad, fui preso por un día en la comisaría 8ª. La participación en manifestaciones y actos políticos ya pasaba por fuera de la facultad, aunque las convocatorias solían venir por ese lado. En el primer cuatrimestre de 1968, con Garavaglia cursamos Geografía Humana, que dictaba Elena Chiozza; en junio fuimos con él y otras dos personas a la movilización a Plaza Miserere en la huelga declarada por la CGTA en repudio al segundo aniversario del golpe de estado de 1966. Un cerrojo policial imposibilitaba el acceso a la plaza; mientras caminábamos buscando llegar, Garavaglia y su amigo fueron apresados por una pareja de policías de civil e inauguraron la cárcel de Ezeiza. Chiozza, a pesar de su antiperonismo, tuvo una actitud loable: enterada de la situación, esperó que saliera de la cárcel para tomarle examen.

Cuando se dio la apertura previa a las elecciones del 73 casi todos mis antiguos compañeros y amigos volvieron como docentes a la facultad. Yo, siguiendo la política marcada por el CICSO, sobre todo para la UBA, no volví.

¿Cuáles eran los debates fundamentales: la cuestión del cientificismo, el peronismo, el impacto de la revolución cubana y/u otros?

En la facultad anterior a 1966 había dos enemigos: el academicismo (los profesores de la vieja escuela, por ejemplo, Caillet-Bois) y el cientificismo, que era la búsqueda de la rigurosidad científica al margen de las condiciones y necesidades reales del país. Si uno repasa los programas de todas las agrupaciones (con excepción de AUDE) va a encontrar la referencia al cientificismo como corriente a combatir. Sin embargo, no recuerdo que en Historia se fuera más allá de lo declarativo: no recuerdo mucha denuncia del subsidio que el Centro de Historia Social recibió de la Fundación Marc Bloch como si lo hubo en Sociología por el subsidio de la Fundación Ford. Probablemente porque nuestra mayor confrontación era contra la historia tradicional.

La discusión acerca de los subsidios de fundaciones extranjeras se prolongó con el Proyecto Marginalidad. Asistí a las virulentas asambleas en la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos, en la calle Florida, en las que Carlos Bastianes, Daniel Hopen, Santos Colabella e Ismael Viñas denunciaban ese Proyecto, frente a Pepe Nun, Murmis, Balvé y Néstor D'Alessio. Pese a sus afirmaciones en contrario, la posición de los primeros, sintetizada en un documento del Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC), probablemente escrito por Bastianes y Hopen, llevaba a la imposibilidad de realizar investigación científica: no sólo la impugnaban por recibir subsidios de fundaciones estadounidenses, sin importar los recaudos que se tomaran en cuanto al uso de la información recogida, sino porque el imperialismo estaba en mejores condiciones para aprovechar los resultados de cualquier investigación.

En cuanto al peronismo más que tema de debate había una coincidencia (sin duda con matices que iban desde el rechazo a su proscripción hasta la incorporación al peronismo) en rever el antiperonismo que había sido rasgo saliente del movimiento estudiantil. La revolución cubana era asumida por todas las agrupaciones, excepto por algunos trotskistas. No recuerdo debates sobre ella. Había bastante coincidencia, al menos discursiva, en que una transformación radical de la sociedad sólo era posible por la vía armada.

¿Cuáles son tus recuerdos de José Luis Romero?

Conocí a Romero como alumno y mi bastante breve relación con él fue como parte del grupo que nos referenciábamos en la cátedra de Historia Social. En 1964 cursé y aprobé Historia Social General, que dictaban Romero como titular, Tulio Halperín Donghi como adjunto,

Reyna Pastor y Alberto Plá como Jefes de Trabajos Prácticos y Margarita Pontieri y Leandro Gutiérrez como ayudantes. La facultad funcionaba en Viamonte 430 y en otros lugares, entre otros el Centro de Estudios de Historia Social en la calle Lavalle, donde, junto a los integrantes de la cátedra de Historia Social, anidaban los que diez años después formarían parte de las comitivas de Martínez de Hoz.

Con Historia Social se me abrió un panorama, no sin cierta resistencia inicial, de lo que era el análisis histórico en términos de clases sociales y lucha de clases; significó una ruptura. Romero tenía una perspectiva teórica próxima al marxismo (sin serlo). Sus clases eran realmente magistrales, uno salía deslumbrado por la exposición. También fue una novedad el trabajo con fuentes que hacíamos en los trabajos prácticos, lo mismo que en Historia Medieval e Historia Antigua I (Oriente). Después de su renuncia, Romero organizó en su casa un seminario sobre el mundo urbano del que participé poco. Mi interés iba ya por la historia de la clase obrera argentina y el tema del seminario no me convocaba.

¿Qué materias te atrajeron de la carrera? En esos años la Escuela de los Annales era una referencia ineludible, pero también había cierta influencia marxista. ¿Cuánto te marcaron estas concepciones historiográficas?

Mi interés desde antes de entrar a la facultad era la historia argentina. No puedo precisar si ya entonces me interesó la historia de la clase obrera. Es curioso que recién a fines de los años 80 pudiera investigar en esa área. Las materias que me resultaron más atractivas fueron Historia Social, por su enfoque, y Medieval y Antiguo Oriente, sobre todo por el análisis de fuentes. Y las "Argentinas". Historia Argentina I la cursé con Halperín Donghi; Argentina II con Ricardo Caillet-Bois en 1968.

En la carrera de Historia la presencia de Marx era muy escasa. Se asumían marxistas Plá, Reyna Pastor, Leandro Gutiérrez. No sé Romero. Halperín Donghi no; su materia tenía como bibliografía la Historia de la Academia, Celesia, Bosch Garzón, Irazusta, Zinny, ningún marxista. En Historia Social lo único que leíamos de Marx eran fragmentos de *La lucha de clases en Francia*, y no como bibliografía sino como fuente, lo mismo que *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels; la bibliografía incluía unos pocos marxistas, pero no era de esa orientación en su mayoría. El seminario de Plá incluía en la bibliografía a Sweezy, Baran, Kondratieff, Godelier, pero no a Marx.

La concepción de la historia como un proceso social en el que el conflicto tenía un lugar central me enriqueció y me permitió superar la mirada limitada a la historia política sin caer en el compartimento estanco de la historia económica.

Luego fueron años de intensos debates sobre el marxismo ¿Qué Marx empezaste leyendo? ¿qué modelo de historiador marxista era el que más te había marcado? ¿Cuánto circulaban o eran discutidas las posiciones de Bagú, Puiggrós o Peña? ¿Los debates Dobb-Sweezy, la obra de los franceses Vilar y Soboul, o de Rudé, Hill, Hilton, Hobsbawm y Thompson?

En la primera mitad de los 60 mi lectura de Marx no iba más allá del *Manifiesto*, que creo había leído en mi casa, y los textos que veíamos como “fuentes de la época” en Historia Social. El Marx que conocía era el de Juan B. Justo, y poco. Mi aproximación a los clásicos del marxismo fue la lectura de las obras más “históricas” de Trotsky: la *Historia de la Revolución Rusa* y su autobiografía; también *La revolución permanente* editada en dos pequeños tomos por Coyoacán. También los *Relatos de la guerra revolucionaria* del Che y otros libros sobre la revolución cubana.

Mi lectura sistemática de Marx comenzó en el CICOSO, con el curso de lectura del primer tomo de *El capital* que hice en 1970 y 1971 con Pancho Aricó, que estaba en la onda althusseriana de empezar por el capítulo 4. Un poco después leí la sección séptima del tomo III, en el marco del trabajo con Murmis, lo mismo que *La cuestión agraria* (Kautsky) y *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y otros textos de Lenin sobre las distintas vías de expansión del capitalismo en el campo. En 1975 hice otro seminario en CICOSO sobre el primer tomo de *El capital*, con Elio Londero. Los libros II y III los leí bastante después de manera irregular; la lectura sistemática la hicimos en PIMSA en los años 90.

Con el repliegue del 76, fue cuando leí más: empezando por los textos que habían sido el eje de un seminario que dirigió Marín en 1974 sobre las leyes de la lucha de clases, cuya grabación tenía Balvé: *La guerra de campesinos en Alemania*, *El 18 Brumario*, *La lucha de clases en Francia*. El texto que más me impactó fue *El trabajo alienado (Manuscritos económico-filosóficos)* que leímos en una traducción que había publicado el PSA de Vanguardia; *El trabajo alienado* le da una perspectiva a *Trabajo asalariado y capital* o *Salario, precio y ganancia* y rompe cualquier lectura economicista de Marx. Más o menos en esa época leí *La cuestión judía*, *Miseria de la Filosofía* (en particular el punto sobre las coaliciones obreras) y *La ideología alemana* para la definición de clase. *Las relaciones sociales en Rusia* de Engels y *Análisis de situación. Relaciones de fuerza* de Gramsci muestran la relación entre estructura y superestructura, la relación entre necesidad y voluntad. De Gramsci también *Maquiavelo*, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, inescindible de Lenin (¿Qué hacer?, *El estado y la revolución*).

Los debates Gunder Frank-Puiggrós y Dobb-Sweezy formaban parte del “Seminario de perfeccionamiento Modos de producción y sistemas económicos”, a cargo de Ernesto Laclau, Reyna Pastor y María Elena

Vela de Ríos, que fue el primer curso que hice en CICOSO y en el que leí *Formaciones económicas precapitalistas* y especialmente sobre modo de producción asiático (Wittfogel, Godelier, Mandel). A Hobsbawm (*Las revoluciones burguesas*) y Soboul los leí en Historia Contemporánea. *Rebeldes primitivos*, que es el libro de Hobsbawm que más me interesó, en el grupo de trabajo sobre “Historia del movimiento obrero en Argentina”, que coordinaban Gutiérrez, Moreno y Torre, en el CICOSO en 1969. Quizás en ese mismo grupo vimos *La multitud en la historia* o lo leí por mi cuenta. A Thompson lo conocí en 1980, por recomendación de Marín.

¿Cuánto dirías que influyó la cultura de los 60 en tu radicalidad?

No creo que haya influido mucho, salvo en el pelo largo, la barba y la informalidad en el vestir.

¿Cuándo comienza a cambiar tu visión del peronismo?

La lectura de Belloni y Ramos y las charlas con los compañeros de la facultad ponía en crisis la idea del peronismo que tenía desde mi infancia. Si, como afirma el programa de la Asociación Internacional de Trabajadores, la emancipación de la clase obrera será obra de la clase obrera misma, y en Argentina esa clase es mayoritariamente peronista, será la experiencia de lucha de esa clase obrera real la que conduzca a su emancipación. No se trata de impugnar su ideología, al estilo de las sectas portadoras de la “verdadera” conciencia de clase, sino de marchar junto a ella en su proceso de luchas que, quizás, le permita construir una conciencia socialista.

¿Significa esto que hay que hacerse peronista? No. Y menos aún en la producción de conocimiento, que necesita de instrumentos teóricos que el peronismo no brinda. Casi siempre voté al peronismo y participé de las movilizaciones por el retorno de Perón en noviembre de 1972 y junio de 1973, así como del Devotazo. El peronismo en el gobierno me convocó mucho menos. No estaba en Buenos Aires en junio-julio de 1975, pero hubiera participado de esas jornadas.

En los años 70 ¿en qué consistían tus simpatías políticas?

Acompañé las movilizaciones por el retorno de Perón en 1972 y 1973. Participé también de la movilización el 20 de junio de 1973, pero ya las condiciones eran diferentes: el enfrentamiento entre la Tendencia y el movimiento sindical me parecía un desastre y no me sentía identificado con lo que estaba ocurriendo; me queda el recuerdo imborrable de la sensación de derrota que daban los grupos caminando de regreso, lle-

vando a la rastra por el suelo sus banderas. Así como consideraba que había que acompañar al pueblo en su lucha por el retorno de Perón, no me sentía identificado con el peronismo en el gobierno sino con la continuidad de las luchas. Creo recordar que colaboré con algún artículo sobre historia de luchas obreras para la publicación del Movimiento Sindical de Bases. Estuve en el 5° congreso del Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS) en Presidencia Roque Sáenz Peña, donde tuve oportunidad de escuchar, entre otros, a Agustín Tosco.

¿De qué modos pensás que aquel período de intensa lucha de clases, radicalización ideológica y extrema politización abierto en 1969 marcó la dinámica de los ámbitos específicos en los que te movías?

Ninguno de los ámbitos en que me movía quedó al margen de ese proceso de radicalización. Y ningún ámbito en el país y en el mundo, en un sentido u otro. Los relatos sobre el período hacen referencia a la ausencia de “democracia representativa” como razón para esa radicalización: los sucesivos golpes de estado y la proscripción de la fuerza política mayoritaria, lo que daba un tinte fraudulento a las elecciones. Es el discurso que enfatiza la resistencia popular como una lucha por la democracia.

Pero la radicalización fue resultado de un proceso más profundo, orgánico. La ofensiva de la oligarquía financiera, por la necesidad de revertir la caída de la tasa de ganancia y de neutralizar los procesos de liberación que se venían desarrollando desde fines de los 40, planteaba cómo sería la sociedad. En Argentina el desarrollo capitalista había encontrado trabas que sólo podía superar con un generalizado proceso de expropiación por el capital, resultante del pasaje de un desarrollo capitalista en extensión a un desarrollo en profundidad, con el consiguiente proceso de concentración del capital y centralización de la riqueza. Esta situación creó las condiciones para que todas las clases y fracciones sociales, sea porque veían en peligro su posición en la sociedad o porque se propusieron ocupar otra posición, se lanzaron a una lucha por imponer al conjunto de la sociedad formas distintas de organización social. Cuando se define la forma de organización social y está en juego la misma existencia de fracciones sociales, la situación se dirime mediante el uso de la fuerza armada.

El triunfo de la fuerza acaudillada por la oligarquía financiera, con base en buena parte de la pequeña burguesía, estableció la Argentina que tenemos hoy, en la que la mayoría de la población es sobrante para el capital, una democracia en la que un presidente pudo decir “Si decía lo que iba a hacer, no me votaban”, y en la que una parte creciente de la población no come, ni se cura ni se educa. Sin restarle importancia

al elemento voluntad, considero que no puede despreciarse el proceso orgánico que creó las condiciones para la intensidad y generalidad que tomó el enfrentamiento social.

Tuviste una relación fuerte con la sociología ¿Fue anterior a la experiencia del CICSO?

Mi relación con la sociología se dio a partir del trabajo con Murmis sobre las clases sociales, en particular en el campo, y los procesos de proletarianización y campesinización y el uso de datos censales para analizar estructura de clases. No cursé Introducción a la Sociología (cursé Antropología) ni Sociología Sistemática. Leí poco a los funcionalistas, cuando trabajé el tema rural y con Esther Hermitte, y un poco más a los franceses de sociología del trabajo. Lo que sí me influyó mucho es la centralidad dada a la investigación empírica. La necesidad de demostrar con datos lo que se está afirmando y, de ser posible, cuantificarlo.

¿Cómo llegaste al CICSO? ¿Cuál era la parte de la política en esa adscripción? ¿Qué vínculos tenías con Marín, Murmis, Balvé y otros de los integrantes del Centro?

No fue una adscripción política partidaria sino la intuición de una política general en la que la producción de conocimiento era relevante: un centro que se definía marxista y planteaba la necesidad de la investigación con criterios científicos (frente a cierto irracionalismo sentimental que comenzaban a primar en la facultad), independiente de los partidos políticos, pero no de la política. Creo que no es casual, aunque no fuera consciente, que el núcleo del CICSO (Murmis, Marín, Balvé) viniera del PSAV (luego PVP); de alguna manera me reencontraba con un brazo de la corriente en que me había criado.

La historia de CICSO del que formé parte puede dividirse en cuatro períodos: 1º) el CICSO pequeño del 5º piso D en el 2º cuerpo de Entre Ríos 131 hasta 1972; 2º) el CICSO masivo, con cursos que reunían a más de 400 alumnos por cuatrimestre, en el 6º B en Entre Ríos 131, hasta 1976; 3º) el CICSO del repliegue que comenzó en la calle Entre Ríos y continuó en Defensa 665 5º C. 4º) después de 1983.

Llegué al CICSO en 1968 o 1969 con algunos compañeros de la carrera (Tandeter, Calou, Garavaglia) con los que hicimos el ya mencionado seminario de Laclau-Togneri-Ríos y yo me incorporé al grupo de trabajo de Torre-Moreno-Gutiérrez, que se reunió para discutir bibliografía. Llené la planilla como “miembro adherente” porque para ser miembro pleno había que tener dos trabajos o publicaciones. En ese período el Centro se mantenía con las cuotas de los asociados. Además de los grupos de

trabajo y seminarios se hacían reuniones donde se discutía sobre distintos temas teóricos y de la situación. Participaban Murmis, Braun, Nun, Nowersztern, Waisman, Laclau, Sigal, Portantiero, D'Alessio, Balvé. También investigadores extranjeros como Stavenhagen y Hobsbawm.

En 1971 estaba trabajando como asistente de Miguel Murmis sobre "La marginalidad en una situación de frontera: el caso del Chaco: los cosecheros de algodón", con las encuestas de marginalidad, una investigación en la que aprendí mucho pero que no terminé. También atendía la puerta y cobraba las cuotas y los cursos. Sobre el final de este período algunos se alejaron para vincularse, de diferentes maneras, a la Juventud Peronista. Lo mismo ocurrió con varios de los que habían sido mis compañeros de la facultad. No fue mi caso, aunque tenía a la JP literalmente en mi cama matrimonial.

En el período del CICSO masivo, fui alumno del curso que dictó Miguel Murmis sobre estructura de clases en el campo argentino. En este período surgieron los Cuadernos de CICSO y publiqué mi primer trabajo de investigación: "Génesis de un semiproletariado rural: la incorporación de los indígenas a la producción algodonera chaqueña".

Hasta 1975 mi relación principal fue con Murmis, que fue quien orientó de hecho la beca de iniciación en la investigación de la UBA que gané en 1972 (la directora formal fue Haydée Gorostegui). Lo mismo cuando gané la beca para hacer el curso 1973-1974 de Formación de Investigadores en Desarrollo Urbano y Regional en el CEUR, que entonces formaba parte del Instituto Di Tella, con la dirección de Guillermo Flichman.

La dirección del CICSO la compartían Murmis, Marín y Balvé, pero cuando en 1975 los dos primeros salieron del país, la dirección operativa quedó a cargo de Beba. A comienzos de 1976 Beba viajó al exterior; en una especie de asamblea se decidió cerrar el CICSO; sólo Inés Izaguirre y yo votamos en contra del cierre. En ese año yo trabajé en el recién fundado Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), invitado como especialista en el tema rural por Marcelo Cavarozzi. A mediados de año, estando yo en las oficinas del CEDES me dicen que tengo un llamado telefónico, atiéndolo y literalmente me caí sentado en una silla: era Beba que había vuelto y me convocaba a reabrir el CICSO. Se ganó mi eterno respeto a su valentía.

Otra dictadura, otro contexto. ¿Cómo trabajaban?

A partir de 1977 estuve full time en CICSO. El centro estaba dirigido por Beba y codirigido por Marín desde México. Yo quedé a cargo del programa sobre campo, en el que también estaban Jorge Podestá y Jorge Rozé.

Cumplíamos riguroso horario de 8 horas. Fue un momento de encierro, pero a la vez de gran riqueza en la formación, en seminarios internos, pero mucho más frecuentemente en las charlas cotidianas, lo mismo que la discusión de avances de las investigaciones y las cartas que mandaba Marín desde México sobre cuestiones teóricas. Manteníamos la publicación de los Cuadernos de la serie Estudios y de la serie Teoría, en tirajes reducidos y distribuidos muy selectivamente en Argentina y en el exterior. En esta última serie aparecieron los trabajos de Marín, como el “Cuaderno 8”, de 1981. En la serie Estudios n° 34 publicamos en 1978, con el título “Acerca de la relación poder-saber y la relación saber-poder”, una primera versión del libro de Marín *Los hechos armados. Un ejercicio posible*. Estas publicaciones requerían un trabajo de edición que realizaba Beba y en la que, en la medida de nuestras posibilidades, colaborábamos todos.

En 1979, frente a la exaltación oficial del centenario de la llamada “campana al desierto”, publiqué el Cuaderno serie Estudios n° 35 “El papel del «estado» en un proceso de creación de condiciones para la constitución de un sistema productivo rural: la «violencia» como potencia económica”, casi 10 años después reeditado por el CEAL (también en Estados Unidos y en Dinamarca) como “La violencia como potencia económica: Chaco 1870-1940”, que ponía el eje en la coacción como constitutiva de las relaciones productivas capitalistas. Este trabajo circuló bastante no sólo en medios académicos sino también en organizaciones indígenas.

La sorpresa que significó la derrota del peronismo en las elecciones de 1983 llevó a reorganizar las investigaciones: algo había cambiado en el país. Siguiendo el planteo de Gramsci sobre análisis de situación, Jorge Podestá y yo debíamos investigar la relación de fuerzas objetiva, directamente ligada a la estructura, mientras Beba y Beatriz analizaban la relación de fuerzas políticas a través del análisis de solicitadas publicadas en los diarios. Nos llevó casi un año construir los instrumentos que nos permitieran pasar la información de Categoría Ocupacional, Grupo de Ocupación y Rama de Actividad de los Censos Nacionales de Población de 1980 y 1960 a categorías que permitieran medir el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y la situación de los Grupos Sociales Fundamentales (clases sociales); y otro para volcar la información. Los resultados se publicaron en los Cuadernos de la serie Estudios n° 46 (“Análisis de una relación de fuerzas sociales objetiva: caracterización de los grupos sociales fundamentales en la Argentina actual”) y n° 57 (“La población agrícola en la Argentina actual”). Los resultados a los que llegamos en la investigación refutaban el discurso dominante que afirmaba la desaparición o disminución de la clase obrera; por el contrario, al pasar de categorías censales a grupos sociales se hacía observable

un proceso de proletarización y pauperización y de centralización de la riqueza. Con el Cuaderno n° 46 retorné a la actividad docente: fuimos invitados a dictar seminarios y coordinar talleres de metodología de grado y posgrado en las carreras de Sociología y de Historia de universidades nacionales en Río Gallegos, Jujuy, Buenos Aires, Caleta Olivia, Tandil, Mar del Plata, Resistencia, San Juan y Salta. En varios de estos lugares se formaron grupos de investigación que aplicaron los instrumentos presentados en ese trabajo. Además, fuimos invitados a exponer sus resultados y metodología en diversos grupos políticos e intelectuales.

¿Cuál dirías que fue la ubicación del CICOSO dentro del corpus marxista?

El marxismo del CICOSO es el marxismo de Marx. Cuando nos concentramos en la investigación, a partir de 1976, los instrumentos fueron tomados de los textos que nombré más arriba. Uno fundamental es que la lucha entre las clases sociales se da mediante fuerzas sociales que toman la forma de alianza de clases; otro: la centralidad del enfrentamiento.

En todo caso, lo que distinguía a esta orientación era el rechazo a considerar lo económico como directamente determinante. Marín trabajó mucho sobre la noción de “poder” como contracara del “valor”. El concepto de Marx de que “La guerra se ha desarrollado antes que la paz”, es decir que la “violencia” (ruptura de relaciones sociales) es el operador sobre el que se constituye la sociedad. Probablemente esto se leía con diferentes énfasis, pero coincidiendo en la reflexión de Gramsci sobre la necesidad de encontrar la relación justa entre lo orgánico y lo ocasional, la necesidad y la voluntad.

Desde un comienzo, estaba presente la idea de la incorporación desde una lectura marxista de conocimientos provenientes de otras teorías. Marín impulsó la lectura de Clausewitz, Foucault, Piaget y Prigogine.

¿Cuáles fueron los desafíos teóricos y metodológicos que quiso afrontar el CICOSO, qué tipo de actividades desarrollaban, cómo se financiaba y funcionaba el centro?

El desafío fue producir conocimiento científico con el instrumental teórico del marxismo y confrontar con otros conocimientos producidos desde otros marcos teóricos, incorporando críticamente sus avances en la medida en que fueran leídos desde nuestra perspectiva teórica. Surge de la necesidad de crear un ámbito de investigación donde se pudiera generar conocimiento científico desde una perspectiva marxista, en estrecha relación con la realidad del movimiento social. Si entendemos que el conocimiento riguroso de la realidad es un arma indispensable en los procesos de confrontación social, nuestra función es construir esas armas. Eso es lo que nos proponemos hoy desde el PIMSA.

Ese desafío implica dar un fuerte peso a la investigación empírica. No se trata de repetir lo que la teoría dice ni de hacer una declaración de fe marxista para después hacer investigaciones que no se diferencian metodológicamente de las convencionales. Ni de tratar determinados temas pensando que sólo por eso se está haciendo una investigación en una perspectiva socialista científica. Se trata de generar conocimiento riguroso de la realidad con instrumentos teóricos elaborados a partir de la teoría del socialismo científico

Las actividades centrales fueron variando. En el primer período (hasta 1972-1973) se hacía investigación y seminarios internos. Se financiaba con los aportes de los miembros y lo recaudado en los grupos de trabajo y seminarios. En el segundo período, bajo la dirección de Murmis y Balvé, se multiplicaron los cursos y se sistematizaron las publicaciones con los Cuadernos de CICOSO, que contribuían a financiarlo. En el tercer período nos concentramos en investigación. Imposibilitados de hacer cursos y de vender las publicaciones, se buscaron subsidios en el exterior y fue sustancial el de la Agencia Sueca para el Desarrollo.

¿Podrías hablarnos de tu experiencia chaqueña?

Comenzó por razones estrictamente laborales, pero significó un punto de torsión en mi vida, profesional y personal. En 1969 la antropóloga colombiana Piedad Gómez Villa me ofreció participar en una investigación asentada en el Centro de Investigaciones Sociales, con un equipo interdisciplinario, dirigido por Esther Hermitte, que se hacía por un contrato entre el Consejo Federal de Inversiones y el Instituto Di Tella, por pedido de la provincia del Chaco, sobre el “Estado actual de la población indígena del Chaco y planes para su asimilación a la comunidad nacional”. La investigación se desarrolló en 1970 y el resultado fueron 4 tomos mecanografiados que durmieron en la biblioteca del CFI hasta que en 1993 lo publicamos por la Universidad de Misiones. Resultado esperable si se tiene en cuenta que las propuestas del Informe alteraban el mercado de fuerza de trabajo chaqueño.

La primera parte del trabajo de campo (de fin de marzo a junio) fue en la localidad de Misión Nueva Pompeya, en el Impenetrable, cuando no existía la ruta Juana Azurduy, sino que se llegaba desde J.J. Castelli recorriendo 200 km de picada, en camioneta o camión siempre que no hubiera llovido; si no, el único medio era a caballo, como hice, de Pompeya a Miraflores, durante dos días del mes de mayo. La segunda parte (julio y agosto) del trabajo de campo fue en el lote 40 de la Colonia Aborigen Chaco, a unos 15 km de Quitilipi y Machagai.

En las dos localidades me alojé en las escuelas, con mi bolsa de dormir sobre un catre de campaña, los cuadernos con las notas de campo,

la máquina de escribir, las velas, la linterna y poco más. Caminaba fácilmente una o dos leguas diarias. Tenía una sensación de libertad absoluta mientras andaba por el monte. En Napalpí, de cada casa salían los chamamés de los Hermanos Barrios, que desde entonces tengo asociados a esa sensación de libertad.

Aprendí a conectarme, escuchar y apreciar cómo viven y piensan fracciones sociales con pautas diferentes. Los “pobres” dejaron de ser una abstracción. Salí de la burbuja de la familia y la facultad. Conocí lo que es la pobreza total. Y la realidad chaqueña que se convertiría en mi objeto de investigación durante los siguientes doce años.

¿Cómo fue transitar la experiencia de la dictadura y qué balances sacás de esos años?

La imagen más ajustada oscila entre una “libertad vigilada” y un campo de concentración. Relaciones truncadas por la muerte, el exilio, la prisión o el encierro. Y un repliegue a las relaciones familiares más inmediatas. Una situación de “pueblo ocupado” (Marín, Gramsci). Pero también poder realizar pequeñas acciones de resistencia. Publicar el Cuaderno 34, sobre los hechos armados 1973-1976, o escribir el Cuaderno 35, en directa confrontación con el discurso gubernamental sobre la “conquista del desierto” pero asumiendo la identificación que hacía ese discurso entre “indios” y “subversivos”, para mostrar que tanto en 1878 y 1885 como en 1976 el uso de la “violencia” era condición para la imposición de nuevas condiciones productivas. Y, al mismo tiempo, formarnos teóricamente. Creo que sólo tuve una actividad tan intensa en este aspecto cuando formamos el PIMSA.

¿Imaginabas hacer de la investigación tu medio de vida y formar parte de instituciones como el Conicet?

El Conicet y la universidad estaban vedados. Pero sí existía la posibilidad de trabajar en investigación. En 1968-1969 Leandro Gutiérrez me puso en contacto con investigadores visitantes del Instituto Di Tella y trabajé de junta de datos. Después fui ayudante en la investigación en el Chaco. En 1972 tuve la beca de la Universidad y fui ayudante de un proyecto de la Universidad Nacional del Sur. En 1973 y 1974 hice el curso del CEUR. En 1975 dirigí una investigación sobre artesanías sanjuaninas (con mucho trabajo de campo) por contrato con el CFI. En 1976 fui investigador visitante en el CEDES y a partir de 1977 y hasta 1992 fui investigador en el CICSO, incorporándome al Conicet en 1985, con asiento en el CICSO, después en IEHS de Tandil y finalmente en el Instituto Ravignani.

Crítica de libros

Graciela Queirolo, *Mujeres que trabajan. Labores femeninas, Estado y sindicatos (Buenos Aires, 1910-1960)*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario-EUDEM, 2020, 178 pp.

“Las mujeres siempre trabajamos”: con esa afirmación-fuerza Graciela Queirolo presenta el tomo 6 de la colección “La Argentina Peronista” que dirige Gustavo Contreras. La autora propone vislumbrar un abanico de espacios remunerados (sin desatender los no remunerados) que ocuparon las mujeres en la ciudad de Buenos Aires entre 1910 y 1960. Demuestra que las trabajadoras fueron parte constitutiva del proceso de modernización capitalista que se intensificó durante los dos primeros gobiernos de Perón.

La afirmación inicial contiene varias hipótesis. Por un lado, propone una mirada crítica a las investigaciones que desatendieron la presencia femenina en ámbitos remunerados durante la primera mitad del siglo XX. Así como aquellas que concibieron la etapa de modernización capitalista como un momento en el que las mujeres retornaron al hogar (p. 54). Por otra parte, aunque la propuesta del libro se concentra en las trabajadoras asalariadas, logra hilvanar la trama social que constituye la doble jornada laboral para el género femenino: aquella que conjuga las tareas reproductivas, no pagas y naturalizadas, con la expansión del trabajo femenino asalariado. Este fenómeno de feminización del mercado de trabajo se presentaba como un atentado a la “moral” constituida. La formulación “mujeres que trabajan” nominaba ese problema social. Pero también contenía la negación de las tareas de cuidado como “trabajo”. Frente a ello la autora reafirma que “las mujeres siempre trabajamos” y reconoce aquellas labores remuneradas y no remuneradas como elementos constitutivos del sistema capitalista.

En relación a la estructura, la presentación inicia con dos capítulos de un nutrido despliegue conceptual. En el primero sitúa la investigación dentro del contexto actual y expone un recorrido sobre los estudios de género y la

historia de las mujeres. En el segundo profundiza sobre la manera singular en la que se constituyó la relación trabajo y género dentro de la sociedad capitalista y patriarcal. El tercer capítulo presenta una mirada general sobre el trabajo remunerado femenino, en términos cuantitativos y cualitativos. Aporta aspectos metodológicos sobre las dificultades de reconstruir la inclusión de un género obturado en los espacios asalariados. Dentro de este capítulo, la autora elige incluir un apartado dedicado al “Trabajo sexual: prostitución”. Atiende una realidad muchas veces velada en los estudios sobre la mujer y el trabajo, probablemente por los debates en torno a la conceptualización sobre “trabajo” referida a la venta de los cuerpos sexuados. Aunque la autora no se posiciona explícitamente al respecto (más que en el sugestivo subtítulo) destaca la mercantilización de los cuerpos femeninos o feminizados como elemento asociado a la pobreza. Asimismo indaga las nociones contemporáneas, la doble moral y su correlato en la legislación. A partir del capítulo 4 hasta el 7 se sumerge decididamente a explorar los trabajos remunerados que ocuparon las mujeres. Realiza una distinción por capítulos entre las trabajadoras del servicio doméstico; las obreras de sectores industriales; las empleadas en sectores de comercio o servicios y finalmente las profesionales. En el capítulo 8 la autora estudia la intervención del Estado en la relación entre la mujer y el trabajo. Finalmente indaga la participación femenina en los conflictos laborales y las miradas coetáneas del sindicalismo y sus corrientes políticas respecto de la cuestión de género.

Queirolo reconoce que el producto de su obra es la consecuencia de una ola académica respaldada por las políticas de investigación estatal sumada a la ola política feminista. Esto permite situar la investigación dentro de un contexto ineludible. Realiza un interesante paralelismo entre el primer paro nacional de mujeres realizado el 19 de octubre de 2016, ante el femicidio de Lucía Pérez en Mar del Plata, y el 17 de octubre de 1945. Ambas fechas se reconocen como momentos disruptivos de la clase trabajadora que permiten establecer conectores entre el presente y el pasado. El primero evidencia que la incipiente marea feminista contiene reivindicaciones que ubican las violencias por motivos de género dentro de un sistema socioeconómico que las reproduce, constituyendo el primer paro nacional a un gobierno que fue “promotor de políticas económicas profundamente regresivas para la clase trabajadora” (p. 14). El segundo representa la irrupción de la clase trabajadora que resolvió la crisis a favor de Perón. En su caracterización del peronismo, la autora no desconoce las trayectorias previas del movimiento obrero, al tiempo que particulariza la situación inédita para la clase obrera. Respecto de las mujeres, el peronismo significó la conquista de la ciudadanía política y el derecho al divorcio vincular. Rescatamos en la perspectiva de la autora la consideración de “conquista” y no de concesión. La feminización de diversas ocupaciones y el incremento salarial se tradujo en mejores condiciones de vida y “considerables cuotas de prestigio social”. Al mismo tiempo, advierte que dichos avances se enmarcaron dentro de una reforzada imagen paternalista. La representación tutelar de la masculinidad fue

respaldada por la legislación y el Estado argentino, con algunas variaciones no muy significativas en la práctica, al menos hasta 1968.

Utiliza el concepto de “modernización capitalista” para caracterizar la etapa que se extiende entre 1910 y 1960. El período se caracteriza por la diversificación de la estructura económica, combinada con movimientos migratorios y de urbanización. En este proceso, se destaca la particularidad de encontrar mujeres como protagonistas invisibilizadas, ya que “el trabajo asalariado se pensó como una actividad constitutiva de la identidad masculina” (p. 21). Cuando las mujeres ingresaron al mercado de trabajo se produjo un “contratiempo” a la establecida división sexual del trabajo. Para sostener ese discurso, fue necesario justificar la feminización del trabajo como una *excepcionalidad*. Debía explicarse por *necesidad*, *temporalidad* y *complementariedad*. De tal manera, si la presencia femenina se presentaba como algo episódico, propiciaba la descalificación, la devaluación del salario y la invisibilización de sus labores.

La autora reafirma que la inequidad de género, dentro del sistema capitalista y patriarcal, se sostiene por la complicidad del Estado, los sindicatos y, en menor medida, por los partidos políticos. Afirma que “ni el Estado, ni los sindicatos construyeron planes de acción que contemplan la equidad de género” (p. 146), a excepción de las leyes que apuntaban a la protección de la maternidad. La periodización que utiliza nos invita a pensar algunos matices sobre esta afirmación, principalmente en la etapa previa al peronismo donde la relación entre sindicatos y Estado encontraba mayores tensiones y amplias reivindicaciones que en muchos casos contenían las de género. Nos alerta que la perspectiva de género no debe diluir la mirada atenta sobre las contradicciones de clase. Por otra parte, nos interesa acentuar que aquella noción de *excepcionalidad* fue la gran encubridora de una generalidad, que sirvió para beneficiar directamente la demanda del sector empresarial para disponer de mano de obra barata.

La obra se involucra en los debates del presente, aspecto que le da mayor vigorosidad al registro de las trayectorias pasadas. En este sentido concluye con tres orientaciones virtuosas. Estudiar a las mujeres dentro de las relaciones sociales que las oprimen. Incluir las tareas reproductivas dentro del concepto de trabajo, elemento que rescata de las teóricas de la Economía Feminista. Pero al mismo tiempo, como contrapeso a dichas formulaciones, resalta la importancia de comprender la feminización del mercado de trabajo como elemento de *integración social* y autonomía para las mujeres, en tanto no se elabore una alternativa más clara para derribar el sistema (p. 148).

La propuesta de la autora responde a una necesidad latente en la disciplina. Da cuenta de un exhaustivo derrotero historiográfico combinado con erudición y aportes conceptuales propios, en una colección que tiene la virtud de incluir estos elementos dentro de un material para la divulgación. Tiene el potencial de organizar, sintetizar y al mismo tiempo problematizar una cantidad de experiencias laborales de mujeres. Algunas asociadas a “lo

femenino”, pero otras como presencias incómodas que debieron explicarse, porque no encajaban en aquella “moral” suspicazmente construida.

Laura Ruocco

Universidad Nacional de Mar del Plata . Grupo de Estudios Sociales Marítimos
lauraruocco@hotmail.com

* * *

Magalí Andrea Devés, Guillermo Facio Hebequer. *Entre el campo artístico y la cultura de izquierdas*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2020, 302 pp.

Doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires y magíster en Historia del Arte Argentino y Latinoamericano por la Universidad Nacional de San Martín, Magalí Devés se especializa en el estudio sistemático de cuestiones relacionales entre política y cultura a partir de las trayectorias y los compromisos asumidos por artistas e intelectuales de la Argentina durante el periodo de entreguerras. Producto de la reelaboración del trabajo de largo aliento realizado en el marco de su tesis doctoral, *Guillermo Facio Hebequer. Entre el campo artístico y la cultura de izquierdas* constituye la puesta en práctica más acabada a la fecha de un enfoque metodológico que resulta disruptivo con la historiografía predominante referida a problemas de historia cultural e historia intelectual. Atraviesa el libro de Devés un diálogo permanente entre arte y política, y al hacerlo busca extraer conclusiones profundas de alcance social. Se trata de una propuesta teórico-metodológica que trasciende los confines de la biografía. En efecto, la obra aquí reseñada no se reduce a una reconstrucción crítica de la relación del artista con las diversas posturas de izquierda que proliferaron en el país en el lapso mediado entre la Revolución rusa y su temprana muerte, ocurrida en 1935 durante los albores de la conformación de una cultura antifascista autóctona. Antes bien, el itinerario de Facio Hebequer es un disparador que permite volver a analizar y complejizar la historia de la cultura de las izquierdas argentinas en el período abordado.

La exposición de los argumentos está organizada en cinco capítulos de afable lectura, accesible para el público general no necesariamente especializado. El libro se acompaña de un prólogo a cargo de Andrés Bisso, uno de los mayores conocedores de la historia del antifascismo en la Argentina, en donde se establece una interesante relación comparativa en torno de la cuestión del “arte proletario” entre Facio Hebequer y el dibujante satírico germano George Grosz. Aspectos específicos del carácter dinámico y poliédrico que definió la figura de Facio Hebequer son abordados de manera puntual en cada uno de los capítulos. Su vida profesional estuvo signada por una búsqueda permanente: devenir artista comprometido para contribuir

al desarrollo de las condiciones que hicieran posible la revolución social en Argentina. Esta situación lo llevó a intervenir en el campo artístico y cultural, por entonces intensamente animado por diversas expresiones de izquierda, encontrándolo en un rol de “compañero de ruta” a causa de la constante inquietud que le impidió sumarse de manera orgánica a una organización determinada. Este activismo no solo fue expuesto en su obra gráfica, sino también en su obra escrita, la cual es también debidamente abordada por la autora. La muerte encontró a Facio imbuido de un fuerte compromiso antifascista y los diversos agrupamientos en los que tomó parte intentaron agenciarse un parentesco político con él, librando una lucha por erigirlo en arquetipo de “artista militante”. Esta operación, que se profundizó tras la implementación de la política cominterniana de los Frentes Populares y el surgimiento de la AIAPE, alcanzó su paroxismo durante la Guerra Civil Española. A este respecto, resulta notable la inclusión de Devés de un estudio crítico acerca de la forma en que cada uno de los nucleamientos con los que colaboró Facio Hebequer resignificó la apropiación de su obra. El señalamiento de los diversos puntos de la trayectoria de Facio Hebequer que los colectivos militantes decidieron destacar para su aprobación o su cuestionamiento, redundaba en una comprensión aún más cabal de las fricciones y los entendimientos gestionados “dentro” y “entre” cada una de las fuerzas que compusieron el heterogéneo arco político de izquierdas.

Uno de los momentos de mayor acercamiento de Facio Hebequer a una organización política se suscitó cuando en 1932 realizó un viaje a la Unión Soviética para exponer sus obras en Moscú y en Leningrado. La experiencia lo llevó a entablar vínculos con el Partido Comunista de la Argentina en los momentos del ultraizquierdismo expresado en la táctica de “lucha de clase contra clase”. Fue durante esta breve colaboración cuando dio forma a la célebre serie de doce grabados que componen *Tu historia, compañero*, obra con la que selló su interés por llenar de sentido político su producción artística. Definido por Devés como “polemista”, Facio fue impiadoso a la hora de combatir las manifestaciones artísticas que promovían una renovación modernista en la escena artística nacional a partir de la asimilación del vanguardismo europeo, pues en ellas no vio más que una expresión del “arte por el arte”, un tipo de arte purista concentrado en la técnica y desatento a toda perspectiva sociológica. Negar la dimensión social del arte implicaba pasar por alto el conflicto de clases. Eran tiempos de la Proletkult en la Rusia soviética y sus efectos se hacían sentir en la búsqueda por conformar un “arte proletario” en la Argentina. Fundamentado no en el origen social del artista sino en la finalidad de su obra, el “arte proletario” se erigía en oposición al “arte burgués” para dar lugar a otro terreno más en donde librar la lucha contra la ideología de la clase dominante. No obstante, Devés demuestra que Facio no dejó de ocupar un lugar de privilegio dentro de los canales oficiales de circulación artística, lo que explica, por caso, el hecho de que al momento de su muerte pudiera ser homenajeado dentro del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires. La complejidad contenida en la

figura de Facio se extendía así a todos los espacios de creación y difusión culturales en que intervinó.

El análisis de los entrecruzamientos entre política y arte entablados por Facio Hebequer, que le impidieron adherir a un único proyecto político-cultural, habilita la disección de la multiplicidad de posiciones y polémicas que emergieron con fuerza en el campo artístico argentino del período de entreguerras. Es por ello que, si bien protagonista de la investigación, el escenario en que se desenvuelve Facio Hebequer está poblado por colaboradores y antagonistas: Elías Castelnuovo, Abraham Vigo, Roberto Arlt, Rodolfo Ghioldi, Álvaro Yunque, Leónidas Barletta, Raúl González Tuñón, Adolfo Bellocq, Rodolfo Kubik, José Arato, Agustín Riganelli, entre tantos otros miembros destacados del campo del arte y la cultura. De tal modo, el libro de Devés no pretende arribar a conclusiones limitadas a la persona del artista comprometido por antonomasia que fue Facio Hebequer, sino que contribuye a imprimir una nueva profundidad a la compleja cuestión de la relación entre arte y política entendida en su dimensión social.

El enorme corpus heurístico consultado por la autora en una gran cantidad de archivos y bibliotecas, asiste a dar sustento a cada una de las afirmaciones plasmadas a lo largo de la investigación. Se trata, en definitiva, de un esfuerzo categórico cuya mayor virtud es la de servirse con gran inteligencia de elementos propios de la historia cultural, de la historia intelectual y de la historia política, para acabar dando cuerpo a la reconstrucción crítica de los intensos debates que marcaron el rumbo de una generación de artistas e intelectuales de izquierdas. Pero además de inteligente se trata de un libro valiente, pues asume el riesgo implicado en la adopción de un enfoque teórico-metodológico que desafía los términos en que se basa la historiografía del arte a la cual estuvo hasta ahora reservado el estudio de la figura de Guillermo Facio Hebequer. Y al adoptar esta postura va más allá todavía, al desnudar el reduccionismo al que conduce la fragmentación del conocimiento implícita en la hiperespecialización de la práctica histórica.

Augusto Piemonte

Universidad Nacional de San Martín - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Augusto.piemonte@gmail.com

* * *

Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre, *Mar del Plata, un sueño de los argentinos*, Buenos Aires, Edhasa, 2019, 360 pp.

Mar del Plata... es una hermosa pieza literaria a la vez que un sólido ensayo histórico, con un riguroso trabajo de archivo. Los seis capítulos que lo componen están atravesados por la hipótesis de que un impulso igualitario, basado en la creencia de que ninguna persona es por nacimiento inferior a otra, dio sostén a una experiencia fuera de lo común en el mundo: un

balneario para todos los sectores sociales. Los autores analizan a la *Perla del Atlántico* “desde los orígenes, a comienzo del siglo [...] hasta fines de la década de 1960” (p. 11), planteando un paralelo entre el desarrollo de la ciudad balnearia y las transformaciones de la sociedad argentina, en donde la ampliación del bienestar social durante el siglo XX hizo accesible a una porción creciente de la población unas vacaciones junto al mar.

El primer capítulo presenta a dos protagonistas de la fundación de la ciudad costera: Patricio Peralta Ramos, de familia colonial tradicional, y Pedro Luro, inmigrante vasco francés que arribó al país en 1837 sin más que su persona y en menos de dos décadas ya era un próspero empresario. El frustrado proyecto productivo y el viraje hacia el turismo empalmó con una clase dominante argentina que refinaba su comportamiento mirando a Europa y se hacía eco de las playas del viejo continente. En el segundo capítulo vemos los esfuerzos de Santiago Luro, hijo de Pedro, por insertar el naciente centro de recreación estival en el calendario de la elite. Dardo Rocha primero y Carlos Pellegrini después fueron fundamentales para que Mar del Plata se terminara imponiendo como el sitio de veraneo. El Bristol Hotel cumplía un papel pedagógico en la sociabilidad de la clase dominante, mientras en la ciudad avanzaban las tareas de urbanización pendientes, como el agua corriente, y la Rambla Bristol y el Club Mar del Plata desplazaban a los pescadores de la playa, desalojados por la policía de sus viviendas costeras.

El tercer capítulo se centra en la mutación de una villa balnearia agreste y natural hacia la distinción y el ocio de la pujante ciudad. El Casino ocupó un papel central en el desarrollo de Mar del Plata. Objeto de disputa permanente, se terminó imponiendo gracias a su participación y contribución económica en la expansión de la urbe. La playa era otro espacio de socialización. Durante el verano, la *Biarritz* permitía un mayor cruce de sexos, habilitando de forma inédita las posibilidades de que las mujeres pudieran elegir su pareja.

La llegada de las clases medias constituye un hito en la historia marplatense. El cuarto capítulo describe cómo hacia 1910, en hoteles de hasta cuarta categoría, la estadía de “amables burgueses” crecía verano tras verano. Esta democratización paulatina de la ciudad conllevó la retirada de la aristocracia, que migró del Bristol hacia la exclusividad de sus propias residencias y de las playas en la zona sur. Por su parte, la conformación del proletariado local –de origen mayoritariamente inmigrante con predominio italiano– tuvo lugar en el cambio de siglo. Profesionales y pequeños capitalistas se instalaron en el que era el centro urbano más dinámico de la provincia. Cocheros, albañiles, cocineros, carpinteros hicieron sus primeras experiencias sindicales en la “Biblioteca Popular Juventud Moderna”, fundada por anarquistas en 1911. En este punto, también jugaron un rol destacado las asociaciones de socorros mutuos, surgidas con anterioridad a 1900.

Este nivel de desarrollo de la clase trabajadora marplatense explica el

peso del Partido Socialista en el municipio, que ganó las elecciones en 1920, resistió una intervención radical con importantes movilizaciones populares y dominó la escena política hasta 1929, aunque no sin el contrapeso permanente de la elite veraneante y su “Comisión Pro Mar del Plata”, avergonzada de que “el hijo de un pescador” gobernara una ciudad aristocrática. El PS en la intendencia prestó más atención a los intereses de la población local, aunque sin dejar de lado la importante actividad del turismo. En 1925 creó una comisión de propaganda, con el ideal de que “el pueblo trabajador” veraneara en la *Biarritz* (p. 201). Nuevos hábitos culturales cuestionaron el status político y social de la alta sociedad. El jazz y el tango desplazaron el baile de cotillón, mientras que en la playa los nuevos códigos de baño escandalizaron al clero y los viejos veraneantes. Mar del Plata se transformó, una vez más, al ritmo de los cambios de la sociedad argentina.

El quinto capítulo está dedicado al análisis de los años 30 como punto de inflexión para la constitución del nuevo perfil del balneario, al tiempo que analiza también la profundización de este proceso durante la década peronista. El gobernador Fresco a partir de 1936 impulsó fuertemente la obra pública en toda la provincia, en donde se destaca el complejo Casino-Hotel Provincial y la pavimentación de la ruta 2. La novel Dirección Municipal de Turismo buscó modernizar el balneario, organizando excursiones colectivas para algunos gremios, facilitadas a través de créditos. Hacia fines de los 30, los sindicatos más estructurados ya contaban con espacios propios para vacaciones de afiliados, pero en Córdoba. Los años peronistas sobresalieron entonces no por lo novedoso sino por lo masivo.

En este plano, un aporte significativo del libro es la problematización de la consigna del propio Perón, “turismo para el pueblo” (p. 247), mostrando cómo, en cierto modo, esta se inscribió en un proceso que ya estaba en curso, impulsado desde las organizaciones sociales y por el propio Estado, lo cual también viene a poner en discusión la noción tan extendida acerca de Mar del Plata como una ciudad “peronista”. Debe notarse, sin embargo, que la masificación del aguinaldo y las vacaciones pagas produjeron una extraordinaria expansión del turismo. El complejo turístico Chapadmalal se destacó como la mayor iniciativa de turismo social del país, considerado el segundo centro recreativo del mundo en ese entonces. En términos de desarrollo urbano, los veinticinco kilómetros de playa que dominan la ciudad, únicos en comparación con las urbes balnearias europeas, permitieron la coexistencia de distintas clases sociales. Mientras en la Bristol se batallaba por un lugar para clavar la sombrilla, la elite veraneante se refugiaba todavía más al sur.

El sexto y último capítulo del libro analiza la década del 60, correspondiente al llamado “apogeo” de *La Feliz*. La “primavera económica” tuvo su expresión en la industria del turismo nacional. Creció fuertemente el ingreso de turistas en automóviles, así como también el número de marplatenses, con una marcada presencia de migraciones internas y de inmigración italiana de posguerra. Los hoteles sindicales ganaron terreno, impulsados

por la ley de Obras Sociales Sindicales, sancionada por Onganía. Punta Mogotes, otrora espacio privilegiado y reservado para la elite, corrió el mismo destino que la Bristol primero y Playa Grande después, lo que empujó a la alta burguesía a abandonar paulatinamente la ciudad, tendencia que se consolidó en la década de 1970. Lo mismo sucedió con la juventud, que frente a la persecución policial e incluso de patotas “anti melenudos”, hizo de Villa Gesell su nuevo destino estival.

La metáfora de Pastoriza y Torre sobre Mar del Plata y la sociedad argentina culmina así con la ruptura de lo que llamaron un “experimento social de los argentinos: acoger en un espacio físico común y a la vez internamente diferenciado los planes de verano de los más diversos sectores sociales” (p. 351). Lo cierto es que, más allá de la coexistencia en una misma ciudad, los conflictos de clase, varios analizados detalladamente en este libro, atravesaron la constitución de la ciudad ya desde sus inicios, con la huelga de los trabajadores del Bristol en 1888. Queda pendiente, entonces, una historia integral de la clase obrera marplatense, con todo el aporte y todas las dificultades que ella significaría.

Ignacio Ibáñez Cornet

Universidad de Buenos Aires

* * *

Silvana Ferreyra y Federico Martocci (eds.), *El Partido Socialista (re)configurado: escalas y desafíos historiográficos para su estudio desde el “interior”*, Buenos Aires, Teseo, 2019, 330 pp.

El volumen expresa un recorrido historiográfico que comenzó a gestarse con la primera publicación que sistematizó, con una mirada global, la historia del Partido Socialista en Argentina. Nos referimos a *El partido socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas* (2005), compilado por Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera, quienes también escriben el prólogo del volumen reseñado aquí. Diez años después, en 2014, como relatan los autores, la creación de la Red de Estudios sobre el Socialismo Argentino (RESA), expresaba la fecundidad de la línea de investigación abierta. Motivados por la relevancia que adquirió la pregunta por el socialismo en el interior del país, Silvana Ferreyra y Federico Martocci proponen, en su Introducción, redimensionar la historia partidaria en los términos de Gribaudi, es decir, ubicando el enfoque en una configuración de prácticas proyectadas sobre diferentes escalas. En la reflexión historiográfica de los autores el problema adquiere el rol de aglutinar la agenda de investigación, transformando la reducción escalar en una estrategia analítica que excede la noción de historia nacional compuesta por un mosaico de casos diferentes. En este sentido, y más allá del objeto de estudio que se trata en el volumen,

los interrogantes que se formulan en relación a la representatividad de los recortes territoriales son un valioso aporte para la historia política en general.

La organización del volumen, en este marco, replica las ideas desarrolladas hasta aquí. Las secciones que lo articulan responden a problemas generales, mientras que cada autor despliega una estrategia particular en relación a dicha agenda. La primera, “La mirada capitalocéntrica: el debate desde la proyección territorial”, trabaja sobre las tendencias de crecimiento a largo plazo, signada por una crítica al considerado clásico capitalocentrismo de los estudios sobre el socialismo. Mientras que para Ricardo Martínez Mazzola la clave está en mostrar la construcción de una estructura partidaria nacional, Silvana Ferreyra propone colocar en un lugar secundario las preocupaciones por la representatividad del espacio a recortar y centrarse en el problema a indagar, mientras que Fernando Suárez apunta a demostrar la consolidación de una rama extracapitalina.

En “Del iluminismo a la política concreta: centros socialistas y prácticas socialistas”, los autores se proponen explorar prácticas partidarias concretas en territorios situados y su relación con narrativas pedagógicas y principistas que, en diferentes escalas, el PS desplegó sobre el territorio nacional. Si bien aquí se reúnen trabajos de escala local, cada capítulo corporiza una vía particular para tensionar el alcance de la mirada a ras del suelo. Gonzalo Cabezas y Roberto Cimatti abordan el espacio bahiense, haciendo foco en el verticalismo y rigidez de las normas estatutarias. Mientras que el primero detecta márgenes de autonomía que se generaron en la traducción de la estructura partidaria en el interior, Cimatti profundiza en el uso de la disciplina como estrategia en el marco de disputas personales. En una línea similar, Alex Ratto se sitúa en Rosario para preguntarse por el desarrollo marginal del PS a pesar de sus similitudes respecto de la Capital: la presencia de dirigentes nacionales ocupando candidaturas locales expresa la utilidad de observar la interrelación de escalas en función del problema. Finalmente, el artículo de Luciano Barandarián y Leonardo Fuentes y el de Karina Martina optan por develar una trama compleja que se hace manifiesta en un marco de excepcionalidad. En el caso de los primeros, la ruptura socialista de 1927 es observada desde dos espacios del interior bonaerense, Tandil y Ayacucho, para preguntarse por los efectos de un proceso que se pensó tradicionalmente desde la Capital. Martina, por su parte, explora las narrativas que se desplegaron para dar respuesta al devastador terremoto de Sampacho en 1934, develando enfrentamientos tanto a nivel local (entre un socialismo triunfante en las elecciones municipales y la Iglesia aliada con el conservadurismo, por ejemplo) como en su relación con el poder legislativo provincial y nacional.

Dentro de los hilos conductores, que hacen del volumen una expresión de incipientes pero consolidadas agendas de investigación, elegimos destacar la reflexión que se ofrece en torno al estudio de la *cotidianidad*. Por esta vía, la cotidianidad, lejos de entenderse como una categoría universal, se configura en función del contexto situado que se observa. En la misma línea, como

planteara Jacques Revel en su metáfora fotográfica, las tramas sociales observadas a través de una óptica cercana revelan dinámicas inexploradas para las hipótesis generales. Así, la sección “Cultura, intelectuales y socialismo”, se dedica ya directamente a las redes de sociabilidad intelectual dentro del Partido Socialista y, por momentos, en sus proyecciones hacia afuera. Tanto el capítulo de Paula Laguarda y Federico Martocci como el de Héctor Daniel Guzmán parten de trayectorias culturales disruptivas, donde aquello que desde la historia general aparece como contradictorio en el contexto se desenvuelve *cotidianamente*, resignificando trayectorias y manifestaciones culturales. El primero aborda la obra del dramaturgo Pedro E. Pico a través de *La novia de los forasteros* y *Palestina*, en términos de refracción cultural en Bourdieu: las definiciones del interior que el autor formula en sus obras serán contribuciones a la construcción del mismo desde la Capital, donde reside más allá de su llamado *destierro temporal* en La Pampa. Guzmán, en cambio, indaga la trayectoria de Abregú Virreira, un boliviano nacionalizado argentino que, desde Santiago del Estero, resignifica el discurso socialista entramado con el indigenismo y las reivindicaciones agrarias de la zona. Finalmente, Andrés Bisso aporta una profunda reflexión historiográfica en torno a la relevancia de la autobiografía o de las memorias en su carácter de fuentes. Incluso el título anecdótico conduce al autor a enfatizar en la informalidad de la fuente, donde los objetivos analíticos se ven tensionados (y enriquecidos) por los sentidos que los propios actores asignaron a los eventos relatados. De tal manera, no sólo piensa sobre la importancia de las rutas de sociabilidad que conducen a las diferentes formas de adscripción al socialismo, sino que aporta también una aproximación a figuras relevantes a nivel nacional, como Américo Ghioldi, situado en un contexto cotidiano. Sucintamente, una dimensión que aparece propuesta, pero aún no profundizada, es el nexo que une a la segunda y tercera sección, es decir, cómo gestionaron las figuras del socialismo sus instituciones culturales, ya sea desde el efectivo ejercicio del poder público o no.

En línea con la estrategia que mencionábamos al principio, en relación al ordenamiento del volumen en función de problemas, el libro expresa una reflexión colectiva donde el objetivo de redimensionar el PS contiene un gesto historiográfico a la vez fundante, como apertura de una línea renovada, y revisionista, en tanto se propone discutir algunas nociones clásicas de la historiografía socialista. El epílogo escrito por María Liliana Da Orden expresa este gesto en una síntesis donde la historia social, la antropología, la microhistoria han conducido a una revalorización de los espacios locales, donde el *locus* de enunciación se ubica en las prácticas políticas situadas. La autora analiza la correspondencia de Nicolás Repetto con un enfoque relacional, para mostrar que las relaciones entre centro y periferia están signadas por una dinámica de reciprocidad. Esta dimensión se hace visible en el cuerpo del trabajo, ya sea en términos de acción política concreta al tensionar el clásico centralismo atribuido al PS o en una compleja red de sociabilidades donde la disciplina y el verticalismo expresarán márgenes

de autonomía imposibles de observar en el nivel general. Así, a modo de conclusión, el volumen, fruto de dos días de intercambio durante un taller desarrollado en la Universidad Nacional de Mar del Plata, es un valioso aporte no sólo para su objeto particular, el Partido Socialista, sino también para una reflexión historiográfica que nos invita a pensar una historia de las izquierdas que, siguiendo el capítulo de Karina Martina, hace temblar las escalas.

Juana Fortezzini

Universidad Nacional de Mar del Plata
Instituto de Estudios de Historia, Patrimonio y Cultura Material (IHEPAC)

Instrucciones para los autores

1. Originalidad

Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. *Archivos* se compromete a acusar recibo en la semana de recibida la colaboración y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

2. Extensión

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacio (incluyendo las notas a pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacio.

3. Formato

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano e inglés.
- b) Nombre del autor/a o los autores/as y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 120 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.
- d) Correo electrónico de contacto.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor/a deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

4. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, con un blanco arriba y otro abajo.

5. Bibliografía

El sistema de citado empleado por la revista es el especificado por las normas APA. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989, pp. 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, N. (año de edición). Título del texto. Editorial. Tenganse en cuenta los siguientes ejemplos:

Libros (con autor individual):

Falcón, R. (1984). *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*. Centro Editor de América Latina.

Marx, K. (1987). *Trabajo asalariado y capital* (1849). Cartago.

Libros (con varios autores):

Batalha, C. H. M., Teixeira da Silva, F., y Fortes, A. (comps.) (2004). *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*. Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, P. (1984). La historia de los partidos comunistas. En R. Samuel (ed.). *Historia popular y teoría socialista* (pp. 150-165). Crítica.

Artículo de Revista:

Aricó, J. (1973). Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci. *Pasado y Presente*, 1, 87-101.

Libro en versión electrónica:

De Jesús Domínguez, J. (1887). *La autonomía administrativa en Puerto Rico*. <http://memory.loc.gov/>

Tesis:

Kalmanowiecki, L. (1997). *Military Power and Policing in Argentina 1900-1955*. Tesis Doctoral, New School for Social Research.

6. Evaluación

Todas las propuestas son recibidas por la Secretaría de redacción quien se ocupa de acusar recibo al autor/ra. A continuación, los trabajos son evaluados en primera instancia por el Equipo Editorial a fin de establecer si las temáticas se ajustan al alcance, objetivos y requisitos establecidos por la revista. En caso de no hacerlo, los aportes son rechazados. Cuando la primera evaluación es positiva, se escogen dos árbitros especialistas en el área para juzgar la calidad del trabajo. El sistema de evaluación adoptado por la revista es doble ciego preservando el anonimato de los/as autores y los/as evaluadores/as.

7. Código de ética

Con la intención adherir al consenso universal sobre la práctica editorial científica, el Equipo Editorial de la revista adhiere a la guía y las instrucciones elaboradas por el COPE | Committee on Publication Ethics.

Se invita a los/as autores/as, investigadores/as y evaluadores/as a interiorizarse en los lineamientos internacionales vinculados a la ética en publicación para evitar faltas que podrían generarse por su desconocimiento.

8. Política de plagio

El Equipo Editorial de *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda* adopta diversas herramientas para detectar plagio o prácticas de auto-plagio, fabricación de datos o problemas éticos, en general, presentes en las propuestas remitidas por los autores. Para ello se compromete a implementar medidas, a través de herramientas adecuadas como Similarity Check, Plagiarismdetector, Quetext, etc. Asimismo, se reserva el derecho de rechazar y/o eliminar todo artículo en el cual se haya detectado cualquier forma de plagio o prácticas de auto-plagio sin importar la etapa de edición en la que el mismo se encuentre.